

Simmes

REINAS

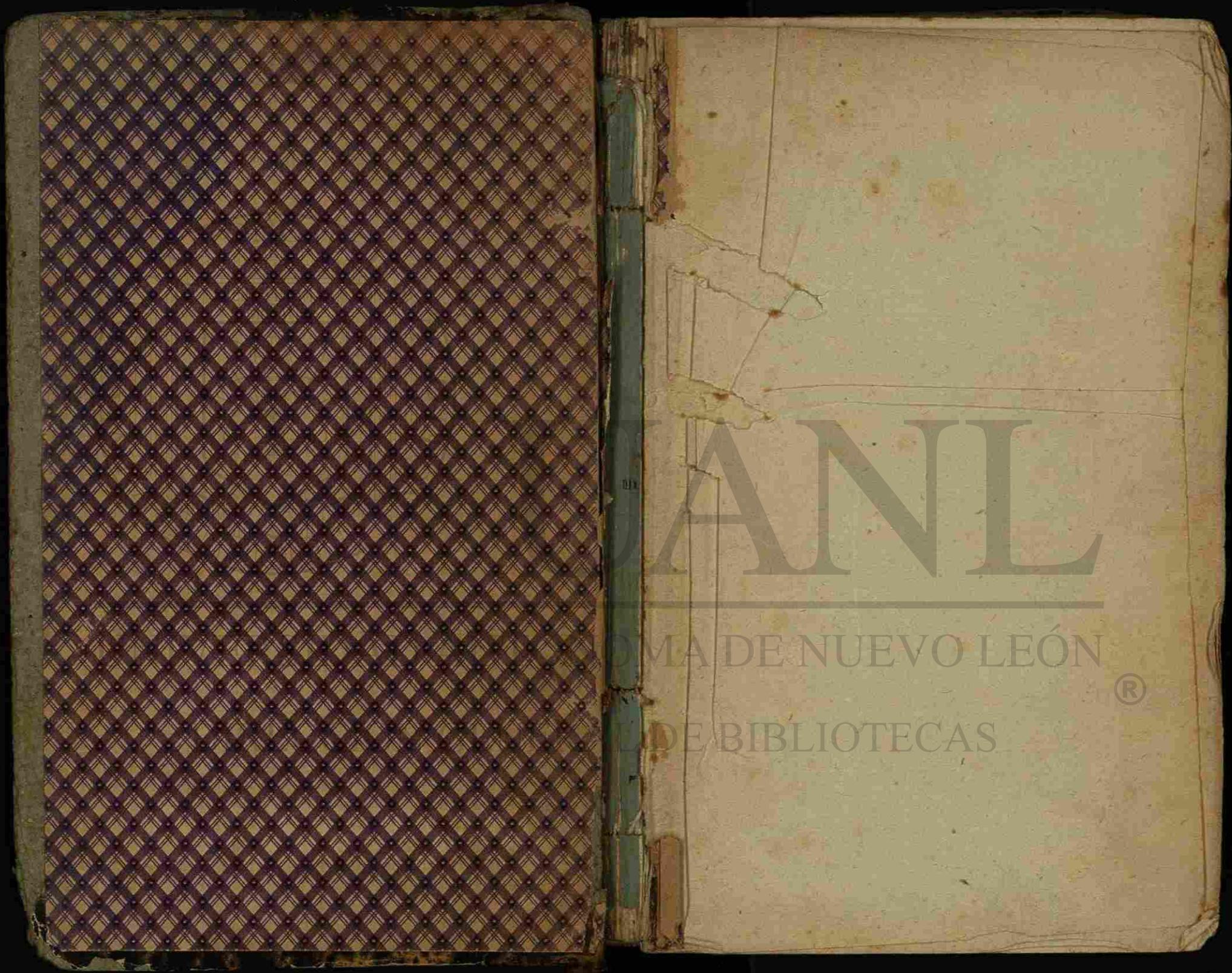
MARTIRES

2<sup>A</sup> SÉRIE

PQ6567

.S5

R4



ANL

MA DE NUEVO LEÓN

®

DE BIBLIOTECAS

## OBRAS DE LA AUTORA.

UN LIBRO PARA LAS DAMAS.—Estudios morales acerca de la educación de la mujer, segunda edición.—Un tomo, 8.º francés, 4 pesetas.

LA VIDA ÍNTIMA.—*En la culpa vá el castigo.*—Un tomo en 8.º francés, 4 pesetas.

UN LIBRO PARA LAS MADRES.—Un tomo, 8.º francés, 4 pesetas.

HIIA, ESPOSA Y MADRE.—Primera y segunda parte.—Cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad.—Un tomo en 8.º francés, 4 pesetas.

PALMAS Y FLORES.—Leyendas del hogar; un hermoso tomo, 8.º francés, 4 pesetas.

COMBATES DE LA VIDA.—Dos novelas, tituladas: *Una hija del Siglo* y *Mecerse en las nubes.* Un tomo, 8.º, 10 reales.

REINAS MÁRTIRES.—*Primera serie.*—Un tomo en 8.º francés, 4 pesetas.

## OBRAS DE TEXTO.

LA LEY DE DIOS.—Colección de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo. Sexta edición, ilustrada con láminas. Precio: 6 rs.

A LA LUZ DE UNA LÁMPARA.—Colección de cuentos morales. Cuarta edición, corregida por la autora. Precio: Una peseta.

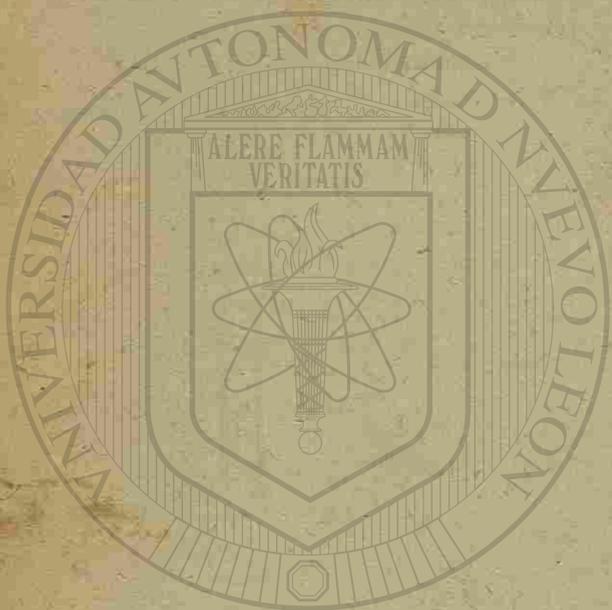
Estos dos libros, que tienen concedidas por el Gobierno de S. M. las más grandes prerogativas, se venden, como las demás obras de la señora Sinués, en la librería del Sr. Calleja.

REINAS MÁRTIRES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
REGISTRADO  
COMISIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



1020132113



REINAS

# MÁRTIRES.

LEYENDAS ORIGINALES

DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

2.ª SÉRIE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MADRID.

SATURNINO CALLEJA,

CALLE DE LA PAZ, 7, LIBRERÍA.

Paris.—Roger et Chernoviz, Éditeurs.

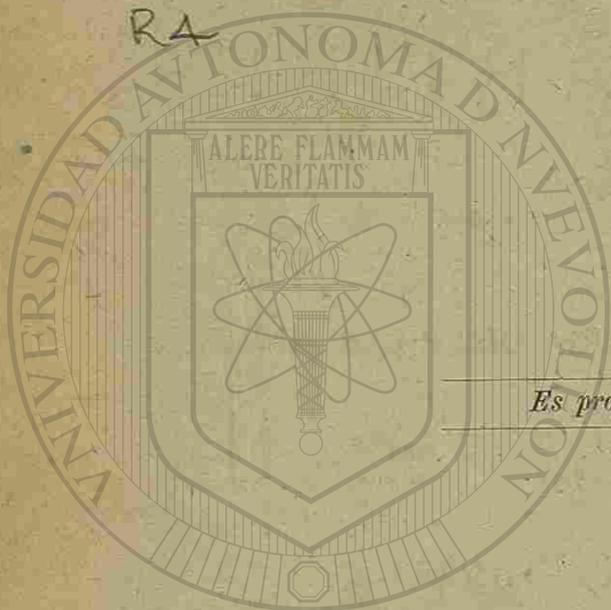
1878.

0135-47060

PQ 6567

.S5

RA



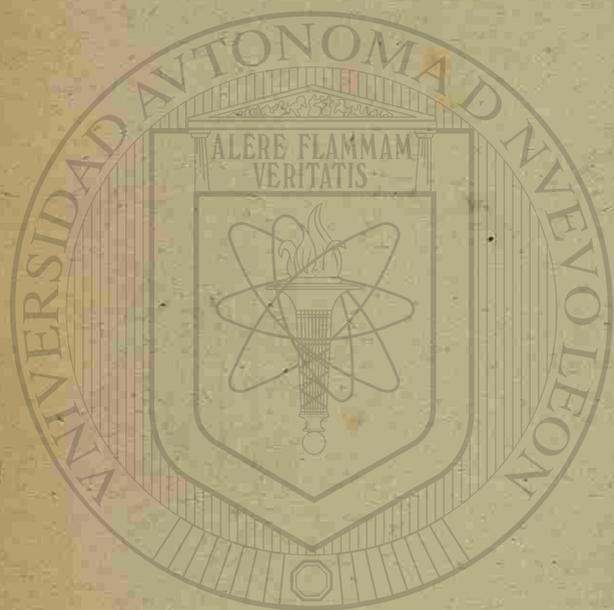
*Es propiedad.*

## ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Catalina Howard, reina de Inglaterra.....	4
Catalina Parr, reina de Inglaterra.....	174
Doña Urraca, reina de Leon y de Castilla.	315



FONDO  
PEREZ MALDONADO



## CATALINA HOWARD,

REINA DE INGLATERRA.

¡Desgraciadas mujeres! Si es delito amarlas, son dignas de compasión.

¡No compadecemos al ciego que nunca ha visto la luz del sol, al sordo que nunca ha oído las armonías de la naturaleza, y al mudo que nunca ha podido exhalar la voz de su alma! ¡Por qué, pues, bajo un falso pretexto de pudor, no queremos compadecernos de esa ceguedad del corazón, de esa sordera del alma, de esa mudez de la conciencia que enloquecen a la infeliz afligida y la inhabilitan para ver el bien, oír al Señor y hablar el puro lenguaje del amor y de la fe!

Para la mujer que ignora el bien por falta de educación, Dios abre casi siempre dos senderos que al bien conducen; estos senderos son el dolor y el amor, y su tránsito es difícilísimo.

Las que le siguen, se ensangrientan los pies y se destroran las manos; pero al mismo tiempo dejan en los abrojos del camino las galas del vicio, y llegan al término con esa desnudez de que nadie se sonroja delante del Señor.

(DUMAS, hijo).

I.

No lejos de Londres, y á la orilla de un lago tranquilo y guarnecido de cañaverales, se elevaba una casita blanca que casi podía llamarse cabaña por la pobreza de su exterior.

Corría el año de 1535 y espiraba la primavera, despidiéndose con una de las más bellas tardes que un poeta pudiera desear para crear un poema risueño y lleno de hermosas y consoladoras imágenes.

Pero si hubiera pasado por la puerta de la casita, situada á orillas del lago, no hubiera fatigado su cerebro en inventar ficciones, pues no era posible hallar nada más lindo y poético que el cuadro que se hubiera ofrecido á su vista.

Ya he dicho que la casita era blanca y risueña; estaba además entoldada por una frondosa parra que, extendiéndose sobre un enrejado de madera verde, ofrecía una bóveda fresca y natural.

A la puerta, y sentada en un taburete, había una niña que parecía contar apenas los doce años de su edad.

Nada más bonito, más risueño, más delicado que aquella criatura.

Era de estatura pequeña para su edad, y su talla no prometía para lo sucesivo mayor desarrollo, atendida la redondez graciosa de sus formas.

Su pecho, blanco como el mármol, descubría su hechicera forma á través de la trasparente muselina de su traje. Dos bandas de cabellos castaños se dividían sobre su frente; sus ojos eran negros, grandes y de tierno y dulce mirar; su boca rosada, de finos labios y menudos dientes; su nariz proporcionada y un poco levantada; su cabeza, pequeña é inteligente, estaba llena de vivacidad y alegría.

Por debajo de su traje salían dos piés enanos y pulidos, calzados con zapatos de seda, azules y adornados de lazos y de altos tacones de color de rosa.

La niña deshojaba una flor, y de vez en cuando miraba con impaciencia al camino que conducía á Londres.

—¡Catalina! dijo desde el interior de la casa una voz cascada.

—Aquí estoy, madrina; respondió la jóven.

—¿No ves venir á Patrik?

—No le veo aún.

En aquel momento empezó á mirar al camino.

Su rostro se cubrió con un ligero carmin, y dijo:

—¡Ya viene!

En efecto, en un recodo del camino se divisaba á uno de esos hombres, mitad campesinos, mitad soldados, que en aquellos tiempos componían el pueblo inglés y que los pintores nos han transmitido en sus lienzos.

Hombres del campo que volaban á la guerra cuando el soberano les llamaba, ó cuando alguno de los poderosos magnates del reino quería rebelarse con intestinas discordias.

Patrik parecía contar de treinta y seis á cuarenta años.

Su fisonomía, dura y morena, era enérgica y vigorosamente acentuada; sus ojos grandes y pardos, brillaban como el acero; llevaba el cabello largo y sin peinar, y una casaca de piel curtida, bajo un colete de ante, de anchas mangas.

Al ver á Catalina, la alegría brilló en sus miradas.

En cuanto á la jóven, se contentó con decirle:

—Buenas tardes, Patrik.

Luego volvió á mirar hácia la parte del camino que llevaba á la ciudad.

—¡Siempre esperando! murmuró con amargura el campesino, cruzándose de brazos delante de la niña, y sin echar de ver, en medio de su abstracción, que una anciana habia salido de la cabaña.

Catalina bajó los ojos y se puso colorada como la rosa que estaba deshojando.

—En verdad, hijo mio, dijo la anciana tomando asiento en un escaño de madera que colocó junto á la puerta; en verdad que yo no sé cuales son tus esperanzas, y mi alma se quebranta de verte sufrir de ese modo.

—Yo tampoco sé lo que espero, madre mia, repuso Patrik sombríamente; Catalina es ambiciosa, y...

—¡Y tú, hijo mio, puedes ser su padre! No olvides esto, Patrik; tu mujer, que Dios tenga en su gloria, fué su nodriza y tú la has adormido cien veces en tus brazos y le has dado calor con tus besos en las heladas noches del invierno.

—¡Otro tanto quisiera hacer ahora, madre mia!

—Ahora tu amor no es aquel afecto paternal á la niña huérfana y desvalida; ha degenerado en un amor culpable... ¡y tiemblo, porque te conozco, hijo mio! Conozco cuán impetuosas son tus pasiones y sé

que no hay ninguna mujer que te agrade, que no te pertenezca.

Patrik no respondió, porque clavaba en Catalina una mirada obstinada y ardiente.

La desdichada niña, ante quien se tenia semejante conversacion, permanecia indiferente y tranquila, del mismo modo que si en ella no se tratase de su honra.

Miraba á Patrik, y se reia.

Miraba á la anciana, y se ponía seria.

Miraba al camino, y su rostro se iluminaba con el vivo sonrosado de la impaciencia.

La anciana Eric prosiguió de esta suerte, dirigiéndose á su hijo.

—¿Qué esperas de ese amor, Patrik? Catalina es una niña, y aunque hija bastarda y desconocida por su madre, su padre, sir Edmundo Howard, cuida de ella; si bien bajo el velo del misterio, es nieta del poderoso duque de Norffolk, y la procurarán un enlace ventajoso.

—¡Por eso no he pensado jamás en casarme con ella, repuso Patrik; la amo demasiado para arrebatarle su porvenir; pero la amo, es mia y sólo la dejaré para otro, cuando me sea forzoso cederla! ¿No he compartido yo con mi mujer los cuidados que su infancia exigia? ¿No he velado por ella con el esmero de un padre? ¿Tengo yo la culpa de que mi afecto hácia ella, haya cambiado de carácter? ¿Por qué, madre mia,

no me habeis ocultado con un velo impenetrable todas las perfecciones que han ido desarrollándose en esa criatura? Ella, con su cándido abandono, ha encendido mi amor, y cuando pienso que puede pertenecer á otro, la sangre arde en mis venas.

La anciana Eric no respondió una palabra y casi pudiera asegurarse que dió la razon á su hijo en cuanto decía.

En efecto; hacia dos años, es decir, desde la muerte de Jenny, que aquel hombre, de pasiones fuertes, cuidaba de Catalina y la vestia y la desnudaba ni más ni ménos que lo habia hecho su mujer.

La tarde iba desapareciendo.

La luna salió de entre los árboles, y el silencio de la noche cayó como un manto sobre la dilatada campiña.

Eric entró en la casita.

Catalina, imposibilitada de mirar hácia el camino, que ya no se distinguía, se acercó á Patrik, que se habia sentado sombrío y silencioso en el escaño ocupado poco ántes por su madre, y se sentó á su vez en las rodillas del esposo de Jenny.

Luego apoyó en el hombro del labrador su linda cabeza y le dijo, fijando en su atezado rostro la dulce mirada de sus ojos negros y rasgados.

—Deja que me duerma aquí, porque tengo sueño.  
Patrik se estremeció.

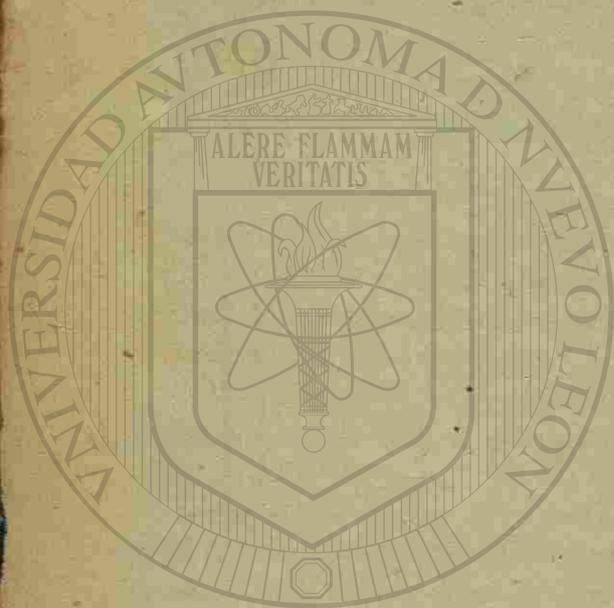
Un instante despues pasaba con Catalina en los

brazos por delante de Eric, que dormitaba en el interior de la casa.

Cuando la anciana despertó, era ya muy tarde.

Salió á la puerta y no vió ni á su hijo ni á Catalina.

—¡Era su suerte! murmuró: ¡pobre niña! ¡Por qué nacerán los hijos á quienes sus padres han de abandonar!



## II.

Un año había pasado.

Patrik había muerto en la caza de un oso á que había ido con otros compañeros.

Su última mirada fué para Catalina que había vivido con él por espacio de ocho meses en una union enteramente conyugal.

El Labrador sintió dejar la vida sólo por aquella criatura.

A pesar de su rudeza, su corazón le decía que ese amor había sido el prólogo de su perdicion.

En sus amores con Catalina no había habido violencia alguna.

La pobre niña, que á los doce años había perdido su aureola de pureza, creía que lo que le pasaba era lo más natural.

Catalina, á los trece años, podía considerarse como viuda; y sin embargo, su alma conservaba la inmaculada pureza de los ángeles.

Era otra tarde tan apacible como aquella en que la conocimos, pero más calurosa.

Catalina miraba también hácia el camino.

¿Qué esperaba?

Ni ella misma lo hubiera podido decir.

Esperaba algo, sin embargo, que su corazón le decía debía llegar de Londres.

Eric, que había envejecido más que por el trascurso del tiempo, por la muerte de su hijo, dormitaba á la puerta, como un año ántes, cuando su funesto sueño conspiró contra la infeliz Catalina.

Esta se hallaba sola y triste.

Apénas veía á nadie, pues Patrik había ocultado á todos los ojos su loco amor por la jóven, y la había aislado más de lo que aún lo estaba.

La pobre criatura echaba de ménos aquella tarde al tosco amante que la muerte le había arrebatado.

Patrik, único hombre á quien ella había conocido, pasaba largas horas acariciándola, contemplándola con esa adoración profunda que se tributa á un objeto que no nos pertenece y que, no obstante, se nos entrega por su propia voluntad.

Aquella pasión extraña era sumisa y agradecida.

Por nada del mundo se hubiera casado él con Catalina, á pesar de que estaba en su mano hacerlo y de que nadie se la hubiera disputado; pero creía que eso era profanarla y que él no era digno de aquella dicha celestial.

Bastábale con que fuera suya dentro del reducido recinto de su casa, y no pedía á la suerte nada más.

Catalina echaba de ménos á Patrik.

Desde que él faltaba de su lado, nadie la dormía con un beso, ni la despertaba con una caricia; nadie le llevaba flores, frutas y nidos; nadie le daba los manjares que más apetecía; nadie la amaba, en fin.

Aquella tarde no deshojaba flores; miraba tristemente al camino, y de vez en cuando una lágrima furtiva se deslizaba por sus mejillas.

Estaba, si cabe, más bonita que cuando la conocimos; había crecido y á las rosas de la inocencia había reemplazado una suave palidez.

Ya empezaba la niña á hacerse mujer, y á desear algo de lo que el amor y los cuidados de Patrik le habían hecho entrever.

Ansiaba, sobre todo, cariño y afecciones, que era de lo que carecía en su soledad.

El ruido de un caballo la sacó de su distracción; se oía por el camino de Londres y así que se apercibió de él, Catalina volvió los ojos; enjugó sus lágrimas y vió á un gallardo jinete que se dirigía hácia ella.

—Señorita, dijo el que llegaba: ¿vive aquí una anciana llamada Eric?

—Sí, señor; respondió Catalina; aquí está.

Y acercándose á la madre de Patrik, le sacudió el brazo diciendo:

—¡Eh! ¡nodriza! ¡nodriza! aquí os busca un caballero.

Eric se levantó restregándose los ojos.

El jinete echó pié á tierra, ató el caballo á un árbol y entró en la casita.

Catalina volvió á mirarle entónces y su lindosemblante expresó el asombro más vivo.

El recién llegado era un jóven que contaria apenas veinte años.

Tenia la figura más agraciada que se puede imaginar en un hombre que no es afeminado y que viste con todos los refinamientos del lujo.

Era de talla elevada y flexible, de ojos azules y cabellos negros, que se rizaban con gracia sobre su frente.

Vestía una rica casaca de seda, galoneada de oro y de color morado, que era el de la casa del duque de Norfolk; soberbios encajes formaban su walona, y en su toca, de terciopelo violado, se mecía una larga pluma blanca, sujeta con un cintillo de brillantes y perlas.

Sobre su lábio superior, rosado y de encantador dibujo, brotaba un fino bigote negro y rizado.

El, por su parte, contemplaba á Catalina con tanta sorpresa como admiracion; su mirada era tan brillante y atrevida que hizo bajar los ojos á la jóven.

Pero esta impresion de pudor debia ser muy pasajera en una criatura degradada tan precozmente como aquella niña.

Cuando volvió á levantar los ojos, halló aún fijos

en su rostro los del recién llegado, y entónces ya no los volvió á inclinar, sino que sostuvo su audaz mirada sonriendo con una especie de maligna complacencia.

—Buena mujer, dijo al fin el jóven, separando con trabajo sus ojos de los de Catalina, ¿os llamais Eric?

—Sí, señor, respondió la anciana.

—¿Esta jóven es Miss Catalina Howard?

—Sí, señor.

—Pues vengo á buscarla.

—¿De parte de quién?

—De parte de la duquesa de Norfolk, su abuela; soy Edward Madox, su gentil hombre.

—¿Me traeis una sortija dividida por la mitad?

—Vedla aquí.

Y sir Edward sacó de una bolsita de seda la mitad de una sortija de oro, lisa.

Eric sacó otra mitad igual; la unió á la que le presentó el jóven y vió que se ajustaba á ella perfectamente; luego guardó los dos pedazos y dijo:

—Podeis llevaros á Miss Howard.

Sir Edward tomó bajo el suyo el brazo de la jóven, y se dirigió al sitio donde habia dejado su caballo.

Pero ésta se desasió de aquella dulce presion, y se acercó á la anciana.

—Hasta la vista, madre mia, dijo; yo volveré á verte.

Luego siguió al enviado de la duquesa de Norfolk, quien montó y la colocó delante, rodeando cariñosamente el esbelto y delicado talle de la joven con su brazo.

Reinaban el silencio y la oscuridad; sólo se oía suspirar á la brisa en aquella hermosa noche de estío, y el murmullo de las dulces palabras que el caballero Madox dirigia al oído de Catalina.

—Me extrañan y me admiran vuestras frases, señor, dijo la joven con mal segura voz; ¡jamás he oido otras iguales, ni áun parecidas!

—¿Es eso cierto? preguntó Madox. ¿Jamás habeis amado?

—Sí, amaba á Patrik, quien á su vez me amaba mucho.

—¿Y quien era Patrik? preguntó el caballero, cuyas cejas se fruncieron.

—El hijo de Eric.

—¿Y qué os decia?

—Hablaba poco, y nada de lo que decia era tan dulce como lo que vos me decís.

—¿Será posible!

—Es la verdad.

Hubo una pausa.

Entre los dos jóvenes apenas se reunian treinta y tres años, y Madox temblaba porque aún no habia amado, y lo que era más extraño, aún no habia dicho á ninguna mujer palabras de amor.

De repente sintió que la cabeza de Catalina pesaba sobre su hombro; inclinóse y la vió dormida.

Entonces besó sus cabellos y sus ojos.

La joven entreabrió los párpados, se sonrió y los volvió á cerrar.

Ya la aurora llamaba á las puertas del Oriente cuando los dos jóvenes llegaban al palacio de Norfolk, al que hubieran debido llegar á las diez de la noche, porque sólo distaba dos leguas de la cabaña de la vieja Eric.

Aquellas dulces horas de amor no se borraron de la memoria de Catalina, ni áun en medio del esplendor del trono á que poco despues se vió elevada.

Cuando la luz del nuevo dia iluminó su frente, habia en ella una tristeza profunda.

Catalina recordaba con horror la pasion de Patrik, y vió lo que aquel le habia arrebatado.

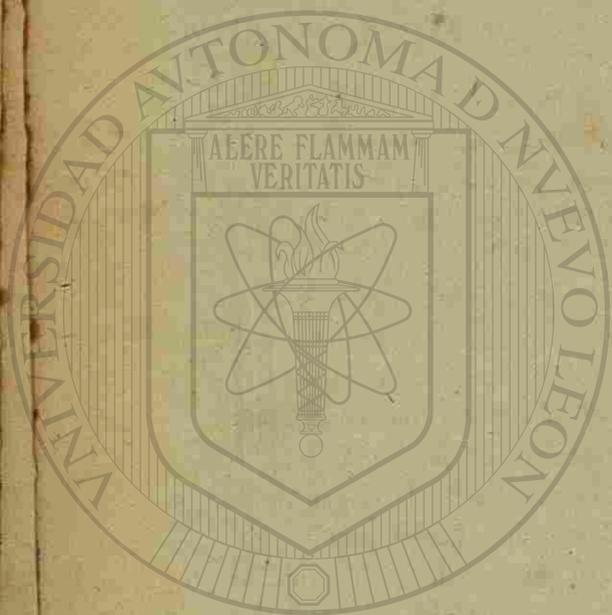
El amor iluminó su alma con una luz terrible, haciéndola comprender toda la extension de su desgracia.

—Catalina, le dijo Madox en voz baja al entregarla á las doncellas de la duquesa: ¡te amo! ¿Me amarás tú?

—¡Sí! respondió ella presentándole la mano con ternura.

—Entonces, ¡adios! Y sea cualquiera la suerte que te destinen, ninguna podrá separarte de mí.

Dichas estas palabras desapareció sir Edward, y Catalina le siguió con una mirada pensativa y profunda.



### III.

Catalina fué conducida por las doncellas de la duquesa á una habitacion interior, donde se la desnudó de su pobre traje blanco, vistiéndola otro de seda, de valor muy subido.

En tanto que tenia efecto esta trasformacion, las cuatro jóvenes ocupadas en ella la miraban con aire maligno y burlon, riéndose de su porte inocente y casi simple.

En el interior de la casa del duque de Norfolk reinaba la más deplorable licencia; llena de servidores jóvenes de ambos sexos, que no eran vigilados por nadie, el día era un festin no interrumpido y la noche una orgía continuada.

Las camareras interrogaron á Catalina, quien respondió á todas sus preguntas con mucha ingenuidad.

Dijo lo que sabia; que jamás había visto á su madre y que ignoraba si su padre seria un caballero de faz severa que cada año iba á entregar á Eric una suma para pagarle sus cuidados; que habia vivido siempre en la más absoluta soledad, pero que desea-

ba vivamente ir á Londres, de cuya ciudad tantas cosas hermosas le contaba, cuando vivía, su nodriza la buena Jenny, y que el corazón le decía que más tarde ó más temprano iría á la corte.

—Luego ¿habeis venido contenta? le preguntó una de las camareras.

—¡Oh, sí! ¡muy contenta! respondió Catalina; cuyos hermosos ojos negros chispearon con una ingénua alegría; dicen que aquí todas las jóvenes visten seda y encajes, y buena prueba de ello es el hermoso traje que me habeis puesto.

Una de las camareras pasó recado á la duquesa de que Miss Howard se hallaba ya dispuesta, y volvió con la orden de conducirla á su presencia.

Nada podia buscarse más encantador que Catalina.

Su talla mediana, pero de exquisitas formas, parecia modelada por las Gracias.

Sonreian á un tiempo sus labios de carmin y sus negros ojos; su rica cabellera de color castaño estaba ceñida con una gruesa sarta de perlas.

Un traje de seda azul, con peto y escote de raso blanco, dibujaba su talle de ninfa, y dejaba ver sus piececitos calzados de satin blanco.

Cuando le dijeron que iba á ver á su abuela, se turbó y empezó á temblar.

—No le falta motivo para ello, dijo una de las camareras; la duquesa la trae á casa sólo por compla-

cer al duque, y su recibimiento no ha de ser muy halagüeño.

Estas palabras, tan poco tranquilizadoras, aumentaron la emocion de Catalina, quien por fin, pálida y turbada, siguió á una de las jóvenes que la condujo á la presencia de su abuela.

Era ésta una señora de setenta años, alta y muy delgada.

Su aspecto era frio, severo y en extremo orgulloso.

Ocupaba en una suntuosa estancia que le servia de dormitorio, un sillón con dosel; apoyaba los piés en un almohador de seda, y tenia, detrás de su asiento, dos pajes que se relevaban constantemente para atender á sus menores caprichos.

Midió á Catalina con una ojeada desdeñosa, y luego le hizo una seña para que se aproximase, pues la pobre niña se habia quedado cerca de la puerta, trémula y confusa.

—Su Gracia dice que os acerqueis, señorita; observó una de las camareras.

La joven dió algunos pasos más.

Lady Norfolk hizo otra seña.

—Su Gracia quiere veros más de cerca, volvió á decir la camarera.

Catalina llegó hasta casi tocar el sillón de la duquesa.

—Querida señorita, dijo ésta; habeis venido á esta

casa para cumplir el deseo del duque, mi esposo, no para satisfacer el mio; no os conocia, ni lo deseaba; vuestro padre, Tomás, ha sido siempre el más ingrato de mis tres hijos y también—fuerza es decirlo—aquel á quien menos amo; á vuestra madre no la he conocido; dicen que era hermosa, lo que creo al veros, è hija de un pescador, lo que me es del todo indiferente.

Catalina, no sabiendo qué responder, calló y dobló la cabeza ruborizada.

—Segun me han contado, prosiguió la duquesa, habeis sido criada como un arbolillo inculto; ¿qué edad teneis?

—Trece años y dos meses, respondió Catalina con voz trémula.

—Me llamareis señora, continuó la anciana; vuestro padre está en Escocia; ha renegado de nosotros y para nada me acuerdo de él; vuestra madre creo que murió; por consiguiente, lo que Su Gracia el duque, mi esposo, hace por vos, no es otra cosa que una caridad que debeis agradecer; ahora idos; ninguna obligación os impongo; divertíos lo más que podais y aprended á estar linda, que es hoy el medio de hacer fortuna.

La duquesa, dichas estas palabras, hizo con la mano una señal desdenosa.

Catalina permaneci6 inm6vil.

—Su Gracia, os manda retirar, señorita, dijo una

de las camareras; saludad, y seguid á mi compañera.

La jóven hizo con bastante torpeza una cortesía, y siguió á la otra doncella, que no se habia movido del lado de la puerta.

—¿Tiene Vuestra Gracia alguna órden que darnos respecto á Miss Howard? preguntó la camarera que daba instrucciones á Catalina, acercándose respetuosamente á la duquesa.

—No, respondió ésta; ninguna; tenedla con vosotras; no os impongo otro deber que el de impedirle que salga sola.

Las dos criadas y Catalina se retiraron.

La jóven fué conducida á una estancia muy grande que debia ser la suya, y que además de la puerta de entrada tenia otra falsa que conducia al pátio de palacio de Norfolk.

Aquella sala, con techo y ensambladuras de cedro, era triste y oscura.

Una gran cama con cortinas de sarga verde, algunos siales, un enorme espejo, y una mesa cargada con todos los objetos de tocador que se usaban en aquel tiempo, constituian su adorno.

En un ángulo habia un cofre antiguo que contenia algunos trajes, hechos ya, de buen gusto y graciosa forma, pero todos usados.

Era que las camareras se habian repartido y guardado la suma entregada por la duquesa para equipar

á su nieta, y habian equipado á ésta con todos los vestidos de deshecho; sin embargo, la pobre niña quedó deslumbrada ante su vista.

—Ya es la hora del almuerzo, le dijeron las dos camareras que la acompañaban. ¿Quereis bajar á nuestro comedor?

—Con mucho gusto, respondió Catalina.

—¿Teneis hambre?

—Un poco; desde ayer por la mañana nada he comido; pero yo creí que me sentaría á la mesa de mi abuela.

—¡Pues no es poco presuntuosa la creencia! exclamó riendo á carcajadas una de las jóvenes; bien se vé que no conocéis áun á Su Gracia.

—¿No soy su nieta?

—Habeis de saber que desde que fué favorita del rey, padre del actual Enrique VIII, ni áun su mismo esposo ha podido lograr comer con ella.

—¡Pues qué! ¿Come sola? preguntó Catalina, que no comprendia la verdadera acepcion de la palabra favorita.

—Siempre sola.

—¿Y no se aburre?

—No lo sabemos; pero vamos al comedor; allí habeis de estar alegre, decidora; nuestra mesa es tan animada como silenciosa la de Su Gracia; hay en casa algunos jóvenes servidores que son galantes y amables y nos obsequian mucho; entre ellos sir Edward Madox...

—¡Ah! ¿almozará con nosotros sir Madox? preguntó Catalina estremeciéndose de alegría.

—Sí, por cierto; más, ¿por qué os habeis puesto encarnada?

—No sé... él fué quien me trajo aquí...

—¡Es verdad, ya lo habia olvidado! y por cierto que no le disgustaria la comision al picarillo! Y, ¿qué os dijo?

—Muchas cosas que yo no habia oido nunca!

—¿Y eran cosas dulces?

—¡Oh, sí, muy dulces!

—¿Entónces quiere decir que os hizo el amor?

—Yo no sé lo que se llama hacer el amor, respondió Catalina; sólo si recuerdo que me dijo que me amaba.

—¡Pues, lo que dice á todas! No os lleveis chasco, querida señorita; desde hace un año que sir Edwar se halla al servicio de la duquesa, nos ha hecho el amor á todas; así, pues, divertíos con él lo que podáis; pero no tomeis por lo sério lo que os diga; procurad que no os palpite así el corazon y que no se cambie el color de vuestro rostro, porque se reirán de vos.

—¡Reirse de mí! ¿Y quién?

—Todos los de casa, y sir Edward también. ®

—¡Es imposible! ¡Parece tan bueno, tan noble!

—¿El?

—Más que nadie.

—Es un seductor consumado, no os digo más.

La camarera hubiera podido ahorrar también estas palabras, porque Catalina no las comprendió.

La pobre criatura, seducida tan temprano, no sabía lo que era un seductor.

Siguió á las camareras al comedor, y sus ojos sólo distinguieron á Madox entre todas las personas que estaban sentadas en derredor de la mesa.

Sir Edward estaba más elegante, más gallardo, más perfumado que la víspera, y al ver á Catalina, se iluminó su semblante con una alegría demasiado viva para ser fingida.

Levantóse de la mesa, tomó la mano á la jóven, y la colocó en un asiento á su lado.

Todo esto fué observado por los concurrentes, y comentado con palabras bastante libres y risas insolentes; pero Catalina no veía nada, absorta en mirar á Madox, que se había hecho dueño de toda su alma.

## IV.

El comedor de la servidumbre de la duquesa de Norfolk era grande y suntuoso; la enorme mesa, colocada en el centro, resplandecía con una rica vajilla de plata.

Servían á los pajes, camareras y gentiles-hombres, otros criados inferiores, colocados de pié detrás de sus sillas.

Había reunidas en torno de la mesa unas treinta personas; pues la servidumbre de la duquesa era tan numerosa, que contaba hasta con cuatro músicos para su capilla.

Además de sus tareas de gentil-hombre, Madox desempeñaba también las de cantor de la capilla; poseía una voz encantadora de tenor, y cantaba con afinación y maestría.

Cada uno de los comensales dirigió á Catalina una atrevida mirada y algunas palabras bastante licenciosas.

La jóven tenía hambre; comió y le hicieron beber

algunas copas de espirituoso vino, que trastornó su cerebro, pues en toda su vida lo habia probado.

Aquella alegre reunion se encargó de *ilustrarla* en lo que ellos llamaban arte de vivir, y pronto empezaron á darle consejos.

El almuerzo se prolongó más de lo ordinario en honor de la huésped, y terminado, Madox se encargó de acompañarla á su cuarto.

—Gallardo trovador, dijo una de las camaristas, creo que te declaras el amante de Miss Howard; ¿acaso me engañan mis ojos?

—No, por cierto, respondió Madox con frialdad.

—¿Vas á emprender su conquista?

—La amo con toda mi alma.

—¿Te casarás con ella?

—Mañana, si ella no fuera de tan elevada condicion.

—Ya ves, sin embargo, que su ilustre abuela la arroja como un delicioso pasto á los libertinos de su servidumbre.

—Ya lo veo; pero eso no impide que ella sea hija de lord Howard y que yo no pueda casarme con ella.

—¡Ay, Dios! ¡Así decia tambien Patrik! exclamó imprudentemente Catalina.

—¡Patrik! exclamó Madox con la voz alterada.

—¿Qué decia ese Patrik? preguntaron las mujeres con una risa maligna.

—Patrik, respondió la inocente Catalina, era el hi-

jo de mi buena Eric; el marido de mi nodriza, que ya murió.

—¿Pero qué os decia? ¿qué os decia?

—Que si hubiera sido pobre como él, se hubiera casado conmigo.

—¿Luego os amaba?

—¡Mucho! ¡No os podeis figurar las caricias que me hacia!

Una carcajada general acogió estas palabras; y Catalina, malignamente excitada, dió más detalles del amor de Patrik, de aquel funesto amor, que Dios quiso castigar con una muerte tan prematura como dolorosa, para el infeliz amante de Catalina.

Madox escuchó todo aquel relato, cambiando muchas veces de color.

Cuando terminó, ya no era la misma la expresion de su rostro.

Una sonrisa amarga plegaba sus lábios; habia creido á Catalina un ángel; pero el ángel acababa de despojarse ante sus ojos de su nevada vestidura.

En cuanto á los demás, la pobre niña no era ya más que una muchacha perdida.

Al levantarse de la mesa, todos encargaron al músico que, puesto que acompañaba á Catalina, no dejase de *aprovechar* el tiempo.

—¿Qué teneis, sir Edward? preguntó tiernamente la niña, así que hubieron salido del comedor; me parece que os habeis puesto triste.

—¡Sí! Estoy muy triste, Catalina, respondió el jóven.

—¿Por qué?

—Porque veo que otro os ha amado ántes que yo.

—¿Y qué culpa tengo yo de eso? preguntó Catalina; yo, en cambio, no he amado á nadie más que á vos!

—No es un caso igual.

—¡Ya lo sé! como que vos habeis hecho la corte á todas las camaristas de mi abuela, segun dicen ellas.

—¿Quién hace caso de lo que dicen?

—¡Yo! Os amo y se me desgarraba el corazon al oirlo.

Habia en el acento de Catalina tanta ternura al pronunciar estas palabras, que Madox olvidó su dolor y estrechó la mano de la jóven.

—¡Pobre niña! murmuró: ¡qué culpa tienes tú de tu desgracia! Y porque no te he conocido ántes para librarte del abandono en que te han dejado tus orgullosos parientes!

Llegaban, al decir esto, á la puerta de la cámara de Catalina.

Madox entró, se dejó caer en un sitial y paseó por la ancha y sombría estancia una mirada melancólica, pensando en lo que debía padecer allí el espíritu juvenil y alegre de Miss Howard.

Mi querida niña, le dijo; veo que habeis nacido bajo la influencia de alguna estrella fatal; no teneis

más recurso que morir de melancolia, olvidada de todos, ó entregaros á los desórdenes que tienen lugar en esta casa.

—Yo sólo deseo vuestro amor, respondió Catalina con la suave ternura que parecia formar la base de su caracter; pasaré todo el dia contenta, sola y retirada en esta triste habitacion, si tengo la esperanza de veros un instante por la velada y á la hora de las comidas.

—Pues bien, Catalina, repuso Madox; si mi cariño puede consolaros en vuestra orfandad y abandono, éste no os faltará.

—Yo no sé leer, repuso la jóven como respondiendo á un pensamiento secreto y triste que la ocupaba; no sé escribir, no sé rezar... á nada me han enseñado; pero sabré amarte para siempre y con todo mi corazon.

Y Catalina Howard, la nieta del poderoso y soberbio duque de Norfolk, besó la mano del músico Madox, como implorándole que le permitiera amarle en medio de la triste soledad á que se veia condenada.

Dos años pasaron para Catalina en el palacio de sus abuelos, sin que ni una sola vez la Duquesa la llamase á su presencia ó preguntase por ella.

Tampoco el duque, enteramente absorto con los negocios de Estado, pensaba en su nieta: decíase que habia hecho bastante con llevarla á su casa y que nada más tenia ya que hacer.

Pero la fama de la peregrina belleza de la joven se habia extendido por todo Londres, y era ésta en verdad, tan notable, que pocas, muy pocas mujeres hubieran podido rivalizar con ella.

Conservaba toda su figura, en medio de su desarrollo, un carácter delicado y juvenil que la hacia más encantadora y le prestaba nuevas gracias, y habia en su mirada una modestia angelical unida á una seductora dulzura.

Volveremos á encontrarla en una fria noche de Enero, sola en su cuarto y sumergida en una tristeza profunda.

Sentada junto á una mesa de piés torneados, sobre la cual ardía una lámpara de bronce, tenia la cabeza apoyada en la palma de la mano.

En sus mejillas habia señales de lágrimas recientes y todas sus facciones respiraban un abatimiento doloroso.

El silencio dominaba ya en el sombrío palacio de Norfolk, no obstante ser sólo las diez de la noche.

A las nueve habia terminado la cena.

Los duques dormían y, exceptuando alguna intriga particular, en las habitaciones de los servidores, nada turbaba el reposo y el silencio.

Catalina permaneció largo rato en la misma posición.

Su cabello estaba peinado liso, cuya circunstan-

cia aumentaba la palidez de sus facciones, siempre encantadoras.

Oyóse un leve rumor en una galería situada detrás de su aposento, y levantó vivamente la cabeza.

Entónces pudo verse á su expresion de cansancio y de fatiga, suceder otra de gozo y de inquietud; brillaron sus ojos y se animaron sus mejillas.

—¡Ya viene! murmuró; ¡gracias al cielo!

Mas el rumor, ocasionado sin duda por el viento de aquella helada noche, se desvaneció en el silencio de las sombras, y nadie apareció á los ojos de Catalina.

Esta volvió á su dolorosa actitud, y murmuró, como hablando consigo misma.

—¡No! ¡No es él! ¡Dios mio, no es él! ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué me abandona así?

De nuevo se oyó otro ruido y de nuevo se operó una extraña metamórfosis en el rostro de Catalina.

Pero esta vez no se engañaba.

La puerta se abrió y un caballero apareció en el umbral.

Era su amante; Edwar Madox.

Catalina dejó escapar un grito de alegría y corrió hácia él.

—¡Ah! cuanto me ha hecho sufrir vuestra tardanza! exclamó tomándole de la mano: ¿Por qué no habeis venido ántes?

—Héme aquí ya; repuso Madox con frialdad.

Y avanzando hácia el fondo de la estancia, la débil luz de la lámpara iluminó sus facciones correctas y encantadoras.

Su semblante, al perder el fresco colorido de la primera juventud habia ganado mucho en belleza; habia esparcido en sus facciones un suave tinte de melancolía, pero habia tambien en ellas una muy marcada expresion de hastío.

—Edward, dijo Catalina, observo que ya no me amais, y he querido veros para preguntaros el motivo.

—Me preguntais una cosa á la que no me es posible responderos, señorita, contestó el músico sentándose en un escaño al lado de Catalina.

—¡Cómo! ¿No sabeis por qué habeis dejado de amarme?

—No. El corazon tiene sus caprichos, independientes de la voluntad.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Catalina: ¡Ni siquiera trata de engañarme! ¡Ni siquiera niega la evidencia de su ingratitud!

—¿Y de qué serviría? Ya habeis conocido lo que yo trataria en vano de ocultaros.

—¿De qué sirven entónces los juramentos de amor? exclamó amargamente la jóven.

—De nada, señorita, respondió Madox; de hoy en adelante no pediré ya promesas de eterno cariño, ni las haré tampoco, porque tanto valdria pedir al cielo

una serenidad eterna, á la floresta eternos perfumes, y al arroyo perpétua transparencia: la naturaleza varía y tambien nuestro corazon.

Catalina no respondió, y sólo se oyó un sollozo que salió de su pecho oprimido.

—No sé, en verdad, porqué os aflijis de esa suerte, prosiguió Madox; ya teneis otro amante, y...

—¡Otro amante! gritó Catalina: ¿quereis añadir la cobardía del insulto, á la cobardía del abandono?

—¿Qué título dais, pues, á Mister Durham, gentil-hombre del Duque?

Catalina se puso pálida al oír estas palabras; pero volviendo en sí de su primera sorpresa, respondió:

—Sir Durham me ama y me asedia desde pocos dias despues de haber sido admitido al servicio de mi abuelo; pero, ¿quiere esto decir que yo le haya dado esperanzas?

—Catalina, dijo Madox, escuchadme: he dejado de amaros, pero os voy á hablar con la franqueza propia de un buen amigo, cosa que tal vez lograreis pocas veces en esta vida: teneis sólo quince años, es decir, que os hallais al principio de ella y ya estais manchada para siempre... No sin profundo dolor me acuso de haberos lanzado por el sendero del vicio, pues, cuando ya os conocí, habias sido más desgraciada que culpable; pero el mal está hecho... y sois una sirena peligrosa por dos razones.

—¡Pobre de mí! exclamó Catalina llorando; me

llamais peligrosa cuando me veis anonadada por el dolor!

—Ese dolor pasará, no lo dudeis, y volveréis á la vida y al amor.

—¿Creeis, acaso, que yo ame á Durham?

—Le amareis; lo más asombroso es el contraste que ofrece el veros gastada por las pasiones hasta un punto increíble, y el anhelo insaciable que teneis de amar.... Además, sois ambiciosa, ligera, vana, y Durham es conquista que os cansará dentro de breve tiempo. ¡Sí! En esta nueva intriga, sereis vos la que primero se canse de los dos.

—¡Oh, no lo dudo! murmuró Catalina, no lo dudo, porque yo no le amo! Mi único amor en este mundo habeis sido vos, Edward. ¿Por qué os habeis cansado de mí? ¿Qué os he hecho? ¿Os he ofendido en algo?

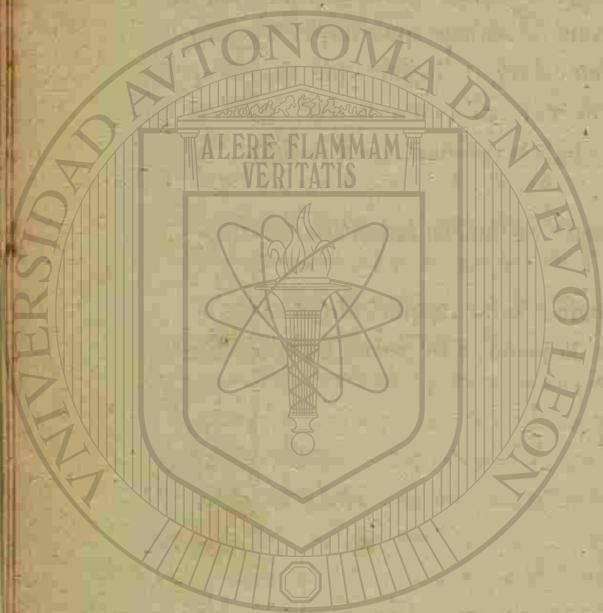
—No, pobre y desventurada niña; en nada me habeis ofendido; pero ¿qué quereis? Dos años de intimidad han acabado con mi constancia; yo tambien os he amado mucho, y necesito descansar; tal vez algun dia venga á pedir os amor, en nombre de esta entrevista, porque yo sé bien que jamás puedo ocupar mi alma toda, en un objeto más adorable.

—Sir Edward, repuso Catalina con nobleza, de aquí habeis de salir extraño á mí para siempre, puesto que así lo quereis; vos habeis roto sin motivo alguno los lazos que nos unian y que por mí hubieran

durado tanto como mi vida; no esperéis, pues, volverlos á unir jamás; hubiera podido casarme con vos, sí, hubiérais podido ser el esposo de la nieta del Duque de Norffolk; pero no lo habeis querido; en vuestras manos he sido sólo un frágil juguete que habeis arrojado cansado de él; sea enhorabuena; salid de aquí, porque me habeis perdido para siempre; ¡he muerto para vos!

Y Catalina señaló al músico la puerta con imperioso ademán.

Este no respondió; salió despues de haberse inclinado delante de la jóven, y se perdió en la sombra de la galería.



## VI.

Miss Howard, ya fuese por vengarse del abandono de Madox, ó ya cediendo á aquella imperiosa necesidad de afectos que el músico le habia echado en cara, y que realmente existia en ella, aceptó desde el dia siguiente los homenajes de Durham, gentil-hombre de cámara de su abuelo.

Por desgracia suya, Durham valia ménos que su antecesor; ambicioso y duro, sujetó bien pronto á Catalina á sus tiránicos caprichos y la hizo derramar muchas y amargas lágrimas.

Durham poseia tambien una bella figura; sus hermosos y grandes ojos negros, llenos de fuego, se abrian bajo una frente ancha y elevada, morena por el sol de Escócia; sus facciones todas eran enérgicas y pronunciadas, pero estaban llenas de armonía; vestia con gusto y riqueza, y era, en fin, una conquista que podia, si no hacer dichosa á Catalina, porque jamás lo es el amor culpable, al ménos balagar su amor propio.

Por su parte aquel hombre fogoso, arrebatado y

duro, amaba á la jóven con ese amor profundo y exclusivo del sér excesivamente fuerte al sér muy débil; sus homenajes fueron dirigidos al principio por la ambicion, y llegó á creer que el Duque le daría á su nieta por esposa; pero despues que la conoció por sus íntimas relaciones, que pudo apreciar la inocencia del alma que la jóven habia conservado en medio del libertinaje, y la adorable bondad de su corazon; sus miras codiciosas dejaron lugar á una pasion verdadera y profunda.

Peró Miss Howard temblaba á la sola idea de unirse con lazos eternos á aquel hombre duro y violento; siempre que él le hablaba de casarse, la jóven huía la conversacion, y no pocas veces le respondió estas palabras:

—¿Qué falta nos hace casarnos? Yo creo que la cadena de matrimonio pone fin al amor; vivamos así, y no pidamos más al porvenir.

Entre tanto, la vieja Duquesa de Norffolk habia reparado en la creciente hermosura de su nieta, y la llamaba alguna vez á su presencia, regalándole joyas y ricos trajes y adornos; y en la sociedad de la Duquesa fué donde Catalina empezó á desear elevarse á la clase en que habia nacido, y donde empezó á detestar la abyeccion en que durante tantos años de su vida la habia tenido sumergida el abandono de sus parientes.

Sin embargo, la pobre niña no sabia aborrecer; á

pesar del dolor que invadia su alma al recordar que habia sido víctima, casi desde la cuna, de la más culpable seduccion, jamás acusaba á sus parientes y se limitaba á llorar en silencio y á decirse en voz baja:

—¡Cuán desgraciada soy!

Poco á poco, y casi insensiblemente, se fué separando de la sociedad de los criados de sus abuelos, y de este modo, dejó de ver á Madox, viviendo más tranquila porque verdaderamente le habia amado con toda su alma.

Pronto corrió la voz de la peregrina hermosura de la jóven, y el frio y silencioso palacio de Norffolk volvió á animarse con la asistencia de los jóvenes de la primera nobleza.

—Me han dicho que teneis una nieta hermosísima, dijo un día el rey al anciano Duque.

—Es bastante linda, en efecto, respondió éste; pero tal vez han exajerado á V. M.

—Desearia verla.

—Cuando V. M. se digne concederle este honor, traeré á Catalina.

El rey, preocupado con sus horribles venganzas conyugales, olvidó aquel deseo que murió casi al mismo tiempo de nacer.

Entre tanto, Madox volvía á amar á Catalina desde que habia desaparecido de su vista.

Era una de esas naturalezas viciadas que sólo

aman lo imposible, y que se hastian de todo lo que está al alcance de su mano.

Conforme Catalina iba encumbrándose, se alejaba de él. Al recobrar su rango, se elevaba sobre el de su antiguo amante, y éste empezaba á conocer el tesoro que, por su culpa, habia perdido.

En su pena entraba, por lo ménos, tanto de ambicion como de amor, y en la soledad de sus noches, se decia que hubiera podido casarse fácilmente con la hermosa y rica nieta del Duque de Norffolk.

Comenzó á seguirla, á asediarla, á esperarla en la galeria cuando iba á la capilla, y el corazon de la jóven volvió á agitarse con los recuerdos de su perdido amor.

Pero este cambio no podia escaparse á las miradas recelosas de Durham. Apercibióse de lo que pasaba, y pidió una audiencia al Duque.

—Señor, le dijo, he solicitado la honra de hablarnos para pedirnos otra mayor, y de la que depende la felicidad de toda mi vida.

—Habla, Durham, contestó el Duque. Ya sabes que te estimo y que deseo complacerte.

—Pues bien, milord; concédame vuestra gracia la mano de Miss Howard.

El anciano retrocedió como si hubiera pisado una serpiente.

—¡Qué es lo que oigo! exclamó: ¿te atreves tú, vil servidor, á aspirar á la mano de mi nieta?

—Señor, respondió el gentil-hombre, me atrevo á tanto porque nos amamos.

—¡Mientes! Catalina no puede amar á un hombre de tu clase.

—Sin embargo, milord, hace ya tres meses que tenemos relaciones bastante íntimas, repuso Durham, cuyo carácter duro se exasperaba con las dudas del Duque acerca de sus amores con Catalina; y es extraño, añadió, que esto admire á Vuestra Gracia, por cuanto habiendo vivido tanto tiempo entre nosotros, no podia suceder otra cosa.

—¡Insolente! gritó el Duque; sal al instante de mi casa.

—Voy á obedecer á milord; pero ántes debo decirle que Miss Howard ha vivido dos años en trato amoroso con Edwar Madox, músico y gentil-hombre de Su Gracia, la señora Duquesa, y que sus relaciones, rotas cuando me conoció á mí, parecen próximas á reanudarse. Madox fué el seductor de Miss Howard, y yo le sucedí.

Dichas estas palabras, Durham se inclinó delante del Duque y salió de su habitacion, donde tan orgullosa y confiadamente habia entrado.

El soberbio anciano quedó en un estado de ira difícil de pintar.

Figurábasele que la córte entera iba á saber en breve su mengua, y por dos ó tres veces se le ocurrió la idea de encerrar á Catalina en uno de sus castillos, y tenerla prisionera en él hasta el fin de su vida.

Parecióle, sin embargo, esta correccion demasiado dulce, y fué á buscar á la Duquesa.

—No desmiente la sangre que tiene, dijo ella, y me parece, en efecto, castigo muy leve el encerrarla en un castillo señorial; volvedla á la oscuridad y á la miseria de donde en mal hora la saqué cumpliendo vuestros deseos; volvedla allí y que no salga de la cabaña de Eric más que para el sepulcro; no podeis hacer cosa mejor; pierda su rango la que no ha sabido conservarlo ni hacerse digna de él.

## VII.

Eraa las ocho de una lluviosa y fria noche de invierno, cuando el palacio de Norffolk abrió su antigua y pesada puerta de maciza encina y dió paso á una litera exculpulosamente cerrada con cortinas y llevada por dos hombres fuertes y robustos.

Por sus trajes toscos, se conocia que no pertenecian á la servidumbre de la casa del Duque, sino que que más bien eran labriegos llamados allí para cumplir algun servicio.

Trás de la litera salió un caballero de gallarda estatura y hermoso rostro; aproximóse á uno de los costados, separó uno de los pliegues de seda de la cortina, y dijo, con un dolor mal reprimido, y en el que habia algo de colérico.

—¡Y qué! ¿Os destierran al fin?

—Ya lo veis, Madox; respondió desde el fondo de la litera la dulce voz de Catalina; me arrojan de aquí. Mis abuelos no han querido verme, á pesar de mis súplicas.

Las lágrimas ahogaron su acento; despues de una pausa, continuó:

—Yo no sé qué ha pasado. Esta mañana me levanté tranquila y risueña, y fuí á saludar á mi abuela que me recibió con cariño. ¿Qué ha sucedido, pues? Dicen que Durham salió ayer tarde de casa llevándose todo su equipaje y que no ha vuelto. ¿Me habrá delatado á la Duquesa como amante suya?

—Es indudable, porque está en extremo celoso.

—¿De quién?

—De mí; y ya que esto es cierto, Catalina, ya que sufrís el mal que os ha causado mi amor, permitid que os acompañe y que no rompa la ausencia ni vuestra desgracia, los dulces lazos que nos unen; en vuestra cabaña puedo veros todos los días y podemos amarnos como aquí; los que os han arrojado de esta casa, se olvidarán de vos, puesto que ya está satisfecha su ira.

—¡Ay! Demasiado lo sé, murmuró entre sollozos Catalina.

—Permitidme, pues, que os acompañe, insistió Madox; si tuviera bienes de fortuna, os juró que dejaría mi empleo en casa del Duque y me iría con vos á la cabaña de Eric, donde os conocí y empecé á amaros; pero esto no puede ser y tendré que contentarme con ir á veros cada día ó cada noche.

—No, Madox, respondió Catalina; dejadme tranquila y olvidadme; necesito calma y sosiego, ade-

más... no quiero ocultarlo, el rango que pierdo es ya preciso para mí; quiero ver si le recobro desarmando á mis abuelos con mi humildad; á nadie veré y tal vez vuelvan á llamarme á Lóndres al cabo de algun tiempo.

—¡Ah, Catalina! ¡Veo que la ambición os domina ya!

—Tal vez tengais razon y tal vez os engañeis, repuso la jóven; yo misma no sé darme cuenta de lo que pasa en mi alma; pero os aseguro que, si supiera que habia de vivir siempre en la pobreza y en la oscuridad, preferiria morir. Adios, Madox, prosiguió la jóven, sed feliz y olvidadme; no vayais á la casita blanca de Eric, porque podríais hacer mi suerte más desgaciada.

La jóven hizo una señal al decir estas palabras, y la litera, que se habia detenido, se puso en movimiento conducida por los dos gañanes, que, silenciosos y sombríos, como si hubieran sido de piedra, no pronunciaban una sola palabra.

Poco tardaron en llegar á orillas del lago; llamó uno de ellos á la puerta de la casita, y la voz cascada de Eric preguntó desde adentro llena de susto:

—¿Quién va?

—Abrid, madre mia, dijo Catalina saltando al suelo.

—¡Dios de los buenos! ¿Qué es lo que oigo? murmuró la anciana. ¡Catalina aquí!

—¡Sí, yo soy!

Abri'se la puerta, y la anciana abrazó á la que la

llamaba nodriza por ser madre de la que la habia amamantado.

Eric habia cambiado poco; llegada á ese grado de vejez que ya parece el último, apenas se conocia la rapidez con que descendia al sepulcro.

Los dos hombres volvieron á salir con la litera, y la anciana y la j'ven quedaron solas.

—¡Ah, Dios mio! ¡Qué hermosa estás, exclamó Eric uniendo sus manos con admiracion; mucho más hermosa que cuando me dejaste! ¡Pareces un ángel!

—¿De veras, mi buena madre? preguntó Catalina mirándose á un espejo y sonriéndose de una manera que decia muy claro que habia olvidado todas sus penas. ¿Es cierto que os parezco hermosa?

—Jamás, hija mia, han visto mis ojos belleza igual á la tuya.

—¡Ay! ¡De cuán poco me ha servido! exclamó con tristeza Catalina; héme aquí, mi buena madre, arrojada del palacio de mis abuelos y abandonada de nuevo á mi desventurada suerte.

—Tu suerte será tan brillante, que causará admiracion á las más elevadas damas del reino, dijo Eric alzando al cielo los ojos con expresion inspirada y profética; no marchites llorando tu belleza, y espera!

Catalina se retiró á su antiguo aposentillo, y se durmió muy pronto con la cabeza llena de las más bellas y halagüeñas esperanzas.

## VIII.

Algunos meses pasaron.

Un día Catalina que esperaba, aburriéndose, el cumplimiento de la prediccion de Eric, oyó trompas de caza y corrió á la puerta de la cabaña.

Oyó de lejos una cabalgata, pero no vió á nadie y se sentó tristemente á la puerta, en el mismo sitio donde se hallaba la noche en que fué á buscarla Madox de parte de su abuela, y en que habia partido á la grupa de su caballo.

Miss Howard pensaba con amargura en lo poco que hay que fiar en el corazon de los hombres.

El suyo se habia gastado; pero, sin embargo, su orgullo se afligia de la facilidad con que sus dos amantes se habian consolado de su pérdida.

Ni Madox, ni Durham habian hecho la menor tentativa para volver á verla en su destierro.

Es verdad que ella misma se lo habia prohibido al último; pero, ¿debia éste conformarse tan fácilmente con la prohibicion?

¡Jamás lo hubiera creído Catalina!

He dicho que su corazón estaba gastado y marchito, y lo estaba hasta un extremo tal para el amor, que pudiera creérsele muerto, á la edad en que el de las demás mujeres aún no ha despertado.

Sus sueños se concretaban á la vanidad, al lujo.

Catalina se decía que soportaría con ménos trabajo á aquel de los hombres que más la elevase sobre las demás mujeres.

Así discurría, cuando oyó el galope de un caballo, y muy pronto salió un caballero de la espesura de un bosque inmediato.

Su traje era espléndido, y no lo eran ménos los arreos de su caballo blanco, que venía cubierto de sudor.

—Hermosa niña, ¿querriais darme un poco de agua? dijo á Catalina con acento suplicante; me he perdido y voy muerto de sed y de cansancio.

—Entrad á descansar aquí, milord, dijo Catalina, y yo tendré á mucha merced serviros agua fresca y algunas frutas.

El caballero se apeó y siguió á la jóven mirándola como absorto á pesar de su fatiga.

Todo le encantaba en ella; su porte, su hermosura, su voz, la gracia y dignidad de sus maneras.

En cuanto á él, parecía tener de treinta á treinta y dos años; su rostro simpático, animado y lleno de regularidad, manifestaba que había nacido con pasiones fuertes y enérgico carácter.

Eran negras sus cejas, sus pestañas y su barba, que llevaba rizada y cuidada con cierta majestad templada y digna; su frente era ancha y elevada; su nariz aguileña; todas sus facciones nobles y hermosas.

Llevaba al cuello un hermoso collar de oro, como los grandes señores de la corte del rey, y en la toca una pluma de garza real, prendida con un broche de diamantes.

Catalina aproximó una mesita y puso en ella un plato con frutas y una copa de barro, llena de agua fresca y pura, que fué á tomar de la cascada del bosque.

—Gracias, hermosa niña, dijo el caballero después de haber tomado una fruta con aquella continencia de apetito propia de la clase elevada, y después de haber bebido con ansia el agua; decidme vuestro nombre, que siempre pronunciaré con gratitud.

—Me llamo Catalina, milord, contestó la jóven, que sin duda no tuvo por conveniente decir su apellido.

—¿Vivís aquí?

—Sí, señor.

—¿Sola?

—Con aquella anciana.

Y Catalina mostró al caballero á la vieja Eric, que dormitaba según costumbre.

—¿Sois dichosa?

—¡Ay, no! suspiró Catalina; la soledad me entristece!

—¿Es vuestra madre aquella anciana?

—No, milord.

—¿Vuestra abuela?

—Tampoco; es la madre de mi buena nodriza, que ya murió.

Reinó el silencio durante algunos instantes.

El caballero fué quien volvió á entablar el diálogo.

—¿Me permitireis que venga á veros alguna vez?

—Seré en ello muy dichosa, respondió Catalina, mirando con ternura al caballero.

—¿Y no regañará por ello esa anciana?

—No, milord.

—¿Luego sois dueña de vuestras acciones?

—Enteramente; pero, ¿de qué me sirve esa libertad? Mis acciones, milord, se reducen á peinarme y sentarme donde me habeis hallado; la soledad y el tedio se disputan mi vida.

—¡Pobre niña! murmuró el caballero.

Despues, y al tiempo de volver á montar, añadió:

—Volveré en breve; acordáos de mí.

—No os olvidaré.

—Ni yo tampoco, porque llevo grabada vuestra imagen en mi corazón.

Catalina dirigió al caballero una dulce sonrisa.

El brillante Madox habia enseñado á la jóven el arte de la coquetería.

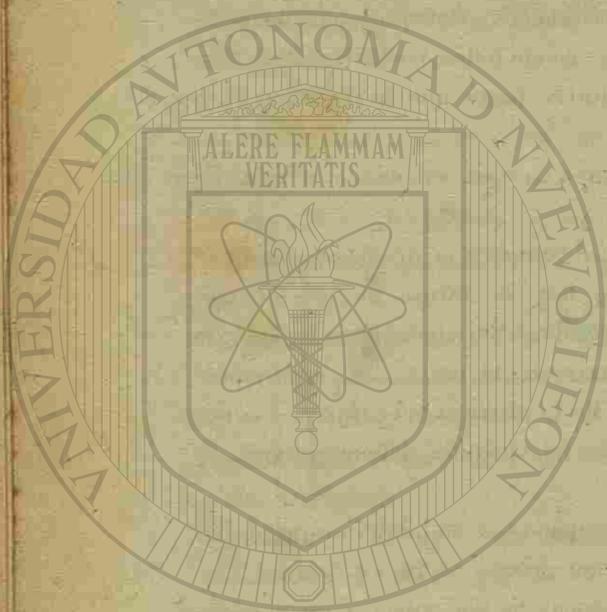
El caballero contestó á aquella sonrisa haciendo una señal de despedida con la mano, y partió con direccion á Lóndres, no sin haber vuelto muchas veces la cabeza para mirarla, hasta que la distancia se lo impidió.

La jóven volvió á caer en su asiento trémula de emoción.

—¡Ah! pensó; ¿se cumplirá la prediccion de Eric? ¿Habrá empezado hoy la aurora de mi fortuna? ¿Quién será ese hombre? Sin duda uno de los más poderosos caballeros de la corte. ¡Sí, esperemos! ¡Mañana volverá! Me lo predicen mi corazón y la mirada última que me ha dirigido. Mañana volverá, y ¿quién sabe?...

Catalina, preocupada con mil dulces esperanzas, cerró la puerta de su casita y se fué á acostar.

Era tal su impaciencia por volver á ver al caballero, que anhelaba entregarse al sueño, á fin de que el tiempo se le hiciera lo más corto posible.



IX.

No habían engañado á Catalina sus presentimientos.

El día siguiente pasó sin novedad alguna; pero al cerrar la noche, el caballero incógnito se apeaba á la puerta de la cabaña de Eric.

Catalina no se sobrecogió.

Le esperaba, y era tanta la tenacidad de su esperanza, que había resistido todo el día, y ni aún las primeras sombras de la noche habían podido arrebatársela.

Eric fué la que hizo un movimiento de sorpresa al ver al visitador de Catalina, cosa extraña en ella, porque ya hacía tiempo que había empezado á invadir su cansado cerebro el idiotismo de la decrepitud.

Espió con cuidado el instante en que Catalina volvía hácia ella la vista, y le hizo señas de que la siguiese al interior de su pobre casilla.

—¿Qué quereis, madre mia? preguntó Miss Howard.

—Preguntarte si sabes quién es ese caballero.

—No, por cierto, respondió la jóven; ¿cómo queréis que lo sepa?

—Podía habértelo dicho él.

—Me ha ocultado hasta ahora su nombre.

—No importa, porque yo lo sé.

—¡Vos! exclamó admirada Catalina.

—Sí, hija mía, yo; mi marido fué escudero de su padre, y le he visto muchas veces siendo adolescente todavía; la vejez y las penas me han desfigurado tanto, que no me ha reconocido; pero él ha sido dichoso y ha conservado toda su hermosura, que siempre fué extremada.

—¿Y quién es? ¿Cómo se llama? exclamó la jóven con ansia,

—Se llama lord Arturo, Conde de Essex.

—¡Cómo! ¡Es el Gran Senescal de Inglaterra! dijo la jóven, que había oído pronunciar muchas veces aquel nombre en las antecámaras del palacio de su abuelo.

—El mismo.

—¡El favorito del rey!

—Justamente; ahora torna á su lado, y no dejes á la fortuna que te vuelva la espalda.

Eric salió de la estancia.

En cuanto á Catalina, permaneció allí como clavada, y pensando en lo que Eric acababa de decirle.

Cuando volvió á donde estaba el Conde, ya había tomado su decision.

—¡Seré condesa! había dicho con aquella firmeza que sólo puede nacer de una resolución suprema.

Milord de Essex vió, sin embargo, aquel blanco rostro tan dulce y sencillo como le había visto el día anterior, y no pudo sospechar la ambicion que fermentaba en el alma de Catalina.

La jóven le tenía hechizado; nunca había visto tanto talento unido á tanta candidez, á tan perfecta gracia.

Catalina le ocultó todo lo que podía perjudicarla en aquella primera entrevista, y sólo hizo alarde de las gracias que le eran naturales, porque fuerza es confesar que era una criatura encantadora.

Cuando se marchó el Conde, ya era muy entrada la noche.

Al lado de Catalina había olvidado el trascurso del tiempo, y junto á ella dejaba su corazón.

Ella le amaba; lo había conocido en sus ojos y en su sonrisa, y se juzgaba el más afortunado de los mortales.

Sin embargo, el Gran Senescal del reino había sido el seductor más despiadado de todas las mujeres hermosas, y eran pocas las que había en la corte que no tuviesen que llorar su inconstancia ó su desdeñoso olvido.

A la noche siguiente volvió el Conde al lado de la jóven, y volvió cada noche durante un mes.

Al cabo de este tiempo, y ya cuando iba á separarse de ella, le dijo:

—Catalina, ¿quieres ser mi esposa?

A pesar de lo preparada que estaba á escuchar esta pregunta, la jóven no pudo ménos que extreme-erse de alegría.

—¡Ah, señor! respondió; ¿acaso podeis dudarlo?

—Pues bien, mañana por la noche nos unirá un ministro del altar en la aldea inmediata.

El seductor de tantas mujeres honradas, sólo habia pensado en aquella muchacha, casi perdida, para darle su nombre.

La existencia de Catalina, hasta que llegó el ansiado momento de su matrimonio, no puede llamarse tal.

Una impaciencia febril la devoraba.

Creía que iba á escapársele su elevacion, y se decía muchas veces con voz angustiada por la ansiedad y la emocion:

—¡Cuándo llegará, Dios mio! ¡Cuándo llegará!

Al ver la litera en que debian conducirla al templo, casi estuvo para desmayarse de alegría.

Poco despues de la litera, llegó Arturo vestido con la mayor sencillez.

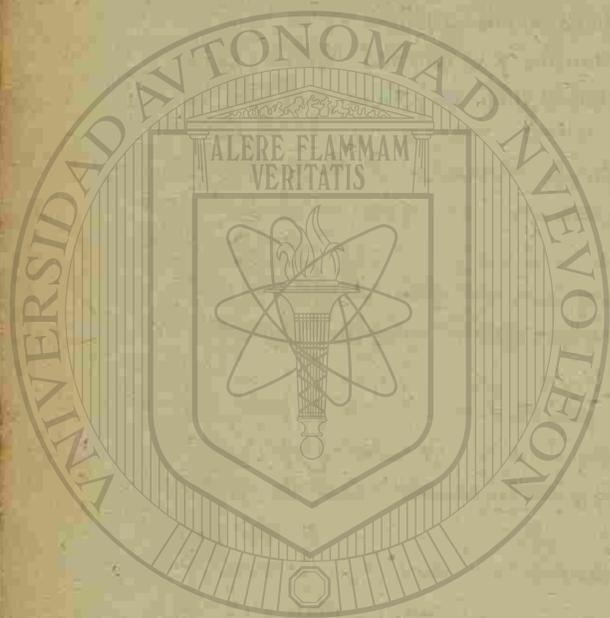
Ambos se dirigieron al templo.

Los dos escuderos del Conde, portadores de la litera, sirvieron de testigos, y Catalina salió de la modesta iglesia Condesa de Essex y Gran Senescala de Inglaterra.

Nada podia imaginarse más encantador que aque-

lla jóven de diez y seis años, envuelta en su blanco vestido de desposada y ocultando su emocion bajo su diáfano velo, á través del cual se divisaban los sedosos y esposos bucles de sus cabellos.

El Conde la miraba y se llamaba dichoso, ignorando ¡ay! que habia dado el primer paso para su perdicion.



X.

Un mes despues, la cabaña de Catalina, sin haber perdido nada de su aspecto exterior, se habia embellecido en su interior de una manera considerable.

Sobre todo, el dormitorio de la jóven estaba adornado graciosa y ricamente.

Encima de una mesa, que sostenia un espejo, habia multitud de cajas y juguetes de tocador, llenos de ricas joyas, flores, lazos y perfumes.

Cómodos sitaliales y algunos muebles de mujer, de gran precio, lo decoraban; vestíanlo ricos tapices, y en dos pebeteros de oro ardian exquisitos perfumes, á los que era la jóven muy aficionada.

Catalina se hallaba de pié, delante de un soberbio espejo, mirando en él su linda figura; la felicidad y las risueñas esperanzas que alimentaba la habian hermoseado, y nunca habis parecido tan seductora.

Iba vestida como la más opulenta dama de la córte; llevaba un vestido de seda carmesí con peto y delantera de raso blanco, bordado de oro y sujeto á su delicado talle con un grueso cordon, de oro tambien.

A la sazón estaba probándose un lazo delante del espejo, hecho de cinta del mismo color de su vestido y sujeto con una abrazadera de brillantes.

La misma Catalina había formado aquel lazo para prenderle en sus cabellos; después de habérselo sujetado, empezó á dar vueltas mirándose por todos lados y haciendo mil gestos de graciosa coquetería.

Así que lo hubo colocado á su gusto, abrió una caja y sacó de ella un rico collar de esmeraldas, que abrochó sonriendo al rededor de su torneado cuello, haciendo otro tanto al ponerse unos magníficos pendientes que sacó de la misma caja.

—¡Ay, Dios mío! exclamó cruzando después las manos y contemplándose con una especie de dolor jovial é infantil; ¡qué lástima que yo sea tan linda para estar siempre sola, para que nadie me vea! ¡Aquí, en esta cabaña que parece un sepulcro; nadie más que Arturo me vé! ¿Para qué me dará todas estas alhajas, trajes ricos y todo el dinero que deseo, si nadie ha de verme? ¡Extraños caprichos los de los hombres!

Catalina calló y fué á sentarse en un sitial, donde, apoyando la mano en su mejilla, quedó absorta y meditabunda.

—Y después, continuó, ese empeño en no decirme su nombre! ¡Yo lo sé, gracias á Eric, pero no porque él me lo haya dicho! ¿Qué temerá? ¿Por qué guardar tan riguroso incógnito? ¿Será criminal? ¡Dios

santo! ¡Qué idea! ¿Será algun hombre perseguido? Pero, aunque lo sea, no importa! añadió la jóven con un movimiento de generosa exaltación; ¡es bueno, es noble y le amo! además, ¡es tan hermoso... y parece amarme tanto á su vez!...

Estas palabras llevaban de nuevo á Catalina al terreno de las reflexiones; luego alzó la cabeza con una inexplicable expresión de enojo y desaliento, y murmuró:

—¡Bueno... noble... hermoso... enamorado!.... todo esto eran Madox y Durham y ya ni me acuerdo de ellos, ni ellos se acuerdan de mí!... ¿Qué es el amor de los hombres?... ¡Sueño vano que pasa sin dejar señal alguna, ó nube borrascosa que se lleva todas las ilusiones y todas las creencias del alma!..... ¡Sólo hay una cosa positiva..... el oro... y el poder!... ¡Lo demás es humo... sueño... nada!

Catalina volvió á quedar pensativa; luego se levantó lentamente y volvió al espejo.

Acababa de llegar á él, cuando se abrió silenciosamente una puertecilla excusada, situada en el ángulo de la derecha de la mesa de tocador, y un hombre apareció en ella.

Catalina le oyó entrar y se volvió vivamente.

—¿Os parezco bonita? le dijo sonriéndose, pero sin ir á abrazarle.

—¡Sí, demasiado bonita! respondió Arturo sombríamente, pues el recién llegado era el esposo de Catalina.

—¡Demasiado bonita! repitió ésta con ironía. ¿Acaso desearíais que fuese fea?

—No, respondió él; sólo desearia que tuviéseis algo más de juicio y reflexion.

—¡Decís muy bien, repuso la jóven dejándose caer con despecho en un sitial; soy una loca en adornarme así para vivir enterrada en vida, para no ver á nadie, para no ser vista de nadie! Y no sé, en verdad, por qué me dáis trajes de seda y joyas, si vuestra intencion es tenerme aquí siempre.

—Catalina, dijo Arturo, hoy me han contado una historia vergonzosa y triste.

—Y ¿qué me importa eso? preguntó la jóven.

—Os importa mucho, porque esa historia..... es la vuestra.

—¡La mia! murmuró la jóven aterrada y perdiendo el color.

—Sí, repuso amargamente el Conde; me la ha contado vuestra abuela, la duquesa de Norffolk, no sospechando que yo os conociera; me habló de amantes, de escándalos, y del destierro que su esposo se vió obligado á imponeros. ¿Por qué me habeis callado todo eso, Catalina?

—¡Ah, perdon, Arturo, perdon! exclamó la Condesa cayendo á los piés de su marido y eubriéndose el rostro con las manos; ¡perdonadme; temí perder vuestro amor si os revelaba mi pasado!

—Lo que habeis temido perder, Catalina, ha sido

el rango á que yo os he elevado, repuso el conde con dolorosa conviccion, porque jamás me habeis querido: ¡sí, lo conozco y lo siento aquí, en mi corazon; jamás he sido amado de vos: y lo comprendo demasiado tarde!

—¿Qué decís? exclamó la jóven; ¿que no os amo yo?

—No, Catalina, á pesar de haberos sacado del destierro, de la nada; á pesar de haber ceñido vuestra frente con la corona de condesa que con tanta honradez y majestad llevó mi noble madre, no me amais, porque lo que predomina en vos es la ambicion... Nacisteis con poco corazon, y ese poco os lo han ido gastando indignos amores... ¡Nada queda ya para mí!

—¡Ah, Dios mio! ¡Cuán injusto sois! exclamó la jóven.

—No esperéis ya salir de aquí, continuó el conde sin hacer caso de la exclamacion de su esposa; ántes de saber vuestro pasado, tal vez me hubiérais vencido y os hubiera presentado en la córte como esposa mia, á pesar de lo corrompidas que están allí las costumbres... Ahora que sé lo que habeis sido, no puedo pensar en ello, no quiero avergonzarme de vos, y sobre todo, no quiero exponer vuestra virtud á nuevas tentaciones; porque, sabedlo, Catalina, os amo con frenesi y si me faltáreis á la fé prometida, os mataria!

Catalina se puso pálida y retrocedió hasta la pared.

—No temais ahora, prosiguió su marido; el pasa-

do nada significa para mí; pero desde hoy procuraré amarme para ser dichosa, porque nunca, mientras yo exista, seréis más que mía, ó del sepulcro..... No penseis en salir de aquí; jamás lo lograreis, porque ya os he dicho que os amo y quiero conservaros para mí.

El gran Senescal salió apénas hubo pronunciado estas palabras.

Catalina quedó muda é inmóvil de espanto.

Así permaneció muchas horas; más, por fin, venció su doloroso estupor y pudo, con su valor habitual, mirar frente á frente su verdadera situación.

—¡Dios mio, exclamó, aquí encerrada para siempre! ¿Qué va á ser de mí? ¡Oh! ¡Es preferible la muerte á semejante perspectiva!

El sonido de una trompa de caza interrumpió sus tristes reflexiones.

Catalina corrió á la ventana y vió pasar un lucido cortejo, á cuya cabeza iba el rey Enrique VIII.

Catalina no le reconoció, pues jamás le había visto; pero él se detuvo delante de la cabaña, y oyó que, acercándosele uno de los caballeros, le dijo:

—¿Quiere V. M. detenerse aquí, ó que sigamos el camino?

—Descansaré aquí, respondió el rey dirigiendo odiosas miradas á Catalina.

Esta se puso colorada de sobresalto y de emoción, y aquel sonrosado la hermoseó mucho más.

—Anciana, dijo el rey á Eric; enséñame el camino que conduce á la habitación de esa jóven.

Eric obedeció temblando, y bien pronto el rey y algunos cortesanos se hallaron al lado de Catalina, que aún estaba adornada con su traje de seda y con sus joyas.

—¡Qué hermosa es! murmuró el rey sin cuidarse de saludar á la jóven; nunca he visto criatura más seductora.

Catalina, aún que ignorante de todos los usos de la córte, tuvo el buen tacto de arrodillarse y besar la mano del rey.

Aquella mano, seca y arrugada por una vejez prematura, aquella mano que había firmado tantas sentencias de muerte, pareció, sin embargo, á la ambiciosa Catalina más bella mil veces, que la hermosa y blanca mano de su marido.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el rey levantándola.

—Catalina Howard, señor, respondió la jóven.

—¡Ah! ¿Eres la nieta del viejo Duque de Norfolk?

—Sí, señor.

—¿Pues no has vivido ya en la córte?

—Sí, señor.

—¿Por qué te has vuelto aquí?

—Porque me hallaba enferma.

—Ahora parece que disfrutas de excelente salud y es preciso que vuelvas á Lóndres.

Un relámpago de alegría brilló en los rasgados ojos negros de Catalina.

Paseó en torno suyo una mirada triunfante; pero estuvo á punto de caer desfallecida al ver en frente de ella, contemplándola, sombrío y severo, al Gran Senescal.

Tan visible fué la palidez de la jóven, que algunos cortesanos la advirtieron y siguiendo la direccion de su mirada, descubrieron quién era el objeto de su terror, y se miraron haciéndose señales de inteligencia.

—Catalina, dijo el rey; muchas veces he manifestado á tu abuelo mis deseos de verte, y él aguardaba sólo mi vènia para llevarte á palacio; no obstante, los negocios del Estado me han distraído, lo que no será fácil suceda ahora que te he visto; yo hablaré á tu abuelo y volverás á la córte de la que serás el más bello ornamento; ahora, adios, que anochece y apenas nos quedará tiempo para regresar á palacio.

El rey salió de la estancia, no sin volverse á cada paso para ver aún á Catalina.

Esta le siguió igualmente con la vista, y así que hubo traspasado el umbral, corrió á la ventana.

Allí, ella apoyada de pechos, y él á caballo ya, trocaron el último saludo.

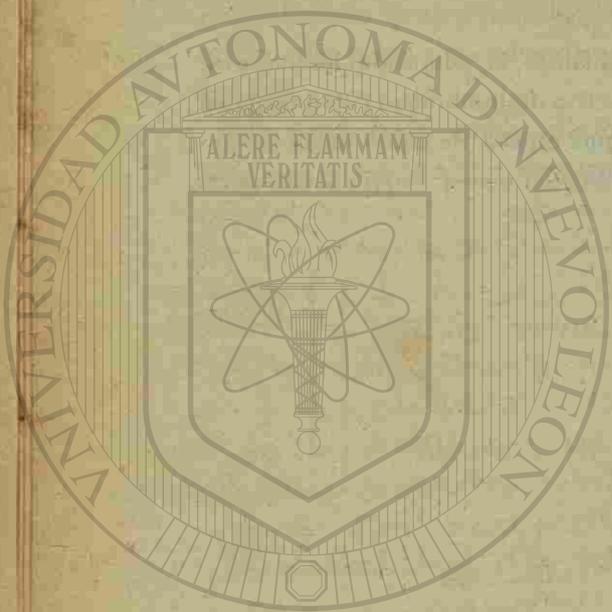
Cuando Enrique desapareció á la vista de Catalina, ésta se preguntó si soñaba y se pasó las manos por los ojos para convencerse de que estaba despierta.

En seguida empezó á bailar y á dar vueltas por el aposento como una persona cuyo juicio estuviese profundamente alterado.

¡La córte otra vez!

¡La riqueza, el fáusto, la adulacion, los placeres!

Aquella perspectiva deslumbraba á Catalina, quien pasó entregada á una especie de fiebre todas las horas de aquella noche, sin que el sueño visitase ni un instante sus ojos.



XI.

En tanto que Catalina se entregaba á todas las agitaciones de una frenética esperanza, el rey de Inglaterra llegó á su palacio, despidió á toda su comitiva y, dirigiéndose á su cámara, mandó al Conde de Essex que le siguiera.

Por una fatalidad inexplicable, elegía para confidente de su naciente amor, al esposo de la mujer que se lo inspiraba.

—Senescal, le dijo, estoy enamorado; verdadera y profundamente enamorado.

Arturo hizo un esfuerzo supremo, y respondió con voz que temblaba á pesar de aquel esfuerzo:

—Creo, señor, que será como otras tantas veces, y ruego al cielo que no sea así.

El rey frunció sus espesas cejas negras y dijo con alguna dureza:

—En primer lugar, te confesaré que estoy enamorado más formalmente que otras veces, y despues te preguntaré porqué razon dices que pides al cielo que no sea así.

—Señor, repuso el Senescal, he dicho esto porque tal vez este nuevo amor sea causa de graves disgustos para V. M.

—¿Por qué?

—Esa jóven me parece en extremo frívola y ligera...

—En efecto, tiene un aire infantil y jugueton y esa es una de sus mayores gracias; me cansé de gravedad con Catalina de Aragon; de talento con Ana Bolena; de sentimentalismo con Juana Seymour, y de impasibilidad con Ana de Cleves.

Al oír al rey enumerar á todas sus esposas, el Gran Senescal palideció como un cadáver.

¿Pensaría Enrique elevar al sόlio á Catalina?

¿No sería sólo un capricho lo que habia que combatir, sino una decision formal y grave?

Éstas reflexiones echaron un nudo á la lengua del Conde, quien durante algun tiempo no acertó á responder una sola palabra.

El rey se paseaba cojeando, con aquella profunda abstraccion que le embargaba siempre que revolvia en su cabeza alguna maldad.

Su paso era muy lento.

No obstante sus continuas cacerías, tenia una pierna cubierta de llagas, y de tal suerte envuelta en vendajes, que abultaba de un modo monstuoso.

Además, empezaba á llenarse de dolores y sus manos se inflamaban horrorosamente durante las primeras horas de la noche.

Los excesos de todas clases, las duras fatigas de la caza, los negocios, el desbordamiento de sus feroces pasiones, y, sobre todo, los extragos de la ira, habian puesto al rey en un estado de salud en extremo deplorable.

Destacábanse de entre su barba negra, sus mejillas cubiertas de una palidez amarilla y biliosa; sus ojos negros y hundidos brillaban con una especie de ferocidad, y su frente estaba casi siempre contraída por el enojo.

Al verle el Conde de Essex, se dijo que la aversion de Catalina hacía aquella figura repugnante y enfermiza, debia ser la mayor garantía de su tranquilidad; así es que, sosegándose algun tanto, trató de responder al rey.

—Señor, le dijo, por mucha gracia que V. M. pueda hallar á la ligereza de Miss Howard, creo que aquella cualidad tiene tambien grandisimos inconvenientes.

—Para mí, no por cierto, repuso el rey; en todo caso los tendrá para ella, pues ya sabré yo tenerla á raya.

—¿Pero, señor! exclamó el Conde; ¿pensará acaso V. M. contraer con esa jóven un vinculo formal?

—¿Por qué no? Ya sabes cómo vivo con Ana, y la verdad, me aburro terriblemente.

—Pero Catalina es una jóven... así... hallada por casualidad... desconocida.

—Es de elevada nobleza.

—Por su padre; pero su madre, señor, era una pescadora.

—El padre es el que hace el linaje.

El Conde de Essex se ahogaba.

Afortunadamente para él, el rey continuaba paseando y no reparaba en la expresión de su rostro.

A la mente de Arturo acudió el pensamiento de declarar al rey que Catalina era su esposa; mas esta idea fué destruida al instante por amargas reflexiones, cerrándole la entrada en su cerebro.

En efecto; ¿qué suponía para el arrebatado y cruel Enrique la vida del Conde, si realmente estaba enamorado de Catalina?

La viudez de ésta era cierta tan pronto como el rey supiese el lazo que la unía al Gran Senescal.

Sin embargo, éste no podía tampoco dejar consumir su ruina sin decir algo; la cólera ardía en su pecho y tuvo que hacer un violento esfuerzo para hablar.

—¿Ha pensado V. M., dijo con voz un tanto serena y grave, en la edad de Catalina?

—Sí, respondió el rey con negligencia; debo tener quince años.

—¡Soy perdido, pensó el Conde; le quita año y medio de los que tiene, y aún así piensa casarse con ella!

Luego, alzando la voz, dijo al rey:

—¿Y no os parece, señor, que hay gran desproporción entre tan cortos años y los que cuenta V. M.?

El rey se volvió, como si le hubiera herido un dardo, y miró á Arturo con torvo ceño.

—¡Conde, le dijo; veo que teneis empeño en separarme de Catalina, y quisiera saber la razón de una oposición tan extraña!

—¡Señor, respondió el Conde, no es otra que mi interés por la dicha y tranquilidad de V. M.!

—Dejadme, pues, á mi ese cuidado, repuso el rey ásperamente; Catalina vendrá á la corte, y tal vez sereis vos la persona que yo elija para que la conduzca á ella; ahora dejadme sólo.

El Conde salió vacilando como un hombre ébrio.

Su cabeza ardía; su corazón estallaba dentro del pecho; le parecía que la tierra se iba á hundir bajo sus piés, y que el mundo entero se envolvía en un negro crespón.

Difícil es dar una idea de la pasión de aquel hombre por Catalina, ni de la angustia que prensaba su corazón al pensar en que iban á arrebatársela.

Porque, no podía dudarlo, el rey deseaba á Catalina, y para el rey *desear* era *obtener*, pasando por encima de todos los obstáculos, de todas las consideraciones que respetaban los demás.

El rey, así que salió el Conde, hizo llamar al viejo Duque de Norfolk.

Cuando éste se le presentó, Enrique, que no ha-

bia interrumpido su paseo, se dejó caer en un sitial, y le dijo de improviso.

—Hoy he visto á vuestra nieta.

El Duque palideció, y no supo qué responder.

Temia que hubieran llegado hasta los oídos del rey los escándalos de Catalina con sus gentiles hombres.

No obstante, Enrique dispuso aquel temor y abrió al Duque un camino para tranquilizarse, prosiguiendo así:

—Ella me ha dicho su nombre, y habiéndole yo preguntado por qué la habíais sacado de Londres, me ha respondido que por exigirle así su quebrantada salud.

—Es cierto, señor, se apresuró á responder el anciano; Catalina se marchitaba aquí como una pobre flor sin sol, y la volví á su cabaña donde tan dichosa habia sido anteriormente.

—Ahora está fresca y linda como una rosa de Mayo, dijo el rey, y es menester traerla para que yo la vea con frecuencia, porque la he hallado adorable.

El ambicioso Duque se estremeció de alegría, y únicamente respondió inclinándose con humildad delante del rey.

—Os prevengo, añadió éste, que hay una persona muy opuesta á que vuestra nieta venga á la corte; esta persona es el Gran Senescal. Averigüad el por

qué de esa repugnancia, y venid á participármelo mañana á estas horas.

—Será V. M. fielmente servido; mañana á estas horas sabrá cuanto haya sobre el particular.

El Duque subió á su carroza y se dirigió á su palacio.

Después se encaminó á las habitaciones de su esposa.

La Duquesa, mujer admirablemente bella en su juventud, habia sido una de las amantes del rey Enrique VII, padre del monarca reinante, y su favor le habia dado tan desmesurado orgullo, que apenas se dignaba hablar ni aun mirar á su débil é intrigante esposo.

Este, que sólo por ambicion habia tolerado los amores de su mujer con el monarca, y aun se habia dado por muy satisfecho con semejantes relaciones, escándalo de toda la corte, no habia sabido sacudir el yugo que le impusiera su esposa, quien á cada instante le echaba en cara que á ella y sólo á ella debia el estar colmado de honores y de riquezas.

El Duque, cansado de sufrir á su mujer, pero no pudiendo ya resolverse á corregirla, tomó el partido de verla lo ménos posible, y los dos esposos empezaron á hacer una vida totalmente separada, pasando semanas y hasta meses enteros sin verse.

No obstante, aquel día la ambicion llevó al viejo Duque á la cámara de su mujer, que le recibió con la orgullosa frialdad que acostumbraba.

Fuerza es confesar que aquella frialdad desapareció así que el Duque la enteró de lo que pasaba con respecto al rey y á Catalina.

—Ya veis, dijo ella, cuán mal hicisteis en desterar de casa á vuestra nieta; en los tiempos que alcanzamos, señor Duque, la moral es un precepto ruinoso, y Catalina, con su desenvoltura, hubiera sido el instrumento de vuestra suprema elevacion; ahora es necesario remediar el mal que ha causado vuestra ligereza y averiguar qué vínculos la unen á ese galante seductor, al Gran Senescal; tal vez serán los del amor; pero, aunque fueran los del matrimonio, Catalina está llamada á ocupar el trono de Inglaterra y es preciso que se sienta en él; ved cómo os maneja para que así suceda, y si no podeis lograrlo, dejad el asunto por mi cuenta.

## XII.

Al día siguiente, y á eso de las cuatro de la tarde, el Duque de Norffolk entraba en el palacio real.

El rey le aguardaba con ansia, y así que le vió, despidió con una seña imperiosa á todas las personas que le rodeaban.

—¿Y bien? preguntó afanoso el rey apénas se vió sólo con el Duque.

—Ya he averiguado lo que ayer me mandó V. M., contestó el anciano,

—¿Y qué?

—La pobre niña se muere de tedio en su destierro, pero no se atreve á salir de él.

—¡No se atreve! repitió el rey estupefacto.

—No, señor.

—¿Y por qué?

—El Conde de Essex la ama, y ella...

—¡Le corresponde!

—No, señor; pero le teme.

—¡Temerle, amándola yo y llamándola á mi lado!

—A pesar de eso, le teme, señor; yo no sé qué as

Fuerza es confesar que aquella frialdad desapareció así que el Duque la enteró de lo que pasaba con respecto al rey y á Catalina.

—Ya veis, dijo ella, cuán mal hicisteis en derrar de casa á vuestra nieta; en los tiempos que alcanzamos, señor Duque, la moral es un precepto ruinoso, y Catalina, con su desenvoltura, hubiera sido el instrumento de vuestra suprema elevacion; ahora es necesario remediar el mal que ha causado vuestra ligereza y averiguar qué vínculos la unen á ese galante seductor, al Gran Senescal; tal vez serán los del amor; pero, aunque fueran los del matrimonio, Catalina está llamada á ocupar el trono de Inglaterra y es preciso que se siente en él; ved cómo os manejaís para que así suceda, y si no podeis lograrlo, dejad el asunto por mi cuenta.

## XII.

Al día siguiente, y á eso de las cuatro de la tarde, el Duque de Norffolk entraba en el palacio real.

El rey le aguardaba con ansia, y así que le vió, despidió con una seña imperiosa á todas las personas que le rodeaban.

—¿Y bien? preguntó afanoso el rey apénas se vió sólo con el Duque.

—Ya he averiguado lo que ayer me mandó V. M., contestó el anciano,

—¿Y qué?

—La pobre niña se muere de tedio en su destierro, pero no se atreve á salir de él.

—¡No se atreve! repitió el rey estupefacto.

—No, señor.

—¿Y por qué?

—El Conde de Essex la ama, y ella...

—¡Le corresponde!

—No, señor; pero le teme.

—¡Temerle, amándola yo y llamándola á mi lado!

—A pesar de eso, le teme, señor; yo no sé qué as

endiente ha tomado ese hombre sobre el alma de mi nieta, quien, ni aun por salvar su vida, se atrevería á disgustarle.

—De ese modo, no hay nada mejor que desterrar al Conde y traer á Catalina á vuestro lado hasta que yo disponga de su suerte.

El ambicioso anciano se inclinó humildemente.

El rey prosiguió de esta suerte, trás una breve pausa:

—Amo á Catalina, y ¡ay de aquel que ose disputármela! Esta noche es preciso que enviéis á prender en su casa al Gran Senescal: ya me han irritado, y no poco, su enojo y su oposicion cuando le hablé de Catalina; si me hubiera dicho que la amaba, quizá hubiera procedido de otro modo; pero así, es culpable de rebeldía y de traicion, y pagará esos crímenes; idos, y á la noche, que duerma en uno de los calabozos de la Torre, del que saldrá para el destierro.

Cerraba la noche lluviosa y fria.

Un capitan de guardias del rey, á la cabeza de algunos soldados, marchaba en silencio por las calles de Lóndres en direccion al palacio del Senescal de Inglaterra.

Llegó por fin á él, y los soldados rodearon la puerta, en tanto que el capitan llamaba con mano fuerte.

Pero nadie contestó á los sonoros golpes del aldabon.

Volvió á llamar más récio y sucedió el mismo silencio.

Entónces se asomó un mercader á la puerta de su tienda.

—Milord, dijo, es en vano que Vuestra Gracia se moleste en llamar: lord Essex ha marchado anoche.

—¿Anoche? repitió el capitan.

—Sí, señor; con todos sus servidores.

—¿Y no sabeis dónde ha ido?

—Lo ignoro.

El capitan lanzó algunas imprecaciones con voz sorda, y se volvió á palacio para dar cuenta del mal éxito de su comision.

El Conde de Essex habia, en efecto, salido de Lóndres.

Despues de su conversacion con el rey, habia pasado una noche en extremo agitada; así que rayó la aurora, llamó á todos sus servidores.

—Idos, les dijo cuando los tuvo reunidos; hasta dentro de un mes no os necesito; id á pasar este mes á donde os acomode mejor, y una carta mia os avisará del sitio en que debeis reuniros de nuevo conmigo.

Los servidores se despidieron de su amo y desaparecieron.

El Conde quedó sólo con su médico, anciano ju-

dio á quien habia redimido aquel de su esclavitud y daba albergue en su palacio.

El pobre viejo idolatraba al Conde con todo el fanatismo de su alma ardiente y agradecida.

Hacia ya muchos años que vivia á su lado, y en más de una ocasión le habia salvado la vida con su admirable ciencia.

—Rúben, le dijo el Conde, así que ambos quedaron solos: ¿conoces algun narcótico que preste un sueño con todas las apariencias de la muerte por espacio de cuarenta horas?

—Sí, mi señor, respondió el anciano hebreo. Conozco uno que produce los efectos que deseais.

—Pues le necesito.

—¡Vos! exclamó Rúben.

—Yo; necesito pasar por muerto á los ojos del rey y de la corte si he de libertarme del destierro y quizá del cadalso. La hora de la desgracia ha llegado para mí, Rúben, y tengo que vivir en tierra extraña, ó morir.

—Al ménos, señor, confio en que me dejareis partir vuestra suerte cualquiera que ella sea, ¿no es verdad? preguntó el anciano mirando con ansia á su señor.

—Sí, respondió éste: sí, pobre amigo, jamás te separarás de mí; prepárate para salir conmigo dentro de media hora, pues vamos á mi castillo.

El judío se inclinó y dejó sólo al Conde, que midió su aposento con pasos desiguales.

Hacia dos horas que no habia cesado en sus lúgubres paseos, ni en sus amargas reflexiones.

Apénas habia trascurrido media hora, entró Rúben de nuevo.

Traia en la mano una cajita de plata, de un valor admirable, y que contenia la salvacion del Conde.

El mismo anciano ensilló los caballos.

Poco despues montaron el Conde y el judío y salieron ambos de Lóndres.

La rápida carrera de los caballos no se detuvo hasta llegar delante de la solitaria cabaña que ocupaba Catalina, ni en todo el camino pronunciaron una palabra el Conde y su médico.

La puerta de la casilla estaba cerrada.

Eric y Catalina dormian aún.

Arturo llamó con redoblados golpes y la anciana abrió, por fin, asombrándose de tan temprana visita.

—¿Dónde está Catalina? preguntó en seguida el Conde.

—¿Catalina? en lo mejor de su sueño, respondió Eric; ya se acabó aquel tiempo en que se levantaba con el alba; cuando ahora sale de su cuarto, ya ha recorrido el sol la mitad de su carrera.

El Conde no oyó las últimas palabras de la anciana, porque se habia precipitado al aposento de su esposa.

Dormia la jóven en el desórden más encantador.

La luz pálida de aquella mañana de invierno pe-

netraba por los cristales de la ventana é iba á quebrarse en su blanco rostro, digno, por su pureza, de la estatuaria antigua, y en sus cabellos castaños que bajaban en luengos rizos sobre sus hombros y su pecho de alabastro.

Tenia la cabeza apoyada en uno de sus brazos, torneado y redondo, y el otro pendia fuera de la cama con el descuido de un sueño apacible y feliz.

Las ropas que la envolvian eran en extremo ricas y suntuosas, y formaban inmensas olas de seda y oro.

La alcoba, por una imprudente costumbre de Catalina, que amaba el refinamiento de los goces como una verdadera sibarita, estaba impregnada de perfumes.

Sobre una mesita habia una gran copa de plata cincelada, obra de subido precio y raro mérito, y que aún contenia el resto de una bebida que la jóven tomaba cada noche ántes de dormirse.

Del techo pendia una lámpara de plata; y así aquel rico ajuar, como los magníficos vestidos y las joyas esparcidas, y que Catalina habia llevado el dia anterior, indicaban que vivia en el seno de la esplendidez.

Arturo se sonrió con honda tristeza al ver á Catalina tan tranquila y dichosa en medio de su reposo, cuando él tenia la muerte en el alma.

Despertóla con una caricia para no asustarla, y

la jóven abrió sus grandes ojos negros sin pavor y sin alteracion alguna, del mismo modo que el pajarillo se despierta bajo los verdes árboles de la enramada.

—Catalina, dijo el Gran Senescal, levántate y vístete al instante.

—¡Ay, Dios mio! ¡Tan temprano! ¿Para qué? exclamó ella de mal humor. ¡Me acosté muy tarde!

—No importa, vístete, que vas á partir conmigo lejos de aquí.

—¿A dónde?

—No te lo puedo decir.

Esta reserva y la agitacion que se pintaba en las facciones de su marido, hicieron creer á la jóven que se trataba de llevarla á la córte, y que Arturo tenia para esto órdenes precisas del rey.

Vistióse, pues, apresuradamente, y se envolvió en un largo velo blanco.

Luego salió con su marido, que montó á caballo y la colocó á la grupa.

El viejo hebreo montó tambien, y los tres empezaron á caminar, no con direccion á Lóndres, sino tomando una travesía enteramente opuesta.

Entónces comenzó á oprimirse el corazon de la Condesa, y vió ésta destruida de repente la hermosa esperanza de entrar en la córte.

—¿A dónde vamos? preguntó á su marido con trémula voz.

—No puedo decírtelo, respondió éste; pero nada temas, porque vas conmigo.

La jóven, entre enojada y medrosa, ya no volvió á hablar una sola palabra.

Los dos hombres callaron también, y sólo se oía, en el silencio de las selvas que cruzaban, el ferrado paso de los caballos.

Al caer la tarde, se detuvieron á la puerta de un castillo feudal, cerrado por un ancho foso.

A través de las troneras de las torres, Catalina vió pasearse á algunos hombres de armas, de los que estaban asalariados por el Conde para guarnecer aquella especie de fortaleza.

A la vista de aquel sombrío edificio, el terror de la jóven se acrecentó infinitamente.

—¡Arturo! exclamó: ¿quereis encerrarme aquí? ¡Eso sería horrible!

—Catalina, respondió su marido, muchas castellanas jóvenes y hermosas pasan su vida en moradas como ésta y se llaman dichosas; la mujer no necesita de ruidos y de fiestas, sino del amor de los suyos y de la tranquilidad de su casa: ¿no serias tu dichosa aquí?

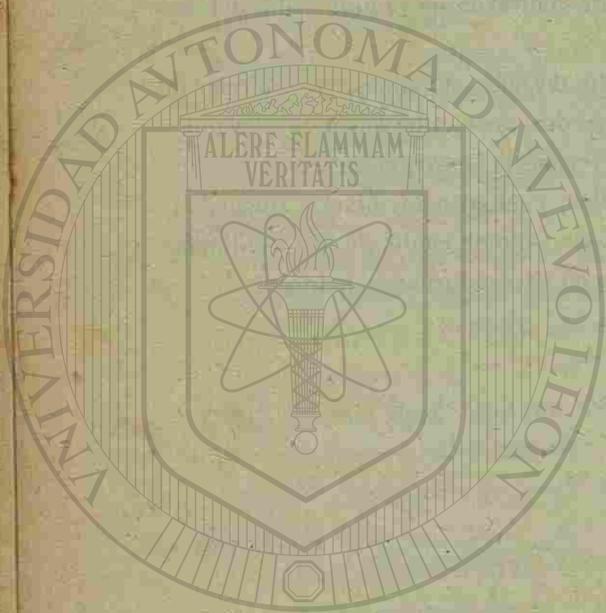
—¡Dichosa yo aquí! ¡En este sepulcro! gimió Catalina. ¡Oh! preferiria morir ántes mil veces! pero dime... ¿Has pensado realmente dejarme aquí?

—No, no; tranquilízate, pobre niña, respondió el Conde sonriendo á pesar de su angustia; no pasarás aquí mucho tiempo.

Antes de que la jóven pudiera hacer nuevas preguntas, se abrió la puerta, cayó el puente levadizo, y los tres viajeros entraron en el gran pátio del castillo.

Un momento despues, Catalina oyó chirriar de nuevo las cadenas del puente, que se volvió á levantar.

En seguida resonó la fuerte puerta de encina, cerrándose trás ellos, y el silencio volvió á reinar, interrumpiéndole tan sólo el canto de los centinelas que se paseaban en la plataforma de la torre.



XIII.

El Gran Senescal tomó de la mano á su esposa así que ambos se hubieron apeado del caballo que montaban, y la condujo á la cámara señorial ó de honor, donde bajo un rico y antiquísimo dosel de brocado de oro, bordado de perlas, habia dos sillones de respaldo muy alto que tenian esculpidas las armas del Conde.

Este hizo sentar á Catalina en uno de ellos, y él ocupó el inmediato.

—No tiembles, Catalina, le dijo, porque nada desagradable va á sucederte, y óyeme con atencion.

La jóven le miró asombrada de aquel acento solemne.

El Conde prosiguió:

—Nada te he dicho aún acerca de mi condicion, y ya es preciso que la conozcas: soy el Conde de Essex, Gran Senescal del reino, y hasta hace poco, uno de los favoritos del rey Enrique VIII.

—Sabia tu nombre, respondió Catalina.

—¿Quién te lo ha dicho? exclamó asombrado Arturo.

—Eric.

—Y ella, ¿cómo lo sabía?

—Su marido fué escudero de tu padre.

—¿Y por qué me lo callaste?

—Porque no me atreví a decirte nada y respeté tu incógnito.

—Conocía tu poca edad, Catalina, y quise tener oculto nuestro enlace; temeroso de la corrupcion de la corte, hice cuanto pude para no llevarte á ella; pero no por eso he dejado de conducirme siempre como un buen esposo, ¿no es cierto?

—Sí, respondió la jóven.

—Cuando supe la lijereza de tu conducta pasada—que tú me habias ocultado—empecé á ser infeliz, pero te perdoné; no obstante, despues de haber adquirido, sin buscarlas, tan fatales noticias, me afirmé en mi resolucion de no sacarte jamás de tu retiro y de ocultar nuestro enlace; debo confesarte, prosiguió el Conde con amargura, que era para mí en extremo penosa la idea de tenerme que avergonzar delante de los servidores de tu abuelo, que habian sido tus amantes; pero hubiera vivido dichoso viéndote sólo alguna vez y esperando el día en que pudiera huir contigo á pais extranjero ó en que desapareciesen de la corte los cómplices de tus faltas; el cielo ha dispuesto que suceda lo primero y es preciso que huyamos de Inglaterra dentro de pocas horas.

—¡Dios mio, qué oigo! exclamó Catalina conternada; ¡huir de Inglaterra!

—¡Sí, Catalina; no queda otro recurso para que yo pueda salvar mi vida! Oye... voy á confiar á tu prudencia, á tu amor, un terrible secreto... ¿me amas?

—¡Ah! ¿Y eso me preguntas? exclamó la jóven arrojándose en los brazos de su marido, á quien efectivamente amaba, cuando la ambicion le dejaba lugar para pensar en él.

—Pues bien, continuó el Conde estrechando ardurosamente á su esposa contra su pecho; me fio de tí, mi adorada Catalina; escúchame: el rey, que ya habia oido hablar de tu hermosura y deseado conocerte, te vió el día que cazábamos en la selva, se ha prendado de tí y anhela poseerte á toda costa; á estas horas está ya dada la orden para prenderme, porque nuestro casamiento estará descubierto por uno de tantos espías como el monarca tiene en su derredor. Sí, Catalina, me sepultarán en una prision, de la que no saldré sino para la plataforma de la torre, para separar de mis hombros la cabeza.

—Pero, ¿por qué, Dios mio? ¿Por qué? gritó sollozando Catalina.

—Porque es preciso que tú quedes libre; el rey conoce y sabe que moriré defendiendo tu honor que ya es el mio; oye, pues, lo que es indispensable hacer; mi médico Ruben está aquí... es el anciano que nos ha acompañado.

—¿Y bien?..

—Trae consigo una bebida que va á preparar y que yo tomaré al instante... Es un narcótico que por espacio de algunas horas me dará la apariencia de un cadáver; así que me veas completamente privado de sentido, envía un expreso á tu abuelo participándole mi muerte.

—¡Tu muerte!

—¡Sí! Yo debo morir para todos, ménos para Dios, para tí y para Rúben; así que se hayan convencido de mi fallecimiento y hayan tomado acta de él, harás que me bajen al panteon del castillo... Es el de mi familia y allí está preparado mi sepulcro.

—¿Y despues? preguntó Catalina, que miraba á su marido pálida y agitada, retratándose en sus ojos el terror más profundo.

—Tomá esta llave, prosiguió Arturo, y oye lo que deberá suceder despues.

Catalina tomó una llave que le presentó el Conde.

Este prosiguió:

—Me encerrarán en mi tumba y depositarán la llave en la Cancillería del reino; pero tu abrirás con esa otra mañana por la noche, á las diez... No tardes un instante más... ¿entiendes bien, Catalina?.. A las diez... porque si despertase hallándome sólo en mi sepulcro... la desesperación me mataría.

—¡Oh, sí... sí, estaré allí! exclamó Catalina estrechando las manos de su marido con una angustia

verdadera, con un dolor inexplicable; mejor dicho, me situaré al lado de tu sepulcro y no le abandonaré más que en los instantes en que pudiera infundir sospechas... ¡Dios mio! Tiemblo al pensar en esa lúgubre ficción!

—¿Por qué, mi buena y amada Catalina? dijo Arturo tiernamente; para tí sólo estaré dormido... ¿Qué importa que muera para todos los demás? Tú serás mi ángel salvador. Pero no perdamos tiempo porque el rey puede enviar de un instante á otro á perseguirme... á prenderme quizá! . . . . .

Media hora despues, el Conde, sentado en un taburete á los piés de Catalina, acababa de adormecerse con todos los sintomas desoladores de la muerte.

Sentada la jóven en un sitial, sostenia en su regazo la cabeza del Conde, que caía en su letargo con los ojos fijos en el hermoso semblante de su esposa.

A pocos pasos de distancia, el judío observaba al Conde con las manos cruzadas sobre su hopalanda oscura.

Cuando vió cerrados sus ojos, lívido su semblante y rígidos sus miembros, se acercó á una ventana y la abrió.

Una ráfaga de aire frío y el ruido de un espumoso torrente, que se despeñaba al pié de los muros del castillo, llegaron hasta Catalina.

Rúben tomó la copa de plata en que había administrado el narcótico al Conde, y la arrojó á la cascada.

Luego volvió á cerrar la ventana y dijo á la Condesa con voz agitada:

—Señora, yo cuidaré del lecho de honor; vuestra gracia envíe en seguida un mensajero á la corte.

Dichas estas palabras, sostuvo el cuerpo inanimado del Conde, mientras los criados preparaban el lecho de honor en la cámara señorial.

Catalina envió un expreso á su abuelo, quien tardó muy poco en llegar, acompañado de una comision de la cámara Estrellada y del Gran Canciller del reino, que debian dar fé de la muerte del Conde, como alto dignatario del Estado.

Arturo dormía en su lecho de honor un sueño del todo semejante al sueño eterno: vestía sus hábitos de Gran Senescal, su manto y su corona de Conde soberano.

Aun bajo la lividez de la muerte era hermosa y noble su fisonomía; al verla, se recordaban involuntariamente las pasiones que habia inspirado, y sobre todo la que sintió por él Margarita de Navarra, la hermana del rey de Francia Francisco I.

Cuatro hombres de armas guardaban el lecho, y á los pies lloraba Catalina, cubierta de luto.

Cumplido su deber, salieron las comisiones del Estado, y el Duque de Norffolk, que quiso acompañar

á su nieta, se retiró á una de las habitaciones del castillo.

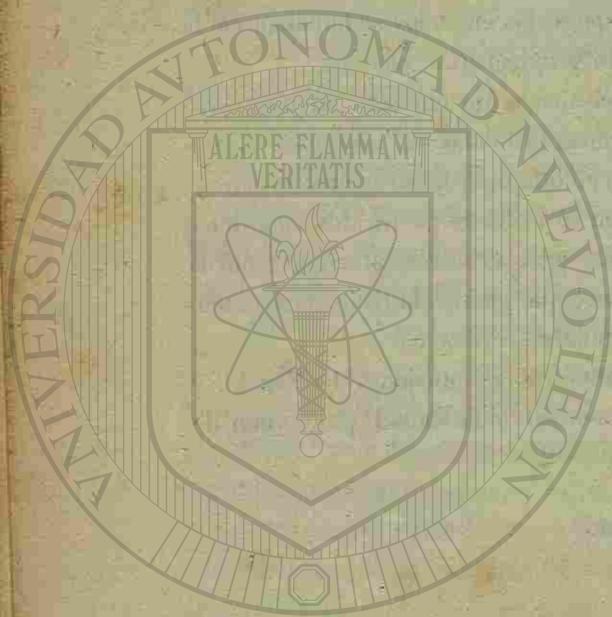
Eran las cuatro de la tarde.

Una hora despues, los enviados se hallaban en la capilla del castillo y rodeaban el panteon.

El cuerpo del Conde fué envuelto en un lienzo blanco que se echó sobre todas sus insignias, y conducido al panteon en hombros de sus gentes de armas.

Se le acostó en su lecho de piedra; los sacerdotes rezaron sus últimas preces; cerróse el sepulcro por la mano del Canciller, que guardó la llave, y se extendió el acta de la fúnebre ceremonia.

En seguida salieron las comisiones del Estado, y Arturo quedó á merced de la lealtad y del amor de su esposa.



XIV.

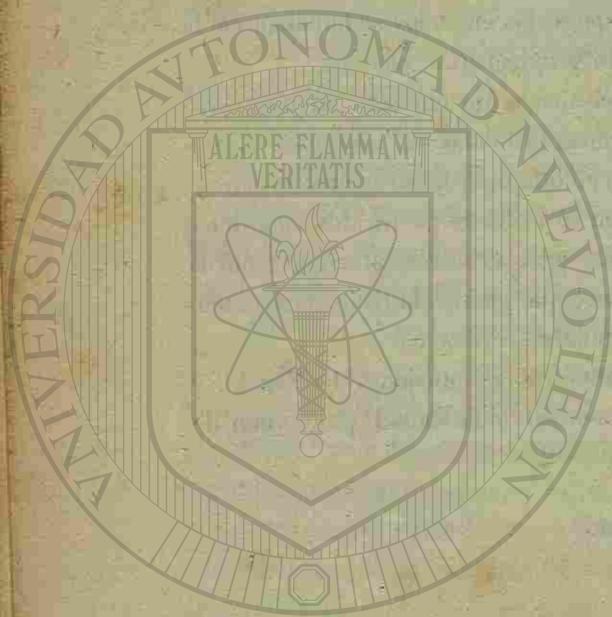
Daban las nueve en el reloj del castillo cuando Catalina, provista de una pequeña lámpara de bronce que llevaba en la mano, bajaba al panteón situado detrás de la capilla.

Las cinco de la tarde serian cuando se habian retirado todos, y sólo cuatro horas más tarde era cuando recordaba que su marido dormia en su lecho mortuario, viéndola quizá entre las nieblas de su pensamiento.

No era, sin embargo, suya toda la culpa.

Su abuelo, el Duque de Norffolk, la habia detenido en su habitacion con un coloquio muy interesante: le habia hablado del amor del rey, —*que estaba sin esposa*,— por haber repudiado á Ana de Cleves; del suntuoso aparato de que una reina está cercada; de joyas, de carrozas, de poder, de tantas cosas, en fin, que el débil cerebro de Catalina se trastornó y la hizo olvidar de que una tumba la esperaba para abrirse ante ella, y devolverle á su esposo.

—Vé á tu cuarto, hija mia, concluyó su abuelo; el



XIV.

Daban las nueve en el reloj del castillo cuando Catalina, provista de una pequeña lámpara de bronce que llevaba en la mano, bajaba al panteón situado detrás de la capilla.

Las cinco de la tarde serian cuando se habian retirado todos, y sólo cuatro horas más tarde era cuando recordaba que su marido dormia en su lecho mortuario, viéndola quizá entre las nieblas de su pensamiento.

No era, sin embargo, suya toda la culpa.

Su abuelo, el Duque de Norffolk, la habia detenido en su habitacion con un coloquio muy interesante: le habia hablado del amor del rey, —*que estaba sin esposa*,— por haber repudiado á Ana de Cleves; del suntuoso aparato de que una reina está cercada; de joyas, de carrozas, de poder, de tantas cosas, en fin, que el débil cerebro de Catalina se trastornó y la hizo olvidar de que una tumba la esperaba para abrirse ante ella, y devolverle á su esposo.

—Vé á tu cuarto, hija mia, concluyó su abuelo; el

mismo abuelo que algunos meses ántes la habia echado ignominiosamente de su palacio; vete y reflexiona en lo que te he dicho; necesitas algunas horas de meditacion para prepararte á llevar la corona con que te brinda la suerte.

Catalina, despedida, aunque paternalmente, volvió á su habitacion. Si el anciano no hubiera querido quedarse sólo, allí hubiera visto salir la luz de la aurora, sin pensar en la cita que tenia con el Conde.

Sola ya en su cámara, volvió de los dorados sueños de su ambicion á la realidad de su situacion presente, y ocultándole la corona régia que veia en lontananza, apareció su marido cubierto con un sudario.

Catalina cambió su traje de luto para no presentarse al Conde con tan lúgubre aspecto, tomó la llave y la lámpara, y salió de su cuarto con direccion á la capilla.

Silbaba el viento en las largas galerías remedando humanos gemidos; pero Catalina, absorta en profundas reflexiones, nada oía, y continuaba su camino con la cabeza caída sobre el pecho, y como pudiera hacerlo una sonámbula.

Llegó, por fin, á la capilla: el reloj, al dar las nueve, la estremeció con su sonido, pero pasó al panteon, alumbrado por algunas lámparas pendientes de la bóveda.

Era un recinto grande, en el que habia hasta diez ó doce sepulcros de mármol blanco, pertenecientes á

los Condes y Condesas de la casa de Essex, una de las más antiguas y poderosas del reino.

Catalina se acercó al en que dormia su marido, colocó la lámpara que llevaba en la mano sobre un sepulcro inmediato, y se sentó en la helada piedra apoyando la frente en su mano con actitud meditabunda.

Detrás de una de las columnas de piedra que sostenian la bóveda del panteon, habia un hombre; pero Catalina, sumergida en sus cavilaciones, no le vió.

Era Rúben que, al ver á la Condesa, se envolvió en los anchos y oscuros pliegues de su manto hebreo y se ocultó todo lo posible en la sombra, permaneciendo inmóvil.

Entre tanto el ángel bueno y el malo de Catalina se disputaban su voluntad.

Cada uno de ellos le hablaba al oido, y al escucharlos, zumbaban las sienes de la jóven y le parecia que la iba envolviendo el tupido cendal de un delirio extraño y desconocido de ella hasta entónces.

Hé aquí lo que decia el ángel de su guarda con voz suave y cadenciosa:

—¡Abre esa tumba, amada mia! De ella saldrá tu marido, que tanto te quiere; que te protegerá siempre, que te ha elevado hasta él, que te ha sacado de tu pasada abyeccion, que te ha hecho rica y honrada; saldreis juntos de Inglaterra, ireis á otro país lejano y vivireis en una casa de campo, rodeada de árboles

y de flores, bajo el incomparable cielo de la Suiza ó de la Italia; tendrás hermosos hijos que te llamarán madre, y serás la esposa casta y fiel y la mujer respetada, es decir, lo que hasta ahora no has podido ser por el encono de tu mala suerte; yo iré contigo y te yudaré á conquistar la felicidad.... ¡Abre, Catalina, abre pronto, y no desoigas mi ruego, por tu bien!

Al acabar el ángel de la guarda de la jóven este razonamiento, empezaba el suyo el ángel de las tinieblas.

—El rey va á enviar á buscarte, le decía; quiere casarse contigo; serás la soberana de Inglaterra; cuando salgas en tu dorada carroza, todas las frentes se inclinarán ante tí; ¡cuánto brillo no añadirá á tu belleza la corona real! ¡Qué dolor no sentirá al verte el ingrato Madox, quien, sin motivo alguno, rompió los lazos de vuestro mútuo cariño! ¡Cómo te envidiarán todos...! ¡Animo, Catalina! por ahí, bajo tus piés, corren las aguas del lago que baja desde el torrente... arroja en ellas la llave de ese sepulcro y eres reina.

Y luego próseguia el ángel bueno, aproximando su boca celestial al oido de Catalina:

—¡Mira que la corona que ambicionas está teñida con la sangre de Ana Bolena y rodeada de las sombras vergonzosas del repúdio de dos reinas! ¡Trás de esa corona está el tajo sangriento, terrible! Con Arturo están el amor, la paz, los dulces goces de la fa-

milia, que tú no has probado jamás, y que, una vez saboreados, te parecerán un trasunto del cielo... Catalina, la paz y la felicidad de la vida están encerradas en esa tumba... ábrela, y que salgan con tu esposo.

—Tu belleza es mayor que la de todas las anteriores esposas del rey, proseguia el espíritu infernal; tu juventud más florida; el rey no ha amado nunca verdaderamente y tú serás la que imperes sobre su corazon; Catalina, no hay más dicha en la tierra que el poder, el fausto y la riqueza... y ¿quién es más rica que una reina, ni más poderosa que ella? Además, el rey está enfermo y muy expuesto á morir... tú puedes tener un hijo y ser nombrada regente... ¡regente á los diez y ocho ó veinte años! ¿Hay en todo el mundo perspectiva más brillante para una mujer? Hermosa y árbitra suprema de los destinos de toda una rica y poderosa nacion. ¡Qué influencia tan directa y tan soberana no ejercerás sobre todas las cosas! ¡Oh, arroja esa llave á las tranquilas aguas del lago y conquista la corona real! ¿Qué es un hombre en esta cuestion inmensa de la que resulta tanta gloria, tanto poder, tanta dicha para tí? ¡No abras la tumba! ¡No veas á tu marido! ¡Sé grande y superior á tu corazon, que ese lago silencioso y tranquilo te guardará un secreto inviolable!

Catalina no pudo oír más.

Embriagada por las palabras de su ángel malo y

por las locas esperanzas que despertaban en su cerebro, levantóse, corrió á la ventana, la abrió y arrojó la llave á las aguas del lago, tersas y silenciosas como un colosal espejo.

Luego tomó la lámpara y huyó precipitadamente sin mirar hácia atrás y como espantada de lo que habia hecho.

En el mismo instante en que Catalina desaparecia por la ojiva puerta que comunicaba con la capilla, Rúben salió de detrás de la columna que le ocultaba.

Arrojó su manto, retrocedió algunos pasos y tomando carrera con un ardor que no se hubiera debido esperar de su edad sexagenaria, se precipitó en las aguas que corrían mansamente por debajo de la ventana.

El torrente rugía á lo léjos, y de él partía el lago silencioso y tranquilo que rodeaba la espalda del sombrío castillo.

Oyóse el ruido que hizo al caer el cuerpo del judío, al mismo tiempo que el reló de la torre daba las nueve y media.

Durante algunos minutos se oyó agitarse la gran sábana líquida y cristalina, y luego la luz de la luna, que apareció entre los frondosos árboles de la selva, alumbró de nuevo la alta figura de Rúben que salía del lago con un objeto en la mano.

Era una llave.

## XV.

Rúben subía penosamente la rampa áspera y pedregosa que llevaba desde el lago á la gran selva en medio de la cual se elevaba el castillo.

El agua chorreaba de su larga hopalanda de lana, que le ceñía en gruesos pliegues, y de su gorro hebreo cargado de joyas y pedrería.

Apénas estuvo en terreno llano, arrojó al suelo el gorro y se apresuró á dar la vuelta para entrar en el castillo por una puertecilla situada en la sala de armas, que daba al lado de la rampa.

Aquella puerta estaba guardada día y noche por un hombre de armas que se paseaba delante de ella con su maza al hombro.

Rúben procuraba acelerar el paso; habia oido la hora que sonó en el reló de la torre y no ignoraba á la en que debía salir el Conde de su letargo.

¡Ah! ¡Si su señor le hubiera dado á él aquella llave, ú otra al ménos! Pero no le habia creído digno de su confianza, á él, miserable hijo de una raza proscrita y perseguida, y habia puesto su existencia

en las manos de una mujer traidora y desleal, que le condenaba á la más horrible muerte.

Estas amargas reflexiones no impedían al hebreo hacer esfuerzos sobrehumanos para llegar á la puertecilla; pero sus fuerzas estaban agotadas y apenas podía sostenerse.

La luna hería su cabeza descubierta, calva y guarnecida de algunos mechones de cabellos blancos como la nieve.

El peso de sus ropas empapadas en agua, no ménos que su fatiga y su cansancio, le impedían moverse, y hubo un instante en que se dejó caer de rodillas, ocultó entre las manos su semblante venerable y murmuró entre sollozos:

—¡No puedo!... ¡No puedo!...

Pero Dios, eterno consolador de los afligidos, vino en su ayuda y prestó valor á su ánimo desfallecido; volvió á levantarse y pudo ganar la puertecilla á la que llamó con trémula mano.

—¿Quién vá? preguntó desde adentro la voz áspera de un soldado.

—Rúben el hebreo, respondió el doctor.

—¿Qué quereis?

—Entrar... me fui á vagar por el bosque, me dormí á orillas del lago y he caído en él: abrid pronto, si no quereis que me muera de frío.

La puerta se abrió.

El rudo veterano, que la guardaba, conocía la

confianza que habia tenido siempre en el judío el difunto Conde y calculó que habria salido para algun asunto de la casa.

Rúben, sin responder á ninguna de las preguntas que le dirigió el soldado, cruzó casi arrastrando la sala de armas al tiempo mismo que sonaban las diez.

Un estremecimiento convulsivo paralizó de nuevo sus casi exhaustas fuerzas.

Aquella era la hora en que debía salir Arturo de su letargo.

¿Cuál no seria su desesperacion al hallarse encerrado en su atahud y sin esperanza alguna de salvacion ó de socorro?

Estas reflexiones, si bien redoblaron la angustia del anciano al tiempo de ocurrírsele, redoblaron tambien su aliento, pasado el primer instante.

Después de cruzar la sala de armas, salió Rúben á la escalera, la bajó y entró en la gran galería que conducía á la capilla.

Al llegar á la puerta le pareció oír un gemido lejano y apagado que le heló la sangre en las venas y le hizo precipitar el paso.

Entró en el panteon y volvió á oír más distinto aquel clamor agonizante.

Ya no podía dudarlo. El Conde se entregaba á la espantosa desesperacion que debía producirle su horrible lecho.

—¡Valor! ¡aquí estoy, señor! gritó el judío arrodillándose delante del sepulcro de mármol.

Arturo no debió oírle, porque gimió con voz sorda.

—¡Catalina!... ¡Catalina!...

Rúben introdujo la llave en la cerradura, que, sin duda por haberse mojado aquella, opuso alguna dificultad.

Pero el rumor que esto produjo, aunque más leve, más cercano, debió llegar á los oídos del Conde, porque de pronto cesaron sus lamentos.

El judío alzó los ojos al cielo demandándole su ayuda, y la llave dió vuelta, abriéndose pesadamente el arca de mármol que ocultaba el atahud.

El anciano destapó la caja y el Conde apareció livido, convulso, horrible, con los ojos hundidos por el terror y la desesperación.

Al ver la luz de las lámparas que alumbraban el panteón, quiso incorporarse; pero la debilidad y el espanto le privaron del sentido, y el Conde volvió á desplomarse, presa de un profundo desmayo.

Rúben le sacó de allí en sus brazos: sólo Dios puede explicar cómo aquel débil anciano, extenuado ya por la fatiga y el dolor, pudo levantar al Conde, que oponía á su debilidad el doble peso de su corpulencia y la inmovilidad de su desmayo.

El hebreo le llevó casi arrastrando hasta la capilla; allí le colocó en un banco, sacó de su pecho una

redomita y acercó á los labios del Conde el cordial que contenia, bebiendo él despues para reanimar sus ya tan abatidas fuerzas.

—¿Dónde estoy? preguntó Arturo con voz muy débil.

—En salvo, señor, respondió el judío.

—¿Y Catalina?

Rúben no respondió.

—¿Y Catalina? tornó á preguntar el Conde: ¿dónde está? ¿Cómo no la veo aquí? ¿Quién ha abierto mi cárcel sepulcral?

—Yo, señor, repuso Rúben.

—¿Te dió Catalina la llave?

—Tuve que sacarla del fondo de las aguas del lago.

—¡Infierno! gritó el Conde retorciendo sus manos: ¿y quién la arrojó allí?

—Catalina.

Siguió un largo silencio: el Conde palideció más intensamente; un temblor convulsivo agitó todo su cuerpo, y Rúben creyó por un instante que volvía á desfallecer: más al ir á acercar de nuevo á sus labios descoloridos la redomita que contenia el cordial, Arturo, separó suavemente su mano.

—Déjame y nada temas, le dijo con temblorosa voz: yo quisiera que Dios me llevase junto á si; pero siento en mi corazón que me dejará vivir para mi venganza.

Después de estas palabras, el Conde pareció sumergirse en hondas reflexiones, en las que aún permanencia cuando rayó la luz del alba.

El judío salió y estuvo fuera como una media hora; luego volvió á la capilla y dijo á su amo:

—Hé aquí un traje de soldado; dejad, señor, que os lo vista, y después saldremos por la puerta de la capilla que dá al bosque, y junto á la cual hay ya preparados dos caballos.

El Conde no opuso resistencia alguna.

Su desgracia pesaba á un tiempo sobre su corazón y sobre su cabeza; estaba anonadado.

Rúben le despojó de sus vestidos é hizo de ellos un lío.

Luego le condujo por la mano hasta la puertecilla, cuya llave se había procurado, y ambos montaron á caballo.

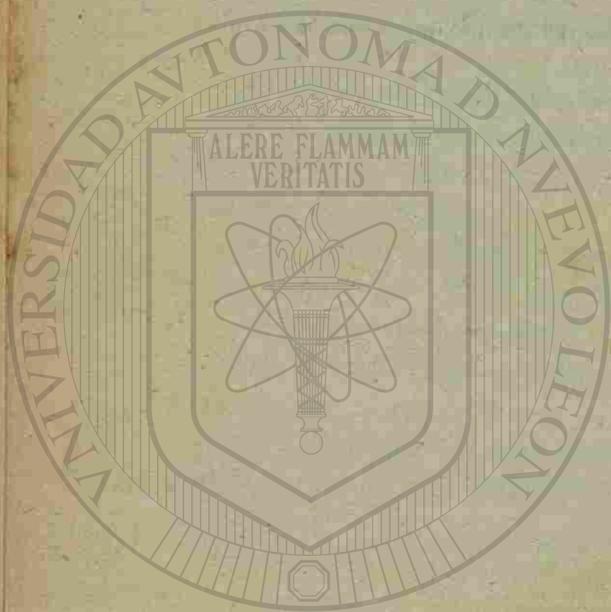
Nadie les puso obstáculo alguno en su paso, creyéndoles un soldado y el médico que iban á asuntos propios á Londres.

Catalina no estaba reconocida oficialmente como Condesa soberana, y nadie y todos imperaban en el castillo desde la muerte del Conde.

Al pasar junto al torrente, el judío arrojó á él los vestidos del Conde; pero éste pidió el sudario que había llevado sobre ellos como manto de muerte, y, después de doblarlo, lo guardó entre los pliegues de su vesta de soldado.

Nada quedaba ya del Gran Senescal de Inglaterra, del Conde soberano de Essex.

Los dos jinetes desaparecieron bien pronto entre las infinitas revueltas del camino que conducía á Londres.



XVI.

Catalina, después de haber arrojado la llave por la ventana, subió presurosa y despavorida á su habitación.

El ángel malo había ganado, y el de su guarda se había vuelto al cielo llorando y cubriéndose el rostro con sus blancas alas.

A pesar de tener el semblante inundado de una palidez mortal, las primeras palabras de Catalina, al entrar en su cámara, fueron éstas:

—¡Ya soy reina!

Pero aquel chispazo de triunfo no consiguió apagar el grito de su remordimiento, y la infeliz pasó la noche, ora dando vueltas por su cámara en una especie de frenesí, ora hundida en un sillón y queriendo huir de sí propia.

Tan pronto se veía coronada y sentada en el trono, tan pronto se veía precipitada de él por la mano vengadora de su marido.

La aurora dispó algún tanto las angustias de su ánimo: levantóse del sitial que había ocupado y trató

de reparar el desorden de su persona y de sus cabellos destrenzados.

Ocupada se hallaba de esta suerte cuando oyó el sonido de una bocina: asomóse á la ventana y vió parado á la entrada del puente á un caballero con la visera calada, que agitaba un oriflama con las armas de Inglaterra.

Precedíanle dos pages de la casa real y le seguían algunos soldados.

Era un enviado del rey.

Catalina oyó soltar las cadenas y pasar por el puente los caballos; luego una voz fuerte y sonora gritó:

—¡Un mensaje de S. M. para Su Gracia el Duque de Norffolk!

Trás esto se oyeron pisadas fuertes y acompasadas en la gran escalera, lo que probaba que el enviado del rey era recibido por el Duque sin dilacion alguna.

—Milord, le dijo despues que estuvo en su presencia: S. M. me manda decir á Vuestra Gracia que salgais conmigo de este castillo—que desde hoy queda confiscado por la corona—y que lleveis con vos á Miss Howard.

—Quiere S. M. que lleve á mi nieta á Lóndres? preguntó el anciano, que temblaba de gozo.

—Si, milord.

—¿He de depositarla en mi casa?

—S. M. manda que la conduzcáis al instante á palacio.

El Duque salió presuroso para avisar á Catalina, quien, al oír la fausta nueva, olvidó sus remordimientos.

A pesar de la palidez producida por tantas sensaciones, jamás la jóven habia estado tan bella.

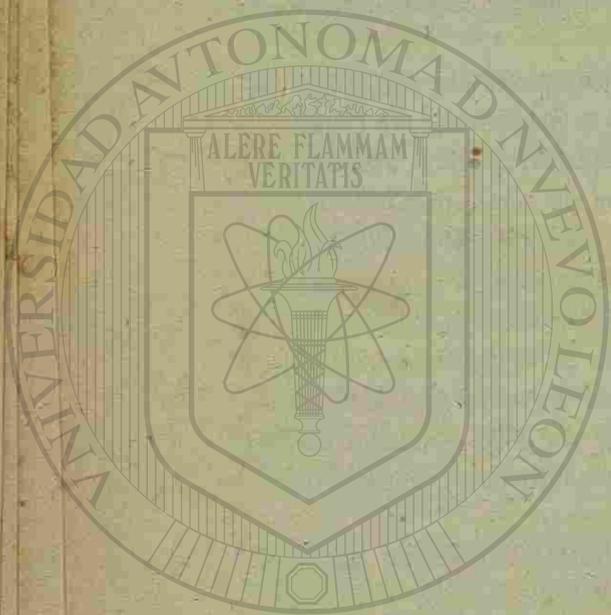
No fué necesario que su abuelo la animase para terminar con brevedad sus cortos preparativos.

Catalina ansiaba más que nadie salir de aquel castillo maldito donde creia oír á cada instante los lamentos y gemidos de Arturo.

Media hora despues de la llegada del mensajero del rey, cabalgaban por el camino de Lóndres éste, Catalina y el Duque de Norffolk, escoltados por los arqueros que habian acompañado á aquel, y precedidos de los pages.

El rey recibió al instante á Catalina, que se inclinó con humildad y le besó la mano.

—Tienes habitacion dispuesta en palacio, le dijo el rey; ve á ella á descansar y prepárate para ser reina de Inglaterra y mi adorada esposa.



XVII.

El mismo día de la llegada de Catalina á la corte y al palacio real, y en tanto que ella reparaba con un sueño profundo las fatigas del viaje, la anciana Duquesa de Norfolk tomaba en su casa enérgicas medidas para sepultar en el más completo olvido las faltas cometidas en ella por su nieta cuatro años ántes, y á que dió origen su culpable indiferencia para con la jóven.

Ya hacia mucho tiempo que Madox y Durham, cómplices de Catalina, habian sido arrojados de su servicio uno despues de otro y con frívolos pretextos; pero habia algunas de sus doncellas muy bien enteradas de todos los pormenores de aquel trato inicuo: dos, sobre todo, llamadas Rosamunda y Olivia, habian sido las confidentes de aquellos galanes y algunas veces tambien las de Catalina.

Ante la evidencia del elevado destino que aguardaba á Catalina, aquellas dos mujeres fueron despedidas.

La Duquesa repartió gruesas sumas á las demás

personas de su servidumbre imponiéndoles al mismo tiempo, y bajo las más severas penas, el secreto más inviolable, y creyó haber asegurado con estas medidas la tranquilidad de su familia.

Ocho días despues, el rey se desposó con Catalina en Westminster con el ceremonial de costumbre.

Sólo habia de nuevo la belleza de la soberana que era tan pura, tan fresca, tan delicada que el pueblo no se cansaba de contemplarla y saludarla con ardientes aclamaciones.

Su traje, dispuesto y dirigido por la Duquesa de Norfolk, quien desde la elevacion de Catalina desplegaba en favor de la jóven un interés verdaderamente maternal, era de gran valor y de exquisito gusto.

La tela era toda blanca y de encaje, bordada de perlas de inmenso valor; sobre aquel fondo nacarado brillaban á intervalos algunos diamantes de un tamaño fabuloso: sobre el traje caian los hermosos y elásticos rizos de Catalina, de color castaño oscuro, haciendo resaltar su tez de nieve animada por un débil sonrosado, causado por la agitacion que la dominaba.

Tan fuerte era el amor del rey por Catalina, que, ántes de salir de la iglesia, quiso proceder á la ceremonia de la coronacion, que se efectuó con gran solemnidad.

Cuando colocó la corona real en la frente de Catalina, una satisfaccion íntima y reposada le rejuve-

neció, disipando el ceño feroz que hacia largo tiempo no le abandonaba.

—Me parece, dijo un cortesano al oido de otro, que la jóven que hoy ha tomado el rey por esposa es la única mujer á quien verdaderamente ha querido en toda su vida.

—Creo lo mismo, respondió su compañero, y no me extraña, porque es la más bella criatura que yo he visto jamás; ¡qué ojos! ¡qué téz! ¡qué talle! No concibo que se pueda pintar más bella á la misma diosa de la hermosura.

Durante esta conversación terminó la ceremonia.

El rey salió de la capilla dando la mano á Catalina, y los nobles y altos dignatarios de la Iglesia y del Estado les siguieron en dos largas filas.

Una ardiente aclamacion recibió á la nueva reina, que volvió la cabeza graciosamente á un lado y á otro para saludar y sonreir al pueblo.

De repente se quedó más blánca que su vestido, y sus ojos se dilataron terriblemente, quedándose fijos y como fascinados en uno de los ángulos del átrio.

Habia visto, cubierto de un traje negro, pálido, silencioso y sombrío, á su marido el Conde de Essex, que la miraba con amenazadora fijeza.

El espanto de la reina fué tan grande que dominó por fin sus sentidos y se desmayó.

Cuando volvió en sí, se halló en palacio y en su cámara.

El rey, sentado al lado de su lecho, la miraba con ternura.

—¿Qué te ha dado, querida Catalina? le preguntó cariñosamente.

—No sé, señor, respondió ella; la emoción, el calor, la alegría... No olvide V. M. que nunca he sido otra cosa que una pobre campesina; esto no es nada y espero que en breve pasará.

En efecto, Catalina hizo un esfuerzo y se levantó para asistir al banquete oficial que tenía lugar en palacio.

Una vez vuelta á la vida real y á su brillante y embriagadora posición, se dijo que todo había sido una ilusión de su acalorada fantasía.

## XVIII.

Un año pasó con tanta tranquilidad para la reina, que llegó por fin á olvidar completamente el sueño ó la realidad que le había traído ante los ojos la figura amenazante de su marido.

El rey había vuelto á ser duro é intratable, á causa de sus dolencias, para todos, y ella no estaba libre de sus caprichos ni de la irascibilidad de su carácter; pero á través de su atrabiliaria condición, cuantos rodeaban á los régios esposos descubrían en Enrique un amor apasionado hacia Catalina.

Hasta le perdonaba lo que no había podido perdonar á ninguna de sus demás esposas: que fuese estéril, pues la sola sospecha en este punto, le había disgustado profundamente en aquellas.

Catalina, sin embargo, no daba esperanzas de que se prolongase la dinastía y el rey no se acordaba de ello; se contentaba con mirarla y acariciarla, serenando todas las nubes que se amontonaban en su frente una sola sonrisa de la reina.

A pesar de esto, la vida de aquella jóven de diez y siete años era bastante infeliz.

El rey, cuya pierna derecha se habia cubierto de heridas, padecia mucho y la obligaba á sentarse en una banqueta á sus piés, y á sostenerle la pierna enferma en su falda, diciendo que sólo así descansaba algun rato, y hubo algunas temporadas en que Catalina pasó sin cambiar de postura cinco días con sus noches.

El carácter de la jóven reina era verdaderamente angelical.

Cumplidos los dorados sueños de su vanidad de niña, la bondad de su corazon sobresalió bien pronto por encima de todos sus defectos.

Catalina era dulce, caritativa, alegre, de carácter igual, cariñosa y apacible.

Sobrellevaba su suerte, no sólo con resignacion, sino con alegría, pues sus pensamientos no tenian ya otros límites que complacer á su esposo, cuyas impertinencias no le hacian exhalar jamás la más mínima queja.

Para aquella criatura pueril é inofensiva, bastaba por recompensa que, al salir para ir al templo ó á paseo con el rey, la acogiese un murmullo de admiracion.

Sin embargo, un remordimiento lento, frio como la hoja de un cuchillo, se deslizaba muchas veces en su alma, y pensaba en el hombre generoso que tanto

la habia amado, que habia perdido por ella riquezas, dignidades y alta posicion, en cambio de lo cual ella le habia condenado á una muerte espantosa.

Su conducta, desde que se casó, era irreprochable; y segura de la influencia que le daban en el corazon de su marido su juventud y su encantadora belleza, lograba rechazar tan tristes pensamientos y adormecerse en las risueñas esperanzas del porvenir.

Pero la eterna justicia de Dios blandia ya su terrible espada sobre la cabeza culpable de Catalina, que debia caer herida de muerte.

Una tarde, al volver de un corto paseo con el rey, se acercó á la carroza un jóven vestido de terciopelo, de bella y delicada figura, y entregó á la reina un papel doblado.

Esta, acostumbrada á recibir cada vez que salia gran número de solicitudes, lo conservó en la mano, y el rey, que tenia fiebre aquella tarde y volvia de pésimo humor, no reparó en tal incidente, demasiado natural por lo muy repetido.

La reina alzó los ojos para mirar el rostro del que le habia dado el papel y estuvo cerca de dar un alarido de terror.

Era Madox, su primer amante en casa de la Duquesa, su abuela.

A la agitacion, á la palidez de Catalina, respondió él con una sonrisa insolente, y desapareció.

Catalina llegó á palacio abatida y triste.

Aquel hombre era la primera nube negra que se levantaba en el cielo de su porvenir.

Desdobló el escrito que le habia entregado,

Era, en efecto, una solicitud firmada al pié por *Madox y Durham*.

Pedían en ella ser empleados en su servidumbre, prometiéndole en cambio un secreto inviolable sobre lo pasado y ofreciendo tratarla en lo sucesivo con todo el respeto debido á una reina.

Catalina pasó una noche cruel.

Débil é indecisa, no sabia qué partido tomar, si bien era verdad que la desdichada se hallaba encerrada en un círculo de fuego.

Desatender las exigencias de sus cómplices era provocar su venganza: hablando, podían descubrirlo todo al rey, quien indudablemente la arrojaría del trono sepultándola, cuando ménos, en una prision de Estado para toda su vida.

Acceder á su peticion era provocar su osadía y exponerse á que cada instante le exijiesen algo más en la carrera de los honores y del poder; pero así, á lo ménos, compraba su silencio y podia contar con alguna esperanza respecto á su gratitud.

Levantóse pálida y ojerosa y fué á pedir al rey dos plazas de su servicio para dos jóvenes nobles y escasos de medios de fortuna.

—Amada mia, respondió el rey, empleadlos en lo

que gustéis y traedme los nombramientos extendidos para firmarlos.

El tirano no habia sido jamás confiado con ninguna de sus esposas, é á iba serlo precisamente con la que llevaba dentro de su propio palacio á sus antiguos amantes.

La reina creó dos plazas en su servicio para aquellos dos hombres, nombrando al uno halconero mayor y, al otro, jefe de pajes, con un crecido sueldo anual.

Cuando el rey firmó los nombramientos, es fuerza confesar que ella sintió un movimiento de vanidad al ver que podia mejorar, y aun ser árbitra de la suerte de sus antiguos amantes.

Algunos dias despues, al salir la reina de la capilla, le fué entregada otra solicitud por una mujer.

Al verla, Catalina dió un grito de espanto.

Habia reconocido á Rosamunda, la camarera despedida por su abuela y sabedora de todos los pormenores de su seducción.

Al desdoblar el escrito, observó que tambien tenia dos firmas.

La de Rosamunda y la de Olivia, la otra camarera despedida al mismo tiempo que aquella.

En la solicitud pedían ser sus doncellas de honor, añadiendo que *no dudaban conseguirlo, atendida la bondad de la reina para con sus antiguos amigos Madox y Durham*.

Amedrentada la infeliz Catalina, firmó ella los nombramientos, pues era árbitra en lo que tocaba á la parte femenina de su servidumbre.

Estas dos condescendencias fueron dos pasos agigantados hácia su perdicion.

Aunque podia evitarse el disgusto de ver al halconero mayor y al jefe de pajes, no así podia librarse de la presencia de las dos insolentes mujeres que habia llevado á su lado.

El respeto de éstas sólo existia delante de testigos; cuando la reina reclamaba á solas sus servicios, los prestaban con la mayor insolencia.

Una noche en que Catalina salia de la cámara del rey, ya muy tarde, y fatigada de haberle sostenido la pierna durante muchas horas, se dirigió á su cámara sola por una larga galería.

El frio era riguroso, y Catalina, que no se sentia buena, temblaba; toda su servidumbre se habia acostado, y únicamente en la antecámara debian hallarse Rosamunda y Olivia, á quienes tocaba aquella noche el servicio.

La reina tendió los ojos por la antecámara, alumbrada por algunas bujías, y no vió á nadie.

Algo incomodada porque deseaba tomar ántes de acostarse una bebida caliente, entró en la cámara, y halló durmiendo en dos sillones á las dos doncellas de honor.

La reina, colérica, á pesar de su buen carácter,

por aquella falta de respeto, asió el brazo de Olivia y lo sacudió con fuerza.

La camarera despertó asustada, miró á la persona que habia interrumpido su sueño y murmuró:

—¡Ah! ¿sois vos, señora? Permitidme que vuelva á dormir, porque estoy muy fatigada.

—¡Insolente! gritó Catalina; ¡levantáos al instante las dos!

—¡Dios me valga! ¡Qué gritería por nada! dijo Rosamunda levantándose. ¿Y qué quereis al fin, señora?

—Preparadme el lecho y una bebida caliente, dijo Catalina bajando la voz; luego añadió con amargura:

—¡Oh! ¡A saber lo mal que habíais de servirme, jamás os hubiera traído á mi lado!

—Vamos claros, señora, repuso Olivia; V. M. nos ha traído porque tenia miedo.

—¡Miedo yo, miserables!

—¡Ya lo creo que sí! ¡Como que sabemos todas aquellas historias de Madox y Durham!

—¡Olivia! ¡Rosamunda! repuso la reina con una dulzura triste y penetrante: ¿por qué sois conmigo crueles é ingratas? ¿Qué os he hecho? ¿Ni de qué os serviria mi ruina? ¿No os ha servido de mucho más mi elevacion? Seguid á mi lado y sed discretas, que no os pesará vuestra discrecion.

—Entónces, señora, empezad por pagarla á más subido precio que hasta aquí.

—¿Qué más quereis?

—Un aumento de sueldo; sabéis que somos de buena cuna, y la señora Duquesa, vuestra abuela, nos daba más que V. M.

—No puedo aumentar vuestros honorarios, respondió Catalina dolorosamente conmovida; vuestros sueldos son de mi bolsillo particular, porque, no haciendo falta en mi servidumbre, no he dicho al rey que estais en ella.

—Nosotras pensábamos, señora, dijo Rosamunda, que era la más insolente de las dos, que la palabra *no puedo* estaba de más cuando habláseis con nosotras.

—¿Cómo habeis tenido la osadía de creer eso? Pero yo me rebajo hasta donde no debiera discutiendo con vosotras. No tendreis aumento en vuestros sueldos, y os prohibo que me hableis más sobre el particular.

—Señora, dijo Olivia, no dejaremos de importunaros todos los dias hasta conseguir que mejoreis nuestra posicion.

—Y lo conseguiremos, añadió Rosamunda; porque S. M. no puede ni querrá desconocer sus obligaciones con nosotras.

—¡Salid de aquí! exclamó Catalina, dejándose llevar de su justo enojo. ¡Salid de aquí ahora, y mañana de palacio! ¡Os despido, y no quiero volveros á ver!

—V. M. debe mirar lo que hace, dijo Rosamunda,

reflexionar y no dejarse llevar del primer movimiento de su cólera, que puede atraerle fatales consecuencias.

—¡Salid! repitió Catalina con tan imperioso ademán, que las dos mujeres tuvieron que obedecerla.

Catalina se arrojó sobre su lecho, llorando de ira y de dolor, desahogándose algun tanto su corazón, que se rompía de angustia.

Al dia siguiente se presentó al desayuno pálida y ojerosa.

El rey, alarmado, hizo llamar al médico, quien prescribió á la reina, como primera medida, la mudanza de aires.

Enrique, á pesar de su doliente estado, quiso salir aquel dia con ella para uno de sus castillos reales, y allí, rodeada de una pequeña córte que la colmaba de atenciones, olvidó la jóven reina sus disgustos particulares.

Sin embargo, la tempestad se iba formando cada vez más densa y amenazadora sobre la cabeza de Catalina.

Desde su salida de la córte empezaron á circular sordos rumores, cuyo origen se ignoraba, pero que eran terribles para la reputacion de la reina.

Se hablaba de sus *pasados extravíos* en todos los sitios públicos, con tan poco miramiento como si se tratase de la última jóven del pueblo.

En una casa de la nobleza, una jóven llamada

Miss Rosamunda, habló de presentar al rey una denuncia de las faltas cometidas por la reina, añadiendo que la recompensa de un monarca, tan celoso de su honra, debía de ser muy crecida.

Por desgracia, nada era más fácil en aquel tiempo para los vasallos que llegar hasta sus reyes con denuncias por escrito ó de palabra.

Catalina ignoraba todo esto, y su corazón se oprimió dolorosamente al recibir una mañana una carta sin firma, en que se le pedía una entrevista.

La reina no sabía leer ni escribir; las solicitudes las daba á su secretario, que la enteraba de ellas, pero un instinto secreto la hizo ocultar aquella y hacerla pasto del fuego.

No obstante, tres días después, y al salir de la capilla, se le acercó un joven del pueblo y le dijo que la persona que la había dirigido una carta, al ver que no hallaba respuesta en el sitio que había indicado que se la dejasen, le enviaba á ella para pedirle una entrevista á fin de advertirla de un gran peligro que la amenazaba.

—¿Quién es esa persona? preguntó la reina.

—No puedo decir su nombre, señora, respondió el emisario; sólo sé que es un pariente de V. M.

Catalina creyó que sería su abuelo, y, después de reflexionar un momento, dijo:

—Podeis responder á ese caballero que estoy pronta á recibirle.

—¿Cuándo, señora?

—Mañana, á las nueve de la mañana, en mi cámara: habrá esperándole una persona que le introducirá en ella.

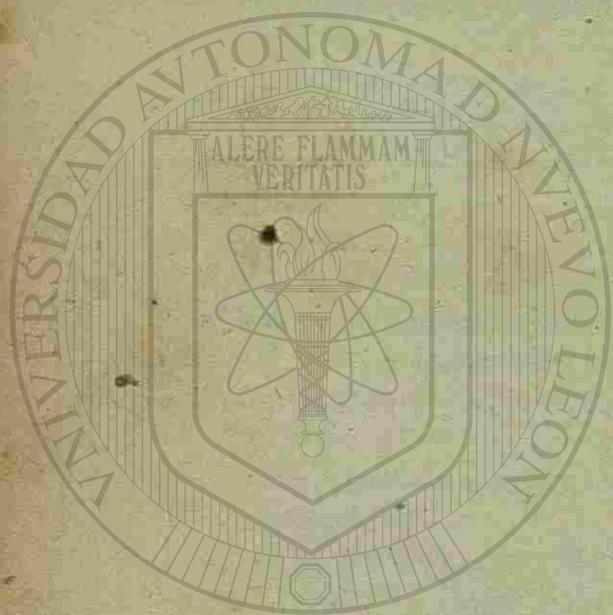
—Os advierto, señora, que sólo de V. M. quiere ser visto, y que llevará el rostro cubierto con un antifaz, que únicamente levantará en vuestra presencia.

—Está bien, dijo Catalina alejándose muy pensativa.

A la mañana siguiente, lady Rochefort llegóse á la reina, que había madrugado mucho, y le dijo:

—Señora, ahí está ese hombre.

—Que entre y dejadnos solos, respondió Catalina.



XIV.

La persona que solicitaba hablar á la reina, entró. Llevaba el rostro cubierto con un antifaz de seda negro; pero, ántes de que lo levantase, el delirante terror que se pintó en los ojos de Catalina, dijo bien claro que ya lo habia reconocido.

Era un hombre de estatura gallarda, y en cuyo modo de llevar erguida la cabeza, se advertía la nobleza de una ilustre cuna y la costumbre del mando.

Separó su antifaz y mostró un rostro hermoso y muy pálido, alumbrado por dos grandes ojos negros de altiva y fatídica mirada.

No se habia engañado la reina.

El hombre que tenia delante era el conde de Essex, á quien ella creia muerto y reposando en el solitario panteón de su familia.

Arturo arrojó su toca de terciopelo, guarnecida de una pluma blanca, sobre un sitial; y, cruzándose de brazos, avanzó lentamente hasta colocarse enfrente de la reina.

—¡Que pálida estás, Catalina! murmuró sonriendo

con amargura. ¡No pensé yo, por cierto, hallarte así!

La reina no tuvo fuerzas para contestar una sola palabra; ocultó el rostro entre las manos y permaneció yerta de terror.

—Mirame y no tengas miedo, continuó su marido, separando del rostro las manos de Catalina; mirame para que te convenzas de que vivo... soy yo... no me creas un fantasma... A pesar de tu infame traición, vivo y estoy junto á tí!

—¡Perdon! murmuró la reina, cayendo de rodillas á los piés de su marido.

—¡Perdon! repitió Arturo con una lúgubre carcajada: si los crímenes como el tuyo obtuviesen perdón, no habría justicia ni en el cielo ni en la tierra.

La desgraciada jóven, sin saber qué decir, empezó á sollozar desconsoladamente.

—Oye y no llores así, dijo el Conde. Déjame que ponga en tu conocimiento lo que debo revelarte, porque me esperan. Catalina, yo te amé con ese cariño ardiente, inmenso, inalterable, que pocas veces se consigue en la tierra, y que, bien pagado, es un trasunto del cielo; por tí, renuncié al amor y á la mano de una princesa real, y á los enlaces más brillantes y más ricos de Inglaterra; creyéndote pura, te dí mi nombre, y luego supe que eras una muchacha perdida... Ese descubrimiento me afligió, porque me probó que no tenias confianza en mí; pero no

hizo que me arrepintiera de haberte llamado mi esposa: ¿qué remedio? tu pasado pertenecía, no á mí, sino á la fatalidad; sólo pedí al cielo que me fueses fiel en adelante. Por salvar tu decoro del capricho del rey, renuncié á mi nombre, á mi patria, á mis riquezas, y me encerré en un sepulcro, á fin de salir de él con otro nombre, y huir contigo á países lejanos; tú renunciaste á mí y me condenaste á una muerte cierta, inevitable... horrible... sin tener compasión de los crueles martirios porque iba á pasar!... sin pensar en que perdías también mi alma, porque hubiera muerto blasfemando de Dios... Y todo ¿por qué? Para sentarte en un trono regado con sangre más ilustre, más digna, más generosa que la tuya, y que puede convertirse en un cadalso, si ha de cumplirse la justicia del cielo.

—¡Perdon! repitió Catalina, que oía de rodillas la formidable acusacion del Conde.

—Y no obstante, Catalina, prosiguió éste ¡cuán triste y pálida estás, y cuán poca dicha has hallado bajo ese sόlio, que compraste con tan horrible crimen! ¡Más feliz y más hermosa parecias cuando vivias bajo la proteccion de mi amor, en tu casita, á orillas de aquel lago tranquilo y trasparente! ¡Cuántos temores han turbado tu sueño! ¡Y si supieras, además... tu reputacion está despedazada... se habla de tí en Lóndres, como de la mujer más despreciable... porque los cómplices de tus faltas, y esas dos mu-

eres, que en mal hora llevaste cerca de tí, han circulado escandalosos rumores acerca de tu pasado... de ese pasado que yo habia borrado para siempre, al enbrirte con el manto honorífico de mi nombre y con el escudo inviolable y eterno de mi amor!

Detúvose el Conde, pero no porque su largo razonamiento le fatigase; habia en él algo de la calma sombría é inalterable de los sepuleros; su voz era reposada y tranquila, como si la cuerda del dolor, á fuerza de estar tirante, se hubiera roto en su alma.

—Muy dichosa podias haber sido á mi lado, Catalina, prosiguió; habian acabado para tí el retiro y la soledad; nos íbamos á un bello país, llamado Italia, donde ya habia yo enviado oro bastante para que todo te sobrase... Hubiera yo contado á alguno de los príncipes soberanos que gobiernan aquel país la historia de mis infortunios, y él me hubiera dado una posición análoga á la que abandonaba... Hubieras dormido en un lecho con pabellones de gasa, guardado por el angel del amor casto y legítimo... ¡Hubieras vestido sedas y diamantes, y hubieras mecido en tus rodillas hermosos hijos, que te hubieran acariciado llamándote madre!

Ya ves que no hablo de mi porvenir, destruido por tí, sino del tuyo, que tan dichoso y bello podia haber sido! ¡Hoy, Catalina, ya no hay remedio! El angel de la venganza celeste agita sus alas sobre tu cabeza... Van á presentar una denuncia contra tí al

primer Ministro, y vengo á decirte:—¡Estás perdida!

—¡Ah! ¡piedad! ¡perdon! exclamó la reina sollozando y arrastrándose á los piés de su marido. ¡Vos, señor, que tanto me habeis amado, conjurad la tormenta que me amenaza... salvadme!

—No puedo, repuso friamente Arturo; yo he muerto ya para todos, gracias á tí! No puedo salvarte, Catalina, y aunque pudiera, no lo haria!

En aquel instante llamaron á la puerta principal de la cámara.

Catalina, lívida de espanto, se levantó con el cabello suelto, con la mirada extraviada y semejante á la estatua del terror.

—¡Huid! exclamó en voz baja y ahogada; pero Arturo permaneció inmóvil y continuó:

—No te salvaria, aunque me fuese posible, Catalina, porque ya no te amo; mi corazon está frio y vacío como un sepulero, pero aún fermenta en él un sentimiento terrible. ¡Los celos! Si; al pensar que siendo mía, eres la esposa de otro; al pensar en que tú has matado mi corazon y te has separado para siempre de mí, la sangre arde en mis venas con un resto de vida, y quisiera matarte y matarme despues!

Era tan terrible la expresion del Conde al pronunciar estas palabras, que Catalina olvidó el peligro de que fuese descubierta su entrevista ante aquella ira concentrada y profunda.

Volvicron á llamar.

—¡Huid, que me perdeis! gritó la infeliz, que se sentia ahogada por el terror.

—¿Y qué me importa á mi perderte? continuó el Conde con sardónica sonrisa; ni qué puede importarte á tí el vivir algunos dias más? Catalina, tú vas á morir en breve; el tajo espera ya tu cabeza, y no puedes robársela.

Los golpes de la puerta se repitieron.

—¡Abrid, señora! dijo desde la parte de afuera lord Douglas, capitan de guardias del rey; traigo un mensaje de S. M.!

—¿No os ireis? gritó Catalina á su esposo en el último grado de la desesperacion; allí hay una puerta que da á la galería... ¡Salid, por Dios!

—Conozco esa puerta; ¡adios, Catalina, ó más bien, hasta la vista! dijo Arturo con voz clara y levantada.

Y desapareció por la puertecilla indicada; pero fuera olvido ó cálculo, su toca de terciopelo quedó sobre el sitial en que la habia dejado.

Catalina, así que Arturo hubo desaparecido, se apresuró á descorrer el cerrojo que sujetaba la puerta, y se presentó lord Douglas; detrás de él asomaban las curiosas cabezas de tres ó cuatro damas.

El capitan, que habia oido distintamente la voz de un hombre, echó una mirada sombría por el aposento, que fué á caer sobre la toca que Arturo se habia dejado.

La reina siguió la direccion de aquella mirada, y quedó de nuevo yerta de espanto.

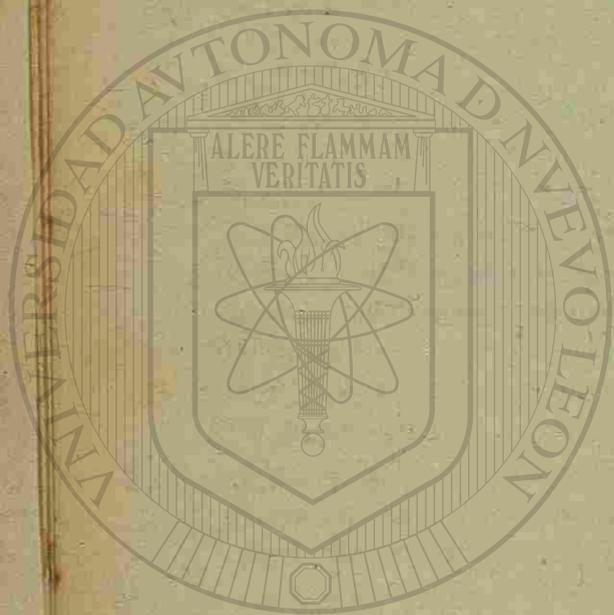
Palideció como un cadáver y se apoyó en un sitial cercano.

Tan violentas y repetidas emociones habian acabado por quebrantarla, y estaba próxima á desmayarse.

Lord Douglas, que era un anciano severo, hizo como que no conocia su estado, y dijo friamente:

—Señora, el rey me manda advertir á V. M. que esta tarde quiere salir para Hamptoncour.

Desapareció dicho esto, y la reina cayó desmayada en los brazos de lady Rochefort, mientras las otras damas señalaban la toca de terciopelo con un movimiento de espanto.



XX.

Dos días después, y hallándose ya el rey en Hamptoncour, el primer ministro, arzobispo Crammer, recibió una denuncia firmada por las doncellas de honor, despedidas por la reina de su servicio.

El ministro reunió á toda prisa la cámara, le manifestó la denuncia, y todos sus colegas unánimes decidieron que debía ser presentada al rey.

El día 4.º de Noviembre asistió el rey con su esposa á los oficios de Todos los Santos; al salir de la capilla dijo á Crammer, que iba á su lado:

—Acabo de dar gracias á Dios fervorosamente, porque jamás he sido tan dichoso en el amor ni en el matrimonio.

En aquel instante el arzobispo le presentó tristemente la denuncia.

Enrique, admirado, se detuvo.

Abrió el escrito y se puso muy pálido.

Luego dijo con voz entrecortada:

—¡No, no; es imposible!... ¡Ahora que era yo tan feliz!

Después apresuró el paso, y así que entró en palacio se encerró en su cámara con el ministro.

Catalina, sin saber aún de lo que se trataba, temblaba instintivamente; quiso entrar en la cámara del rey, pero éste le dijo duramente que le dejase sólo.

Ya en su cámara, el rey repasó la denuncia que se refería sólo á las relaciones de Catalina con Maddox y Durham.

—Rechazo con horror la posibilidad de hechos tan ultrajantes para el honor de la reina, dijo el rey. Sin embargo, Crammer, os recomiendo una pronta y severa averiguación acerca del asunto; ahora dejadme sólo, prosiguió; la desesperación me agobia. ¡Amaba á mi esposa con delirio, y la creía un ángel de pureza!

Diciendo esto ocultó el rostro entre sus manos aquel monarca feroz y sanguinario, y se deshizo en lágrimas amargas.

Pocas horas después, las dos doncellas de Catalina fueron conducidas á la cárcel; apenas instaladas en ella, se procedió á hacerlas sufrir un minucioso interrogatorio, en el que designaron á las personas que podían declarar toda la verdad.

Por la tarde no quedó al rey la menor duda acerca de los extravíos pasados de su esposa.

Al ver las pruebas tan palpables, le acometió un delirio espantoso; quería cerrar los ojos ante su desgracia, y le era imposible.

Las investigaciones contra Catalina se continuaban con una actividad cruel.

En cada una de las personas ocupadas en buscar las pruebas de sus faltas, parecía tener un enemigo encarnizado; y sin embargo, la pobre Catalina á ninguna de ellas había hecho daño en toda su vida.

El rey partió de Hamptoncour sin volver á verla y sin enviárselo á decir siquiera.

En el mismo día se presentó en la cámara de la reina el consejo privado para comunicarle las acusaciones que se elevaban á cada instante contra su persona.

La reina tuvo la debilidad de negarlo todo, empleando en sus negativas una energía que sólo conviene á la verdad; pero esta debilidad era muy disculpable atendida su extrema juventud y la desesperación en que se encontraba.

Cuando se hubo retirado la diputación, desapareció su valor ficticio, y la embargó un terror tan profundo, que se apoderó completamente de su razón por espacio de tres días.

Gritaba, lloraba, se quejaba del rey y de sí misma, y luego caía en un silencio muy semejante al estupor.

Al cabo de este tiempo, entró una mañana en su cámara el primer ministro del rey.

Al verle, un rayo de esperanza se deslizó en el corazón de Catalina; incorporóse ésta en el sillón en

que permanecía desde tres días ántes, y le preguntó con una expresion en que estaban mezcladas por partes iguales la angustia y la alegría:

—¿Qué quereis, señor?

—Traigo á V. M. un mensaje del rey, contestó el arzobispo.

—¡Oh, decidlo, decidlo al instante! exclamó la reina; nada es peor que la atroz incertidumbre en que vivo.

—Pues bien, señora, repuso el anciano, conmovido por el dolor y la ansiedad de Catalina; el rey me manda deciros que si desistís de vuestras negativas, si confesais unas faltas que sólo pueden ser hijas de vuestra inexperiencia y del abandono en que habeis pasado vuestra infancia y los primeros años de vuestra juventud, áun en el caso en que la ley deba castigaros, hará recaer en vos su augusta clemencia.

La desgraciada Catalina cayó en el lazo que el rey, segun su costumbre cuando no se atrevia á valerse del tormento, le habia tendido.

—¡Oh, cuán bueno es el rey! exclamó uniendo sus manos con una ardiente expresion de gratitud; me concede mucho más de lo que yo me hubiera atrevido á pedir!

El prelado le presentó entónces el acta de confesion, y enjugó una lágrima de piedad.

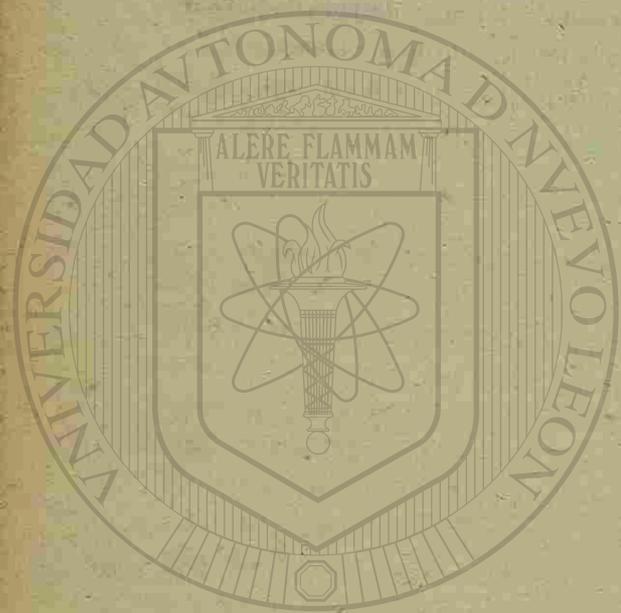
La infeliz jóven estaba perdida sin remedio.

Catalina puso su signo al pié del acta, porque,

como ya hemos dicho, la nieta de la orgullosa Duquesa de Norffolk, educada en su casa, no sabia leer ni escribir.

El ministro recogió el acta, y despues de saludar profundamente á la reina, salió de su cámara.

Catalina Howard pertenecia ya al verdugo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXI.

La Cámara Estrellada empezó desde el mismo día el proceso de adulterio contra Catalina Howard, reina de Inglaterra.

La acusada compareció diferentes veces ante sus jueces, y comprendiendo al fin lo que la *clemencia del rey* le había hecho firmar, ratificó sus confesiones en los hechos anteriores á su casamiento; pero se defendió enérgicamente en todo lo que tocaba á su fidelidad conyugal.

Mostráronle entónces la toca de terciopelo guarnecida de una pluma y hallada en su cámara, y á su vista la reina enmudeció, se puso pálida y la acometió un temblor convulsivo.

Sin embargo, nada más cierto que su fidelidad al rey.

Terminadas las primeras actuaciones, y firmemente resueltos á no permitirle defenderse más, los jueces mandaron trasladarla, en calidad de prisione-

ra, al monasterio de Sion, que pertenecía al obispo de Londres.

El mismo día de su salida se publicó su degradación en todas las calles y plazas de la capital de Inglaterra, á son de trompeta, y fué despedida toda su servidumbre.

El rey, pasado el primer momento de su dolor, se había puesto furioso al verse, como él decía, *tan vergonzosa y ridiculamente engañado*.

Su desprecio hácia Catalina y su enojo contra ella no conocían límites, y él era quien dirigía y apresuraba todas las actuaciones del proceso, que adelantaba rápidamente.

Mucho más desgraciada que Ana Bolena—quien se vió siempre tratada con la consideración debida á su rango—Catalina se vió reducida á la última humillación, considerada como una culpable de la más ínfima condición y abrumada de desprecios.

Ni una sola dama le dejaron.

Solo lady Rochefort, que tan cruel había sido con Ana Bolena, pidió permiso para acompañar y asistir á Catalina, cuyo permiso le fué concedido, aunque con gran trabajo.

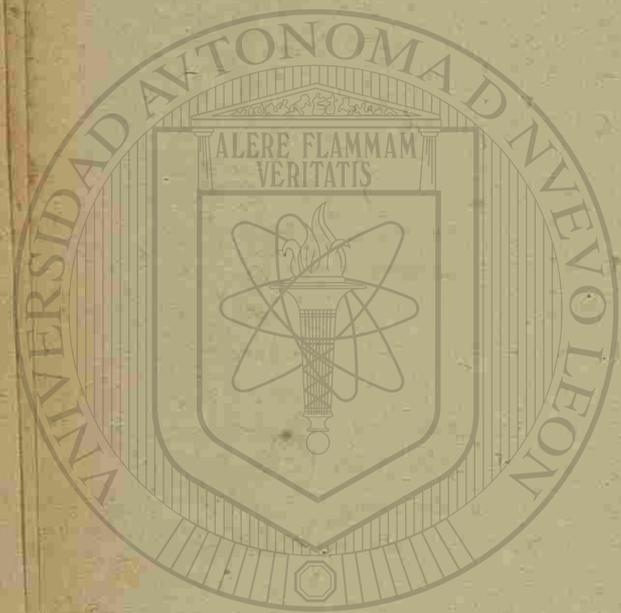
Lady Rochefort salió con la reina para el monasterio de Sion, acompañada de una crecida escolta.

La amargura y el terror habían trastornado casi por completo la débil cabeza de Catalina.

La extremada flaqueza de su carácter se vió en-

tónces, y habiendo oído en los últimos debates que se pedía contra ella la pena de muerte, no supo prepararse á morir como reina.

Confiaba además en que todo aquello sería mera fórmula, y en que la palabra del rey—que le había prometido perdon—debía ser sagrada.



XXII.

Era el diez de Febrero, y las diez de una helada noche, cuando Catalina se hallaba sola en su humilde estancia del monasterio.

La reina estaba en extremo flaca y descolorida. Sus hermosos ojos negros se habían hundido.

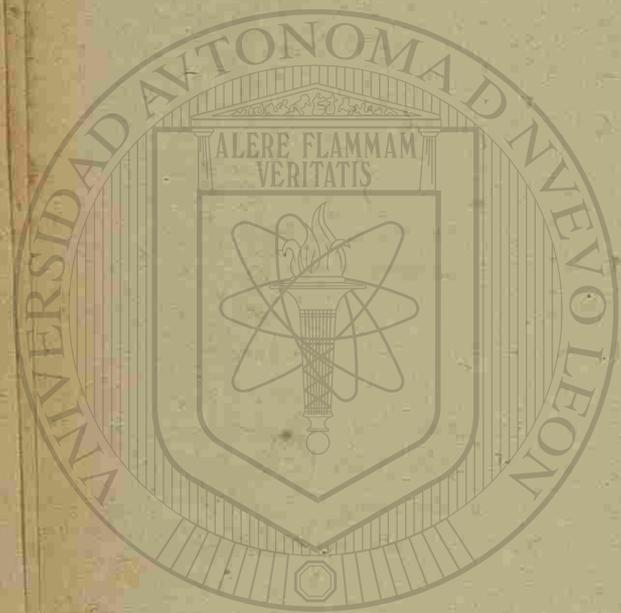
No era extraña tan dolorosa mudanza, pues hacia dos meses que no probaba apenas ningún alimento, ni visitaba sus ojos el sueño reparador.

Si se dormía era para ver el tajo y el hacha fatal que amenazaba su cuello.

Había días en que sentía hacia su primer esposo un amargo rencor.

A no ser por su fatal aparición en Hamptoncourt, á no ser por el funesto olvido de su gorra, Catalina no hubiera sido juzgada por el crimen de adulterio, puesto que en la época que pasó en casa de sus abuelos estaba libre de todo lazo conyugal.

En vano se había buscado por todas partes al dueño de la gorra, cuya riqueza decía pertenecer á la clase más elevada.



XXII.

Era el diez de Febrero, y las diez de una helada noche, cuando Catalina se hallaba sola en su humilde estancia del monasterio.

La reina estaba en extremo flaca y descolorida. Sus hermosos ojos negros se habían hundido.

No era extraña tan dolorosa mudanza, pues hacia dos meses que no probaba apenas ningún alimento, ni visitaba sus ojos el sueño reparador.

Si se dormía era para ver el tajo y el hacha fatal que amenazaba su cuello.

Había días en que sentía hacia su primer esposo un amargo rencor.

A no ser por su fatal aparición en Hamptoncourt, á no ser por el funesto olvido de su gorra, Catalina no hubiera sido juzgada por el crimen de adulterio, puesto que en la época que pasó en casa de sus abuelos estaba libre de todo lazo conyugal.

En vano se había buscado por todas partes al dueño de la gorra, cuya riqueza decía pertenecer á la clase más elevada.

Otras veces pensaba con tristeza en aquel esposo que la había amado con tanta ternura y abnegación, y se reconvenía llorando desconsoladamente por no haber oído al ángel de su guarda, cuando le decía que le librase de la muerte.

En otras ocasiones, llevada de la natural lijereza de su carácter, se reía á carcajadas para aturdirse á sí misma; se probaba sus más bellos trajes, se rizaba el cabello y se decía mirándose al espejo:

—¡No, no! ¡No puede el rey condenarme á morir!  
¡Soy demasiado jóven y demasiado bella para eso!  
¡Oh! ¡Si yo lograra verle!

Pero estas locas esperanzas duraban muy poco.

La más completa soledad la envolvía como un sudario.

No veía á nadie más que á lady Rochefort, y alguna vez á su limosnero, el doctor White, sacerdote ejemplar, que la consolaba con dulces y graves palabras.

En la noche de que vamos hablando, la reina se hallaba sentada al lado de una mesita con la mano apoyada en la mejilla.

Catalina era mucho más desgraciada en su prision que lo hubiera sido cualquiera otra mujer, porque no tenía en qué entretener las agitaciones de su espíritu; ninguna habilidad poseía: no sabía siquiera leer ni escribir, y sus horas se deslizaban entre la desesperación y el desaliento.

Llevaba un vestido negro, que era casi el único traje que usaba desde que la habían conducido al monasterio, excepto los días en que sus esperanzas, trastornando su razón, le hacían adoptar otros para ver hasta dónde podía contar con el prestigio de su hermosura.

La estancia estaba amueblada con sencillez y hasta con pobreza; los muebles, de madera de encina, eran muy antiguos y macizos; algunos cuadros, ennegrecidos por el tiempo, pendían de las paredes, y sobre la mesita, también negra, en que se apoyaba la reina, ardía débilmente una pequeña lámpara de bronce.

¡Qué contraste tan doloroso formaba aquella humilde celda, tan sombría y tan triste, con el suntuoso castillo á donde la había llevado el Gran Senescal, y en el cual, ó en otro semejante, podía haber imperado como soberana.

Así meditaba con una tristeza profunda, cuando entró lady Rochefort.

Venia pálida y consternada; dejóse caer sobre una silla y exclamó:

—¡Ah! ¡Qué horror, Dios del cielo!

—¿Qué pasa? preguntó Catalina, enjugando las lágrimas que bañaban sus mejillas, ¿qué teneis?

—¡Ah, señora!...

—Hablad, os lo ruego; dijo la reina acercándose con ansiedad á su compañera y tomándole una mano.

—Pues bien, señora; esta carta que acabo de recibir de lord Vilmont, os dirá lo que sucede mejor de lo que yo pudiera hacerlo.

La reina tomó la carta con un movimiento maquinal: luego la volvió á dejar con desaliento sobre la falda de lady Rochefort, y murmuró:

—¡Pero si no sé leer!

—Es verdad, señora, repuso lady Rochefort; y será preciso que yo me resigne á esta triste lectura.

Desdobló, dicho esto, la carta, y leyó lo que sigue:

«Madox y Durham han sido puestos dos dias hace en el tormento; engañados por una promesa del rey, en la que se les brindaba con el perdon si confesaban, han confesado, en efecto, sus relaciones con la reina ántes de su casamiento; en seguida han sido ahorcados y descuartizados; sus cabezas y sus cuerpos, suspendidos de los hierros de algunas lanzas, están expuestos en el puente de Lóndres, con este rótulo debajo:

«Para escarmiento de traidores (1).»

La ciudad entera está consternada; á muchas personas alcanzan las iras del rey: la Duquesa de Norfolk ha sido juzgada y sentenciada á muerte por el culpable descuido que tuvo con su nieta, cuando ésta vivía bajo su tutela inmediata; pero los ruegos de su

(1) Histórico.

hijo primogénito han alcanzado del rey que se conmute la última pena en prision perpétua, y confiscacion de sus cuantiosos bienes y ricos estados en favor de la Corona.»

Lady Rochefort volvió á guardar la carta; pero Catalina permaneció inmóvil y yerta de terror.

Su compañera esperó durante algun tiempo á que volviese en sí; pero viendo que permanecía como anonadada, le dijo á media voz:

—Señora, ahí están esos hombres.

—¡Ya! exclamó Catalina estremeciéndose; luego añadió con trémulo acento:

—Yo tiemblo sólo al pensar en que voy á verles: ¿no seria mil veces mejor que vos os entendiéseis con ellos?

—Haré lo que sea del agrado de V. M.

—Pues bien, me voy al oratorio; ahí teneis todas mis joyas; ya sabeis donde... obrad como os parezca... mi suerte está en vuestras manos... Disponed de mi vida; pero ¡ah! para conservarla, no escaseeis medio alguno.

Catalina salió con paso vacilante.

Lady Rochefort, así que hubo desaparecido, se acercó á la puerta é hizo una señal con la mano, que tenia tanto de medrosa como de imperativa.

Despues entraron dos hombres de aspecto sórdido y horrible.

El uno era alto y huesudo; su gran barba, negra

y espesa, sus ojos hundidos y su frente deprimida, le daban una apariencia fúnebra, aumentada aún por su expresión sombría.

El otro era de ménos estatura y de mucha más corpulencia; su rostro tenia cierta expresión estúpida, brutal y feroz; sobre su frente caía un bosque de cabellos rojos, y sus ojos tenían una perversa mirada.

La hermosa, la brillante lady Rochefort tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para hablar á aquellos dos monstruos; por fin se dominó todo lo posible, y les dijo con voz algo trémula:

—Señores, ¿sois los ejecutores de la justicia del reino?

—Sí, señora, respondió el más grueso; verdugos para servir á S. M.

—Pues bien, escuchadme; ya sabéis que la reina está presa en este monasterio, y acusada de modo que es posible que recaiga sobre su augusta cabeza una sentencia de muerte.

—Lo sabemos, repuso sombríamente el más flaco; y aún sabemos algo más que eso.

—¿Sabéis más? exclamó lady Rochefort con espanto.

—Bastante más, señora; como que venimos de Londres.

—¿Y qué pasa allí?

—Ha recaído ya sentencia de muerte contra su majestad la reina.

—Lady Rochefort dejó escapar un grito de terror.

—¿No me engaiais? exclamó: ¿es eso verdad?

—Es tan verdad, señora, añadió el otro verdugo, que de un instante á otro deben venir á buscarla para conducirla á la torre.

—Pues bien, repuso lady Rochefort, si es cierto, existe otra razón más para que nos apresuremos; señores, ¿quereis ser ricos para toda vuestra vida? Os ofrezco esto, porque puedo cumplirlo; sólo se trata de que huyais de Londres, bastante lejos á fin de que no os hagan venir para decapitar á la reina.

Los dos verdugos se miraron con aire estúpido; pero lady Rochefort, para hacerse comprender mejor, entró en un aposento inmediato y sacó un cofrecillo, aunque pequeño, de tanto peso, que apenas podia sostenerlo su delicada mano.

Lo puso sobre la mesa y lo abrió, mostrando á los ojos de los lúgubres personajes un tesoro en joyas.

—Esto vale muchos millones, dijo: ¡todo es vuestro! ¡partidlo y huid! No habiendo ejecutor de la justicia real, podrá, al ménos, dilatarse la sentencia.

—¡Eso es! ¡Y si nos cojen nos desollarán vivos! dijo el obeso de los cabellos rojos. ¿Pensais, señora, que la vida no vale más que todas esas baratijas? Buena prueba es que las dá la reina para salvar la suya, y á cada uno le es muy estimable la que tiene.

—¡Pero vosotros, lejos de perder, huyendo, la vuestra, la haceis rica y feliz! ¡Salid de ese maldito ofi-

cio y salvais de la muerte á una desgraciada jóven que ningun daño os ha hecho! ¡Vamos, tomad eso y huid!

—¿Qué hacemos? dijo el flaco mirando á su compañero.

—¡William..... la verdad..... tengo seis hijos, mi mujer, la madre de mi mujer..... y soy muy pobre..... casi estoy por aceptar!.....

—Aceptemos, pues, repuso William, siempre es bueno salir de la vida aborrecible que llevamos. Adios, señora, dijo despues dirigiéndose á lady Rochefort y tomando el cofrecillo.

—¡El cielo os guie! murmuró ésta; ¡pero idos lejos, muy lejos donde no os puedan hallar.....!

—Asegurad á la reina que, si ha de acabar á nuestras manos, morirá de vejez, dijo William saliendo con su compañero.

Lady Rochefort corrió en busca de Catalina que rezaba en el oratorio.

—¿Qué hay? preguntó ésta con ansiedad.

—¡Estais salvada, señora! exclamó lady Rochefort.

—¿Han aceptado?

—¡Han aceptado y han huido!

Catalina se dejó caer en los brazos de lady Rochefort; lloraba, pero ya no era de espanto, sino de alegría.

Un ruido sordo y lúgubre le hizo prestar atento oido.

Venia de la parte exterior; el monasterio daba al rio y por aquel lado tenia una puerta llamada *del agua*.

Lady Rochefort se asomó á la ventana.

La noche estaba oscura y helada.

A través de la neblina vió adelantarse una barca que atracó delante de la *puerta del agua* del monasterio.

Cuatro hombres, de aspecto duro y militar continente, subieron é intimaron á las dos prisioneras la órden de bajar y ocupar la barca en nombre del rey.

Estas obedecieron sin oponer resistencia y la barca emprendió su lento camino, porque el Tamesis estaba casi helado.

La reina, á pesar de la seguridad que le daba la huida de los verdugos, echó á llorar desconsoladamente.

Luego probó á dirigir algunas preguntas á los soldados que la custodiaban, pero en vano, porque á ninguna recibió respuesta.

Serian poco más de las doce de la noche, cuando la barca llegó á la torre y se detuvo delante de la *puerta de los traidores*, llamada así porque sólo se abria para dar paso á los reos de Estado.

Catalina alzó entónces la cabeza que habia tenido caída sobre el pecho, y se apercibió de la suerte que le esperaba.

Lo mismo sucedió á lady Rochefort, que se puso á temblar convulsivamente y se aproximó á la reina.

—¡Ah! exclamó ésta: ¡querida amiga! ¡Qué bien hemos hecho en apresurarnos! ¡Ya veis por dónde me hace pasar la justicia del rey!

Volvióse, dicho esto, por un movimiento maquinal, hácia el puente de Londres; pero bien pronto se escapó de sus lábios un grito de terror.

Al resplandor de la luna y suspendidos de lanzas, había distinguido algunos bultos negros.

Eran las cabezas de los desdichados Madox y Durham, segun decia en su carta lord Vilmont, á lady Rochefort.

La barca siguió avanzando hasta unas gradas cubiertas de verdin, producido por la humedad del agua que subía hasta ellas.

Uno de los soldados de la escolta dió un silbido y se abrió á los pocos instantes una poterna, apareciendo el gobernador que salía á recibir á la prisionera.

Detrás de él se veían muchos soldados con hachas encendidas, cuyos rayos se quebraban en sus capacetes de acero con tétrico resplandor.

Un silencio de muerte acogió la llegada de Catalina.

Los de la barca hicieron la entrega; el gobernador presentó la mano á la reina y la ayudó á subir las últimas escaleras, lo que era indispensable á la

pobre jóven porque el terror la tenia casi inmóvil y como paralizada.

Catalina fué conducida á su calabozo.

Era una pieza pequeña y helada en la que había una cama y una lámpara de hierro.

Esperábala en él el doctor Wihite, su limosnero. Catalina se dejó caer desfallecida en una silla y el gobernador se retiró, dejando á la puerta una numerosa guardia.

—¡Cómo! ¿Os llevais á lady Rochefort? exclamó Catalina al ver que el gobernador suplicaba á la dama que le siguiese.

—Sí, señora, respondió aquel friamente.

—¡Dios mio! ¿pero por qué? preguntó Catalina.

—Son las órdenes del rey, señora. Milad y va á ser encerrada en otro calabozo.

—¡Presa yo! gritó la dama de honor.

—Y condenada á muerte, señora; respondió aquel militar rudo y severo.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que yo he hecho? ¿Qué crimen he cometido?

—No lo sé: es la voluntad del rey, quien para recompensar, segun mereceis, vuestra lealtad y adhesion á vuestra real señora, os concede la gracia de morir despues de ella, y en el mismo cadalso.

Lady Rochefort dejó escapar un grito y cayó desmayada.

A los pocos instantes, y ántes de recobrar sus

sentidos, fué conducida á otro calabozo más fétido y sombrío que el de la reina.

—¡Ah, señor! exclamó Catalina dirigiéndose al doctor White, decidme la verdad, os lo ruego, acerca de una cosa que os voy á preguntar.

—Os la diré, señora.

—¿Quién es la última víctima de las iras del rey que ha ocupado este calabozo?

—La condesa de Salisbury.

—¡Ah, sí! aquella pobre y noble anciana á quien envié yo mis propios abrigos forrados de pieles, porque me dijo la princesa Maria que tenia ochenta años y se moría de frio!

—Dios os tomará en cuenta, no sólo aquella buena obra, sino todas las demás que habeis hecho.

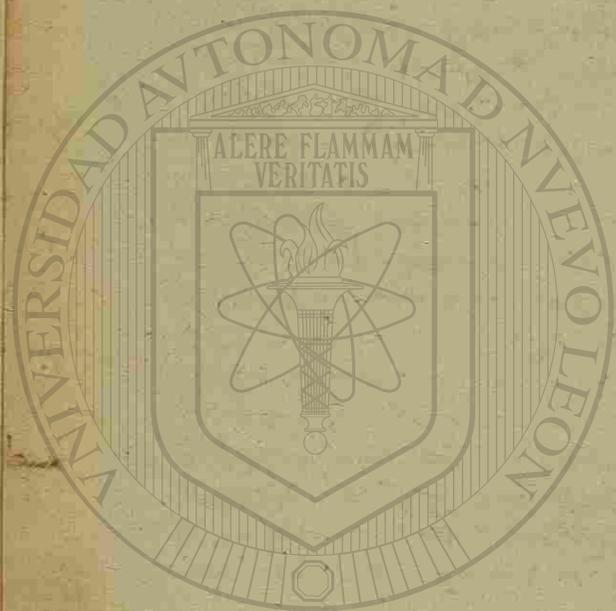
—¡Ah, señor! ¿Y por qué será que no me las ha tomado ya para impedir que se me acuse? ¿Quién sabe si estaré ya sentenciada á muerte?

—Valor, señora, dijo el limosnero.

—¡Ah! ¿Con que ya lo estoy? ¡Sí, sí! ¡Vuestro silencio y vuestra palidez me lo aseguran! ¡Ay, Dios mio! ¡Morir á mi edad! ¡Morir tan jóven! ¡Porque, al fin, la Condesa era una anciana que ya terminaba la carrera de su vida...! ¡Pero yo, yo! ¡Y me llevarán al cadalso con todo mi conocimiento, y si me resisto, me llevarán arrastrando como á aquella pobre anciana...! ¡Dios mio, Dios mio...! ¿No hallaré yo misericordia?

La reina cayó en un espasmo nervioso: el limosnero tuvo que llamar en su ayuda para conducirla al lecho: pero hasta cerca de la aurora no fué posible hacerle recobrar el conocimiento, que le habia arrebatado su extremado terror.

La pobre jóven tenia un gran apego á la vida, porque habia aún padecido muy poco.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXIII.

El día 13 de Febrero, esto es, tres días después de haber entrado Catalina en la sombría torre de Londres, el doctor White se presentó muy temprano en su calabozo.

Aquella no se alteró al verle tanto como era de temer.

Pasado su último paroxismo, reflexionó que no podía morir supuesto que no había quien la matase.

Aterrábale mucho la perspectiva de una prisión perpétua; pero, ¿qué era esto comparado con la muerte?

¡Vivir!

He aquí el deseo ardiente, exclusivo, único de la reina.

¡Vivir!

Nada más que vivir, pedía Catalina á la suerte. ®

Al mismo tiempo que el sacerdote entraba en la prisión de la reina para dirigirle santas exhortaciones, llegaba un parte á la cancillería noticiando que, según información, los dos verdugos, que vivían en

un paraje muy retirado, habian desaparecido con sus familias.

Dióse al instante una órden para abrir las puertas de sus respectivas habitaciones y ambas se hallaron vacías.

No tardó el rey en saber la noticia; se le preguntó si queria que se enviase á buscar al de Calais, y respondió que no queria que la ley se sujetase á dilaciones.

—Mandad publicar un bando, añadió, diciendo que, si ántes de las doce se presenta una persona para ejercer las funciones de verdugo con la reina de Inglaterra, se le enriquecerá para toda su vida; si hay algun reo de muerte, que se presente á desempeñar dichas funciones, se le perdonará la vida.

Promulgóse el pregon por plazas y calles al son de trompetas, y la Cámara se reunió para recibir las peticiones en uno de los aposentos de la torre.

Entre tanto Catalina oia con distraccion las exhortaciones del sacerdote; no concebía la posibilidad de que pudiese morir, ni pensaba tampoco en que peligrase la vida de lady Rochefort, pero ésta era la que tenia más probabilidades de salvarse, porque siendo su delito de menor importancia, no se la habia incluido en el pregon.

A las once, una inmensa concurrencia se iba reuniendo en el glásis de la torre; pero aún no se habia

presentado ningun ejecutor, á pesar de estar señalada la ejecucion para las doce.

La multitud oscilaba rugiendo como las olas de un mar inmenso: estaba agitada por una impaciencia febril de saber el desenlace que tendria aquel sangriento drama.

A las once y media corrió por todas partes un sacudimiento galvánico y se oyeron estas palabras:

—¡Ya hay un verdugo!

—¿Qué decis?

—¡Imposible!

—Digo y repito que hay un verdugo.

—¿Pero donde está?

—Acaba de entrar por la puerta de la torre, donde se han reunido los jueces; es un hombre que va cubierto con una armadura de guerra.

—¿Pero le habeis visto vos?

—Sí, por cierto.

Estas palabras corrieron por todas partes y redoblaron la ansiedad general, agitándose más y más aquella masa de cabezas humanas.

Sin embargo, á nadie habia hecho daño la pobre Catalina y ella era la única víctima de sus extravíos.

Abrióse, por fin, la puerta de la torre y Catalina salió apoyada en el brazo de la esposa del Gobernador, que quiso asistirla piadosamente en sus últimos momentos.

El semblante de la reina, aunque pálido y adel-

gazado, no expresaba esa desolada agonía de los que van á morir.

Sabía que debían llenarse todas las formalidades de la ley; pero sabía también que no había quien cumpliera la sentencia ejecutoria.

A su lúgubre calabozo no había llegado el pregon que convocaba verdugos.

Catalina estaba más hermosa que nunca.

Su reclusion en el monasterio de Sion y los días que había pasado en la torre habían dado á su tez la blancura y diafanidad del nácar: esta misma nitidez hacía resaltar la hermosura de sus grandes ojos negros.

Llevaba un traje de terciopelo, negro también y liso, de larga cola, cuyo escote cuadrado dejaba ver toda la gracia de su cuello de cisne y de sus torneados hombros, sobre los que caían los rizos castaños de su abundante cabellera.

No llevaba velo, y su juvenil y encantadora hermosura se ofreció á los ojos de la muchedumbre, que dejó oír un murmullo de admiración y de piedad.

Llevaba Catalina en la mano un crucifijo que besaba de cuando en cuando y miraba con íntima ternura, más para darle gracias porque, á su parecer, la libraba de la muerte, que para pedirle la remisión de sus culpas.

La pobre jóven debía morir como la última mujer del pueblo.

Ana Bolena conservó sus damas hasta el pié del cadalso.

Catalina, á no ser por la noble esposa del Gobernador, hubiera ido á él sola con el confesor.

Todo el glásis estaba enlutado. Catalina, á pesar de la seguridad que abrigaba de no morir todavía, levantó los ojos trémula de terror y un grito se escapó de sus lábios.

Junto al tajo, enlutado también, estaba un hombre de alta y elegante figura.

Vestia un traje de guerra y llevaba una armadura completa de oro y acero, de un valor inmenso.

Sobre su capacete cuya visera llevaba echada, se mecían tres plumas blancas á impulsos del aire frío de aquella mañana de invierno.

Admiraba lo reducido de su pié y de sus manos cubiertas de manoplas.

Aquellas dos preciosas manos se cruzaban en el mango de un hacha.

Al ver á aquel hombre, Catalina se quedó lívida. Le había reconocido.

¡Era él! ¡Arturo, su esposo!

Entonces fué cuando comprendió que estaba perdida sin remedio.

Entonces, por la primera vez, sintió agitarse sobre su frente las negras alas de la muerte.

Su confesor y la esposa del Gobernador, que no entendían nada de lo que allí pasaba, la condujeron

hasta cerca del tajo, y se apartaron un poco para dar lugar á la ceremonia acostumbrada entre el verdugo y los reos, que consiste en pedir aquel á éstos perdon.

El hombre misterioso se acercó á Catalina y le dijo en voz baja:

—¿Me conoces?

—Sí, respondió la pobre jóven.

—No esperaba yo que nos reuniéramos aquí, continuó Arturo; otra era la suerte que yo te reservaba, pero tu has elegido esta: voy á matarte, Catalina, para vengar tu indigna traición; pero, así que haya cortado el hilo de tu vida, ire á reunirme contigo; el mundo, faltando tú, es á mis ojos un inmenso sepulcro; ahora di tu última oracion, porque vas á morir.

La reina nada respondió.

Ya no tenia fuerzas ni para la esperanza, ni para la súplica; faltóle por completo el aliento, y se desplomó de rodillas.

Las dos personas que la auxiliaban se acercaron á ella, creyendo que habia ya llegado el momento.

Los soldados que guardaban el cadalso, se estrecharon al mismo tiempo en torno del tajo.

La caritativa esposa del Gobernador desabrochó el cuerpo del vestido de Catalina, porque aunque era de escote cuadrado y bajo por delante, por detrás subia mucho, segun la moda de la época.

Cuando hubo bajado el terciopelo, apareció media

espalda de alabastro y una bata interior de batista orlada de magníficos encajes.

Catalina parecia la más jóven de las Graciás.

Al verla así, casi desnuda por la última vez, un estremecimiento convulsivo corrió por el cuerpo de aquel hombre misterioso, que iba á darle el golpe de muerte.

La reina se volvió hácia la mujer del Gobernador, se quitó sus pendientes de perlas y le dijo con acento débil y dulce:

—Querida y generosa señora; ya no soy reina, ni tengo ninguna jerarquía sobre la tierra que tan pronto voy á abandonar; ya soy una infeliz sentenciada á muerte; mas espero que, aun considerándome tal cual soy, os dignareis aceptar esta pobre memoria de la que muere bendiciéndoos, y rogará al cielo por vos.

La noble dama tomó los pendientes y los besó derramando lágrimas.

—Vos, padre mio, prosiguió Catalina, guardad ese pañuelo sobre el que he llorado tanto desde esta mañana, y con el cual habeis enjugado el sudor frio que brotaba de mis sienes; guardadlo en memoria, y ahora, querida señora, y vos, padre y consolador mio, perdonadme y dadme el último adios. ¡Cúmplase la voluntad del cielo, y la del rey!

Catalina abrazó á la esposa del Gobernador y se arrodilló á los piés del sacerdote.

Entonces se levantó en el pueblo un confuso murmullo.

—¿Por qué ha de morir así esa pobre jóven? decían unos.

—No ha habido juicio público, añadía otro; todos los debates han sido secretos, y eso es atropellar las leyes!

—La matan sin que sepamos lo que ha hecho.

—¡Nada malo, de seguro, sino dar muchas limosnas!

—Tendremos que poner tasa á ese afan del rey por matar mujeres!

Estos murmullos amenazadores se apagaron de repente.

Por la plataforma de la torre se acercaba al cadalso, enlutada y sostenida por un sacerdote, lady Rochefort.

Aquella mujer era generalmente detestada por la parte que tomó en la perdicion de Ana Bolena, y el pueblo se dijo que, amotinándose para salvar á la reina, salvaba tambien á aquella mujer aborrecida.

Volvió, pues, á quedar silencioso.

La reina, despues de recibir la última bendicion del sacerdote, se arrodilló al lado del tajo y puso en él su linda cabeza cubierta de rizos.

—¡Hiere! dijo á media voz, pero con acento sereno.

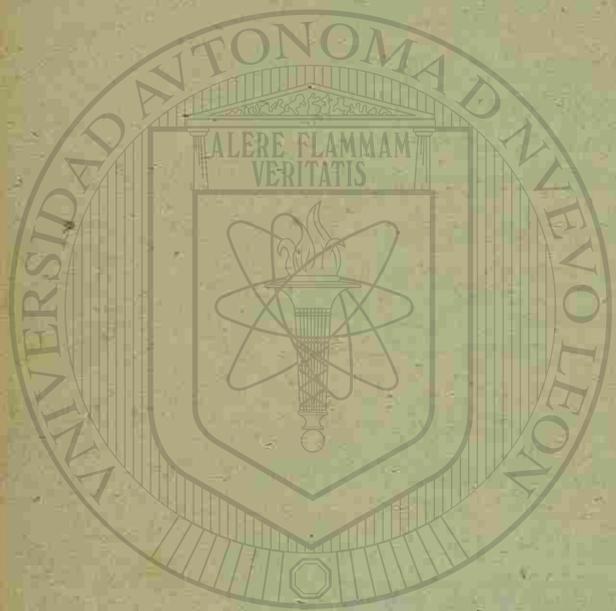
El hacha cayó y la justicia del rey quedó cumplida.

El verdugo, rápido como el rayo, arrojó el hacha, sacó su espada, se echó sobre ella atravesándose de parte á parte, y cayó sobre el sangriento cuerpo de la reina, que rodeó con un abrazo último y supremo.

Lady Rochefort volvió á su calabozo, y quince dias despues murió á manos del nuevo verdugo elegido por el Parlamento.

Catalina Howard, ciñó diez y ocho meses la corona de Inglaterra.

FIN DE CATALINA HOWARD.



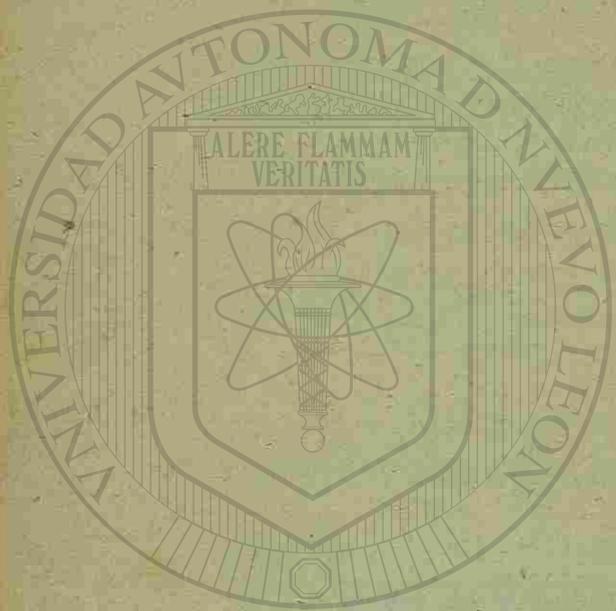
CATALINA PARR.

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





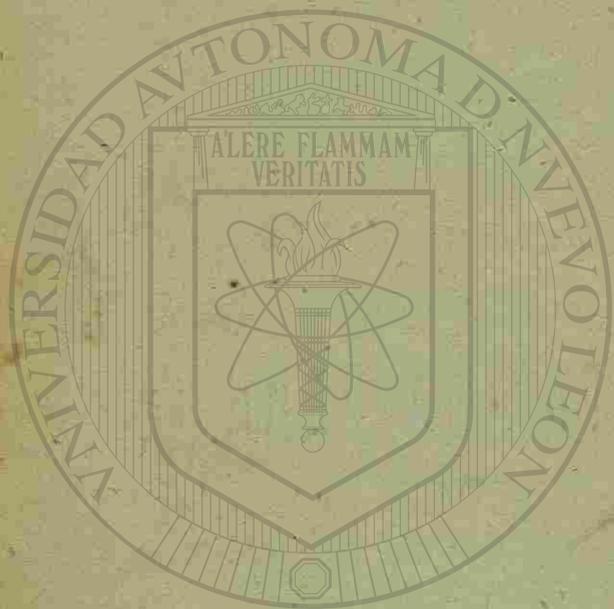
CATALINA PARR.

UANTL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## CATALINA PARR,

REINA DE INGLATERRA.

A veces, cuando oigo la música, me recuerda las habilidades que tenía; el canto, la poesía, la danza; y tengo deseos de desahirme de la desgracia, de recobrar la alegría, pero de súbito, un sentimiento interior me hace estremecer; se diría que soy como una sombra que quiere permanecer en la tierra cuando la luz y la cercanía de las personas vivas, la obligan a desaparecer. . . . .

No es el primer amor el que no se borra, pues proviene de una como necesidad de amar; pero, cuando después de haber conocido la vida y teniendo toda la fuerza del juicio, se halla por fin el alma que hasta entonces se había buscado en vano, la razón se une a la imaginación y la pérdida de las ilusiones y la muerte de aquel amor postrero, no dejan más halagüeña esperanza que la muerte del cuerpo

(MME. STABL.)

I.

Hemos llegado á la sexta y última esposa del fe-  
roz y sanguinario Enrique VIII, rey de Inglaterra.

Esta mujer, tan bella como desgraciada, es po-  
sible que hubiera perecido también, como sus ante-  
cesoras, á no haber Dios sacado de este mundo á su  
régio esposo.

Catalina Parr es célebre, no sólo por su hermo-

sura y su elevada jerarquía, sino también por su talento, su brillante instrucción y por las amargas desgracias que la aquejaron durante los últimos años de su vida.

Sigámosla en su carrera con la misma atención que á sus predecesoras.

Jorge Bryan Augusto Parr, Conde soberano de Essex y tío paterno de aquel desventurado Arturo de Essex, que fué esposo y verdugo después de Catalina Howard, casó en sus mocedades con una hija del Duque de Surrey, bella y adorable jóven y riquísima además por su padre y su madre.

Lady Geraldina Surrey, al casarse, acababa de cumplir diez y siete años.

Su educación difería algo de la que generalmente se da á las jóvenes inglesas, pues su padre, orgulloso en extremo con la belleza de su hija, la llevaba á todas las funciones de la corte, á los bailes y á los espectáculos.

En todos estos sitios, la hermosura de Geraldina excitaba murmullos de admiración.

Algunas madres envidiosas por sus hijas de las gracias y la opulencia de la jóven, criticaban amargamente la frecuencia con que se presentaba en público; pero como su virtud era inmaculada é iba siempre acompañada de su anciano padre, esto no fué un obstáculo para que se le presentasen los más brillantes partidos.

Dióse la preferencia, después de maduras deliberaciones, á lord Parr, y es preciso confesar que esta preferencia fué muy del gusto de Geraldina.

Jorge Augusto Parr reunía á la más gallarda presencia las más brillantes dotes de carácter y de corazón; era valeroso, elegante, magnánimo y sus modales eran dulcísimos, ostentando al mismo tiempo la más exquisita distinción y la más completa cortesía.

Su estatura, alta y gallarda, estaba realizada por su traje, que unía siempre á la magnificencia el más delicado buen gusto; tenía la tez morena, los ojos grandes y negros, la cabellera de azabache, rizada y lustrosa, la boca de carmin y los dientes de nácar.

Geraldina Surrey parecía haber sido formada para hacer resaltar, con su casta y angelical belleza, la vigorosa gallardía de su marido.

Era tal la riqueza y hermosura de su cabellera, que en la corte se decía, como proverbio, entre los galantes caballeros:

—He visto á una jóven rubia, con unos cabellos casi tan hermosos como los de Mis Surrey.

Tenía la tez de nieve y rosa, los ojos azules, grandes y dulcísimos como el cielo, la boca semejante á un capullo de rosa, y la frente parecida á la de una estatua griega.

Su estatura mediana era esbelta y casi diáfana, y

á todos estos encantos unía el carácter más bello y más amable.

Cuando se celebró el enlace y los jóvenes esposos se presentaron en público, las gentes se asomaban á las ventanas para verlos pasar, sentados uno al lado del otro en su dorada carroza, y las sencillas gentes del pueblo se atropellaban en la calle para poder contemplarlos un instante.

Lord Parr presentó á la decision de su esposa dos proyectos muy diferentes.

Era el uno presentarla en la corte como á su esposa, y vivir en medio de fiestas y placeres.

El otro ir á pasar una temporada á sus tierras para que admirase la suntuosidad de su castillo señorial y la riqueza y la gran fertilidad de sus dominios.

—¿Qué opinas tú, querido Jorge? preguntó Geraldina, que habia quedado pensativa.

—A la verdad, esposa mía, que no lo sé, respondió sonriendo Jorge; los dos partidos me gustan.

—¿Pero qué es lo que prefieres? la caza, ó las fiestas de la corte?

Esta pregunta fué hecha con cierta risita maliciosa, pues la pasión de la caza estaba en extremo arraigada entre los grandes señores de la corte, y las damas veían en ella una rival muy peligrosa.

Lord Parr comprendió la pregunta y respondió, abrazando á su mujer con ternura:

—Amada Geraldina, no temas á la caza como una rival: sólo iré á la de cetrería, y eso cuando tú quieras acompañarme con tu halcón.

—Cómo, ¿renunciarias á la montería?

—Sí, puesto que tú no querrás participar de ella.

—¿Y á las batidas en los bosques?

—También; pasaremos los dos por ellos y cazaremos mariposas; me basta, para ser feliz, estar en tu compañía, en aquellos sitios donde se ha pasado mi infancia.

—Iremos, pues, al castillo, dijo alegremente Geraldina; veo que estarás mejor que aquí.

—No lo creas; también me agradan los torneos, los saraos, los paseos; porque en ellos podré envanecerme de tu belleza y causar envidia á muchos.

—Entonces ¿qué haremos? exclamó la joven muy pensativa.

—Repito lo que ántes te dije; lo que tú quieras.

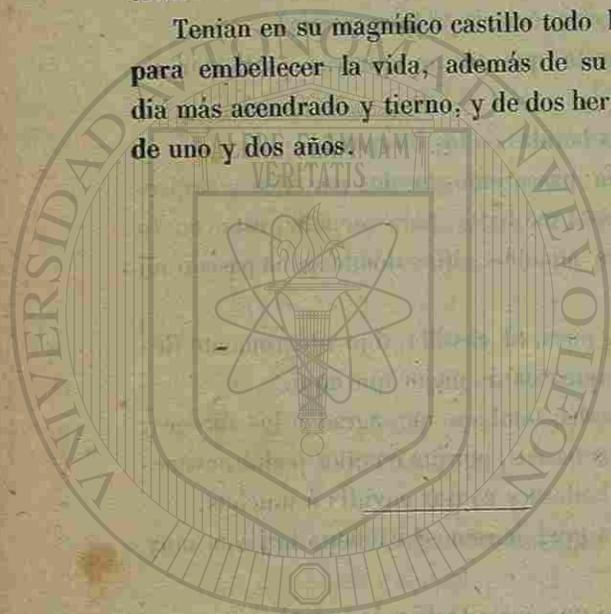
—Pues lo dicho, repuso Geraldina; nos iremos al castillo, pasaremos, cazaremos mariposas, leeremos y daremos limosnas; allí seremos más dichosos que aquí, donde jamás nos faltan importunos y convites, y donde pueden pensar en tí para conferirte algún cargo de la corte.

Al día siguiente, la enamorada pareja iba á pasar la luna de miel á su castillo señorial.

Dos años despues, Lady Parr no habia vuelto ni

una sola vez á Londres y su esposo habia ido sólo cuando le llamaba algun negocio urgente é indispensable.

Tenian en su magnifico castillo todo lo necesario para embellecer la vida, además de su amor, cada día más acendrado y tierno, y de dos hermosos hijos de uno y dos años.



## II.

Guillermo, el primogénito de lord Parr, prometia ser un hermoso y gallardo muchacho; pero nada podia compararse á la suave belleza de Catalina, que era la menor.

Entremos en el castillo de su padre ocho años despues del casamiento de éstos, y los conoceremos.

Era una bella tarde de Mayo y ya el sol se retiraba á su ocaso, cuando en el gran parque del castillo aparecieron, como dos estrellas vespertinas, dos hermosas criaturas acompañadas por una señora de edad madura, y fisonomía dulce y bondadosa.

Eran los dos hijos de lord Parr.

Guillermo contaba siete años, y uno ménos su hermana.

El niño tenia, como su padre, la tez ligeramente morena, los ojos negros y tambien los cabellos; sus movimientos, algo bruscos, estaban llenos de una viveza petulante y graciosa; su frente ancha y lo ardoroso y expresivo de su mirada, demostraban gran nobleza de instinto y de inteligencia, y al mismo

tiempo un carácter apasionado y no excaso de resolución.

Llevaba un rico traje de terciopelo guarnecido de soberbios encajes, y al cuello el collar de oro con doble vuelta, que usaban todos los nobles de la época.

Su hermanita era tan admirablemente bella, que los ojos quedaban como estáticos al fijarse en su infantil figura.

Tenia la portentosa cabellera dorada y sedosa de su madre, y los negro ojos de lord Parr, con sus negras cejas y sus largas pestañas de azabache; la pura frente, la delicada nariz y la tez nevada de Geraldina, y la boca de coral y perlas de su padre Jorge; su talle era el de una ondina; sus piés eran tan pequeños, que no se comprendía que pudieran sustentar su alta estatura, pues era crecida para su tierna edad; sus manecitas de marfil tenían lindas uñas rosadas, y estaban cruzadas de venas azules.

Tal era Catalina Parr á la tierna edad de seis años.

Eran sus ojos tan grandes que, al abrirlos, dejaban ver de par en par su alma llena de nobleza y de ternura; y cuando inclinaba sus párpados, guarnecidos de negra seda, aquella densa sombra, sobre la rosada blancura de sus mejillas, prestaba á su rostro una expresion arrebatadora.

Al contrario que su hermano, la niña llevaba puesto un traje blanco sencillísimo, de muselina, sin

ninguna joya ni adorno en su atavío; su cabecita de querubín estaba cubierta de gruesos y dorados bucles que rodeaban su frente.

—Arabela, dijo Guillermo dirigiéndose á la señora de edad que acompañaba á los dos niños; voy á ver si hallo algun nido en el parque.

Esta se sonrió é hizo un signo de asentimiento.

Era una mujer que podría contar cuarenta años; de fisonomía ajada y pálida, pero dulce é inteligente.

Vestía un brial de seda negra y una toca de gasa blanca, sujeta en su cabeza con largos alfileres de oro.

Era una viuda de excelente y noble carácter y variada instruccion, á quien lord Parr y su esposa habian sacado de la miseria y la habian nombrado aya de sus hijos.

—Guillermo, dijo Catalina con dulce y encantadora gravedad al oír las palabras de su hermano; ¿cuándo dejarás de ser desobediente?

—¿Qué quieres decir? preguntó admirado el niño cuando ya iba á echar á correr en busca de los nidos.

—¿No sabes lo que te tiene dicho nuestra madre?

—¿Qué me tiene dicho?

—Que no llames á nuestra aya Arabela, sino *Mistriss* Arabela.

—¡Bah! bah! ¿y por eso me reprendes? Pues ella me dice que la llame Arabela á secas, por que le gusta más.

—En efecto, Miss, observó el aya con una ternura respetuosa; cuando me hablais vos y vuestro hermano con franqueza, se me figura que me quereis más.

—De ese modo, aya mia, tú no nos amas nada absolutamente, dijo Catalina meciendo su encantadora cabecita.

—¿Por qué?

—Porque jamás te olvidas de llamarme á mí Miss, y Milord á mi hermano; jamás nos tuteas...y eso que, segun dices, te recordamos á tus hijos!

—¡Oh, sí! murmuró la pobre mujer llevando el pañuelo á sus ojos; me recordais á mis pobres niños!

Al oír estas palabras, Guillermo, abandonando su idea de buscar nidos, se aproximó al aya y le dijo con tímida ternura:

—¿Eran, pues, tus niños muy buenos y muy hermosos?

—¡Mucho! respondió Mistriss Arabela.

—Lo creo muy bien, observó Catalina, porque, segun dice mi padre, sólo se llora á los niños que son buenos, cuando se los lleva Dios.

—¿Eran tan hermosos como nosotros, ó más? preguntó el petulante é irreflexivo Guillermo.

—Eran, Milord, casi tan bellos como vosotros.

—Serian más acaso, áun cuando mamá nos dice dos ó tres veces cada día:—«¡Hijos míos! qué hermosos sois!»—Y eso que papá la riñe; ¿y cómo se llamaban tus niños, aya?

—Valker y Susana.

—¿De qué murieron? preguntó á su vez Catalina.

—¡En un naufragio, hija mia, en el que tambien perdí á mi esposo!

Algunas lágrimas corrieron por las pálidas mejillas de Arabela.

Catalina se levantó, sacó su pañuelito, guarnecido de encajes y las enjugó cariñosamente; luego tomó la mano del aya y le dijo con voz sumisa:

—¡Perdónanos, Mistriss Arabela!

—¿De qué he de perdonaros, querida y amable Miss?

—De la pena que hemos causado hablándote de tus hijos.

—Amada niña, respondió el aya; despues de perderlos, no podia prometerme suerte más feliz que la de vivir á vuestro lado.

—¡Aquí vienen nuestros padres! gritó Guillermo; y veloz como el pensamiento echo á correr hácia la entrada del parque donde nacia la elegante escalinata que conducia al castillo.

En efecto, por ella bajaban un caballero jóven y hermoso, en cuyo brazo se apoyaba una mujer como de veinte y cinco años, pálida y doliente.

Eran Milord y Milady Parr.

Aquella Geraldina fresca, alegre, que hemos visto al principio de esta historia, habia desaparecido.

Desde el nacimiento de Catalina, su madre, herida en los resortes de la vida, caminaba penosa y lentamente, pero con paso seguro hacia la tumba, y sólo quedaba de lo que fué, una sombra vaga, aunque siempre encantadora.

Su atavío, á pesar de su doliente estado, era rico y elegante.

Llevaba un traje de brocado lila guarnecido de cinta verde; en su cuello y brazos se ostentaban magníficas perlas, y entre sus cabellos, siempre hermosos y abundantes, se entrelazaba otra sarta, de notable pureza y tamaño.

Su marido la conducía con un cuidado lleno de ternura; cada día se encerraba en su habitación y lloraba amargamente la pérdida, próxima ya, de su adorada compañera, y este dolor sordo, concentrado y silencioso, le había vuelto injusto, como todos los dolores largos y que carecen de expansión.

Lord Parr acusaba del estado de su esposa á su hija Catalina, y había llegado á aborrecerla por haber destrozado al nacer el seno maternal.

Era una idea injusta, pero que no podía ahuyentar de su alma.

A fin de no perder un instante de los pocos que quedaban á Geraldina para permanecer en la tierra, lord Parr no se separaba de su lado, y á tanto llegaba la locura de aquel amor, que había llenado su

vida, que apenas dormía por mirar aquella delicada flor, que se inclinaba hacia el sepulcro.

Este desvelo voluntario, degeneró muy pronto en un incurable insomnio é imprimió en la hermosa fisonomía de Jorge una expresión huraña, llena de extravío en algunos instantes.

Cuando pensaba en la próxima é inevitable muerte de Geraldina, el mundo se cubría á sus ojos de un negro crespon.

¡Había sido tan dichoso á su lado!

¡Se amaban ambos con tan apasionada ternura!

Lord Parr, aún en aquella época en que la medicina había logrado tan escasos adelantos, había hecho venir á los más célebres doctores del mundo; á la ciencia de un hebreo debió el prolongar la vida de su esposa algunos años; pero aquel anciano, aposentado en el castillo, había declarado á Jorge Parr que, antes de dos meses, quedaría viudo.

La hermosa fisonomía del Conde, tan expresiva, tan afable, se descompuso de un modo espantoso al oír la formidable sentencia, y fijó en el hebreo una mirada ansiosa.

—Escucha, le dijo asiéndole por un brazo: ¿sabes á lo que asciende mi fortuna?

—Presumo que es inmensa, respondió el israelita.

—Inmensa es, en efecto, y poco menor es la de

mi esposa; pues bien, si me la salvas, te doy todo lo que poseemos... ¡Trabajaré para vivir y mi hijo trabajará también! ¡Sí, todo lo que poseo, por la vida de Geraldina!

—Señor, respondió el doctor meciendo tristemente la cabeza; mi desgraciada raza es codiciosa; pero el amor á la ciencia, no deja lugar á la avaricia; si me fuera posible salvar á mi señora la Condesa, lo haría sin recompensa alguna; pero no puedo; he hecho lo que nadie, despues de Dios, podría hacer, prolongando su existencia hasta hoy.

—¡Oh, pues entonces prolongala al ménos por algunos meses más! exclamó Jorge uniendo sus manos en actitud de tan fervorosa y desesperada súplica, que el israelita sintió llenarse sus ojos de lágrimas; pero, dominando al fin su emocion, respondió con voz firme:

—Es imposible, señor; si quereis conservar á vuestra esposa, pedid á Dios que haga un milagro, pues es lo único que la puede salvar de una muerte cercana.

Lord Parr rogó, en efecto, mucho á Dios, y algunas veces abrigaba la esperanza de que sus ruegos fuesen oidos.

De cuando en cuando preguntaba al médico:

—¿Puedo tener esperanzas?

—No, milord, respondia el anciano; no abrigueis ninguna.

De esta suerte pasó un mes y despues algunos otros dias.

La vida de Lady Parr debia, pues, llegar á su término, segun las predicciones del doctor.

Vamos ahora á encontrar á los dos esposos que bajaban del interior del palacio para reunirse con sus hijos en el parque.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

Jorge Parr tenía de treinta y tres á treinta y cuatro años, y conservaba, aunque algo alterada por los continuos dolores de su corazón, la misma magnífica belleza que le hemos conocido al casarse con Miss Surrey.

Pero las huellas del pesar, en nada alteraban la belleza y armonía de sus facciones, porque sus grandes ojos no eran ménos hermosos por estar cercados de una aureola oscura, producto de su continuo insomnio, ni era ménos noble su semblante por estar pálido y abatido.

Su traje era suntuoso y estaba bordado de oro y adornado con riquísimos encajes.

Jorge condujo lentamente á su esposa hasta uno de los bancos de césped que habia en el parque y la hizo sentar, permaneciendo él á algunos pasos de ella, en pié y con los brazos cruzados sobre el pecho en ademan sombrío.

Aquella tarde estaba Lady Parr mucho más abatida y desfigurada que los dias anteriores.

Daba pena ver aquella pobre jóven de veinte y cinco años al borde del sepulcro, y detenida sólo por un esfuerzo supremo de la ciencia.

La cruel enfermedad que hacia seis años la devoraba, no habia podido alterar la plácida y delicada hermosura con que la habia dotado el cielo; el color de rosa de sus mejillas se habia borrado, para dejar lugar á la pura transparencia del nácar; sus ojos azules parecian mayores; aún conservaba aquel rostro encantador restos de la redondez que la enfermedad no destruye, y que sólo se lleva la vejez.

—¡Qué! ¿No te sientas aquí... á mi lado? preguntó la Condesa mirando á su marido, en tanto que sus hijos llegaban corriendo á tomar sus manos.

—Geraldina, respondió lord Parr con voz alterada y como respondiendo á su propio pensamiento; creo que no debias haber salido hoy de tu habitacion... te encuentro abatida... débil... ¿Te sientes peor?

—¡Si, respondió la Condesa, querido Jorge: hoy es cuando he conocido que muy pronto, muy pronto voy á dejaros!

El Conde se cubrió el rostro con las manos y dejó escapar un sollozo.

—¡Dios lo dispone así, Jorge, hágase su santa voluntad! Yo soy una de aquellas dichosas criaturas que, al comparecer ante su trono, puede decirle:— ¡Gracias, Dios mio, por haberme hecho tan feliz!

—¿Por qué llorā mi padre? preguntó Catalina acercando su rubia cabecita al oído de la Condesa.

Esta le dió por única respuesta un tierno beso en la frente; pero el Conde, al eco de aquella vocecita infantil, levantó la cabeza y fijó en su hija una mirada llena de encono.

Luego, viendo al aya que acababa de llegar, le dijo:

—Arabela, llevaos á esa niña.

Catalina miró tristemente á su padre; miró despues á su madre, y salió asida de la mano del aya.

—Hijo mio, dijo la Condesa á Guillermo, vé tu tambien á jugar con tu hermana; luego volvereis los dos.

El niño obedeció y los dos esposos quedaron solos.

—Jorge, dijo la Condesa alzando al cielo sus ojos; aquí, ante Dios, que nos oye, que nos vé, que dentro de poco me ha de juzgar, te digo que eres injusto y culpable con tu pobre hija. ¿Qué te ha hecho esa inocente criatura? ¿Y de quién ha de esperar cariño y proteccion cuando yo falte, si la aborreces tú? ¡Jorge, no me dejes morir con el horrible temor de dejarla desgraciada!... ¡Mira que ni en el cielo tendré paz!

—Geraldina, repuso Jorge tomando las manos de su esposa elevadas hácia él en actitud de súplica; yo adoraria á mi hija como á Guillermo, si al verla, no

recordase que su nacimiento te cuesta seis años de dolores, y la muerte al fin!

Las lágrimas embargaron la voz de aquel hombre valeroso, tan débil ante su inmensa pena.

La Condesa, no ménos conmovida que él, repuso con voz persuasiva y dulce y atrayendo á su marido para que se sentase á su lado:

—Amigo mio, ¿por qué echar la culpa á nuestra hija de mi temprana muerte? ¿No es Dios el que dispone de nuestra existencia? ¿No es El quien, al nacer cada uno de sus hijos, escribe en el gran libro del destino la fecha de su muerte? Si era su voluntad llamarme á su lado, lo mismo lo hubiera hecho sin nacer esa niña infeliz. Jorge, ¿quieres que yo sea dichosa en lo que falta del día de hoy? Anda á buscar á nuestros hijos y tráemelos tú mismo.

Lord Parr se levantó, cruzó una de las calles del parque y pronto llegó de nuevo al lado de su esposa conduciendo á los dos niños.

Volvió á ocupar su sitio y los colocó sobre sus rodillas.

Vencida la sorda cólera que se despertaba en su alma al pensar que, sin aquella niña, Geraldina viviría, volvía á ser padre.

Una sonrisa de inefable dicha se dibujó en los labios de la Condesa al ver á los niños en las rodillas del Conde; pero su emoción había sido tan violenta al conocer el dolor de su marido por su cercana muerte,

que aquella sonrisa materna se apagó en un desmayo mortal.

El doctor fué llamado al instante y administró á la Condesa un cordial que le hizo abrir los ojos y lanzar un débil suspiro.

—Milord, dijo el anciano judío, es preciso retirar de aquí á Su Gracia y acostarla al instante.

—¿Hay peligro? preguntó temblando Jorge al sábio doctor.

—Peligro de muerte, señor Conde.

—¿Y cuando... la perderé?... preguntó de nuevo Jorge con voz ahogada.

—Señor...

—Nada de miramientos, responde.

—Señor... respondió el judío con voz firme y acento de convicción, al rayar el alba del nuevo día, Vuestra Gracia será viudo.

Extremecióse el Conde; pero no respondió una sola palabra; él y el doctor condujeron á la Condesa á su aposento, y sus doncellas, ayudadas de Mistriss Arabela, la acostaron para morir, en el gran lecho señorial, esculpido y sostenido por columnas de bronce y alabastro.

—Querida Arabela, dijo la Condesa despues de haberse acostado, al aya de sus hijos; que se vayan todos y quedad vos á mi lado; necesito hablaros á solas.

Mistriss Arabela hizo salir á las camareras y des-

pues, obedeciendo á una señal de la Condesa, se sentó á la cabecera de su lecho.

—Arabela, empezó ésta con voz débil; mi marido va á volver y necesito aprovechar los instantes... Ese sol, que ya se está ocultando, es el último que he de ver en este mundo, y he de haceros un encargo de la mayor importancia para mí, ántes de entregarme por completo á los consuelos de la religion.

—¡Oh, mi querida señora! exclamó el aya bañada en llanto: ¿por qué no desecha Vuestra Gracia tan tristes pensamientos? ¿Por qué piensa en morir tan jóven, tan amada?

—Porque Dios me llama, y á su voz soberana no hay nada que resista, contestó la Condesa; me llama y es preciso que vaya... pero, ¡con cuánto dolor me separo de todos los que me amais! ¡Cuántas y cuán acerbadas penas, turbarán mi sueño de muerte!... Arabela, vos ya sabeis la extraña aversion que mi esposo ha concebido hácia mi hija... aversion que nació cuando yo empecé á sufrir, y que ha ido creciendo con mi dolencia!

—Es verdad, Milady, respondió el aya tristemente: milord acusa á su hija de la muerte de Vuestra Gracia.

—¡Acusacion injusta, horrible, murmuró la Condesa, y que sólo puede disculpar el apasionado amor que me tiene! La esposa se la perdona... la madre no puede hacerlo. Ahora bien, Arabela, lo que quie-

ro que me prometais es no apartaros nunca del lado de Catalina... A vuestro afecto, á vuestra nobleza la confio... sed su madre, ya que va á quedar huérfana de la suya y que su padre la aborrece! ¿Me lo prometéis?

La buena señora sólo pudo responder al pronto con sollozos; pero, logrando calmar algun tanto la explosion de sus penas, alzó las manos al cielo y dijo con acento solemne:

—Juro, Milady, por la memoria de mis queridos hijos, que Miss Catalina Parr de Surrey hallará en mí siempre una madre cariñosa; que jamás me separaré de su lado, suceda lo que quiera, y que encontrará en mí el afecto más profundo y la más valerosa protectora.

—¡Ah, gracias, amiga mia, gracias, exclamó la condesa con efusion; ya puedo morir tranquila y bendiciendo á Dios que en esta hora suprema me concede tan inmenso consuelo! ¡Acabemos de arreglar este asunto tan caro para mi corazon, ántes de que se agoten mis fuerzas!

La Condesa descansó un instante y luego prosiguió así:

—No creo que la prevencion de Jorge contra su hija llegue á lastimarla en sus intereses; conozco su generosidad, su noble corazon y confio además en que mi hijo sera lo que debe ser para su hermana; no obstante, como madre, debo asegurar la suerte de

mi hija en todos sentidos... Tomad esta llave, Arabela, continuó la Condesa, sacando una de entre las ropas del lecho; es la de un armario secreto y situado en aquel rincón, entre la ensambladura de encima; allí hay un cofrecito y en él una fortuna regular para vos y que dividireis con mi hija, si la que tiene derecho á esperar le es adversa; si su padre muriese también, irá á poder de Lord Hamilton, hombre tan avaro que, hasta el día en que se case, la hará carecer de todo, creyendo que así cumple mejor con sus deberes de tutor... Si eso sucede, Arabela, haced por Catalina lo que haría yo... no le hagais perder la afición á la sencillez á que yo la tengo acostumbrada; ya sabeis de cuanta ostentacion he rodeado á su hermano y que á ella la educaba en la mayor modestia... No le deis joyas... pero no dejéis tampoco que carezca de lo que, por su elevada cuna, le corresponde.

—Nada temais, Milady, respondió el aya que se ahogaba en llanto; Miss Catalina no carecerá de nada, ni hubiera carecido tampoco, aun teniendo yo que ganar lo que gastase con el trabajo de mis manos.

—¡Gracias, buena Arabela! dijo la Condesa, ahora traedme á mis hijos y llamad á mi esposo, porque siento que las fuerzas me abandonan!..

El aya salió y volvió á entrar pocos instantes después con los dos niños.

Lord Parr, que ya habia dominado en lo posible

el exceso de su aflicción, estaba arrodillado junto al lecho de su esposa.

La Condesa abrazó á sus hijos y los cubrió de caricias; recoméndoles al amor y á los cuidados de su marido y lloró mucho sobre aquellas dos cabezas infantiles. Tan triste escena agotó las escasas fuerzas que le quedaban y Arabela tuvo que llevarse á los niños.

Geraldina se volvió entonces á su esposo.

También ella sentía dolorosamente separarse de aquel hombre á quien sola y exclusivamente habia amado en el mundo, y así lo conoció el Conde á través de su sombrío dolor.

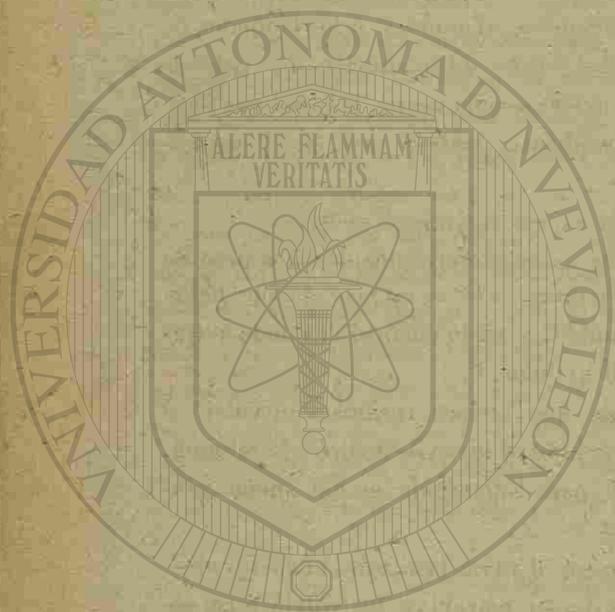
Recomendóle que tuviera resignacion, volvió á encargarle á sus hijos, y luego se dedicó á la religion.

La noche la pasó sumergida en un sueño profundo.

Por la mañana, al rayar la aurora, abrió los ojos, tendió los brazos á su marido y los volvió á cerrar para no abrirlos jamás.

Catalina Parr habia perdido en su jóven madre su único amparo sobre la tierra, exceptuando el desinteresado y generoso afecto de su aya Arabela.

Ya empezaban para ella en el mundo los días de amarga prueba.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Lord Parr no quiso dejar el castillo en que había muerto su esposa.

Su dolor que, durante los primeros días de su pérdida, siguió los trámites regulares de todos los grandes dolores, varió poco á poco de carácter.

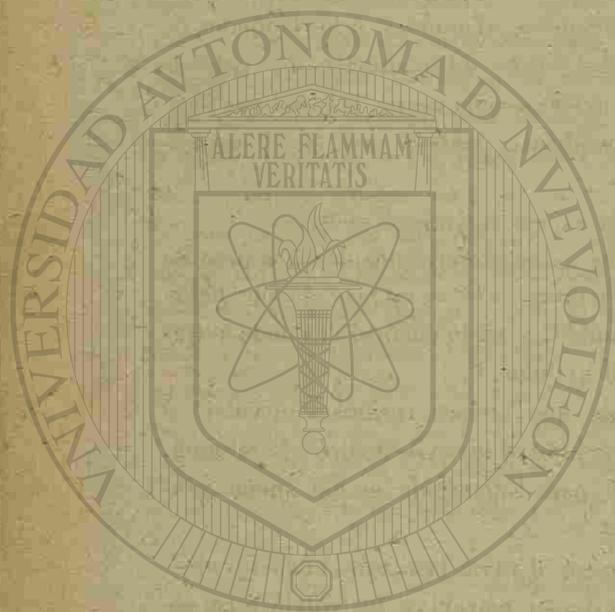
Jorge dejó de llorar y se le vió dejar también de comer y de dormir, interrumpiéndose en él todas las funciones de la vida.

Cada noche bajaba al panteón de familia y se recostaba en la tumba de Geraldina, sobre la cual estaba la estatua de la jóven en actitud de orar.

El que hubiera estado observando aquella lúgubre escena, hubiera oído al Conde hablar como si se dirigiese á una persona invisible que le respondiese.

Su razón se había trastornado y su monomanía era oír la voz de su esposa á través de la helada piedra de su sepulcro.

En los primeros días de su viudez, pidió algunas veces que le llevarsen á su hijo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Lord Parr no quiso dejar el castillo en que había muerto su esposa.

Su dolor que, durante los primeros días de su pérdida, siguió los trámites regulares de todos los grandes dolores, varió poco á poco de carácter.

Jorge dejó de llorar y se le vió dejar también de comer y de dormir, interrumpiéndose en él todas las funciones de la vida.

Cada noche bajaba al panteón de familia y se recostaba en la tumba de Geraldina, sobre la cual estaba la estatua de la jóven en actitud de orar.

El que hubiera estado observando aquella lúgubre escena, hubiera oído al Conde hablar como si se dirigiese á una persona invisible que le respondiese.

Su razón se había trastornado y su monomanía era oír la voz de su esposa á través de la helada piedra de su sepulcro.

En los primeros días de su viudez, pidió algunas veces que le llevaran á su hijo.

Desde que su cerebro adquirió la terrible enfermedad de la demencia, le ocupó un pensamiento fijo.

Reunirse con Geraldina que le llamaba desde su tumba, que le decía que tenía miedo y frío allí sola.

Una noche tomó en la sala de armas un cuchillo de caza y bajó al panteón; según su costumbre, aplicó el oído al frío mármol de la tumba, y escuchó durante algunos instantes.

—Voy, voy contigo, respondió á la voz que el sólo escuchaba; yo te abrigaré con mi capa que la llevo aquí, y te haré compañía.

Al acabar de pronunciar estas palabras se clavó el cuchillo en el corazón, y cayó sin lanzar un gemido.

Ni un pensamiento hubo para sus hijos en aquella alma herida de muerte.

Al día siguiente se halló su cadáver; en sus facciones había vuelto á pintarse una expresión feliz y sonriente.

Había vuelto á ver á Geraldina.

Las exequias del Conde fueron magníficas, y desde aquel día hasta la llegada del tutor de los niños, éstos siguieron bajo el cuidado de Mistriss Arabela.

Pero el tutor tardó muy poco en llegar.

Era un viejo solteron y en extremo avaro.

Limábase lord Hamilton y era tío paterno de lord Parr.

El tutor cerró el castillo y partió á Londres con

sus sobrinos y Arabela, que ya había sacado del armario secreto el cofrecito, donativo de la Condesa.

Había allí una crecida cantidad de dinero y bien pronto tuvo que tomar de ella para dar á los niños mil delicadezas á que estaban acostumbrados y de las que los privaba su avaro tío.

Este buscó un preceptor para Guillermo, y entonces empezó para Catalina y su aya aquella vida feliz y retirada de la que siempre, y aún siendo reina de Inglaterra, guardó tan dulce recuerdo.

Era Catalina Parr de natural blando y apacible, y estaba dotada de extraordinario talento. Arabela, instruida perfectamente en varios idiomas, fué para ella al mismo tiempo una sábia preceptora y una cariñosa amiga. Lord Hamilton vivía completamente solitario.

Catalina y su aya pasaban toda la mañana ocupadas en el estudio y en las labores, y por la tarde iban á algun paseo retirado; trataban además á dos ó tres familias amigas del aya; círculo reducido, pero en el que reinaban el cariño y cordialidad, y en el que todos adoraban á la bella y tierna Catalina.

Esta, en los días de su santo y cumpleaños, era obsequiada con ramilletes, dulces y toda clase de esos sencillos presentes que tanto agradecen las jóvenes.

Así pasaron ocho años.

Catalina contaba catorce, y si bien era muy ignorante, en cuanto á coqueterías y á esas sutilezas en que muy pronto son maestras todas las jóvenes que

viven en el mundo, no podía hallarse criatura dotada de más perfecciones.

Inocente, como convenia á su edad, parecia ignorar lo perfecto y embelesador de su hermosura.

Además, su educacion era tan completa, que, á no ser por su absoluto retiro, se la hubiera citado por una marayilla entre las jóvenes de la nobleza á que pertenecía.

Habia aprendido á hablar correctamente, y á escribir con perfeccion, el alemán, el francés, el italiano y el español; escribia bellas poesias en su lengua nativa, pintaba con gran gusto y maestría y era excelente música.

La joven Miss se acordaba mucho de sus padres, y esta tierna memoria le hacia derramar algunas veces abundantes lágrimas; pero este era el único pesar que amargaba la dulce tranquilidad de la vida que su buena y amable aya habia sabido hacer dichosa, en medio de su orfandad y de la dura indiferencia de su tutor.

Guillermo Parr era ya paje del rey, segun el derecho que le daba la nobleza de su apellido.

Educábase, con los demás jóvenes de su clase, en un cuerpo del palacio, bajo la direccion de ancianos caballeros de la más esclarecida estirpe; algunas veces iba á comer con su hermana y su tutor, y entonces Catalina recibia la alegría más completa.

Guillermo amaba tambien en extremo á su her-

mana; pedia dinero á lord Hamilton, que éste no se atrevia á negarle, porque temia su carácter altivo é impetuoso y, al marcharse, se lo daba á Catalina.

—¿Para qué me das esto? preguntaba admirada la joven.

—Para que compres dulces y flores.

—¿Si me los compra mi aya!

No importa, te se puede ofrecer una cinta, una joya, y no quiero que carezcas de cualquier antojillo; ¿no somos ricos? y aunque fuéramos pobres, yo trabajaria para que nada te faltase.

Catalina empleaba casi siempre en limosnas los donativos de su hermano.

Su mayor placer consistia en hacer bien á los necesitados.

Lord Hamilton se fué haciendo con la joven y con su aya algo más comunicativo; aperebióse de la excelente educacion de Catalina y cumplimentó por ella á Arabela con una galanteria añeja, pero de la que no parecia capaz.

—Hija mia, dijo un día á su sobrina, deseo oírte cantar y que te oiga alguna persona; abriremos esta noche el saloncillo azul, cerrado desde la muerte de mi esposa, y reuniremos algunos amigos de confianza para que admiren tu talento; aqui tienes un precioso laud que te regalo yo, prosiguió el anciano señalando una caja que habia encima de una mesa; adórnate

con esmero, y baja de tu cuarto cuando yo te envíe á llamar.

Catalina, aturdida con aquel acontecimiento, se puso muy colorada, hizo una reverencia, y se retiró para contar á su aya lo ocurrido, y examinar sus trajes para saber cuál debería ponerse.

Todos eran sencillísimos. Arabela, obedeciendo el encargo de la pobre Geraldina, habia hecho vestir siempre á Catalina con trajes de muy poco valor; se eligió, de conformidad, uno de gasa blanca con algunos lazos de cinta azul.

A las ocho de la noche llamaron á la jóven, de órden de su tío, y ésta bajó acompañada de su aya, que no dejaba nunca su traje de seda negro y su toca de viuda.

En la puerta del salon se hallaba el anciano lord, que le ofreció el brazo para conducirla á su asiento.

Bien necesitaba Catalina de aquella ayuda, porque estaba como deslumbrada.

Lo primero que vió fué una estancia muy espaciosa y llena de luces; luego, gran número de damas pomposamente ataviadas con flores y plumas, y algunos caballeros con trajes de vivos colores, bordados en oro y plata, ennegrecidos por el tiempo.

Su tío estaba tambien desconocido.

El buen anciano se habia puesto el traje de ceremonia que usaba cuarenta años ántes.

Catalina, trémula y con los ojos bajos, pasó por

el salon apoyada en el brazo de su tío y seguida por su aya; saludó á derecha y á izquierda, y ocupó su sitio.

Pasados algunos instantes, se decidió á tender una mirada en derredor suyo, y á pesar de su falta total del mundo, aquella reunion le pareció en extremo grotesca.

Componíase de los señores de los castillos de las cercanias, algunos de los cuales en su vida habian pisado la ciudad, y cuyas esposas estaban ridiculamente cargadas de cintas, de plumas, de joyas hereditarias, y de colorete.

La jóven tomó el laud que le presentaba su tío, y cantó una antigua y sencilla balada escocesa, empezando con extremada timidez y acabando con un acento lleno de ternura y de inspiracion.

Pidieron que la repitiera, y cantó otra melodia de distinto género, arrebatando al vetusto auditorio, pues es de notar que lord Hamilton, al hacer aquel pequeño convite, habia excluido á todo caballero que no pasara de los cuarenta años.

Acabada la música, se trasladó la concurrencia al comedor, donde habia servida una espléndida cena, y Miss Parr, animada por los elogios y por las benévolas miradas de su tío y de su aya, consiguió hacer los honores con bastante serenidad.

Los convidados se retiraron algo tarde, al parecer encantados de lord Hamilton y de su sobrina; pero

al salir de allí, cada uno de ellos estalló en amargas quejas.

—El viejo carroña, decía una anciana Condesa seca y llena de colorete, ni siquiera me ha invitado á cantar.

—Como que nos ha llamado para que admirásemos á su sobrina.

—¡Pues es preciosa! parece una paja!

—Y blanca como el yeso.

—Y muy mal ataviada.

—Decid mejor muy pobremente vestida.

—Yo he hallado detestable el contraste que hacen sus ojos negros y sus cabellos rubios.

—Y con nosotros ha estado, en verdad, muy poco expresiva.

—¡Pero cómo ha de estarlo, si no sabe hablar!

—¡Si parece una paleta!

—¡Tal aya tiene!

—¿Y la grosería de excluir á nuestros hijos?

—¿Si pensará que se van á comer á su dichosa sobrina?

—Sin duda tiene muy poca confianza en su virtud.

—¿Creeis vos que, á pesar de su aire monjil, no habrá tenido ya sus devaneos?

—¡Bah! ¡bah! ¡Yo lo creo! ¡Sale con el aya siempre que le da la gana; y al fin, la mala cabeza y la falta de religion son en ella heredadas; su padre se

suicidó, como un marinero, como un hombre de la plebe!

Todas estas acusaciones tenían lugar en la casa más cercana al castillo de lord Hamilton y propia de uno de sus convidados.

Como la circunstancia de ir cada matrimonio en su coche les inapedia hablar y comunicarse sus incisivas observaciones, se convino, á la salida de la fiesta, que se detendrían todos *para hablar un rato* en el más cercano de los castillos de los convidados.

Después de agotar todos los recursos de su verbosidad para poner en ridículo al tutor y á la pupila, se separaron los dignos señores, deseando que se les convidase á otra fiesta.

Hacemos muy mal en quejarnos de la agresiva envidia, cáncer de nuestra sociedad y de la inconsecuencia de nuestros amigos, cuando siempre ha sucedido lo mismo.

Algunos días después, lord Hamilton subió á la habitación de su sobrina, hizo retirar al aya y se sentó á su lado.

—Catalina, le dijo, vivo sólo hace mucho tiempo y conozco que tú podrias embellecer mi soledad y hacer felices los últimos años de mi vida; ¿quieres casarte conmigo?

La jóven quedó suspensa y no supo por el pronto qué debía contestar.

Luego la claridad de su talento le suministró un argumento luminoso, y contestó á su tío:

—¿No soy vuestra pupila, milord? ¿Pues qué necesidad hay de que nos casemos para que yo os acompañe y os cuide?

—Sin embargo, Catalina, piensa hasta mañana lo que te pregunto, dijo lord Hamilton levantándose y saliendo de la estancia.

Así que salió, Catalina llamó á su aya y le contó lo que le había sucedido.

—Hija mia, respondió Arabela, no hallo inconveniente en que acepteis esa proposicion; siempre será mejor posicion la vuestra siendo la esposa, que siendo la pupila de lord Hamilton; tendreis más ocasion de hacer bien y vuestra juventud no se deslizará tan solitaria y triste; casaos con vuestro tutor; él tiene setenta años y vos catorce y no será para vos otra cosa que un padre afectuoso, porque, á pesar de sus defectos, su carácter es noble.

Un mes despues de esta conversacion, Catalina Parr era lady Hamilton, y una de las damas más opulentas de la rica Inglaterra.

V.

Subyugado el antiguo tutor por la belleza, las gracias y el talento de su esposa, no sólo le entregó todos los bienes de sus padres, sino los inmensos tesoros que él poseia y cuya existencia, á pesar de saberse que era rico, nadie sospechaba.

Su avaricia cambió de objeto; comparado con Catalina, el dinero era á sus ojos la cosa del valor más escaso ó más negativo.

Su esposa le parecia el ideal de la perfeccion humana.

Guillermo Parr se enojó mucho por aquella boda y la primera vez que vió á su tío, le preguntó si se habia vuelto loco.

—¿Por qué? preguntó á su vez el anciano con gran admiracion.

—¡Pardiez! ¡Si mi hermana fuera otra!...

—¿Qué haria?

—Tomar un amante, y no seria yo quien la acusára.

Catalina se puso roja de vergüenza.

La palabra *amante* era incomprensible para ella y, sin embargo, el pudor de la mujer hablaba en su corazón.

Cuando Guillermo pudo hablarla á solas, la preguntó cómo la trataba su caduco esposo.

—Muy bien, respondió la jóven, y debo confesarte que ahora soy mucho más feliz.

—¿Feliz al lado de ese vestigio? exclamó el impetuoso jóven.

—Feliz; ¿y por qué no? ahora poseo todo cuanto quiero; doy muchas limosnas, compro joyas y te puedo dar además dinero para tus caprichos, como tú hacías conmigo.

—¿Y os visitan muchas gentes?

—Con intimidad, muy pocas; sólo un anciano amigo de milord y algunas señoras vecinas.

—¿Y quién es ese anciano? ¿Cómo se llama?

—Lord Latimer.

—¡Ah! ¿Ese viejo extravagante, tan pulcro, tan delgadito, que parece una mómia?

—Ese mismo.

—¡Pobre Catalina! murmuró Guillermo: ¡Tu juventud se va á helar bajo ese monton de cabellos blancos!

Catalina respondió sólo con una alegre sonrisa. Su vida apacible no habia cambiado nada y estaba segura además del porvenir.

El misterio de su tranquilidad era muy sencillo; no conocia la explicacion de la palabra amor; sólo

habia vivido entre ancianos, y creia que el mundo y sus encantos le eran ya conocidos.

Durante un año todo fué tranquilidad y paz en el antiguo castillo.

Aquellos mismos convidados, que habian censurado con tanta acritud á lord Hamilton y á su pupila, volvieron para adular servilmente á milady Hamilton, á pesar de que la prohibicion del anciano, respecto á los jóvenes, subsistia con el mismo rigor.

En vano las madres habian intercedido por sus hijos, las hermanas por sus hermanos; no era posible penetrar en aquella opulenta mansion, sin tener los cabellos blancos.

Un dia lord Hamilton se quejó de un fuerte dolor de cabeza.

El médico del castillo se alarmó seriamente y mandó que se hallase preparado el capellan.

Se acostó el esposo de Catalina y se durmió profundamente; pero su sueño era agitado y su respiracion oprimida.

A la aurora despertó é hizo llamar á Catalina.

Cuando ésta llegó, la asió de una mano y le dijo con voz tan firme como lo permitia su anhelosa respiracion:

—Querida mia, voy á morir... yo lo conozco tan bien como el doctor... estoy atacado de una apoplejía y nada puede salvarme.

—¡Ay, Dios mio! exclamó Catalina llorando; ¡quizá

os engañais, milord! Sólo Dios sabe el término de nuestra vida...

—Dios ha señalado en el día de hoy el término de la mía, Catalina, créeme, interrumpió el anciano: sólo siento morir porque á los quince años te dejo sola en el mundo; sin embargo, aún puedo señalarte un apoyo que no dudo aceptarás... puesto que tu hermano, jóven de diez y siete años, aún no puede prestarte el suyo... ¿Qué te parece lord Latimer?

—Me parece una persona muy respetable.

—Es mi mejor amigo y un digno y honrado caballero. ¡Cásate con él, Catalina!

—¡Casarme yo con él! exclamó asombrada la jóven.

—¿Por qué no? ¿No eras dichosa conmigo? ¿No vivias en paz, que es la sola dicha de la tierra? ¿No eras rica y estimada? Lo mismo puedes lograr con él... y en fin, Catalina, para que yo muera tranquilo, para que yo pueda asegurar á tus padres que he cumplido mi obligacion de tutor, necesito que me prometas casarte con ese anciano honrado y respetable.

—Id, pues, en paz al lado de mis amados padres, milord, dijo la jóven; os prometo que me casaré con lord Latimer.

Poco despues llegó el anciano, Catalina, cuya alma era generosa y agradecida, se retiró llena de dolor.

Los dos amigos quedaron solos y se arreglaron entre el que moria y el que debia casarse con la viuda las condiciones de la boda.

Aquella noche murió lord Hamilton.

Su amigo tuvo el buen gusto de desaparecer de casa de la viuda así que llenó los deberes de la amistad, y sólo le hizo la visita oficial, como todos los demás amigos de la casa.

Tres meses despues, volvió.

—Milady, dijo á Catalina; la voluntad de mi amigo ha sido que nos casáramos; yo no os amo ni he amado jamás á ninguna mujer, por cuya razon no me he casado; pero sin embargo, es forzoso que nos casemos para que descanse en paz aquel á quien tanto he querido.

—Cuando gustéis me hallareis pronta, respondió Catalina.

—Debo advertiros tambien, señora, continuó aquel extraño novio, que yo tengo bastantes ménos años de los que aparento, y que aún puedo vivir muchos para tormento vuestro si no podeis, cuando ménos, estimarme; pero lo repito, es forzoso que nos casemos.

—Creo lo mismo, respondió sonriendo Catalina, y os repito, milord, que cuando querais, me hallareis pronta á acompañaros al templo.

—¿Qué edad me suponeis? preguntó lord Latimer de repente.

—Ochenta años, milord, respondió la jóven.

—¿Todos esos?

—Todos esos, y aún creo que me quedo algo corta.

—¡No por cierto, señora; sólo cuento cincuenta y seis!

—¡Cincuenta y seis!

—Ya veis que aún puedo vivir muchos años; que aún teneis tiempo sobrado para ser muy infeliz si no os acomodais á mis gustos, ó yo no me acomodo á los vuestros.

—Milord, respondió Catalina con dignidad; al prometer á mi esposo, ó más bien á mi querido tío que me casaria con vos, jamás lo hice contando con vuestra próxima muerte; en cuanto á mi futura felicidad, yo creo que está asegurada con la sencillez de mis gustos y mi afición al retiro; dejadme á Mistriss Arabella, permitidme socorrer á los necesitados y nada más os pido.

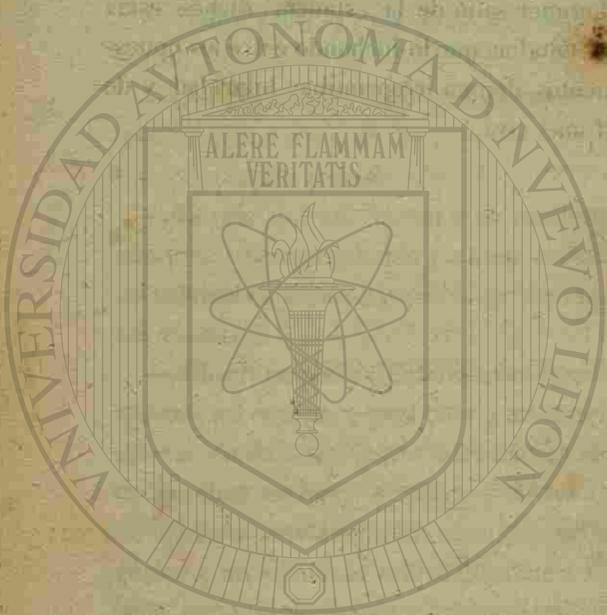
—Entonces, milady, podemos unirnos cuando os parezca mejor, dijo lord Latimer admirado de hallar tanta prudencia y firmeza en tan tierna edad.

—Ya os he dicho, milord, que mi voluntad es la vuestra; pero os agradecería que me dejárais pasar los seis meses primeros del luto en el retiro y la soledad.

—Sólo deseo complaceros, respondió lord Latimer inclinándose con galantería; adios señora; os veré al-

guna vez, pero lo ménos posible para no molestaros hasta el dia en que os digneis hacerme dichoso.

Lord Latimer salió de la estancia, dichas estas palabras, y Catalina quedó luchando entre los opuestos sentimientos de una irreprimible hilaridad y de la gratitud más viva.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI.

Lord Latimer era, según había dicho Guillermo, al hablarle su hermana del amigo de su esposo, pulcro, delgadito, extravagante y bastante parecido a una mómia.

Apénas había carne sobre aquella pequeña armazón de huesos; su cara, reducida como una medalla, estaba aún amenguada por una gran peluca rubia que llevaba sobre su pelo blanco.

Lord Latimer había nacido rubio y no quería dejar de serlo, ni aún en su vejez.

Prescindiendo de aquel adorno de cabello dorado—que hacía un contraste lastimoso con su tez amarillenta y arrugada—tenía una frente bastante ancha y noble, una nariz larga y encorvada y una boca grande, de labios finos y astutos; su barba era larga y puntiaguda; sus ojos verdes, de satírica y atrevida mirada, que muchas veces rayaba en insolente; no obstante, aquella frente severa, aquellos ojos hostiles, aquella boca irónica, adquirían la más tierna y bené-

vola expresion cuando hablaba con personas que merecian su cariño ó su interés.

Era un hombre que habia envejecido muy prematuramente por la profundidad de su talento y las amarguras de la experiencia.

El amor no habia dulcificado su carácter duro y severo; tenia mala opinion de las mujeres, porque en su primera juventud le habian engañado, y jamás habia querido casarse, viviendo sólo un filósofo ó como un misántropo.

La amistad habia llenado todos los ámbitos de aquel corazon noble, pero herido mil veces á causa de la exquisita delicadeza de sus fibras; habia hallado en lord Hamilton un hombre justo, benéfico, generoso, lleno de candor en la edad en que todos los hombres, y él mismo, sólo rendian culto á lo positivo.

Por espacio de catorce años, lord Latimer vivió únicamente para su amigo; y era más fácil que hubiese muerto mil veces, que haber dejado de cumplir su último encargo, rehusando casarse con Catalina.

No tenia vocacion alguna al matrimonio, y ántes bien puede decirse que le aborrecia; pero, á pesar de esto, y aunque la jóven hubiera sido un mónstruo de fealdad, se hubiera casado con ella, respetando la voluntad del hombre á quien habia amado con tanta abnegacion y ternura.

Durante los seis meses que la jóven viuda pidió ántes de su nuevo enlace, lord Latimer cumplió exac-

tamente su palabra y la vió cinco ó seis veces, es decir, cada quince dias.

Catalina le recibia con gusto y le oia con placer.

Unia aquel hombre respetable á un talento profundo una instruccion vastísima, y la suficiente delicadeza para no marchitar con sus desengaños el alma candorosa de Catalina.

Respetaba la inocencia de su futura esposa y miraba á la buena Arabela con una consideracion amistosa, aceptando sus juicios, siempre benignos, y sus reflexiones llenas de justicia, como la expresion de un alma pura y tierna.

Catalina hallaba muy corto el tiempo que lord Latimer pasaba á su lado; no habia disfrutado con su primer esposo las delicias del talento, ni aquel habia abierto ante sus ojos los vastos caminos de la inteligencia; pero junto á lord Latimer su pensamiento hallaba nueva vida, y pasto dulce y sabroso.

Tambien el anciano hallaba un placer indecible al lado de aquella jóven tierna y llena de todos los encantos del entendimiento, de la educacion y del carácter.

De la mejor gana hubiera ido todos los dias á pasar á su lado algunas horas; pero lord Latimer era hombre incapaz de faltar ni áun á las promesas que á si mismo se hacia, y guardó en sus visitas el intervalo que se habia propuesto y que habia ofrecido á Catalina.

En su última entrevista se fijó el día para la boda.

Después de marcharse lord Latimer, Catalina abrazó á su aya, y le dijo con acento de convicción:

—Creo, amiga mía, que voy á ser muy dichosa.

—Pienso lo mismo que vos, respondió Arabela; os unis á un hombre digno, que sabe lo que valeis y que os estima; esa es, hija mía, la garantía mayor de la dicha en el matrimonio; el amor pasa, pero no se nota su ausencia si está compensada por la estimación recíproca, las delicadas atenciones y las maneras galantes y afectuosas. Vale más para asegurar vuestra futura dicha lo que sentís por lord Latimer, que todos los arrebatos de una pasión volcánica y correspondida.

La inocente Catalina se dejaba convencer por estos argumentos, hijos de un corazón frío ya, y á los que prestaba nueva fuerza su propia inexperiencia; pero ¡ay! muy pronto debía persuadirse de que el amor es la única dicha positiva de la tierra y la única que es también irremplazable.

Celebróse el casamiento sin pompa alguna en la capilla del castillo de la novia, ó mejor dicho, en el que le pertenecía como viuda de lord Hamilton.

Situado aquel en una posición mucho más risueña y pintoresca que el que habitaba lord Latimer, éste no quiso que su esposa cambiase de morada, y se decidió que habitarían en aquel.

Al almuerzo, que siguió al casamiento, sólo con-

currieron las personas que, en lo sucesivo, habían de hacer una vida común.

Eran los dos esposos, Arabela y el capellán del castillo.

La nobleza de lord Latimer era de las más encumbradas de Inglaterra, y sus riquezas inmensas; pero en vez de abrir su casa, siquiera fuese á la sociedad de sus vecinos, según había hecho lord Hamilton, lord Latimer la cerró á cal y canto, y dijo á su esposa:

—Querida niña, conozco muy bien el mundo, y he oído muchas veces, con profunda indignación, las mordaces sátiras que lanzaban contra vos y vuestro esposo las mismas gentes á quienes convidábais y divertíais; así, pues, aquí no entrará ninguno de esos parásitos ingratos y ruines; pasead cuanto queráis, dad limosnas, pero contentáos con la amistad de Arabela y la mía.

Catalina no halló nada que oponer á esta decisión. No conociendo el mundo, no podía desearlo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

Pasaron algunos años en la más perfecta paz y en el seno de una felicidad, si bien fría, llena de calma.

Sin embargo, Catalina se había entristecido; tenía ya veinte y tres años, y su corazón echaba de menos alguna cosa que le diese calor, porque se helaba.

Su hermosura era siempre encantadora; su estatura se había hecho alta y majestosa; era á un tiempo tierna y grave, y la madurez precoz de su juicio era el fruto de su soledad.

Una desgracia sola había venido á entristecerla. Había muerto su aya.

Su aislamiento era, pues, mucho mayor; su hermano apenas se acordaba de ella, ó aparentaba haberla olvidado desde que contrajo Catalina, contra su voluntad, un segundo enlace; los placeres de la corte, los amoríos y el juego se disputaban todos los instantes de Guillermo.

Ocho años de vivir al lado de su esposo, habían hecho conocer á Catalina todo el valor del talento y

del carácter del anciano lord; pero también el contacto de aquel ser sin ilusiones, que todo lo analizaba, que buscaba el lado negro de todas las cosas, había acabado por enfriar el alma generosa y entusiasta de Catalina.

Arabela había muerto; Guillermo la había olvidado, y se consideraba sola en toda la extensión de la tierra.

Una mañana de estío salió á pasear por el campo.

No lejos del castillo, había una fuente que había brotado entre sus piedras, y el agua, al saltar, caía sobre una multitud de plantas que habían crecido y se extendían como un adorno fresco y natural.

Catalina amaba aquel sitio que armonizaba con la habitual melancolía de su espíritu.

El murmullo del agua, el canto de los pájaros, la agreste soledad del sitio, toda aquella naturaleza callada y misteriosa, la sumergía en un éxtasis profundo y delicioso.

Sentóse al lado de la fuente y apoyó la mano en la mejilla, evocando los dulces y gratos recuerdos de su niñez.

Veía á su hermosa y joven madre enferma y abatida; á su padre sosteniendo con amor su vacilante paso; á su padre, joven también, también hermoso, gallardo y enamorado, y se preguntó si no valía mucho más morir amada de aquella suerte, que vivir sin ser amada de nadie.

De repente, llegó á su oído el ruido de unos pasos. Volvióse y vió llegar al más apuesto caballero que nunca hubiera podido soñar, y que se acercaba á ella con paso firme y majestuoso.

—¿Podríaís, Miss, indicarme el camino de la aldea cercana? preguntó al llegar al lado de Catalina, quitándose respetuosamente el sombrero.

—Sí, Milord, respondió la joven; seguid siempre á la izquierda hasta hallar una cruz de hierro; entonces ya estais en él y podeis seguirle.

—Sois tan buena como hermosa, Miss, respondió el caballero, y os doy mil gracias; es la primera vez que piso estos lugares y me he extraviado en el bosque.

Catalina nada respondió.

El eco dulce y juvenil de aquella voz la tenía absorta y como extasiada. Jamás, exceptuando la voz imperiosa de Guillermo, había oído más que acentos cascados y trémulos en derredor suyo; y la voz de los jóvenes es muy distinta de la de los ancianos.

La figura de aquel caballero era además en extremo gentil y arrogante; de sus ojos negros brotaban raudales de luz; su traje era magnífico, y todo en él indicaba pertenecer á la más alta nobleza.

Era, en efecto, lord Tomás Seymour, hermano de Juana, reina á la sazón de Inglaterra.

Al ver la confusión de Catalina, la saludó con exquisita cortesía y dió algunos pasos para alejarse.

La joven contestó tímidamente y él, que esperaba una palabra que le retuviese en aquel sitio, se alejó con aire triste y contrariado.

Catalina le siguió con la vista y le vió, con gran sorpresa, tomar el camino de su castillo, volver hacia la entrada del bosque y dirigirse á él.

Catalina tomó el camino mismo que lord Seymour había seguido; al llegar al castillo, fué en busca de su marido y se puso roja como las amapolas que había cogido y que aún tenía en la mano.

Con su esposo se hallaba el joven que había visto en el bosque

Su marido se levantó, la tomó de la mano y la presentó á lord Tomás, diciendo con grave ternura:

—Lady Latimer.

Tomás Seymour se levantó é iba á decir una frase, que no salió de sus labios.

El anciano esposo, presentando á su vez á Catalina su visita, añadió:

—Milord Seymour, Catalina, hermano de la reina Juana, que Dios guarde muchos años, nos dispensa la honra de visitarnos.

Catalina miró á Tomás asombrada, no tanto por lo elevado de la condicion del caballero, cuanto porque no podía atinar el motivo de su visita.

—Soy aún algo pariente de su madre, prosiguió lord Latimer, y he sido en otro tiempo un buen amigo de su padre; pero desaprobé la union de Juana

con el rey y se enojó contra mí. Tomás viene ahora en busca de una nodriza por estas aldeas para que dé el primer alimento al vástago real que se espera de su hermana, y me ha pedido que le ayude en sus pesquisas, lo que no podré hacer á pesar de mi buena voluntad; nada entiendo de esas cosas; pero decidme, decidme, ¿cómo se halla la reina de salud?

—Muy mal, milord, respondió lord Seymour con acento triste: la salud de Juana ha sido siempre delicada y desde aquel fatal viaje á Greenwich, verificado hace algunos meses, se ha empeorado del modo más sensible.

—¡Desdichada Juana! murmuró el anciano.

—Desdichada siendo una reina? preguntó cándidamente Catalina:

—¡Ay, señora! exclamó lord Seymour, guárdeos Dios siempre de saber los disgustos, los sinsabores que ocasiona el poder, y dichosa vos que sólo imperais sobre los corazones.

—La verdad, querido Tomás, dijo el anciano en tono festivo, es que vos os hallais grandemente en el poder, y ahora más que nunca, en devaneos de amor y de ambicion.

—Algo concedo de lo primero, respondió Tomás mirando á Catalina; pero hasta hoy niego lo segundo.

—¡Cómo! ¿no teneis amores?

—No, Milord.

—¿Ya no sois el caballero preferido de las damas de la corte?

—Ya no.

—Habrán conocido vuestra falacia.

—O quizá que es difícil mi conquista.

—No os santifiqueis; si hoy habeis venido á verme, es porque os han dicho sin duda que me he casado con una jóven bonita, y habeis querido ver si la fama habia mentido.

—Si ese ha sido el deseo de lord Seymour, observó Catalina, le ha visto cumplido y se habrá desengañado antes de llegar al castillo.

—¿Cómo así?

—Porque me vió en el bosque hace un momento,

—¡Hum! ¡Qué callado lo teniais, querido Tomás! dijo lord Latimer: ¿Pensábais que os iba á reñir por esa casualidad? ¿Pensábais que yo era celoso? Nada de eso; mi mayor placer es que Catalina guste á cuantos la vean.

Al decir estas palabras, lord Latimer dirigia miradas penetrantes á lord Seymour y á su esposa, cuya fisonomía permanecía tranquila.

En cuanto á Tomás, que toda su vida habia sido en extremo orgulloso y que lo era entonces mucho mas, á causa de ser hermano de la reina, levantó con soberbia la cabeza y dijo fijando á su vez en el anciano una mirada sañuda.

—Soy el primero en reconocer las gracias de mi-

lady, y cuanto más encantadoras me parecen, tanto mas extraño que se haya casado con vos.

—Pues oid, milord; respondió lord Latimer con acento duro y frío; por lo mismo que es algo extraña nuestra union, os pido que no volvais á honrar esta casa, y que olvideis vuestros habituales proyectos de seduccion; creo en la virtud de Catalina; pero creo tambien que no os seria difícil hacerla desgraciada, al haceros amar.

—Yo sé que es así mucho más infeliz, repuso con altivez el caballero, que si me amase á mí.

—Nada hay más triste que amar en silencio y reprimir el amor bajo la dura máscara del disimulo, como tendria que hacer Catalina, si no queria que yo la encerrase severamente; creedme, Tomás; creed al antiguo amigo de vuestro padre; si amais á Lady Latimer, esperad á mi muerte, que no tardará en llegar, porque hace algun tiempo que siento la gota en el pecho.

Catalina, consternada, se acercó á su esposo; éste habia dicho sus últimas palabras con la mayor frialdad y sencillez, pero con un acento lleno de conviccion.

Lord Seymour, sin contestar, salió de la habitacion y del castillo, prometiéndose que, tarde ó temprano, la seduccion le haria dueño de Catalina.

Cuando hubo desaparecido, lord Latimer se volvió á su esposa, le tomó cariñosamente la mano y le dijo:

—Hija mía, no escuchéis á lord Seymour, como no os ponga por delante una promesa de matrimonio; es de carácter duro, inconstante y orgulloso; le conozco desde que era niño, y si fuera yo vuestro padre, no le confiaría vuestra suerte.

—Dejemos eso, milord, interrumpió Catalina; dejemos de hablar de una cosa que no ha de llegar, y decidme, por Dios, añadió cruzando las manos, si es verdad que os sentís enfermo de peligro.

—Tranquilizáos, querida mía, repuso el anciano; no me siento bueno, pero he exajerado para que ese fatuo espere y os deje en paz; aunque, os lo repito, no os hará dichosa, y así, si algún día sois libre, pensadlo mucho ántes de uniros á él con lazos indisolubles.

## VIII.

Lord Latimer habia dicho la verdad.

Su salud decaía rápidamente, y la enfermedad que le aquejaba, hizo en un año espantosos progresos.

Catalina, que amaba verdaderamente á aquel hombre severo, pero generoso y justo, se dedicó á aliviar sus padecimientos con la más tierna y constante solicitud.

Pero en medio de los cuidados que la asediaban y de la intranquilidad consiguiente al estado de su esposo, Catalina veía incesantemente ante sus ojos la seductora imágen de lord Seymour, hermosa, apasionada y elocuente.

El tampoco la habia olvidado.

Algunas veces, al ir la jóven á la fuente rústica donde por la primera vez le habia visto, habia vuelto á encontrarle en el mismo sitio; pero entónces Catalina, fiel á los consejos del hombre excelente cuyo nombre llevaba y á quien iba á perder, huía de aquellos lugares por un esfuerzo de su generosa voluntad.

—Hija mía, no escuchéis á lord Seymour, como no os ponga por delante una promesa de matrimonio; es de carácter duro, inconstante y orgulloso; le conozco desde que era niño, y si fuera yo vuestro padre, no le confiaría vuestra suerte.

—Dejemos eso, milord, interrumpió Catalina; dejemos de hablar de una cosa que no ha de llegar, y decidme, por Dios, añadió cruzando las manos, si es verdad que os sentís enfermo de peligro.

—Tranquilizáos, querida mía, repuso el anciano; no me siento bueno, pero he exajerado para que ese fatuo espere y os deje en paz; aunque, os lo repito, no os hará dichosa, y así, si algún día sois libre, pensadlo mucho ántes de uniros á él con lazos indisolubles.

## VIII.

Lord Latimer habia dicho la verdad.

Su salud decaía rápidamente, y la enfermedad que le aquejaba, hizo en un año espantosos progresos.

Catalina, que amaba verdaderamente á aquel hombre severo, pero generoso y justo, se dedicó á aliviar sus padecimientos con la más tierna y constante solicitud.

Pero en medio de los cuidados que la asediaban y de la intranquilidad consiguiente al estado de su esposo, Catalina veía incesantemente ante sus ojos la seductora imágen de lord Seymour, hermosa, apasionada y elocuente.

El tampoco la habia olvidado.

Algunas veces, al ir la jóven á la fuente rústica donde por la primera vez le habia visto, habia vuelto á encontrarle en el mismo sitio; pero entónces Catalina, fiel á los consejos del hombre excelente cuyo nombre llevaba y á quien iba á perder, huía de aquellos lugares por un esfuerzo de su generosa voluntad.

Lord Latimer sucumbió, al fin, al rigor de sus padecimientos, cuando su esposa contaba solo veinte y cuatro años y algunos meses.

Esta le lloró amarga y sinceramente; perdía en él un amigo cariñoso y noble y un esforzado defensor.

Lady Latimer, además de su elevada clase, poseyó desde el día de su segunda viudez la fortuna más espléndida de Inglaterra.

Sus dos esposos la habían hecho opulenta hasta lo fabuloso.

Pero la soledad la agobiaba cruelmente; volvió los ojos en derredor suyo y no halló una persona amiga á quien pedir consejo.

—¿Por qué no he de tomar por mí misma una decisión? se dijo un día; ¿no tengo ya cerca de veinte y cinco años? Además, ¿no sería prudente que yo pidiese consejo á mi hermano que debe ser mi amigo y protector, según todas las leyes de la naturaleza?

Catalina Parr adoptó esta resolución como definitiva, y se preparaba á escribir Guillermo, cuando éste entró en su habitación y se arrojó en sus brazos.

Había sabido la segunda viudez de su hermana y venía á pasar con ella algunos días.

—¡Gracias al cielo! exclamó con el ímpetu que le era natural. ¡Gracias á Dios que te veo libre de aquella muralla de canas y de hielo! ¡Jamás te hubiera perdonado el unirme á la mómia de lord Latimer, en tanto que éste hubiese vivido! Catalina, yo que acabo

de ver á las mujeres más hermosas del reino, te aseguro que no puede competir ninguna contigo, ni en belleza, ni en gracias, ni en opulencia; tienes todas las ventajas y pronto volverás á una tercera union, pero más digna de tí.

Al decir estas palabras, Guillermo miraba á su hermana con expresion de inteligencia, y por sus labios vagaba la sonrisa del orgullo satisfecho.

—Vamos, dijo despues de haber esperado durante algun tiempo la respuesta de Catalina; veo que no te inspiro confianza, y lo siento.

—¿Qué quieres decirme? exclamó Catalina atónita.

—Que lo sé todo.

—¿Todo?

—Sí, por el mismo Seymour; es amigo mio, muy amigo mio, y estoy encargado de pedirte tu mano en su nombre para cuando termine tu luto; ese enlace es de todo mi gusto, y yo seré con él tan dichoso como tú. Tomás lo reúne todo, riqueza, gallardía, un carácter orgulloso; un valor á toda prueba; su esposa será la mujer más envidiada de Inglaterra; pero ¿qué es eso, Catalina? prosiguió Guillermo cambiando su locuacidad por una expresion de sorpresa; ¿qué es lo que tienes? ¿Por qué causa no me respondes?

—Mi querido hermano, respondió la jóven, me admira que lord Seymour crea que yo pienso en un nuevo enlace; si alguna vez me decido á él, ha de pasar ántes mucho tiempo; he sido toda mi vida casa-

da y quiero ahora probar las dulzuras de la libertad; encadenada á dos ancianos, necesito rodearme de juventud; cercada por la experiencia y el positivismo, necesito ilusiones y alegrías en torno mio; pero no sé qué partido tomar, y ahora mismo iba á escribirte para que me aconsejases.

—Vente á Lóndres, respondió Guillermo con prontitud: viviremos juntos; tengo un magnífico palacio y serás la mujer más obsequiada y más envidiada de la córte; daremos convites y fiestas y viviremos con la esplendidez necesaria para hacer ver á Tomás Seymour que, si te casas con él, no es por el afán de brillar, puesto que, sin él, brillabas por tí misma; su orgullo debe ahora moderarse porque ya ha muerto su hermana, la reina de Inglaterra, y el rey acaba de casarse con la princesa de Cleves: vente conmigo, Catalina, y véngate ahora de los rigores de la suerte, siendo el astro que deslumbró á la córte; se habla ya de que la reina es muy fea, sin haberla visto, y tu serás la reina de la belleza y de las gracias á la que todos acatarán.

—No, Guillermo, respondió gravemente lady Latimer; no quiero ir al bullicio de la córte en tanto que dure mi luto; he aquí, por el contrario, lo que he pensado hacer, y dime si lo apruebas.

Tú sabes que entre las personas de la alta nobleza, á la que pertenecemos nosotros, es costumbre que las jóvenes pobres de una familia se eduquen á es-

pensas y al lado de sus parientes ricos; en nuestra familia hay algunas que carecen de fortuna y que cuentan de quince á diez y ocho años; entre ellas están Lucía Surrey, parienta de nuestra malograda madre, cuyo mismo apellido lleva, y Matilde de Essex, que lleva el de nuestro padre; aún hay otras cuatro en igual caso; pienso, pues, traerlas á mi lado é irme á vivir al castillo de lord Latimer, dejando éste, lleno para mí de tristes memorias, porque en él han muerto mis dos esposos.

—Veo, querida Catalina, que jamás podré corregir la modestia de tus inclinaciones, respondió disgustado lord Parr, ¿te has de hacer guardadora de esas jóvenes, á tu edad y con tu belleza? Por cierto que no es esa la suerte que yo te reservaba.

—Hermano, dijo Catalina; tus deseos, aunque dictados por el cariño, son también hijos de la vanidad; ¿no es más saludable que, en vez de disipar yo una fortuna viviendo en Lóndres en medio del fausto y de la ostentacion, dando fiestas y banquetes, que sólo excitarán la envidia y la animadversion, traiga á esas jóvenes á mi lado, las dote bien, y les proporcione á cada una un buen casamiento? Allá, cuando no tengan otra cosa que decir, dirán mis émulos que soy rica porque me vendí á dos ancianos, y los amantes que desdeñe dirán otro tanto; aquí seré bendecida y amada por algunos corazones inocentes; allí seré infeliz entre las fiestas, el bullicio y las adula-

ciones, á las que soy tan opuesta; aquí seré dichosa en el retiro, y al lado de mis jóvenes amigas.

—Haz lo que quieras, repuso lord Parr: no quiero que por mí te llames desdichada; bien mirado, esa especie de córte, esa comitiva de damas de honor, todas nobles y bonitas, te ha de sentar muy bien.

—¡Ah, hermano mio! exclamó Catalina; si yo pensara que esas jóvenes pudieran creer algun día que el haberlas traído á mi casa era por rendir culto á la vanidad, jamás lo haría!

Lord Parr hizo un gesto de desdén, y despues preguntó á su hermana:

—¿Cuánto tiempo piensas guardar el luto?

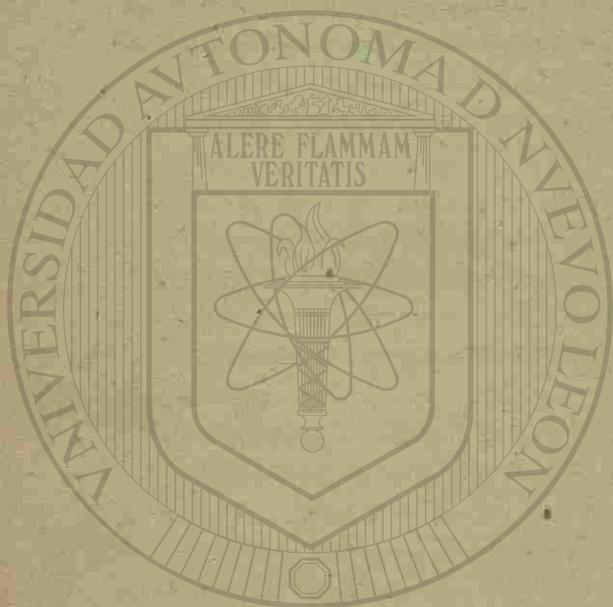
—Cuatro años, por lo ménos, respondió Catalina; pero no creas, añadió al ver un movimiento de impaciencia de su hermano, no creas que he de condenarme durante todo ese tiempo á un perpétuo encierro; voy á ir á ver á la reina.

—¿Tú?

—Sí, he oído hablar de ella con tal variedad, que deseo conocerla; además, esa pobre princesa, que no sabe el inglés, y á la que nadie entiende, ha de verse aquí tan aislada y violenta, que no dudo se alegrará de encontrarme, pues yo le podré hablar en su lengua nativa.

Lord Parr, bastante contrariado con los designios de su hermana, se retiró, volviendo á Lóndres, y Ca-

talina, en la tarde del mismo día, empezó á pouer por obra sus proyectos, retirándose al castillo que ántes de casarse con ella habia ocupado lord Latimer, y que tambien le pertenecia como parte de su rica viudedad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX.

Cerca de dos años, después de los sucesos referidos, el antiguo y severo castillo de lady Latimer presentaba el aspecto más risueño, embellecido por la presencia de la seis jóvenes damas, recogidas por Catalina.

Todas eran bellas, alegres y cariñosas para su protectora, que era para ellas la más tierna y delicada madre.

Sin admitir el bullicio, Catalina no las había condenado á la soledad; se paseaba á caballo y en coche, se organizaban algunas partidas de caza de cetrería, había pequeños conciertos, y en las bellas tardes de primavera, se bailaba un poco sobre el verde césped del parque.

Los jóvenes caballeros de las cercanías acudían, llenos de satisfacción, á aquellas deliciosas y cordiales fiestas, en las que lady Latimer hacía los honores con una gracia afectuosa y sencilla á la par; y algunos nobles, de los que vivían en la corte, ansiaban siempre ser del número de los invitados.

En medio de las negras nubes que habia esparcido en los ánimos el repudio de una reina, el proceso y la ejecucion de otra, muchos volvian los ojos con placer á aquel plácido nido lleno de flores, habitado por todas las gracias de la juventud.

Dos de las jóvenes pupilas de lady Latimer habian ya sido solicitadas en casamiento, y la noble dama presidia la confeccion que de las galas de las desposadas hacian sus camareras, y todos los preparativos que hacian ruborizar de placer á las preciosas novias.

Catalina Parr dotaba á cada una de ellas con tal esplendidez, que habia llenado de gratitud los corazones de sus protegidas.

Además de aquellos seis corazones que le eran tan adictos, lady Latimer tenia otro que era tambien todo suyo; el de la augusta desterrada del castillo de Richmond, Ana de Cleves.

En la leyenda correspondiente á esta princesa, dije ya cuanto habia agradado á la Duquesa lady Latimer, cuando se presentó á saludarla á su llegada á Inglaterra.

Desde entónces la unió la más tierna amistad, y no estará de más, para la mayor inteligencia de mis lectores, que repita lo que entónces dije.

Sólo Catalina Parr conoció todo lo que habia de grande, de noble, de esforzado en el alma y en el carácter de la reina repudiada; su paciencia, su ca-

ridad, la penetracion de su talento y su completo dominio sobre sí misma.

Catalina dejaba algunas tardes á sus jóvenes pupilas al cargo del capellan del castillo, y se iba sola en su coche á pasar algunas horas con la princesa que la retenia á su lado y la hacia comer con ella; sólo Dios sabe lo que temia estos dias el pobre capellan, pues aquellas seis niñas traviesas le volvian loco con sus zumbas y sus chanzas.

Era una bella tarde de otoño cuando en el salon del castillo se hallaban reunidas las seis jóvenes, muy dudosas sobre si deberian comer ó esperar á lady Latimer, que habia salido desde hacia algunas horas.

Las jóvenes vestian con sencillez, pero con una elegancia llena de esmero.

Sus trajes de seda, de colores claros, habian sido escogidos y comprados por Catalina Parr, en perfecta consonancia con el color de la tez de cada una y el de sus ojos y cabellos.

—No podemos sentarnos á la mesa sin esperar á Milady, dijo Miss Eduarda Sheridan, una de las que estaban próximas á casarse, y que era una morenita encantadora y vestida de seda rosa. No dijo que se quedaria á comer con la princesa, y por lo tanto es evidente que volverá para comer con nosotras.

—A buen seguro que yo no comeré á gusto si no la veo en la mesa, observó Miss Emma Darrell, otra de las novias, que era blanca, con ojos garzos y

cabellos castaños, y estaba vestida de blanco; pero, ¿qué hacer? si la esperamos hasta muy tarde, nos reconviene.

—Esperemos media hora más hablando de una cosa muy importante, exclamó Lucía Surrey, rubia de quince años, que llevaba un brial azul celeste; ¿quién de vosotras desea expiar todos sus pecados? Nuestro rey Enrique VIII trata de contraer matrimonio por la sexta vez; ¿quién de vosotras desea su mano?

—¡Horror! ¡Horror! gritaron todas las jóvenes; el tajo es el presente de boda que todas vemos en lontananza.

—Yo, dijo Matilde de Essex, pienso como la princesa de Módena; por muy ligera y frívola que os parezca mi cabeza, deseo conservarla.

—Y luego, añadió otra de las jóvenes cuyo nombre era Agata de Edgeworth: ¡Tan viejo y con las piernas llagadas! ¡Y con aquella cara como un pergamino amarillento y con unos ojos como dos áscuas, que relucen como los de un gato!... repito lo que dije: ¡Horror! ¡Horror!

—Yo, observó María Dudley, le aceptaría por esposo con una condicion; y es la de que en el momento de terminar la ceremonia, S. M. me concediese permiso para enviarle á la torre para toda la vida, á fin de que expiase allí el daño que ha causado.

A estas palabras signieron ruidosas carcajadas

que interrumpió el ruido de la puerta que se abría.

La pequeña corte de Catalina Parr se volvió en masa para ver quién entraba, cuando apareció en el umbral la misma Catalina que miraba á las jóvenes con benévola sorpresa.

Así que éstas la vieron, se levantaron con respeto y todas corrieron al lado de la hermosa viuda.

—¿Qué es lo que excita vuestro buen humor, señoritas? preguntó afablemente Catalina; ¿qué es lo que habeis sabido de nuevo, lady Maria, vos que siempre andais cazando novedades?

—Señora, respondió la joven, hablábamos de política; cuando entró Vuestra Gracia, me preparaba á enterar á mis compañeras del último decreto del parlamento.

—¡Ay, Dios! ¡Hablar de política! exclamó Catalina; en verdad no os creía capaces de tener tan mal gusto: ¿acaso no teneis otro medio más agradable de distraeros?

—Señora, repuso María, es que éste pertenece á nuestro sexo en general y... en particular; sólo á nuestro *gracioso* Soberano se le podía haber ocurrido hacer la cuestion de matrimonio, cuestion parlamentaria; escuchad, señora:

«Será considerada, como culpable de crimen capital, toda mujer que, habiéndose casado con su soberano, hubiese faltado de soltera á sus deberes sin

haberlo prevenido ántes á su angusto pretendiente. Todo el que tuviese conocimiento de la mala conducta de una señora ó señorita pretendida por el Soberano y que no se lo comunique inmediatamente al rey ó al Consejo, será igualmente condenado á pena capital.»

«Lo será también...»

—¡Basta, basta hija mia! dijo lady Latimer interrumpiendo á la jóven con una mezcla de susto y de benévolo enojo; ese decreto no puede interesarnos en lo más mínimo... No guzgueis las acciones de S. M.; pensad en gozar, en ser dichosa y no os atormentéis con los árdulos negocios del Estado, y por lo que no es fácil que suceda.

—¡Así sea! murmuró á media voz la jóven, algo despechada con la reprimenda; pero, en adelante, no debia el rey dirigirse más que á una viuda.

—Allí está lord Seymour, dijo Lucía Surrey señalando á la puerta.

Catalina se volvió poniéndose encendida.

En efecto, recostado al lado de la puerta, lord Seymour habia escuchado el final de la conversacion.

Hacia algunos meses que Catalina habia vuelto á recibirle, despues de repetidas negativas en los primeros que siguieron á su viudez.

Tomás volvió más enamorado que nunca; y el más hermoso y seductor de los cortesanos, pero

también el más frívolo de ellos, se hizo dueño absoluto del corazón de la discreta, grave, instruida y piadosa Catalina.

¿Cómo puede explicarse esto?

Sólo como una de esas mil aberraciones del corazón humano.

—¡Ah! ¿Estábais ahí, milord? exclamó la viuda con tono de suave reproche. ¿Habeis escuchado nuestra conversacion? Habeis hecho mal, añadió gravemente.

—Señora, respondió Tomás, no me reconvengáis: estaba enterándome del último decreto del parlamento, que me parece una obra maestra de prevision.

—Queridas niñas, dijo lady Latimer á las jóvenes, id á esperarme al comedor; soy al instante con vosotras.

Las jóvenes salieron como una bandada de palomas, seguidas por una ardiente mirada de Seymour.

Despues que hubieron desaparecido, Catalina, que no habia reparado en aquella ojeada que tanto la hubiera hecho temer para el porvenir, se volvió á Tomás y exclamó con dolorosa estrañeza:

—Y qué, milord, ¿seriais capaz de aprobar las ruines acciones del rey?

—¿Y por qué no, señora? respondió Tomás. Cuando no vé para él ningún medio de seguridad...

—Ese decreto, milord, es tan insolente como cruel,

y vos andais poco comedido en aceptarlo en presencia mia.

—Milady, respondió Tomás con aire ligero y petulante, la insolencia de S. M. y la mia son sólo aplicables á las que se atreven á desposarse con él; escarmentado de lo que le ha sucedido con Catalina Howard, quiere ahora jugar, como si dijéramos, con cartas vistas; esto es muy lógico, y si yo fuera Enrique VIII haria lo mismo quizá.

—¡Tomás! exclamó Catalina con una indignacion dolorosa; ¡apénas se concibe que hable así el hermano de la desgraciada reina Juana!

—¡Bah! señora, ¿y que nos importa todo esto? preguntó el frívolo cortesano; yo me tengo por muy dichoso siendo sólo Tomás Seymour, el prometido esposo, el esclavo de la bella Catalina Parr, á la que adoraré toda mi vida.

—Seymour, repuso Catalina con emocion; aún falta mucho tiempo para nuestro enlace; cuatro años es el tiempo que he señalado para mi luto y apénas han pasado dos desde que quedé viuda: ¡en dos años pueden sobrevenir tales acontecimientos que estorben ó dilaten la celebracion de nuestro matrimonio! Espero de él la felicidad y temo y desconfío sin saber por qué. ¡Ambos somos libres, y sin embargo, tengo como un presentimiento triste cada vez que me dejo llevar de mis esperanzas para el porvenir.

—¿Desconfiais acaso de mí, Catalina? exclamó To-

más; ¿os he dado motivo para ello? Si es así decidmelo, por favor.

La jóven hizo con la cabeza una señal negativa, pero sus grandes ojos negros estaban llenos de lágrimas.

—Catalina, prosiguió apasionadamente lord Seymour; si es verdad que me amais y teneis algun recelo acerca de mi constancia, de mi fidelidad, ¿por qué no abreviais el tiempo de vuestro luto? Y si este medio no es grato á vuestra sensatez, á vuestros sentimientos de decoro, ¿por qué no celebramos un matrimonio secreto hasta el dia en que querais dejar ese luto? En caso necesario, podriamos revelarlo y yo os defenderia contra todo y contra todos; consentid, si me amais, en cualquiera de esos dos partidos, Catalina.

Lady Latimer, vencida por aquel dulce ruego, tendió su mano al noble lord; y durante algunos instantes permanecieron ambos mudos y como agobiados por un mismo pensamiento de felicidad y de amor.

De súbito, oyóse á lo léjos el toque de una corneta de caza; luego el galope, cada vez más próximo, de muchos caballos, y por último, las voces y la confusion de una numerosa comitiva.

—¿Qué es esto? exclamó sorprendida Catalina en tanto que Seymour se acercaba á la ventana.

—¡Ah! murmuró palideciendo; ¡es el rey!

Y los dos amantes se miraron con una expresion de terror indefinible.

En tanto que ellos permanecian algunos instantes como absortos bajo una impresion de espanto, difícil de pintar, todo se ponía en movimiento en el castillo.

Las huérfanas corrieron á agruparse en torno de Catalina.

Doce pajes con lujosas libreas se colocaron, doblando una rodilla, á ambos lados de la puerta; poco despues, el Senescal, llevando en la mano una varita de oro, entró precediendo al rey.

Catalina se adelantó algunos pasos, dobló una rodilla y apoyó su frente, segun la costumbre de aquel tiempo, sobre la mano que le tendía el rey.

Este levantó á lady Latimer con galantería.

Entónces reparó en Seymour, y su semblante se anubló con negras sombras.

Luego, haciendo por dominarse, dijo con acento cortés y amable:

—Venimos, milady, á pedirnos como cazadores algunos refrescos, porque tenemos sed y calor; dispensad nuestra indiscrecion por presentarnos así en la mansion de una jóven tan bella como vos; pero mi cuñado Seymour me parece culpable de la misma falta, y así lo mejor es que dejemos esto. Mirad, Seymour, añadió volviéndose hácia él con despótico ademán y duro acento; vos no debeis estar cansado y

vais á partir en el acto para Lóndres y á prevenir al arzobispo Crammer y al obispo de Winchester que tenemos que consultarles sobre un asunto de gran interés.

Tomás, pálido de indignacion, se inclinó en silencio y salió.

El rey despidió con una seña á su comitiva y con otra á la de Catalina, quedando sólo con la jóven.

—Temo, señora, dijo, haber llegado en un momento inoportuno; es preciso que excuseis mi falta de conocimiento de vuestras costumbres y el ardiente deseo que tenia, desde hace largo tiempo, de manifestaros la alta estimacion que hago de vuestras virtudes y la admiracion que vuestra encantadora belleza me inspira.

Lady Latimer, trémula y confusa, inclinó su hermosa cabeza.

El rey, halagado, segun le sucedia siempre, por la turbacion que ocasionaba, le dijo con calor:

—Levantad vuestros hermosos ojos, milady, y miradme de frente.

Catalina miró, en efecto, al rey.

—Ahora, prosiguió éste, decidme; ¿lord Seymour estaba aquí como *dueño* de este castillo?

—Señor, respondió la jóven con dignidad, la viuda de lord Latimer no está obligada á sufrir un interrogatorio, y V. M. es demasiado caballero para ofender con injustas sospechas á una dama á quien nadie acusa.

El rey miró á Catalina durante algunos instantes con profundo asombro; dudaba si debía enojarse contra su atrevida respuesta; pero halló á la jóven tan hermosa, tan encantadora, tan seductora, que tomó el partido de sonreirse con satisfaccion, y respondió:

—Esa respuesta me basta, noble lady, y en prueba del convencimiento que tengo de vuestra virtud, os pido vuestra mano y os ofrezco mi trono.

Catalina se habia reanimado algun tanto; comprendiendo que su timidez habia alentado al rey, le miró resueltamente y le dijo:

—El honor que V. M. me dispensa es muy grande, sin duda; pero creo que hay ménos peligro en ser la querida de V. M., que en ser su esposa.

—Vos sereis lo uno y lo otro, repuso el rey con galantería.

Como se vé, la chanza de Catalina, que podia haber costado la vida á cualquiera otra mujer que la hubiese empleado, no hizo otra cosa que prenderle completamente, en la boca de aquella virtuosa é intachable jóven, cuya reputacion era tan immaculada y tan pura.

## X.

Cuando el rey partió con su comitiva, Catalina Parr, llena de angustia y de desesperacion, se encerró en su oratorio y se entregó al más amargo llanto.

Despues de algunas horas, pasó á su cuarto y escribió á lord Seymour la siguiente carta:

«El presentimiento que yo tenia de alguna desgracia y del que esta mañana os hablé, se ha cumplido.

»El rey acaba de pedir mi mano.

»Yo no puedo resignarme al sacrificio de mi dicha, sin hacer algo para evitarlo.

»¡Venid, Tomás!

»Os he dado mi palabra; por cumpliósela, arrosstraré, si es preciso, la cólera del rey.

»Si quereis, nos casaremos al instante, segun me proponíais esta mañana.

»¡Oh, Seymour! aconsejadme, decidme lo que debo hacer.

»Buscad un medio de salvar nuestro amor.

»Yo me someto, desde ahora, á todo lo que decidais.

»La expatriacion con vos, el destierro, me serán mucho más gratos que la corona real.

»Venid y no tardeis, pues se trata de vuestra dicha y de la de

CATALINA PARR.»

Seymour recibió en Lóndres la carta de Catalina; pero en el camino habia ya tomado su resolucion.

La cólera, que en un principio sintió al verse arrojado por el rey de la presencia de Catalina, se dissipó muy pronto.

Egoísta y ambicioso, se dijo que, con un rival como Enrique VIII, que disponia con tanta ligereza como facilidad de las cabezas de sus esposas, de sus favoritos y de sus parientes, no era prudente la lucha y resolvió cederle el campo.

—«Señora, contestó á Catalina, cuando pretendi vuestra mano, me hallaba muy distante de comprender el alto honor que S. M. os reservaba.

»No cumpliria con mis deberes de vasallo leal, ni os daria una prueba de mi adhesion, si interpusiera el menor obstáculo á su real voluntad, privándoos de una honra y de una elevacion de que sois tan digna por vuestras virtudes y belleza.

»En compensacion á mi sacrificio, sabré con inmensa alegría la realizacion de vuestro matrimonio que ha de asegurar la felicidad del mejor de los reyes, y vuestra propia dicha.

»Yo parto para el continente.»

Aquella fria y política carta fué entregada á Catalina en presencia del rey, quien, desde su aparicion en el castillo, iba todos los dias á visitarla.

Enrique se la pidió; presentósele Catalina, la leyó y quedó completamente satisfecho.

Lady Latimer era libre, bien á pesar suyo.

Su alma delicada, herida en sus más caras afecciones, le dijo que no debia exponerse por un ingrato á las iras del rey, que habria de sufrir sola, y se resignó á la suerte que no le era dado evitar.

Los preparativos para el régio enlace se hicieron con la mayor rapidez.

Crammer dió una dispensa por la cual autorizaba, bien ó mal, que la ceremonia del casamiento *se celebrase en cualquiera iglesia ú oratorio, sin necesidad de amonestaciones y exmiendo á los régios cónyuges de todas las formalidades prescritas en consideracion á razones concernientes al honor y la prosperidad del reino.*

Dos dias despues, Catalina Parr cambiaba sus vestidos de luto por las galas nupciales de reina de Inglaterra.

La ceremonia se verificó en Hamptoncourt, residencia favorita de Enrique.

Gardiner, obispo de Winchester, dió la bendición á los dos esposos.

Los labios de Catalina palidecieron al pronunciar el sagrado *sí* que remachaba para siempre su cadena, y un temblor convulsivo la agitó cuando recibió el anillo nupcial de la misma mano, que en el intervalo de pocos años, habia firmado la sentencia de muerte de sus dos esposas.

El rey, queriendo darle una prueba de consideración, ordenó que se hallasen presentes al casamiento sus dos hijas María é Isabel, y su hijo Eduardo, príncipe de Gales y heredero del trono, aún de muy tierna edad.

María contaba diez y siete años de edad y doce la princesa Isabel; el príncipe de Gales iba á cumplir seis.

La educación de la princesa se hallaba ya terminada; pero no así la de Isabel, ni la de Eduardo, y Catalina, queriendo rodearse de afecciones de familia, rogó al rey que los dejase á su lado prometiendo dedicarles todos sus desvelos.

La tierna predilección de Catalina por la juventud y por la infancia, era muy fácil de comprender.

Casada con un anciano más brusco y más exigente que los dos anteriores, su corazón necesitaba afectos dulces que la halagasen.

Muy pronto se apereibió la nueva reina de la violenta antipatía que dividía á las dos princesas, y procuró hollarla con sus cariñosos consejos, por la persuasión y la dulzura, y, si no lo consiguió del todo, logró al ménos captarse sus voluntades.

Habia en derredor de la reina otros muchos seres que la amaban; dos de las jóvenes pupilas que tenía en su castillo, y que se hallaban próximas á contraer matrimonio, se habian casado ya; las cuatro, que quedaban aún solteras, se afligieron mucho al pensar que la elevación de Catalina iba á privarlas de su amable y tierna protección, y que tendrían que volver á casa de sus parientes; pero la reina las tranquilizó muy pronto, llamándolas á su lado, así que se sentó en el trono y demostrándoles que sus sentimientos no habian cambiado para ellas.

Catalina Parr, joven, hermosa, llena de talento y de virtudes, se llegó á captar completamente el afecto de toda la familia real.

Enrique la amaba y la estimaba al mismo tiempo, y la hizo coronar solemnemente un mes después de su casamiento.

Catalina se presentó para la ceremonia con una majestad que recordaba la incomparable de la reina Catalina de Aragon, y que ya no la abandonó jamás.

Su traje blanco estaba bordado ricamente con ramaje verde y racimos de perlas.

Todas las joyas de su madre, la rica Geraldina Surrey, y las que le habían regalado sus dos esposos precedentes, lucían en su frente, en su pecho y en sus brazos, sin haberse querido poner ni una sola de las de la corona por un exceso de orgullosa dignidad.

Sus hermosos cabellos rubios, caían en largos rizos sobre su frente y hombros como una rica cascada de oro; sus rasgados ojos negros brillaban como dos estrellas y cubría su blanca tez un vivo sonrosado; sin embargo, Catalina no era feliz.

Bajo su corona real se agitaba un pensamiento desolador; el recuerdo de la ingratitud y cobardía de Tomás Seymour, que la había abandonado, renunciando á su amor.

Al subir á la carroza con el rey para volver á palacio, palideció de repente, mirando hácia un lado del gentío con asombrados ojos.

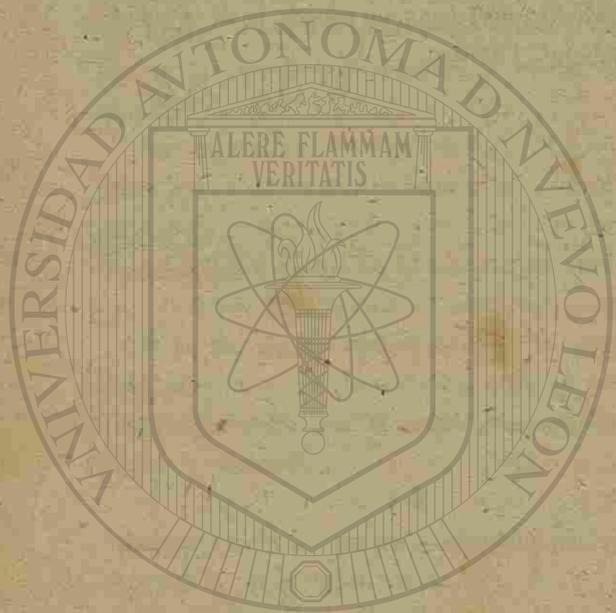
Había visto, entre la multitud, el hermoso semblante de Seymour, y ya ni las salvas con que la saludaban, ni las aclamaciones, ni el repique de las campanas, pudieron borrar la penosa emoción retratada en su semblante.

Por la noche, el rey le presentó á Seymour.

—Ha venido, dijo, á las fiestas de nuestro enlace, señora, y yo, para recompensar su celo y fidelidad, he dado hoy un decreto por el que le nombro Gran Almirante de Inglaterra.

Catalina Parr sonrió amargamente, mirando al Almirante; pero sólo vió una cabeza respetuosamente inclinada delante de ella en señal de homenaje.

Era evidente que Tomás, en presencia de la reina, había olvidado á Catalina.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XI.

El estado del rey era cada día más grave.

Las llagas de sus piernas, sobre todo, las de la izquierda, habían tomado un carácter tan alarmante que los médicos, consternados, se miraban sin saber qué hacer.

Amenazaba la gangrena y las cáries de los huesos, y los dolores eran tan atroces, que el rey se convirtió en una especie de bestia feroz.

Pasaba largas horas rugiendo, desgarrando pañuelos que mordía lleno de furor y, cuando los dolores se calmaban algún tanto, firmaba sentencias de muerte, indistintamente, de papistas y protestantes.

La menor sospecha bastaba para levantar el tajo ó para encender la hoguera.

Catalina, que ostentaba una magnificencia deslumbradora siempre que la ocasión lo exigía, cambiaba por las tardes sus costosas galas por un traje sencillo,

é iba á arrodillarse ante su esposo para curarle las llagas.

Despues de haberse hecho enseñar por los médicos, no quiso ya que nadie la ayudara y desempeñaba esta penosa y repugnante ocupacion, con la más verdadera y tierna solicitud.

De esta suerte pasaron aún tres años y medio.

Los sufrimientos del rey se amortiguaban durante algunos dias para volver luego con mucha mayor fuerza; y ora experimentase algun alivio, ora sus dolores tomasen un aspecto ascendente, todo era igualmente triste para las personas que, por su posicion, se veian obligadas á rodearle.

Despertóse en él de improviso la aficion, de mucho tiempo atrás olvidada ó adormecida, de las cuestiones teológicas.

Catalina era luterana y esto, que habia servido de pretesto para el repudio de Ana de Cleves, no habia sido notado siquiera por el rey, hasta el dia en que se dijo que tendria en su esposa una digna adversaria por sus talentos y su instruccion.

Cada dia más aficionado á mortificar y á hacer sufrir á todos los que vivian en su intimidad, Enrique ponía á su esposa en graves apuros, para no contradecirle abiertamente, y al mismo tiempo para conservar las cuestiones que promovía todo el tiempo posible á fin de entretenerle.

Suscitaba el rey una cuestion de controversia, y

para hacer brillar la elocuencia de su esposa, trataba al mismo tiempo del caso y de la refutacion, lo cual comprometia en extremo á Catalina, pues su ridiculo esposo ni queria ser vencido ni que le diese la razon, cuando él sabia que no estaba de su parte.

Cuando ménos se esperaba, el rey llegó á agravarse mucho.

Una fiebre aguda se encendió en sus venas y hubo de guardar cama, presa de terribles dolores.

Una noche, Catalina, sentada á la cabecera del enfermo, sostenia con él una discusion acalorada, y olvidando su habitual prudencia, se atrevió á demostrarle que estaba en un error.

El rey frunció el ceño de un modo terrible; pero disimuló el enojo, aceptó los últimos cuidados que la reina le prodigó con su bondad y ternura acostumbradas, y le dió sonriendo las buenas noches.

Cuando hubo salido Catalina, Enrique se volvió al arzobispo Crammer, y le dijo.

—Mañana temprano hareis prender á la reina.

Y como todos callasen embargados por el terror de tan inesperada decision, prosiguió diciendo:

—Se reunirá el consejo y se la juzgará como hereje; la acusacion la presentareis vos, Crammer.

Todos se retiraron consternados, porque la dulce, la benéfica, la amable Catalina Parr, no tenia enemigos.

Seymor, que era de los que se hallaban en la al-

coba del rey, voló á su casa y escribió á Catalina el siguiente billete:

«Señora: un peligro de muerte os amenaza.

»El rey ha mandado que os prendan mañana á la madrugada.

»Si no teneis medio de conjurar el peligro, huid.

»Os lo pide el que jamás ha dejado de amaros.

»Quemad esta carta así que la leais.»

Despues de escrito este billete, el mismo Seymour le llevó á palacio.

Entró en la habitacion del rey, y saliendo de ella sin afectacion alguna, fué á la de la reina.

Llamó, y la puerta fué abierta por una de las damas.

—Para la reina, de parte de S. M. el rey, dijo presentándole la carta.

Catalina la leyó y pasó toda la noche meditando y pidiendo al cielo que le enviase un pensamiento salvador.

Quería vivir por Seymour, á quien amaba con pasion, y del que sin duda era aún tiernamente querida, segun lo decia la muestra de amor que acababa de darle.

Su buen talento y su dignidad le inspiraron, por fin, un partido más noble que la huida.

Así que el alba derramó su primera luz, fué á la

cámara del rey y le manifestó su temor de no haber comprendido bien la grave cuestion de la vispera.

Enrique, muy lisonjeado en su amor propio, se la explicó de nuevo.

—¡Ah, señor! exclamó Catalina como sorprendida y avergonzada. Dejadme que os pida perdon del error en que he estado!

En aquel instante se presentó un capitán de guardias á la puerta de la cámara.

—¿Qué quereis? preguntó el rey desabridamente.

—Señor, respondió aquel, su gracia milord Crammer, me ha dado órden...

—¡Crammer es un necio, y vos un importuno! respondió el rey sin dejarle acabar; ¡retiráos y dejadme!

La reina comprendió que no tenia nada que temer, al menos por entónces.

En el trascurso de aquel dia, pudo verse que el rey se acercaba rápidamente á su fin.

A las dos de la tarde los médicos notificaron á la reina que su augusto esposo entraba en la agonía.

Reinaba un silencio profundo.

El rey, lívido é inmóvil, tenia los ojos fijos, y sus cabellos negros, sembrados de algunas canas, se erizaban sobre su frente, cubierta con el sudor helado de la congoja.

De repente se incorporó, gritando con ronca voz: —¿Dónde están el Duque de Norffolk y su hijo?

—En la torre, señor; respondió uno de los cortesanos. V. M. los mandó prender como reos de la alta traición.

—Ah, sí... ¿Y por qué?... ¿Por qué fué? ¿Qué es lo que han hecho? preguntó el tirano, cuya razón se oscurecía cada instante más.

—Señor, llevan en el pecho y bordadas en sus trajes, las armas del rey Eduardo *el confesor*, su ascendiente.

—¡Oh, sí, sí, ahora lo recuerdo! gritó el rey en un acceso de furor; pues al tajo, al tajo con ellos!... ¡Que muera hoy el hijo... y el padre mañana para que vayan á encontrar á su glorioso ascendiente!...

Nadie osó moverse.

—¡La sentencia!... ¡Al instante la sentencia! rugió Enrique que se revolvió con furiosos dolores: ¡al instante la sentencia... que la quiero firmar!

En efecto: media hora después, firmaba el rey la sentencia del padre y del hijo.

Este último fué decapitado en la misma tarde.

La reina, trémula de espanto, tuvo fuerzas, no obstante, para cumplir con un deber que consideraba sagrado en aquellos instantes.

Señor, dijo con timidez, no querriais ver á las princesas, vuestras hijas? ¿No podríais perdonarlas en esta hora suprema? ¡Mirad que están degradadas de su rango y que son dos niñas inocentes! ¡Dejad que las traiga para que reciban vuestra bendición!

—¡Que vengan!... respondió el rey con voz débil.

La reina envió al instante á buscarlas, y se quedó esperándolas á la puerta de la cámara.

Luego que llegaron, las tomó de la mano y se adelantó con ellas hácia el lecho del rey.

Las dos princesas se arrodillaron y tomaron las manos, ya casi heladas, de su padre.

—¡Maria, dijo á su hija mayor; ya ves que me muero, y he querido daros el último adiós!... ¿Lo oyes, Isabel? ¡El último! Prometedme lo que voy á pedir.

—Hablad, señor, respondió Maria con voz ahogada.

—Eduardo va á sucederme; prometedme ámbas protegerle como á un niño, amarle como á hermano y respetarle como á rey.

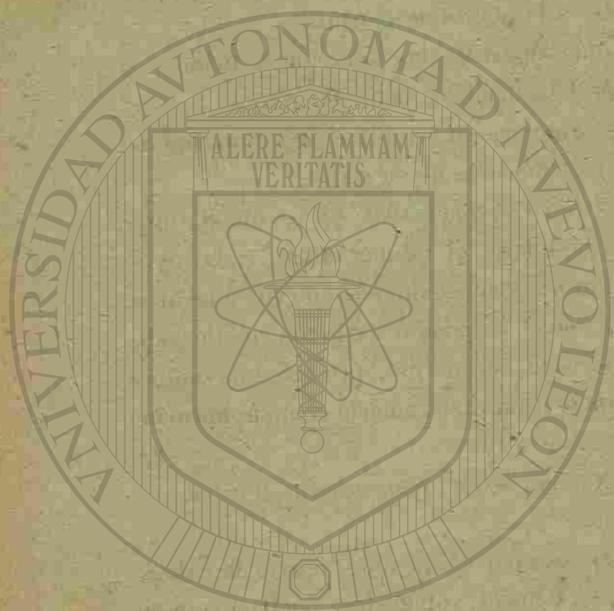
—Os lo juramos, señor! respondieron llorando las dos princesas.

El rey dejó escapar un gemido; movió la cabeza repetidas veces, y luego, volviéndose hácia el lado en que se hallaban la reina y las princesas, exhaló un prolongado suspiro.

¡El rey ha muerto! dijo con solemnidad el más anciano de los médicos.

Un heraldo abrió el balcón de la cámara real; dos Grandes agitaron los estandartes del reino, y se dejó oír por tres veces este grito solemne, y que siempre ha conmovido hondamente á los pueblos.

—¡El rey Enrique VIII de Inglaterra, ha muerto!  
¡Larga vida al rey Eduardo VI!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII.

Al oír el pregon real, Inglaterra respiró, aliviada de la atroz tiranía que, durante tantos años, la había agobiado.

Ya no existía el tirano.

Retiróse el tajo, que debía servir para la ejecución del Duque de Norffolk; pero la cabeza de su desgraciado hijo había rodado el día precedente, y ya no se le podía volver á la vida.

La reina se llevó á las princesas á su cámara, y allí las dos huérfanas desconsoladas, se arrojaron en sus brazos.

Maria é Isabel ya no se odiaban, ó al ménos, su odio había abierto una tregua, al hallarse en la misma soledad de todo afecto.

El cadáver del rey, encerrado en una caja de plomo, se depositó en la capilla medio arruinada del

monasterio de Sion, el mismo que habia servido de prision á la desgraciada Catalina Howard.

Asegúrase que las personas encargadas de velarle aquella noche, se retiraron á dormir terminados los oficios de la tarde, dejando así, á la sombra del rey difunto, defenderse, como mejor pudiera, de las sombras de los monges, que habia enviado á la hoguera, y cuyo monasterio habia reducido á cenizas.

Hemos seguido, lectores míos, en su perigrinacion por la tierra, no sólo á las seis mujeres del rey, sino tambien al rey mismo, desde su nacimiento hasta su muerte, porque mi propósito es daros en esta *Galería* una especie de historia universal de todos los pueblos y de todas las naciones.

Eduardo VI subió al trono á la edad de nueve años y algunos meses, y fueron nombrados tutores del rey y protectores del reino, Tomás Seymour y el Duque de Somerset, ámbos tíos del rey, y el primero, antiguo amante de Catalina.

La suerte, pues, volvía á igualar sus jerarquías y el amor vivía aún en sus corazones.

La reina, pasados los primeros dias de su viudez, se retiró al pintoresco castillo de Chelsea, situado á orillas del Támesis, y que formaba parte de sus inmensas propiedades.

Antes de partir, llamó á las princesas y les preguntó si querían seguirla, advirtiéndoles tiernamente que toda su vida hallarian en ella una madre cariño-

sa y que de todo cuanto poseía, como opulenta dama y como reina viuda, podían disponer las dos hermanas.

—Gracias, señora, respondió María con el suave acento que sólo habia empleado para hablar á Orde-ner de Ainsworth, y que habia recobrado para hablar á Catalina; gracias: si algun día padezco, no dudeis que iré á vuestro lado; si algun dia sufrís, llamadme ó venid al mio; pero ahora prefiero quedarme en la córte y al lado de mi hermano; toda mi vida he andado errante, desterrada de castillo en castillo, y estoy ávida de ocupar mi sitio en la córte.

—Y vos, hija mía, ¿qué decís? preguntó Catalina dirigiéndose á Isabel.

—Yo, señora, partiré con vos; María basta para acampañar al rey, segun nos encargó mi padre que hiciéramos, y desco pasar en el campo algunos meses.

—Adios, pues, María; dijo Catalina que trataba á las hijas de su eposo con una amorosa llaneza; escribidme y contad siempre conmigo.

La reina viuda y la princesa se abrazaron, y luego se abrazaron tambien las dos hermanas, pero con mucha más frialdad.

Aquella tarde partieron para Chelsea Catalina é Isabel, que iba vestida de luto, pero cuyo rostro respiraba alegría y placer.

Era una hermosa niña, alta para su edad, pues

sólo contaba doce años y medio; su blanca t<sup>é</sup>z, ligeramente rosada, sus rasgados ojos azules, tristes y llenos de altivez, su nariz aguileña y sus largos cabellos castaños, la hacian encantadora.

Era seria y meditabunda, y más propensa á la melancolía que al contento; pero, despues de muchos meses de encierro, respiraba por fin el aire embriagador de la libertad, y, á la edad de la princesa, la libertad es la vida.

Pronto llegó la comitiva al castillo; la reina llevaba una pequeña corte que no habia querido abandonarla.

Al bajar del coche, tomó de la mano á la princesa Isabel y la condujo á una cámara separada solamente de la suya por una galería.

—Hija mia, le dijo sentándose y colocando á la niña sobre su regazo; aunque los tutores del rey os han señalado rentas y servidumbre, podeis apetecer algo más, y en ese caso acudid á mí con toda confianza; mi deseo mayor es complaceros en todo; trajes, joyas, carruajes, servidores, todo aquello que deseais y que esté en mi mano, se os concederá; ¡pobre niña! ¡Habeis sufrido tanto, que ahora quiero y he de conseguir que seais completamente dichosa!

Algunas lágrimas brotaron de los ojos de Isabel.

Catalina Parr era para ella una verdadera madre.

—Mirad, añadió la augusta viuda; he dispuesto que

almocemos á las diez, que comamos á las tres y que cenemos á las nueve: ¿teneis algo que oponer?

—Nada, señora, respondió Isabel con cariño y gratitud; disponed y mandad; yo estoy en vuestra casa, en casa de mi buena madre, á la que amaré y respetaré siempre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### XIII.

Algunos días pasaron en una paz envidiable.

Catalina vivía con ostentación, se hallaba rodeada de una corte numerosa de personas que la amaban, y que ideaban para ella obsequios y fiestas, pero no era dichosa; su corazón, vacío desde mucho tiempo y demasiado lleno a la sazón con la bella imagen de Seymour, pedía amor; ese calor que nada puede reemplazar; había en torno suyo como una atmósfera helada que nada podía alegrar, y que sólo sus ilusiones cubrían con un velo de color de rosa.

Por su parte, Tomás, reconociéndose culpable de ingratitud con la Reina, y retenido además por su ambición, no había salido de la corte.

Una rivalidad sorda, pero encarnizada, se había encendido entre él y su hermano, el Duque de Somerset, que hubiera deseado ser sólo el tutor del Rey y el protector del reino.

Su desavenencia tenía también otra base.

Tomás era tan seductor, como feo Eduardo.

Aquel era alegre, decididor, simpático.

Este adusto é intolerante.

Tomás magnífico.

Eduardo avaro.

Cada uno de los dos hermanos era, en fin, un reproche eterno y vivo del otro.

En medio de sus disgustos, recibió Tomás una afectuosa carta de Catalina, concebida, poco más ó ménos, en estos términos:

«Venid, Seymour, pues nunca he dejado de amaros; el último servicio que me hicisteis, libertando mi cabeza de las iras del Rey, me prueba que también yo he llegado á seros indiferente; venid á mi lado y sed mi esposo, ya que nadie se opone ahora á nuestra felicidad.»

Dos dias despues de recibir esta carta, llegó Tomás á Chelsea, ébrio de amor y de gratitud.

Pasó con Catalina toda la tarde, y se volvió á Lóndres al anochecer.

Al despedirse de la Reina, le besó tiernamente la mano y le dijo con irresistible expresion de ruego enamorado y dulce.

—Mi adorada Catalina, apresurad todo lo posible nuestro enlace, si es verdad que me amais.

Desde aquel dia, todos volvió lord Seymour, y en las deliciosas arboledas de aquellos frescos y sombrosos jardines, Tomás supo disculparse, y con tier-

nas palabras, de su pasada conducta y de la ligereza con que habia obrado respecto de Catalina.

Seis meses pasaron aún, al cabo de los cuales y en la capilla del castillo, se unieron Seymour y Catalina con los lazos de una union eterna é indisoluble.

Algunos dias despues, volvió Seymour á la córte.

Era conveniente dejar pasar algun tiempo más, antes de publicar la union, pues la nacion podia, y con justicia, tachar de ligera la conducta de Catalina como reina viuda.

Sin embargo, el enlace tardó muy poco en divulgarse; nadie supo quién llevó á la córte la primera noticia; pero corrió con extrema rapidez y lady Seymour recibió bien pronto una orden del Consejo en que se la obligaba á depositar las joyas, que habia recibido del rey, en el tesoro de la corona, puesto que sólo siendo la viuda de Enrique VIII podia conservarlas legalmente.

Tal proceder fué tambien dictado por la animadversion y la envidia que Tomás excitaba en todos los señores de la córte.

Al dia siguiente de recibir esta orden, lord Seymour entró en la habitacion de su esposa y la halló ocupada en vaciar su joyero sobre una gran mesa situada en el centro de su aposento.

—¿Qué haceis? le dijo.

—Ya lo veis, respondió ella con la mayor tran-

quilidad; voy á reunir las joyas para enviarlas al tesorero del Rey.

—¿Y á qué viene eso? preguntó asombrado Tomás, mirando ávidamente las magníficas joyas que estaban extendidas sobre la mesa.

—¿Cómo que á qué viene eso? repuso Catalina; ¿no os he enseñado ayer la orden del Consejo?

—¿Y pensais cumplirla?

—¡Sin duda! ¿No veis que me rebajaria mucho, usurpando, como quien dice, estas joyas á la corona?

—Catalina, respondió con dureza lord Seymour; nunca hubiera creído que incurrierais en tan extraña y vulgar debilidad, vos, dotada de tanto talento; vended esas joyas y dad una excusa cualquiera; fingid un robo, un incendio, una necesidad..... lo que os parezca .... ¿no son vuestras acaso? ¿No os las ha regalado el rey?

—Tomás, respondió lady Seymour con noble firmeza; no puedo conservar lo que no es mio; estas alhajas van á ser remitidas ahora mismo al tesoro; y aún no lo sabeis todo.

—¿Hay algo más que vuestra obstinacion?

—Sí, hay algo peor; sabed que por de pronto me quedo sin un sólo diamante; todas mis joyas las hice montar con las de la corona, y, al entregar éstas, tengo también que entregar las que me pertenecen y forman la mayor parte de mi fortuna.

—Señora, me haceis dudar de vuestro juicio; gri-

tó Tomás, perdiendo ya toda consideracion; pero, á pesar de todo, creo que no cometereis semejante desacierto.

—Vamos, Tomás, ¿tan mal juzgais al Consejo que no confiais en que se me restituya lo que es mio? preguntó sonriendo Catalina y no queriendo ver la ira de su marido. Dejadlo; vale más y es más digno que el Estado sea mi deudor, que el que yo conserve unas alhajas que debí devolver ántes de que se me pidiesen, y creed que, si no lo hice, fué porque no sabía que se habia de extender tan pronto la noticia de nuestra union.

Tomás salió furioso, echando sobre su esposa una mirada de profundo rencor.

Catalina no vió aquella mirada; mas, por aterradora que fuese, tampoco la hubiera hecho desistir de su propósito.

Colocó todas las joyas en un cofrecito y las envió al Gran Tesorero del reino con una exposicion, solicitando que le fuesen devueltas las suyas, que habia montado con sus alhajas de reina.

Después de llenado lo que consideraba como un deber, su pensamiento se fijó en la violenta cólera de su marido y sintió que su corazón se oprimia dolorosamente al recordarla; sin embargo, no pudiendo atribuirlo á desamor, se lamentaba de que Tomás fuese accesible á la ambicion.

Fué á buscarle, y le halló frio y duro.

—¿Habeis enviado, por fin, las joyas? le preguntó con acritud.

—Sí, respondió ella; Tomás, era mi deber.

—¿Es decir, que en nada teneis mi voluntad? Está bien, señora; desde hoy obraré cual vos y haré la mia en lo que sea de mi agrado.

Catalina se retiró llorosa y afligida; creyó que no debía contestar á los duros reproches de su esposo, y que lo mejor era el silencio y el olvido.

Desde aquel día, y apenas eran pasados tres meses desde su casamiento, una negra sombra envolvió el hogar doméstico de Catalina, y oscureció su vida.

Tomás la dejaba sola, primero, días enteros; luego, semanas, y, por último, pasó un mes en Londres.

Sus excesos, sus desórdenes, sus dilapidaciones, llegaron bien pronto á oídos de la infeliz Catalina.

Un día le dijo que deseaba trasladar su domicilio á la corte.

—Amiga mia, respondió Tomás, estais en cinta, y deseo que tengais reposo, y que mi hijo nazca aquí.

—Pero yo quiero ir á Londres! Aquí me aburren vuestras ausencias, Tomás, y puesto que, segun decís, vuestras ocupaciones os retienen allí, es muy justo que yo vaya tambien.

—Querida Catalina, respondió Seymour, muy justo era que vos hubiérais obedecido á mi deseo de que conservárais vuestras joyas, y no habeis querido acceder á él.

—¡Oh, Dios mio! ¿Aún no habeis olvidado eso?

—Aún no, ni lo olvidaré hasta el dia en que os las restituyan.

—Ese día no llegará, Seymour, respondió con tristeza Catalina.

—¿Por qué?

—Se han negado á mi demanda.

—¿No os devuelven vuestras joyas?

—No, por cierto; se me ha dicho que era imposible desmontar las de la corona para separarlas.

—¡Oh, infame codicia de mi hermano! gritó furioso lord Seymour: ¡Oh, deplorable terquedad la vuestra! ¡Al ver tanta riqueza, no han querido desprenderse de ella! ¡Ya lo sabia yo! ¡Oh, sí, demasiado lo sabia!

—¡Tranquilizaos, por Dios, Tomás! exclamó Catalina, asustada con el creciente furor de su marido: ¿qué importa que yo haya perdido mis joyas? ¿Me amareis ménos por eso? ¡Creo que no! En cuanto á mí, lo mismo os querria, y si pudiera mi amor tener aumento, os amaria más si mañana os quedáseis pobre!

Lord Seymour no respondió, y salió de la estancia, y poco después del castillo, tomando el camino de Londres.

Catalina, afligida profundamente, se indispuso; de suerte que tuvo que acostarse.

A las penalidades de su estado se unian las de su espíritu.

La soledad la iba rodeando; las personas de su comitiva, al ver la desavenencia de los dos esposos y la tristeza que invadía la casa, la habían ido abandonando poco á poco, y la misma princesa Isabel había cambiado su tierno y cordial cariño por una frialdad llena de dureza.

Aquella tarde esperó en vano Catalina que fuese á su lado.

Isabel no pareció.

Esperó á Seymour toda la noche y no pareció tampoco.

Al día siguiente se levantó, aunque tenía fiebre, y pasó una gran parte de la mañana esperándole; á la hora del almuerzo envió á decir la princesa que le dispensara el que no bajara al comedor, y que deseaba ser servida en su cuarto.

Lady Seymour no sabía qué pensar; oprimía su corazón un vago sentimiento que no acertaba á qué atribuir, ni qué nombre darle; pasó al cuarto de Isabel, y ya iba á entrar en él, cuando oyó la voz de su marido que hablaba dentro.

El terror la hizo quedar inmóvil y muda; se acercó á la pared, y apoyada en ella oyó lo que jamás hubiera esperado saber; lo que, aún estándolo oyendo, le parecía un sueño horrible.

—Tomás, decía la princesa con su dulce voz, ya os he dicho que os amo; pero, ¿qué haremos, vos unido á esa mujer celosa y exigente, y yo que soy

una niña que aún no cuenta trece años? ¿Qué otra cosa puedo prometerme de vuestra pasión que dolores incesantes?

—¡Ah, Isabel! exclamó dolorosamente Seymour; vos, al fin, sois libre y hermana de uno de los reyes de la cristiandad, y pronto olvidareis al infeliz Seymour, encadenado aquí por sus deberes y que no puede seguirlos.

—¿Por qué? Venid á Londres y jamás se sabrá nuestra pasión; si queréis que corresponda á ella, es preciso partir; aquí Catalina está celosa y nos espía; allí sois uno de los tutores del rey, protector del reino, y vuestra asiduidad á mi persona parecerá natural y aún se tomará como una muestra de lealtad. Seymour, yo os amo, y no os amo menos por ser casado que os amaría si fuérais libre y dichoso; pero partamos, partamos de aquí.

—¡Sí, exclamó Catalina apareciendo á los ojos de los dos culpables; sí, huid, hombre ingrato y ambicioso, y vos, pequeña víbora á quien he calentado al calor de mi seno durante tantos años; huid, que la maldición del cielo, de una esposa y de una madre os seguirá por todas partes y alcanzará de la Divina Justicia una pronta venganza!

El rostro de la desgraciada Catalina, al hablar así, estaba imponente y encendido por la ira y por el enojo.

Sus ojos despedían rayos; de sus sienes brotaba

un helado sudor que empapaba los hermosos y suaves rizos de sus cabellos.

Tomás la miró con angustia, no compadecido de su estado, sino temiendo el efecto que su enojo podría producir en Isabel, á la que tan atrevidamente ultrajaba, sin tener en cuenta su origen real.

Pero su temor era vano.

Isabel se levantó sin temor alguno y midió á lady Seymour con una fiera y desdeñosa mirada.

—Señora, dijo, ya sabéis de quien soy hija; pero no sabéis lo que hizo mi padre y vuestro esposo; por lo mismo os lo voy á decir: firmó las sentencias de muerte de dos reinas, sus esposas; las de dos cardenales; tres arzobispos; diez y ocho obispos; trece abades; quinientos priores y religiosos; catorce arcedianos; sesenta canónigos; cincuenta doctores; doce Duques, Marqueses y Condes con sus hijos; veinte y nueve Barones y caballeros; trescientos treinta y cinco nobles; ciento veinte y cuatro ciudadanos particulares y ciento diez señoras de la primera distincion; (1) ahora bien, debo deciros que hallo muy justa la medida que tomaba mi padre de quitar del mundo á quien le incomodaba; y como yo un dia ú otro he de reinar, haré lo mismo; vos me incomodais desde luego, porque amo á vuestro esposo; y por lo mismo de-

(1) Histórico.

beis andar muy humilde conmigo, y así tal vez olvide que me estais incomodando; si me injuriais además con vuestras bravatas é insolencia, dia llegará en que lo recuerde.

—¡Pluguiese al cielo, cruel y mal aconsejada criatura, que ya ocupáseis el trono de vuestro padre! exclamó dolorosamente Catalina: entónces ni vos hubierais bajado los ojos hasta mi marido, ni éste los hubiera elevado hasta vos!

Y la desgraciada jóven salió de la habitacion sofocada por los sollozos y aterrada de la fria crueldad de carácter que habia dejado entrever la princesa.

Lord Seymour, compadecido de su estado y de las amenazas de Isabel, corrió á su lado así que pudo dejar el de ésta: era frívolo, ambicioso y egoista; pero su corazon estaba muy léjos de ser perverso y se compadecia de las penas de la generosa mujer que tanto le habia amado.

Ana de Cleves fué en uno de aquellos dias á visitar á su amiga Catalina Parr, quien le refirió todos sus pesares.

La princesa la consoló todo lo mejor que le fué posible, es decir, con las verdades dulces de la religion, y acabó instándola á que la acompañase á Richmond donde llegaria con tranquilidad al término de su embarazo.

—Si, amiga mia, le dijo con cariño; allí, si no feliz,

vivireis á lo ménos tranquila; yo os cuidaré y os consolaré, y no vereis lo que tanto os atormenta.

—Gracias, señora, respondió Catalina; léjos de Tomás creeria aún mayores sus infidelidades; ahora le disculpo con la ambicion; conocido ya su desamor por mí, le achacaria otras faltas, tal vez imaginarias: y despues, no quiero dar á luz á mi hijo en una casa extraña, por más que la vuestra me ofrezca tan benéfico asilo; aquí me quedaré rogando al cielo que tenga piedad de mí.

—No estareis sola, pues, Catalina, respondió la bondadosa Ana de Cleves; ya que vos no quereis ir á mi casa, vendré yo á la vuestra, seré vuestra enfermera y os acompañaré constantemente: ¿aceptais?

Catalina respondió sólo besando con efusion las manos de la generosa princesa, y regándolas con lágrimas.

En medio de sus desgracias, aún le quedaban los tiernos consuelos de la amistad.

## XIV.

La presencia de la princesa, que en efecto se instaló en el castillo de Chelsea, no hizo más llevadera la suerte de la infeliz Catalina; su hermano, rodeado siempre de peligros por sus galantes aventuras, pues apenas habia esposo, padre ó hermano en la córte que no se hallase ultrajado por él, habia perecido en un desafio á manos de un esposo vengativo y celoso de su honor.

Muerto Guillermo, Catalina no tenia en el mundo otra proteccion que la de Ana de Cleves, ni más afecto que el suyo.

Pero aquella buena princesa no podia curar las heridas que brotaban sangre en el corazon de la desgraciada viuda de Enrique.

Seymour la ofendia todo lo posible y sus infidelidades no se limitaban sólo á sus amorios con Isabel; no habia aldeana hermosa en las cercanias que

no fuese víctima de las pasiones de Seymour, quien en vez de ocultar á su esposa sus vergonzosos desórdenes, tenia un bárbaro placer en que los supiese y los llorase.

Lo más incomprensible para la ultrajada esposa, era la calma y casi indiferencia con que Isabel miraba la conducta del hombre á quien con tanta impudencia decia amar; es verdad que era una niña; pero no se podía achacar su impasible conducta á la inocencia de su edad, porque Isabel jamás habia sido inocente y parecia haber nacido cruel y vengativa.

Pocos dias despues de haberse instalado la princesa de Cleves en Chelsea, pasó á visitarla á su cámara Isabel; y Catalina, que se hallaba en aquel momento al lado de Ana de Cleves, hubo de servir de intérprete en aquella conversacion tan cruel para ella.

—Señora, dijo la Duquesa á Isabel; yo os creia en Lóndres.

—Pensé marchar, en efecto, respondió la orgullosa niña; pero las angustias aprensiones de lady Seymour me han hecho variar de parecer; figuraos, señora, que con su buen talento ha llegado á creer que yo amo á su esposo.

—¡Vos se lo habeis confesado así! exclamó sombriamente Catalina.

—Escuchadme, milady, repuso la princesa en in-

gles, y muy creida de que la Duquesa de Cleves nada entendia de lo que hablaba; escuchadme y disipad vanas aprensiones; sabed que entre mi hermana Maria y yo, existe una mortal rivalidad; ella busca sus instrumentos; yo busco los míos.

—Luego, señora, exclamó dolorosamente Catalina, ¿quereis hacer un instrumento de mi amado esposo?

—No, milady: no quiero hácerlo; lo he hecho ya.

—¿Y no teneis en nada el reposo, la felicidad, el descanso de mi vida? ¿Qué os he hecho yo para que os complazcais en ser la causa de mis penas?

—¡Pobre mujer! exclamó Isabel con una expresion de ironía dolorosa que aterraba al contemplar su edad infantil; con ese corazon tan amante, tan coharde, tan tierno, ¿quereis ser dichosa? ¡Y dichosa siendo la esposa de Seymour! ¡Ah! no lo espereis jamás!

—¿Qué quereis decir, señora?

—Que Seymour no os merece; que es indigno de vos, que le olvideis y vivais á vuestro gusto, para vuestro hijo, para la ambicion, para la intriga, y no para el amor.

—¿Luego vos no le amais?

—¿Yo? ¿Amarle yo? respondió la princesa con una alegre carcajada; del mismo modo que amo á mi gorro de dormir, porque sujeta mis cabellos que me incomodan si se sueltan; del mismo modo que amo los

muebles que sirven á mi comodidad; ya os lo he dicho: como á un instrumento y nada más.

La Duquesa, en tanto que duraba este diálogo, parecia como sumida en la inmovilidad que era su habitual estado; ya sabe el lector, desde que leyó su historia, que todo lo entendia, pues que poseia el inglés perfectamente; pero su plan de conducta era invariable, y durante su vida, oyó grandes y terribles secretos con la inmovilidad de una estatua, y con la impasible fortaleza de una gigantesca roca.

—Señora, dijo Isabel tras de una pausa, volviéndose á la Duquesa, á no haber llegado los asuntos domésticos de milady á tan deplorable estado, vuestra venida aquí me hubiera colmado de alegría; ahora esta casa está habitada sólo por la tristeza. Lord Seymour no es lo que debía ser para nadie, y yo, así que aclare el horizonte de la corte, marcharé á Londres.

—¿Hay acaso nubes? preguntó Ana por medio de Catalina.

—¿Que si hay nubes? Figuraos, Duquesa, que mi hermano el Rey está muy enfermo; que los regentes lord Sommerset y lord Seymour se hacen la guerra más sangrienta; que el esposo de Catalina está ó va á ser acusado por su mismo hermano, de haber malversado las rentas y fondos de la marina; reina en los ánimos la más sorda irritación, y pronto ha de levantarse una horrorosa borrasca que esperaré aquí.

La princesa hablaba de todas estas desgracias con la más pronunciada impasibilidad; la gran política, la cruel matadora de María Stuard, se veía ya en ella; en ella, á quien con tanta injusticia se le dió el dictado de *La Reina Virgen*, no á causa de su castidad, muy cuestionable, sino á causa de la dureza de su corazón y de su refinada hipocresía.

Catalina se retiró muy afectada, y, poco despues, fué á acompañarla Ana de Cleves.

—¡Si! exclamó lady Seymour, sollozando y dirigiéndose á la Duquesa en aleman. ¡Si! ¡Isabel tiene razón! ¡Tomás es, en sus manos, el dócil instrumento de su elevación y de sus planes! ¡Qué alucinación tan terrible!

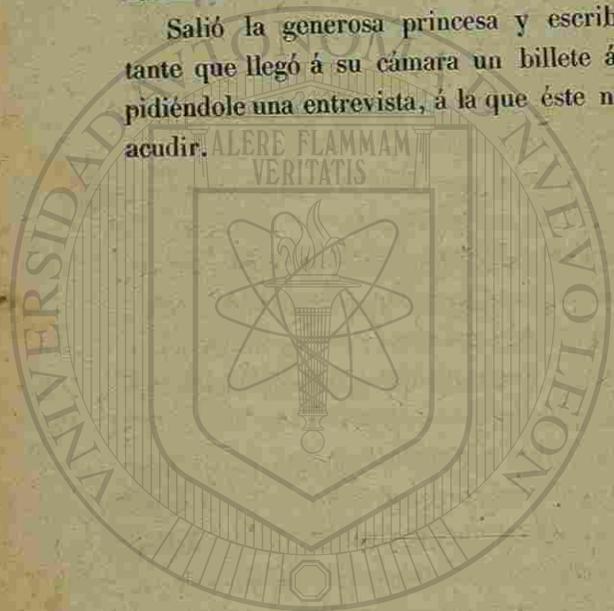
—Amiga mia, dijo Ana, sólo una cosa puedo hacer en vuestro obsequio. ¿Quereis que hable á Seymour? El entiende mi idioma y me ha dado muchas pruebas de galantería y estimación desde que estoy á vuestro lado. ¿Quereis que pruebe á traerle á buen camino?

—¡Oh, sí! exclamó Catalina, reanimada por aquel rayo de esperanza; señora, habladle, aconsejadle, abogad por mí y por su hijo!

—Lo haré, mi pobre Catalina; pero ante todo escuchadme una cosa que os voy á prometer para vuestra tranquilidad; suceda lo que quiera, vuestro hijo será el mio y sabré hacerle feliz y que sea respetado, no lo dudeis; y ahora os dejo para ir á mi habitación y

pedir una entrevista á Seymour; así que se acabe, vendré á daros noticias de lo que haya; valor y confianza en Dios.

Salió la generosa princesa y escribió al instante que llegó á su cámara un billete á Seymour, pidiéndole una entrevista, á la que éste no tardó en acudir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XV.

El rostro del Almirante, algunos meses ántes tan hermoso, tan expresivo y tan dulce, estaba profundamente alterado.

La ambicion, las zozobras y los desórdenes de su vida le habian dado una expresion á un mismo tiempo huraña, fatigada y recelosa.

—Señora, dijo inclinándose con aquella respetuosa galanteria, resto de sus elegantes modales; ¿me ha hecho la honra de llamarme V. A.?

—Sí, milord, respondió Ana; deseo hablaros y que vos me oigais con la benevolencia y bondad de que tantas pruebas me teneis dadas.

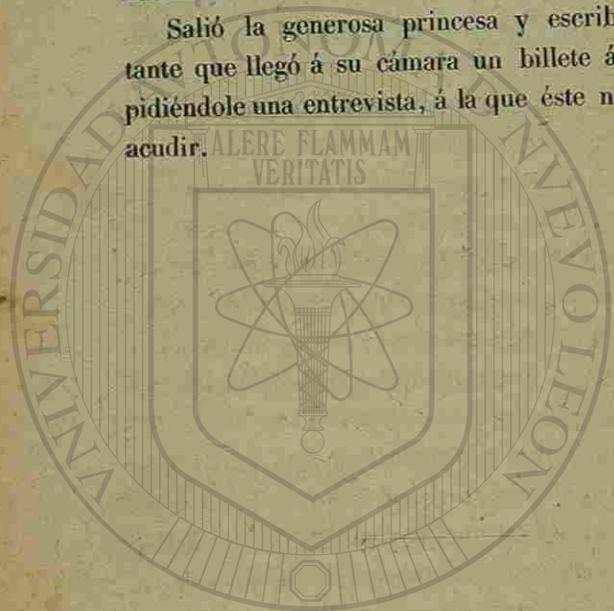
—Ya escucho á V. A., respondió Tomás volviendo á inclinarse con respeto.

—Sentáos aquí, á mi lado, milord, y dejad las varias fórmulas de etiqueta; estoy en vuestra casa y sois demasiado amable para mí.

—Señora, respondió Seymour con acento expresivo y tierno; mi casa es de V. A., y en tanto que se

pedir una entrevista á Seymour; así que se acabe, vendré á daros noticias de lo que haya; valor y confianza en Dios.

Salió la generosa princesa y escribió al instante que llegó á su cámara un billete á Seymour, pidiéndole una entrevista, á la que éste no tardó en acudir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XV.

El rostro del Almirante, algunos meses ántes tan hermoso, tan expresivo y tan dulce, estaba profundamente alterado.

La ambicion, las zozobras y los desórdenes de su vida le habian dado una expresion á un mismo tiempo huraña, fatigada y recelosa.

—Señora, dijo inclinándose con aquella respetuosa galanteria, resto de sus elegantes modales; ¿me ha hecho la honra de llamarme V. A.?

—Sí, milord, respondió Ana; deseo hablaros y que vos me oigais con la benevolencia y bondad de que tantas pruebas me teneis dadas.

—Ya escucho á V. A., respondió Tomás volviendo á inclinarse con respeto.

—Sentáos aquí, á mi lado, milord, y dejad las vanas fórmulas de etiqueta; estoy en vuestra casa y sois demasiado amable para mí.

—Señora, respondió Seymour con acento expresivo y tierno; mi casa es de V. A., y en tanto que se

digne honrarla, todos somos al mismo tiempo en ella sus huéspedes y sus vasallos.

Signió el silencio.

Ana de Cleves se preguntaba cómo aquel hombre de aspecto tan notable, de tan distinguidas y seductoras maneras, de una tan hermosa presencia, podía ser pasto de las pasiones más ruines, ardiendo en su frente la sagrada luz de la inteligencia.

—Milord, dijo rompiendo el silencio con acento grave y dulce á la vez Ana de Cleves: os estoy mirando y me pregunto: ¿por qué desgracia del destino han hecho tan hermosa presa en vos las malas pasiones que devoran la vida y llevan al precipicio?

Un subido carmin coloreó la elevada frente de Tomás; sabia lo que valía aquella princesa, y se sentía culpable delante de ella y humillado por sus convenciones, porque eran justas.

Nada supo que responder, y la Duquesa continuó, mirándole con tristeza:

—¿No amais ya á Catalina?

—No señora, respondió Tomás con una franqueza que tenía mucho de noble.

—Gracias, respondió la princesa, gracias, Seymour: veo que me respetais y me estimais lo bastante para no engañarme; pero seguid diciéndome con sinceridad: ¿qué es lo que ha hecho Catalina para perder vuestro amor? ¿No es hermosa, joven aún, amable, virtuosa y tierna para con vos? ¿Qué explica-

cion dais á vuestro desden? ¿Tiene causa? ¡Decidmela, como á una amiga, yo os lo ruego, Seymour!

—Señora, respondió Tomás: el amor no se sabe de qué modo, ni por qué muere; en vano es que dos amantes se exijan eterno juramento de constancia y de fidelidad; ¡tanto valdria pedir al cielo una eterna serenidad y á la tierra una perpétua primavera! ¡Yo amé á Catalina, no sé por qué! ¡He dejado de amarla, é ignoro también la causa! Quizá, señora, no es la mujer que á mí me conviene; quizá su índole apacible y retirada, su instruccion superior á la mía, su elevado talento, son una acusacion silenciosa y constante de mis pobres cualidades; como soy orgulloso, no sé admirar, y prefiero ser desdeñoso; nada más puedo decir.

—Pero, Seymour, repuso Ana: contra todas esas versatilidades del corazon humano, están la razon, la equidad, el deber, la justicia, la fortaleza del alma. ¡Sois responsable ante Dios de la suerte de esa pobre mujer, que todo os lo ha sacrificado! ¡Sois padre!... ¿Nada os dicen tan sagradas consideraciones?

—¡Ah, señora! respondió Seymour: *¡Si no estuviera casado con Catalina, podria aspirar á otra muy elevada alianza!* (1)

Tomás dió esta respuesta con un acento lleno de despecho y de amargura.

(1) Estas palabras son auténticas.

La princesa le miró con terror, y luego le preguntó:

—¿Os referís acaso á la princesa Isabel?

—Sí, señora; respondió Seymour.

—Perded esas ilusiones, milord, dijo la princesa con severidad; ¡nunca la hermana del rey se unirá á vos!

—¿Y por qué, señora? repuso Tomás con vehemencia: ¿Tanta es nuestra desigualdad? ¿Si ella es hija y hermana de reyes, no soy yo el hermano de una de las esposas de su padre? ¿No pertenezco á la primera nobleza del reino? ¿No soy tío y tutor de su hermano y Gran Almirante de Inglaterra? Y sobre todo, ¿no me ama?

—No, Seymour.

—Ella me lo asegura, y á su edad no se miente.

—Pues ha mentado á su edad.

Ana pronunció estas palabras con acento de irresistible autoridad; y viendo que Seymour la miraba absorto y silencioso, prosiguió:

—Escuchad, Seymour, la princesa Isabel tiene más sagacidad que vos y que yo; ella lo ha dicho: busca instrumentos para su elevación al trono: vos sois uno de ellos, y acaso el más poderoso y en el que más confianza tiene.

—¿Pero no reina su hermano?

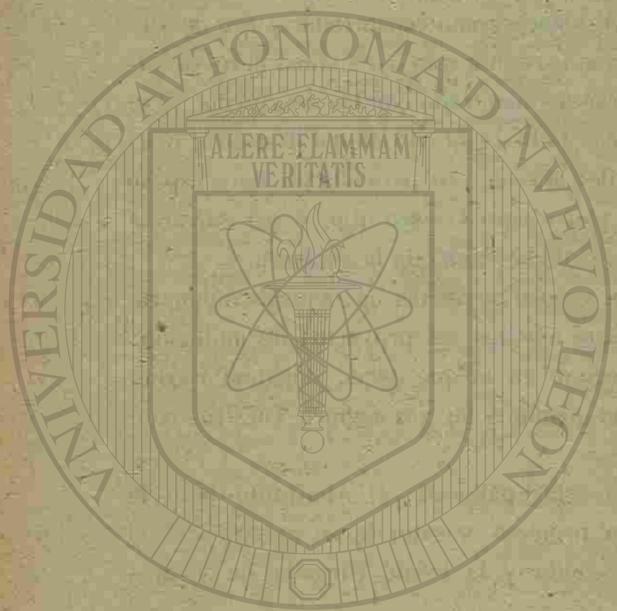
—Su hermano está muy enfermo y ella lo sabe mejor que vos; poco há lo decia; quiere servirse

de vos y dejaros despues á merced de vuestros enemigos y de vuestro hermano, que os hará condenar por el Consejo como conspirador y reo de alta traición; esa niña cuenta sólo trece años, pero su entendimiento se ha madurado con las desgracias y se ha nutrido con la hiel y el encono del destierro; volved al lado de Catalina; sed para ella un buen esposo y un buen padre para vuestro hijo, y así salvareis vuestra cabeza de la ruina que la amenaza.

—Señora, repuso Seymour; no se puede renunciar así de repente á todos los proyectos de ambición: dejadme meditar en lo que decís, dejadme recoger dentro de mí mismo, y tal vez seguiré vuestros consejos.

Diciendo estas palabras, el Almirante besó la mano de la princesa, y salió de su cámara con el semblante ceñudo y la frente cargada de negras nubes.

—¿Volverá al buen camino? se preguntó Ana, despues que se quedó sola; ¡no! se respondió ella misma; ¡no volverá, ó mejor dicho, no entrará en él, porque jamás le ha conocido! ¡Catalina fué un capricho de su corazón extragado! la ambición es su norte, ¡pero el amor verdadero, no lo conocerá jamás!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XVI.

Al día siguiente de esta entrevista, Catalina Parr dió á luz una preciosa niña. Ana de Cleves la recibió en sus brazos, y la tuvo en la pila bautismal, adoptándola solemnemente por su ahijada.

La princesa, siempre humana y generosa, habia contestado á todas las curiosas preguntas de Catalina para conocer el estado del ánimo de su marido, que tuviese esperanza; pero si alguna pudo abrigar, fué desvanecida al ver que, áun despues del nacimiento de su hija, el semblante de lord Seymour permanecia sombrío y ceñudo. El parto fué malo y en extremo laborioso. Catalina debia forzosamente resentirse de sus amargas penalidades, y así sucedió: agregado á esto su estado de inquietud y de celos, por la permanencia de la princesa en el castillo, sufría de un modo horrible.

Cuando ella estaba buena, veía á su marido y le celaba; en su estado, le era imposible hacerlo.

Al día siguiente del alumbramiento, al salir Ana

de su cuarto para ir al de la enferma, oyó en la cámara de Isabel la voz del Almirante.

Muy sorprendida y creyendo que se equivocaba, se detuvo; no sabía qué partido tomar, porque aquella virtuosa mujer, ya casada, tenía más rubor de que la viesan allí, que la princesa á quien se llamó *la reina virgen*, á los trece años de su edad.

La noble princesa de Cleves era incapaz de escuchar; pero, en tanto que se detuvo, no pudo ménos de oír estas palabras:

—Ya es muy de día; adios, Isabel.

—Adios, Seymour: ¿dudarás ahora de mi amor?

—¡Oh, no! ¡Ya estoy seguro de él, y te doy gracias, ángel mío!

—Hasta la noche á las once en el jardín.

—Hasta la noche.

Seymour dió un beso á Isabel y salió furtivamente, dirigiéndose á la cámara de su esposa; la esbelta sombra de la hermana del rey desapareció, y se cerró la puerta de la cámara.

Seymour no habia visto á la Duquesa; ésta, decidida á ocultar á su amiga tan desagradable incidente, echó á andar tras él con lentitud, para darle tiempo de llegar ántes que ella al lado de su esposa.

Cuando entró, la enferma se hallaba muy agitada.

—¿Qué es eso, mi querida amiga? preguntó la Duquesa, ¿por qué llorais?

—¡Ah, señora, contestó Catalina, soy muy desgraciada!

Ana de Cleves comprendió que, así que habia entrado Seymour, habia empezado alguna escena violenta entre ambos esposos; sabia que toda la razon debia estar de parte de su amiga; pero no queriendo mezclarse en las disensiones del matrimonio, tomó el partido de guardar silencio, aunque su corazón se hallaba profundamente afligido por los pesares de la infeliz Catalina.

Esta, notando el silencio de la princesa, prosiguió así:

—¡Oh, sí, soy muy desgraciada querida amiga! ¡Y los que debieran tener en cuenta mi posición, no evitan los medios de agravarla, y se burlan de mis penas!

—¿Quién os ha dicho que me burlo de vuestras penas imaginarias? preguntó el Almirante aproximándose al lecho con enojo.

—¡Ah, Tomás! repuso Catalina con voz ahogada, ¿con que son imaginarias! ¿Pensais que ignoro que que seguís en vuestro trato criminal con la princesa? ¿Pensais que no os expío, que no os hago expiar? ¡Ah, desgraciado iluso, juguete de la ambicion de esa niña, que os engaña con esperanzas, que no ha pensado jamás en realizar! ¡Me matais á mí por correr en pús de un fantasma vano que jamás podreis alcanzar! ¡Quiera el cielo que algun día no os arrepintais

de vuestra bárbara conducta con la mujer que tanto os amó!

Lady Seymour dijo estas palabras con tan viva emoción, que Ana de Cleves llegó á temer, no sólo por su vida, sino también por su juicio; sentada en su lecho, con la espalda desnuda, y sólo cubierta por sus largos cabellos rubios destrenzados, ofrecía la imágen del dolor y de la desolación.

Sin embargo, ni su belleza ni su penetrante lenguaje pudieron conmover el helado corazón de su marido; éste le dirigió una mirada de enfado, y respondió con frialdad:

—Estais loca, señora, al empoñaros en que os ame sólo porque vos me profesais esa pasión desatinada; ya sabeis que yo renuncié en otro tiempo á vuestro amor sin esfuerzo alguno, cuando el Rey puso los ojos en vos; despues no tuve gran prisa de buscaros, y sólo acudí cuando me llamásteis; ahora os declaro que el medio de atraerme á mis deberes no es el de hacerme ver continuamente vuestras lágrimas y oír vuestras quejas y vuestros gemidos, que me van cansando ya.

—¿Y qué hareis cuando os hayan cansado del todo, milord? preguntó Catalina, cuyas mejillas ardian con una cólera violenta.

—Cuando mi paciencia se haya agotado, me iré para no volver á veros en toda mi vida.

—Y..... ¿vuestra hija?

—¡Cuando me haga falta, me la llevaré! Hasta entonces podeis conservarla.

Catalina, agobiada de indignación y de dolor, dejó escapar un agudo grito.

Seymour salió de la habitación.

Al grito de Catalina, siguieron otros terribles; en su peligroso estado, la revolución que experimentó fué muy grave, y se sintió acometida de agudísimos dolores.

Una hora despues espiró entre horrosos padecimientos.

Ana de Cleves tomó á la recién nacida en sus brazos, y salió con ella para ir á su cámara, donde la recomendó á los cuidados de sus doncellas.

—Es mi hija, les dijo entre lágrimas; tratadla como á tal, entretanto que yo voy á cumplir los últimos deberes con su desdichada madre.

Luego volvió á la cámara de Catalina, rezó al lado del cadáver, y presidió á todos los lúgubres cuidados que se emplean en semejantes ocasiones.

Dos días despues, salió para su residencia de Richmond, llevándose á la hija de Catalina consigo.

Antes de marcharse, hizo pedir una entrevista á Seymour, quien, encerrado en su habitación, parecía como aterrado.

La princesa Isabel había marchado á Londres la noche del mismo día en que murió Catalina.

—Adios, Seymour, le dijo Ana de Cleves; os dejo

en una pendiente terrible; ahora que os falta el ángel que Dios os había dado por compañera, es muy fácil que os despeñéis por ella; me llevo á vuestra hija que os estorbaria, y que os suplico me dejéis, seguro de que la amaré y protegeré como si fuese mia.

Una hora despues, Ana, Duquesa de Cleves y ex-reina de Inglaterra, salia para el castillo real de Richmond, su residencia habitual, llevando á la tierna niña entre sus brazos.

## XVII.

La voz *envenenamiento* empezó á resonar en el castillo de Chelsea desde el instante en que se supo la muerte de la noble, afable y benéfica Catalina Parr.

Todos la amaban, y todos buscaron la causa de su prematuro fin, creyendo hallarla en la aversion de su esposo y en las coqueterias de Isabel, cuyo orgulloso carácter era ya insufrible, á pesar de su corta edad.

La precipitada huida de la princesa á Lóndres afirmó estas sospechas, y acabó de darles cuerpo el haber salido dos dias despues para la corte lord Seymour, desatendiendo las más triviales formas del buen parecer en su extraña conducta.

Ningun historiador afirma, sin embargo, que la muerte de Catalina fuese debida al tósigo, y más bien achacan su desgraciado fin á los disgustos y al des-  
pego de su esposo en unos momentos en que tanto necesitaba de reposo y tranquilidad.

Como quiera que sea, y tal vez aumentada por sus adversarios, al llegar Seymour á la corte halló con-

tra él excitada la aversion general: por do quiera que se presentaba oia murmullos de indignacion; y de algunos lábios se escapaban los dictados injuriosos de *asesino* y de *malversador*.

Seymour, con aquella imprudencia de carácter de que toda su vida dió pruebas, despreció aquellos amagos, se presentó en la corte é hizo público alarde de intimidad con Isabel, prodigándole continuos obsequios sin el menor respeto.

Una mañana, á la salida de la capilla, el rey reparó en lord Seymour que llevaba en el brazo un lazo de cintas azules y amarillas.

El røgio niño era pequeño y endeble, pero muy astuto y vivaz; despues de mirar el lazo del Conde, se volvió á su hermana; el brial de Isabel era tambien azul con florones color de oro.

—¡Hola! ¿Por qué se permite llevar tus colores, hermana? preguntó Eduardo frunciendo las cejas.

Isabel se puso colorada y nada respondió.

—Seymour, dijo el rey: quitaos esas cintas y dádmelas.

Entonces fué el Almirante el que se puso encendido, pero de cólera.

—Señor, dijo; V. M. olvida que soy su tutor y gran protector del reino!

—Desde hoy, dejais de ser lo segundo, repuso el rey niño; en cuanto al primer cargo, procuraremos tambien aliviarnos de él lo más pronto posible.

Un silencio angustioso siguió á estas palabras: el rey se habia detenido en la galería que llevaba desde la capilla á sus habitaciones; los cortesanos, aunque eran todos ojos y oidos, habian dejado libre un ancho espacio en el que se veia la figura pequeña y delicada de aquel rey de diez años no cumplidos, la esbelta de Isabel, y la aventajada de lord Seymour, entónces animada de una expresion sombría.

El rey, dichas sus últimas terribles palabras, esperó algunos segundos á que el Gran Almirante de Inglaterra le entregase el lazo; pero éste, ó aturdido, ó queriendo desafiar el enojo del niño, permaneció inmóvil.

Eduardo VI se adelantó algunos pasos; irguió su pequeña talla y arrancó el lazo prendido en la ropilla de Seymour con tanta violencia, que el retazo de la tela se fué detrás: luego, volviéndose á su capitan de guardias, dijo con imperio:

—¡Prended á ese traidor y llevadle á la torre!

El capitan, absorto y confundido, no podía resolverse á prender al Gran Almirante del reino.

—¡Obedeced! gritó el Duque de Sommerset, hermano de Seymour.

A este mandato de uno de los tutores del rey, se acercó el capitan y recogió la espada del Almirante, que salió en seguida con una fuerte escolta para la torre.

—Señores, dijo el rey, agitando el lazo: en adelan-

te, será reo de muerte el que use los colores de una princesa real.

Y siguió andando hácia sus habitaciones.

Aquella escena habia sido provocada y preparada por lord Sommerset, que odiaba á su hermano; pero el rey, que tampoco le queria bien, no puso dificultad alguna en secundar las miras del ambicioso Duque.

Reunióse la cámara, y pocos días despues empezaron las acusaciones contra lord Seymour: la principal era haber dirigido sus miras ambiciosas hácia una princesa de sangre real, que por ser de muy tierna edad, no podía conocer sus asechanzas ni libertarse de ellas.

La segunda acusacion era la de malversador de los fondos de la marina, y otros muchos desfaleos del Erario.

Todos estos cargos estaban apoyados en la verdad y eran irrefutables; las defensas fueron débiles; habia muchas pruebas contra lord Seymour y todas, á cual más poderosas y convincentes.

No se necesitaba tanto para condenarlo á la pena capital, y, en efecto, se pronunció la sentencia diez meses despues de la muerte de Catalina Parr.

## XVIII.

Isabel no pensó siquiera en interceder por el hombre á quien ella misma habia arrojado al precipicio.

Y no hay que decir que ignorase ni el peligro que corria, ni los sufrimientos de su prision; aquella inteligencia precoz, aquel carácter de hierro, estaban al alcance de todo, y demasiado sabia la princesa, que Seymour era una victima sacrificada en aras de su ambicion.

Muchas más muertes cargó sobre su conciencia la que desde tan niña empezaba á intrigar, la ingrata criatura que tan mal pagó la ternura y maternales desvelos de la noble y cariñosa Catalina Parr.

Pero dejemos esto para la leyenda biográfica que pertenece á Isabel, y que en su dia verán mis lectoras, y vamos á acompañar á Seymour en sus últimos instantes, siquiera sea por haber sido tan amado de la interesante mujer, objeto de esta historia.

Era la mañana del dia señalado para la ejecucion del Almirante, y éste se hallaba esperando la hora

te, será reo de muerte el que use los colores de una princesa real.

Y siguió andando hácia sus habitaciones.

Aquella escena habia sido provocada y preparada por lord Sommerset, que odiaba á su hermano; pero el rey, que tampoco le queria bien, no puso dificultad alguna en secundar las miras del ambicioso Duque.

Reunióse la cámara, y pocos días despues empezaron las acusaciones contra lord Seymour: la principal era haber dirigido sus miras ambiciosas hácia una princesa de sangre real, que por ser de muy tierna edad, no podía conocer sus asechanzas ni libertarse de ellas.

La segunda acusacion era la de malversador de los fondos de la marina, y otros muchos desfaleos del Erario.

Todos estos cargos estaban apoyados en la verdad y eran irrefutables; las defensas fueron débiles; habia muchas pruebas contra lord Seymour y todas, á cual más poderosas y convincentes.

No se necesitaba tanto para condenarlo á la pena capital, y, en efecto, se pronunció la sentencia diez meses despues de la muerte de Catalina Parr.

## XVIII.

Isabel no pensó siquiera en interceder por el hombre á quien ella misma habia arrojado al precipicio.

Y no hay que decir que ignorase ni el peligro que corria, ni los sufrimientos de su prision; aquella inteligencia precoz, aquel carácter de hierro, estaban al alcance de todo, y demasiado sabia la princesa, que Seymour era una victima sacrificada en aras de su ambicion.

Muchas más muertes cargó sobre su conciencia la que desde tan niña empezaba á intrigar, la ingrata criatura que tan mal pagó la ternura y maternales desvelos de la noble y cariñosa Catalina Parr.

Pero dejemos esto para la leyenda biográfica que pertenece á Isabel, y que en su dia verán mis lectoras, y vamos á acompañar á Seymour en sus últimos instantes, siquiera sea por haber sido tan amado de la interesante mujer, objeto de esta historia.

Era la mañana del dia señalado para la ejecucion del Almirante, y éste se hallaba esperando la hora

con una fortaleza que tenia asombradas á todas las personas que le rodeaban.

Habia vuelto á ser el Seymour que prendó á Catalina, y que hizo en ella aquella profunda impresion que no pudo borrarse jamás de su alma.

Todo lo que habia en él de superficial, de vano y de orgulloso, habia desaparecido; hallábase grave y resignado; sentado en un sillón, oia las exhortaciones de los religiosos que le ayudaban en aquellas últimas horas de su vida, con profunda y recogida atencion.

Estaba magníficamente vestido, porque, según decia, queria hacer aquel postrer camino de la vida con el decoro debido.

Su ropilla de terciopelo verde estaba cubierta de bordados de oro y ricas pedrerias; sus medias de seda blanca valian una fortuna, sus encajes eran magníficos; no llevaba las insignias de ninguna orden, porque habia sido ya degradado ante el Parlamento, antes de leerle la sentencia de muerte, y sólo una gruesa cadena de oro daba tres vueltas á su cuello.

Los largos cabellos negros de lord Seymour, guarnecian su hermosa frente y dejaban descubiertas sus sienas en las que resaltaba el azulado tejido de sus venas.

Estaba muy pálido y, á pesar de su aparente fortaleza, de cuando en cuando resbalaba una ancha lágrima de sus ojos hasta sus mejillas.

—Hijo mio ¿qué es lo que teneis? le preguntó uno de los sacerdotes al ver por segunda vez aquella lágrima silenciosa: ¿qué pena os acongoja? hablad que yo os consolaré por todos los medios posibles.

El Almirante enjugó sus ojos, y respondió con voz profundamente triste:

—¡Dejo una hija, padre mio, dejo una hija única, de edad de diez meses, á la que hubiera deseado poder abrazar y bendecir ántes de salir de este mundo!

—¿Y donde está? ¿Dónde está la niña? preguntó el buen sacerdote; yo iré á buscarla y os la traeré: aún quedan dos horas y no quiero que murais sin ese consuelo.

—¡Padre, es imposible, repuso el reo tristemente; el tiempo que me queda de vida no basta para traerme á mi hija!

—¿Dónde se halla, pues?

—En Richmond.

—¿No reside allí la princesa Ana de Cleves?

—Esa generosa princesa ha adoptado á mi pobre hija.

—Valor, pues, hijo mio, repuso el religioso; á ser posible, abrazaríais á vuestra hija, porque yo iria á buscarla; pero, como vos mismo decís, no hay tiempo para tanto. Admitid esa nueva prueba, que Dios os envía, como un descargo de vuestras culpas.

—¡Ay, padre, moriría tan consolado si pudiera abrazar á mi hija!

En aquel instante se abrió la puerta de la prisión, y la Duquesa de Cleves apareció en el umbral llevando en los brazos al delicado vástago del Gran Almirante de Inglaterra y de Catalina Parr.

Era una criatura preciosa y que ya recordaba la casta y poética belleza de su madre.

Seymour se dejó caer á los piés de la princesa, exclamando con enajenamiento:

—¡Ah, gracias, señora, gracias por haberme traído á mi hija! ¡Dios os bendiga como yo!

—Levantáos, milord, repuso Ana tratando al condenado con un respeto lleno de piedad. Yo soy la que debe arrodillarse delante de vos, porque vengo á pedirlos para esta niña, que desde hoy será mi hija, la bendición paternal. Las primeras palabras que pronuncie, serán una oración por el alma de su desventurada madre y por la vuestra, milord.

La princesa se arrodilló á los piés del reo y elevó en sus brazos á la niña, que recibió en su inocente cabeza la bendición de su desgraciado padre.

Luego Tomás estrechó á su hija entre sus brazos, y la bañó con sus lágrimas de despedida, devolviéndola á la princesa, cuyas manos besó repetidas veces penetrado de gratitud.

En aquel instante llamaron á la puerta el Scheriff y los Constables, que iban á conducir al reo al cadalso.

—¡Oh, Catalina! exclamó este elevando al cielo

sus ojos. ¡Mi noble y santa Catalina! ¡Bien vengada estás!

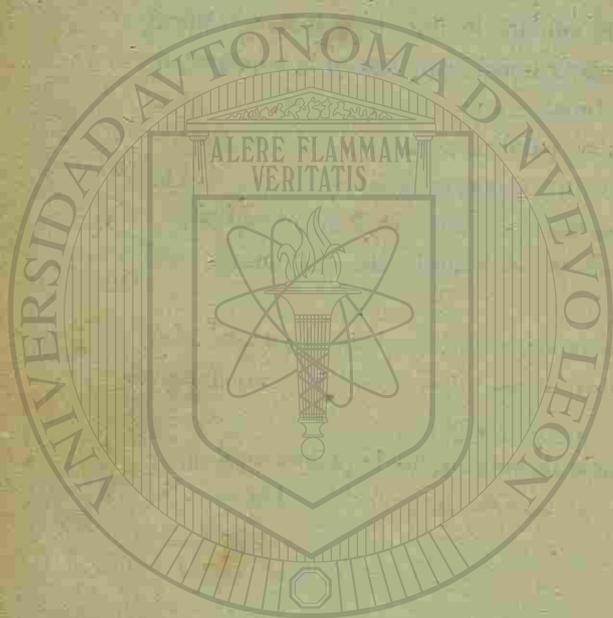
—¡Valor, Seymour! le dijo la princesa. ¡Morid como quien sois, y tened confianza en la inmensa misericordia de Dios!

Dichas estas palabras, se alejó Ana de Cleves, estrechando contra su pecho y bañando con sus lágrimas á la tierna é inocente hija de Catalina Parr.

Pocos instantes despues, salió de nuevo para Richmond.

Tomás Seymour adquirió, al fin, bastante fortaleza, para morir como noble caballero y como buen cristiano.

Su sentencia de muerte fué la primera que firmó Eduardo VI, entónces de diez años de edad.



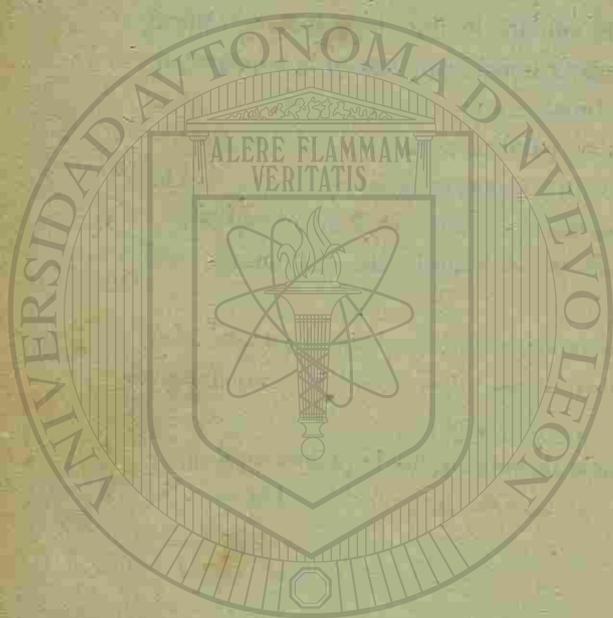
U A N L  
DOÑA URRACA.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





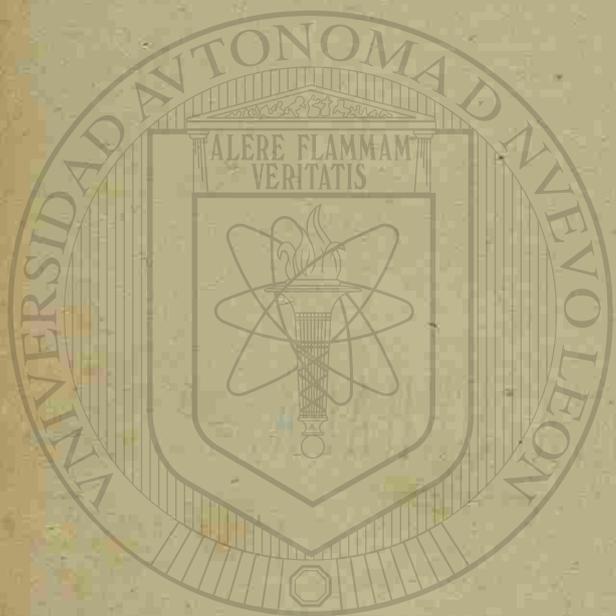
U A N L  
DOÑA URRACA.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## DOÑA URRACA,

REINA DE LEÓN Y DE CASTILLA.

I.

De una de las más bellas y virtuosas princesas del mundo, y de Alfonso VI, el rey glorioso y prudente, nació la reina desgraciada, perseguida, odiada y mártir, cuya historia voy a referir á mis benévolas lectoras.

La figura de doña Urraca se levanta, á través de los siglos, sangrienta, ultrajada y vengadora, pero no culpable, como algunos historiadores, y sobre todo los más antiguos, pretenden que fué.

Su madre fué buena, pero fué dichosa; su desgraciada hija no era mala, ántes bien resaltaban en ella magnánimas virtudes, y, sin embargo, fué una de las más desventuradas mujeres de la tierra.

Constanza de Borgoña, hija del Duque Roberto y de la plácida y graciosa Ermengarda de Semur, casó

á la edad de doce años con Hugo II, Conde de Chalons, que solamente contaba catorce.

Era Constanza buena como su madre, pero mucho más hermosa; su pura belleza hacia recordar involuntariamente á las vírgenes de las Gálias.

Bajo una frente noble y graciosa, blanca como el marfil y, como él sin mancha, se abrian sus ojos de dulce y casto mirar; su cara, ántes larga que oval, era suave y perfecta; largos y espesos cabellos rubios caian en ricas trenzas por su espalda; era pensativa y silenciosa, pero cariñosa y dulce; no llegaba hasta ella dolor alguno que no fuese consolado; sencilla y digna á la par, piadosa é indulgente, el niño Hugo la amó con delirio y, amándola, llegó al fin de su vida cuatro años despues de su enlace.

Una fiebre maligna llevó al Conde de Chalons al sepulcro á la edad de diez y ocho años. Constanza quedó viuda á los diez y seis, y en cinta: ya habia dado á luz el año anterior otro hijo muerto; el dolor de su temprana viudez fué tan grande, que tambien causó la muerte al segundo ántes de nacer.

Roberto y Ermengarda pudieron consolar á su hija; ambos la adoraban: Roberto la sacó de su palacio solitario, y la llevó á su lado y al de su esposa.

Allí hubiera vivido siempre tranquila y al fin dichosa, á no haberla inquietado algunas veces el consejo de su padre diciéndole que debia volverse á casar.

—Yo soy viejo, le decia éste; si pudierá asegurar

mi vida hasta que pasase tu juventud, no te hablaria de otra union; pero, hija mia, casándote, proporeionas á tu madre y á tí un protector celoso y legítimo.

En cuanto á Ermengarda, no necesitó del apoyo que el Conde de Borgoña ansiaba depararle, porque murió ántes que él, y un año despues de la viudez de Constanza; pero ésta quedaba, con la muerte de su madre, más que nunca expuesta al desamparo, y su padre, pasado el primer extremo de su dolor, resolvió convencerla para que aceptase un esposo

La fama de la belleza y de las virtudes de la Condesa, facilitaban la realizacion de este propósito, porque de todas partes acudian pretendientes á su mano; pero ni la hija tenia prisa para elegir, ni el padre queria hacerlo de ligero.

Empezó por entónces á correr la voz de que el rey de Castilla, Galicia y Leon, viudo de su primera esposa, iba á volver á casarse por consejo de los Grandes de sus reinos: el Conde de Borgoña se dijo que aquel era el esposo más conveniente para su hija, é hizo ir á un fiel agente suyo cerca de Alfonso VI.

Esta medida fué tomada para conseguir lo que hubiera logrado un retrato, si en aquellos tiempos remotos se hubiese conocido el arte divino de la pintura, como se conoce hoy: el emisario empezó á elogiar en todas partes la belleza de Constanza, y tales elogios llegaron á oídos del rey.

Tanto se repitieron, que Alfonso VI entró en de-

seos de casarse con aquella hermosa jóven y envió al abad del monasterio Turnense, acompañado de algunos caballeros de su córte, á solicitar la mano de la Condesa.

El astuto Roberto recibió con las mayores muestras de cortesía á los enviados del rey de Leon, y les dijo que, ajeno á semejante honor, tenia que consultarlo con su hija y que esperaba darles una respuesta favorable dentro de tres dias.

Constanza no se admiró de semejante honra, que hubiera aturdido á cualquiera otra; queriendo complacer á su padre, le dijo que se hallaba pronta á casarse con el monarca leonés, y pocos dias despues salió acompañada de Roberto y de los enviados, para la córte de Alfonso VI.

El Conde de Borgoña hizo cuantiosos gastos para las galas de su hija; creía un sueño el verla reina, y Constanza era dichosa al contemplar la alegría de su padre.

Libre su corazon de amor, sólo deseaba verle feliz, y además no la espantaba la idea de unir su suerte á la del monarca que llenaba el mundo, con la fama de sus hazañas.

Alfonso VI, avisado de la llegada de su prometida esposa, salió á recibirla gran trecho, acompañado de lo más selecto y bizarro de su córte.

A la vista de Constanza, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa; nunca la habia creído tan bella.

Montaba la jóven una blanca hacanea, sobre cuyo lomo se destacaba el carmesí subido de su traje de terciopelo; su pecho estaba cubierto de hilos de perlas y diamantes; bajo sus tocas de nevado lino, se veia la rica masa dorada de sus cabellos; sus modestos ojos inclinados la hacian parecerse á la imágen del pudor; su blanco rostro se hallaba vestido de un delicado carmin; un largo velo blanco la envolvía como una nube y daba mayor realce á sus encantos.

Alfonso VI llegaba entónces á los treinta y seis años de su edad: era alto, robusto y fuerte: dos cualidades sobresalian en su carácter; la prudencia y el valor; pero además tenia otras muchas, no ménos bellas, que eran la afabilidad, la nobleza y la generosidad.

El contraste que formaba con Constanza era de esos que, por lo completos, aseguran la duracion del amor.

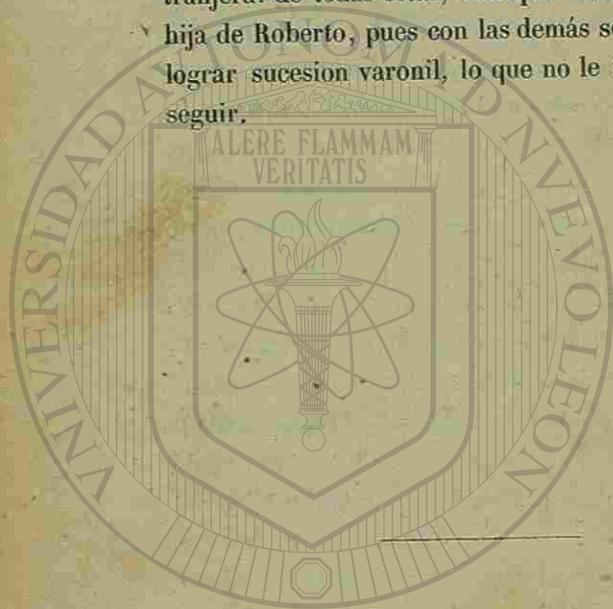
Ella era la palma jóven, elegante y flexible.

El, el fuerte roble que debia preservarla de la tempestad, y ampararla, con su frondosa sombra, de los ardores del sol.

Pronto llegaron todos á Leon, donde al dia siguiente se celebraron las bodas, con una pompa y una magnificencia nunca conocidas.

Seis mujeres tuvo Alfonso VI: Doña Inés, cuyo linaje se ignora: Doña Constanza de Borgoña: Doña Berta, tambien de la casa de Borgoña: doña Isabel, ántes la mora Zaida, hija del rey moro de Sevilla:

otra segunda Doña Isabel, de cuyo linaje tampoco dá razon clara la historia, y Doña Beatriz, de familia extranjera: de todas éstas, á la que más amó fué á la hija de Roberto, pues con las demás se casó sólo por lograr sucesion varonil, lo que no le fué dado conseguir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II.

Un año despues de su enlace, y en el de 1080, Doña Constanza dió á luz una infanta, á la que se puso por nombre Urraca, que era el de una hermana de su padre.

Aunque D. Alfonso esperaba y deseaba un varon, recibió á su hija con la mayor alegría, y pasados los primeros años de su edad, de comun acuerdo con la reina, su esposa, la pusieron bajo la sábia direccion del Conde D. Pedro Ansures.

Tenia este caballero otros dos hermanos, y todos tres eran tenidos en los reinos de Leon y de Castilla por modelos de prudencia, de valor y de cordura.

Bueno será, para el mejor conocimiento del lector acerca del estado de aquellos reinos, tomar desde un poco atrás esta narracion, pues de esta explicacion resultará la claridad para el azaroso reinado de Doña Urraca. ®

Don Fernando I, *el Magno*, dejó al morir una hija y tres hijos: Urraca, Sancho, Alfonso y García: para manifestar á todos que les amaba igualmente, dividió

sus estados, y dió, á Sancho la Castilla; á Alfonso VI, el reino de Leon, y á Garcia, la Galicia; en cuanto á Doña Urraca, su primogénita, la dejó eficazmente recomendada á D. Alfonso, pues sabia que habia de mirar por su suerte como él mismo.

En efecto, aquellos dos principes se amaban tiernamente. Doña Urraca habia educado á su hermano Alfonso, desplegando con él todas las gracias de su talento, que era verdaderamente prodigioso.

La infanta era, además, de tan peregrina belleza, que de consuno la llaman los historiadores *Hermosura de España*: no tenia ninguna afición al matrimonio y se negó siempre á casarse, á pesar de las magnificas ofertas que de todas partes le hacian.

No bien Alfonso VI ocupó el trono de Leon, la nombró señora soberana de Zamora, y la aconsejó que se retirase á vivir á aquella ciudad.

—¿Por qué quieres que me separe de tu lado? preguntó la infanta á su hermano.

—Porque preveo una guerra próxima y terrible, respondió D. Alfonso; poco tardarán nuestros hermanos en inquietarme, y en talar estos reinos con todos los horrores de la discordia civil.

Así sucedió: Doña Urraca siguió los consejos de su hermano y se retiró á Zamora, segun su deseo: D. Sancho, el más ambicioso, declaró la guerra á su hermano D. Alfonso, ansiando apoderarse de todos

los Estados de su padre: diéronse sangrientas batallas y al fin quedó éste prisionero de aquel.

Entónces Doña Urraca, ansiosa de libertar á Don Alfonso, no perdonó medio para conseguirlo, y lo consiguió al fin, pero con las condiciones más duras: el bárbaro D. Sancho exigió de D. Alfonso el juramento de renunciar á su favor el reino de Leon, el de pasar á tierra de moros, y el de no poder volver á pisar sus reinos sin su expreso mandato.

Alfonso VI, indignado, se negó á cumplir todas estas condiciones; pero su hermana, que veia su vida amenazada por la crueldad del vencedor, le persuadió de que debía aceptarlas por lo pronto para salvarla.

Partió, pues, D. Alfonso á Toledo, ocupado entónces por los moros; y Doña Urraca, siempre prudente y previsora, le dió para compañía á tres nobles caballeros zamoranos, que poseian toda su confianza.

Estos eran los hermanos Ansures.

Peró D. Sancho no consiguió fruto alguno con la guerra y con los duros tratamientos á que habia sujetado á su hermano; débil en extremo, era ya una especie de vasallo de éste, y toda la nobleza de Leon y Zamora le negó la obediencia y pleito homenaje, declarando que no conocia más señores que D. Alfonso y Doña Urraca, y que sólo á ellos estarían sujetos.

Don Sancho, furioso con esta respuesta, se empe-

no en someter á su dominio á su hermana Dona Urraca, que se hallaba encerrada y fortalecida en su plaza de Zamora: fué á sitiarla en persona á la cabeza de un ejército numeroso; pero allí murió á traicion y á manos de un soldado llamado Vellido Dolfos, que le disparó un venablo por la espalda.

Sin perder tiempo y ántes de que aquella noticia llegase á los moros, la puso Doña Urraca en conocimiento de su hermano D. Alfonso, quien, con el valeroso y fiel auxilio de los hermanos Ansures, salió de Toledo y redujo á su mando todos los reinos de su padre, siendo coronado rey de Castilla, Galicia y Leon.

Al instante declaró *reina* á su hermana para que gobernase, en compañía suya, los reinos que debia á su prudencia y cariño.

Doña Urraca le hizo ver que, separado de su primera esposa por orden del Papa, pues eran parientes, debia casarse con la bella Constanza de Borgoña, y en memoria de su hermana, puso Alfonso VI á su primogénita, el mismo nombre.

Cuando la infanta llegó á los seis años de su edad, la puso, segun se ha visto, bajo la dirección de Don Pedro Ansures, el mayor de los tres hermanos á los que tanto debia.

Era Urraca una criatura linda y delicada, como su madre la reina Constanza: su estatura, alta para su edad, era esbelta; sus ojos garzos, grandes y ras-

gados, estaban llenos de dulzura; su frente era admirable por la pureza de su dibujo, pero anunciaba más bien una naturaleza dócil, que la fortaleza y la arrogancia; tenia los cabellos de un castaño oscuro que prometia volverse negro; la boca pequeña y muy linda, y la sonrisa dulce.

Tenia solamente diez años Doña Urraca, cuando un dia se hallaba al lado de su madre la reina Doña Constanza y de su ayo D. Pedro Ansures.

Don Alfonso estaba peleando contra los moros que invadian parte de España, ayudado de los Grandes señores de sus reinos, pues en aquella época de turbulencias, ninguno de ellos podia permanecer mucho tiempo pacíficamente en sus castillos ó féudos, y todos se ponian al frente de sus gentes para ayudar al rey en la guerra contra los infieles.

Doña Constanza se hallaba en su cámara y reclinada en un gran sillón de madera, de forma tosca, y enormes brazos, pues á la sazón el lujo estaba aún muy atrasado.

Hacia tiempo que una enfermedad de consunción aquejaba á la reina, que, pálida, con la cabeza echada hácia atrás, guardaba silencio.

La infanta estaba de pié, al lado de la ventana que daba luz á la estancia; cuando ni el Conde, ni su madre la miraban, dirigia á la parte de afuera sus ojos con ávida expresion; pero, si sospechaba que fijaban en ella la atencion, bajaba la vista al suelo.

—Señora, dijo severamente el Conde; no sé á la verdad, cuándo hareis caso de mis consejos, y os aseguro que me duele mucho el veros tan poco propicia á la voz de la razon.

—¿Por qué decís eso, buen Conde? preguntó la reina.

—Lo digo, señora, porque la infanta no olvida á ese Diego Lainez, que Dios confunda. ¡Ojalá que la guerra le echase fuera de estos reinos! ¡Un rapaz de once años y una niña de diez! ¡Por vida mia, que son amores bien extraños!

La reina se sonrió al escuchar esta andanada del viejo Conde.

La infanta bajó la cabeza para ocultar su rostro, que abrasaba el cármin de la vergüenza.

—Dejadlos, Ansurez, dijo Doña Constanza, ¿qué mal hacen los pobres niños con mirarse?

—Además, que yo no miro á Diego, observó Urraca alentada por las razones de su madre.

—¿Qué no? preguntó el ayo colérico.

—¡No!

—¿Pues á quién mirais por la ventana?

—A los soldados que se pasean por el patio.

—Entre los que estará Diego Lainez.

—No le he visto.

—No la obligueis á mentir, buen Conde, intervino la reina: ¿no veís cómo se avergüenza?

—Y con razon, señora.

—Pronto, dijo la reina incorporando con pena su bella y doliente cabeza, pronto perderá esta pobre niña su libertad; pronto la casará su padre con algun monarca aguerrido que le ayude en sus empresas, pero duro y feroz, que nada dirá al corazon de mi Urraca; ¡ay, Conde, Conde! ¡En esta tierra de España, todos los reyes son fieros, y la discordia no apaga jamás su tea abrasadora!

—Eso es porque estos reinos valen mucho y todos los quieren para sí, respondió D. Pedro Ansurez con su ruda franqueza; en cuanto á la infanta...

—¡No tardará en perder su libertad! repitió Doña Constanza; sí, no tardará, porque no estará ya su madre en el mundo para defenderla.

—¿Qué dices, señora y madre mia? exclamó Urraca separándose de la ventana: ¿te hallas hoy peor?

—Sí, respondió la reina, ¡peor cada dia! ¡Hágase la voluntad del cielo, que me llama á sí!

—¡Dios mio, madre! ¡Cómo te ha de quitar tan pronto de mi lado! gritó la infanta: madre mia, yo rogaré á Dios que te deje conmigo.

Doña Constanza besó á su hija en la frente y le dijo:

—Vete, hija mia; tengo que hablar al Conde.

Urraca obedeció, no sin volver muchas veces la cabeza para mirar á su madre.

—Buen Conde, dijo la reina así que su hija hubo salido, os pido que mireis á mi Urraca, no como un

padre, sino como una madre, lo cual es pedirnos un poco más; yo voy á morir en breve, y la pobre niña necesita un corazón tierno en quien depositar los sentimientos del suyo; está dotada de un carácter débil, que la ocasionará grandes dolores... no os apartéis nunca de su lado, Ansurez, y ahorradle los que podáis.

Detúvose la reina porque parecía que la emoción había agotado sus fuerzas, ya muy débiles.

—Tranquilizáos, señora, dijo el Conde: ¡sólo reprendo á la infanta por su afección á ese Diego Lainez, que no es su igual! Y él tiene la mayor culpa por ser un atrevido que mira más alto de lo que debiera: ¡le haré poner en prision y así se acabará esto!

—Más valiera, dijo la reina, que su padre dejase casar á Urraca con Diego Lainez.

—¿Cómo, señora! ¿Será posible que penseis en semejante desafuero! exclamó el severo Ansurez: ¡casarse Doña Urraca con ese paje!

—Conde, me acuerdo de lo dichosa que yo fui con Hugo, mi primer esposo: éramos dos niños que sólo vivíamos para los juegos y el amor.

—Doña Urraca será reina.

—¿Yo también lo he sido! Es verdad que no es lo mismo ser esposa de un rey, que regir los destinos de una nación, como tendrá que hacerlo mi hija; pero ¿qué tiene esto que ver con la felicidad del corazón?

—¿No habeis sido, pues, dichosa con D. Alfonso, señora?

—¡Sí, muy dichosa! Yo le amo y he sido muy amada de él; sin embargo, fui más feliz con Hugo, porque era de mi edad; á Alfonso le respeto; ¡á Hugo le quería con toda mi alma! Conde, prometedme que hareis cuanto podáis para que el rey dé á Urraca un esposo jóven y amable, á quien ella pueda amar.

—Os lo prometo, señora.

—Ahora idos, murmuró la reina con voz débil; me siento fatigada, y deseo descansar.

Salió el Conde y las criadas entraron para acostarla al instante en su lecho.

Dos dias despues, murió Constanza dulcemente y como una luz que se extingue.

Tenia veintinueve años y habia estado casada doce con Alfonso VI.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### III.

La muerte dejó á Urraca sola y triste, pues el palacio de su padre, lleno de guerreros, no era para la pobre niña una mansion agradable.

El Conde Ansurez, compadecido de la soledad y de la tristeza de la infanta, escribió al rey diciéndole que convenia no sólo que apresurase su vuelta, sino tambien elegir un esposo para la infanta.

Don Alfonso tardó poco en contestar: al final de la carta decia así:

«Por lo que me dices de la infanta, no te apenes; presto voy yo y le llevo marido de tales condiciones como pueden desearse: es D. Ramon, hijo del Conde de Borgoña, Guillermo, sobrino de mi querida y malograda esposa Doña Constanza, y, por lo tanto, primo de Urraca. Le conviene de todos modos; es joven y de gallarda apostura, y, además, hermano de Guido, el que ocupa la silla de San Pedro con el nombre de Calixto II. Ya ves si podia elegir mejor; así que yo llegue se desposarán, y se unirán el dia que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### III.

La muerte dejó á Urraca sola y triste, pues el palacio de su padre, lleno de guerreros, no era para la pobre niña una mansion agradable.

El Conde Ansurez, compadecido de la soledad y de la tristeza de la infanta, escribió al rey diciéndole que convenia no sólo que apresurase su vuelta, sino tambien elegir un esposo para la infanta.

Don Alfonso tardó poco en contestar: al final de la carta decia así:

«Por lo que me dices de la infanta, no te apenes; presto voy yo y le llevo marido de tales condiciones como pueden desearse: es D. Ramon, hijo del Conde de Borgoña, Guillermo, sobrino de mi querida y malograda esposa Doña Constanza, y, por lo tanto, primo de Urraca. Le conviene de todos modos; es joven y de gallarda apostura, y, además, hermano de Guido, el que ocupa la silla de San Pedro con el nombre de Calixto II. Ya ves si podia elegir mejor; así que yo llegue se desposarán, y se unirán el dia que

mi hija cumpla sus doce años. De esta suerte recompensaré las valerosas hazañas de D. Ramon, hazañas que no tienen igual en la cristiandad; á Urraca daré la sucesion de mis reinos, y si muero sin hijos varones, ella los regirá.»

Esta carta calmó un poco la inquietud del Conde, que no podía vivir por su afan en cuidar de la infanta y de librarla de los asedios de Diego Lainez, que no cejaba en su empeño de amarla y de decírselo.

Poco despues de su misiva, llegó el rey acompañado de un lucido séquito de caballeros y trayendo muchos despojos de la guerra.

Entre aquella brillante corte, resplandecía como un astro D. Ramon de Borgoña.

Era un jóven que podia contar unos veintieinue años; su aspecto, casi régio, imponia respeto, pero su belleza inspiraba casi amor.

Su cabello rubio caía en largos rizos sobre sus hombros y espaldas.

Su armadura de acero marcaba todas las formas de su talle con una exactitud y perfeccion maravillosas; era de alta estatura y de apostura al mismo tiempo marcial y cortesana; en sus ojos reia la dulzura, y brillaba una majestad tranquila y grave.

Urraca le dió al instante su corazon, pues nada habia más perfecto que él; no se cansaba de mirarle, y el pobre Diego Lainez quedó del todo olvidado ante el brillante D. Ramon de Borgoña, guerrero el más

valeroso é ilustre de las huestes que militaban bajo las banderas de Alfonso VI.

—¿Es esta, señor, la infanta vuestra hija, cuya belleza se nombra en todos vuestros reinos? preguntó Don Ramon señalando á la jóven, que inclinó la cabeza ruborizada.

—Esta es, respondió D. Alfonso.

—Lo que es ahora no ha mentido la fama, continuó el Conde, sino que se ha quedado muy atrás en sus alabanzas.

—¿Tal os parece? preguntó el rey con una sonrisa.

—A fé de cristiano y caballero.

—Pues, D. Ramon, miradla bien y ved si os conviene para esposa vuestra, porque, si tal aconteciere, os la daría con el gobierno de Galicia.

Todos los nobles se miraron, atónitos de la gran merced que el rey queria hacer al jóven guerrero.

—No hallo otro medio de recompensar todos los servicios que os debo, prosiguió D. Alfonso; no tengo más hijas que mi Urraca y la nombraré heredera y sucesora de mis reinos, en tanto que yo viva, os daré el Gobierno de Galicia para los dos, segun ya os he dicho.

El Conde se arrodilló y besó la mano del monarca con profunda gratitud.

—Señora, dijo despues, volviéndose hácia Urraca, yo no quiero deber nada á vuestra obediencia; lo quiero deber todo á vuestro corazon: ¿estais contenta

con las disposiciones de vuestro padre? ¿Podreis amarme como á esposo?

—Sí, por cierto, respondió la infanta, ruborizada.

—Pensadlo bien, sin embargo, insistió el Conde, y, cuando querais, dadme vuestra respuesta que esperaré como mi sentencia de vida ó muerte.

Despues de estas razones, el rey despidió á todos para que fuesen á entregarse al descanso.

Urraca se retiró tambien; y apresurada, con el rostro lleno de alegría, penetró en una galería baja del palacio de su padre, que comunicaba con una de las alas del edificio.

Al fin habia una puerta grande; la infanta llamó y una voz gruesa preguntó desde adentro:

—¿Quién vá?

—Abridme, soy yo, respondió Doña Urraca como si nada más hubiera necesitado para darse á conocer.

En efecto; nada más fué menester; la puerta se abrió y dejó ver la cabeza ruda de un hombre de armas.

—Pasad, señora, dijo con respeto y bajando la punta del venablo que llevaba al hombro.

La infanta se halló en otra galería que comunicaba con un pátio: entró en él, subió una escalerilla y salió á una especie de vestíbulo donde habia algunos soldados.

Todos se levantaron al verla, y uno de ellos se adelantó á abrirle una gran puerta de roble que sólo

estaba entornada y que dejaba escapar algunos dulces acentos.

La infanta se vió en la presencia de tres hermosas mujeres.

La de más edad era Doña Jimena, esposa del famoso Cid Campeador, que tantas victorias consiguió contra los moros, en el reinado de Alfonso VI.

Las otras dos, que contarian respectivamente catorce y quince años de edad, eran sus dos hijas Doña Elvira y Doña Sol.

Eran las tres, como ya he dicho, de peregrina belleza; la de la madre, majestuosa y grave; la de las hijas, dulce y angelical.

Las tres se levantaron para recibir á Doña Urraca que les hizo con la mano un ademán para que se sentaran, sentándose ella á la vez en un escaño de madera.

—Seguid, seguid ensartando vuestras perlas, dijo á las jóvenes que, en efecto, se ocupaban en ensartar finísimas perlas; y vos, señora, no dejéis de hilar vuestra lana; yo os miraré y os contaré entre tanto una cosa.

—Ya os escuchamos, señora, dijo Doña Jimena.

—Pues bien, sabed que me caso, dijo Doña Urraca con petulancia infantil; el rey, mi padre, da mi mano al Conde D. Ramon de Borgoña.

—¿A vuestro primo?

—Al mismo: ¿le conocéis?

—No, señora, nunca le hemos visto, respondió por todas Doña Sol.

—¡Oh, pues no os podeis imaginar un caballero más hermoso! exclamó la infanta con entusiasmo; en su rostro resplandecen unidos la belleza y el valor; sus ojos son como las estrellas que, así á vosotras como á mí, nos gusta mirar por la noche; sus cabellos son rubios como el sol; es alto como el joven roble que crece en nuestras montañas; dulce su voz, como el sonido del agua; al verle sonreír, he creído ver una roja flor que abría sus hojas al viento: señora, amigas mías, D. Ramon es hermoso como ninguno.

Al hablar así, en el rostro de la infanta brillaba la alegría y el cándido orgullo del amor satisfecho y feliz: Doña Jimena la contempló con una sonrisa y luego dijo:

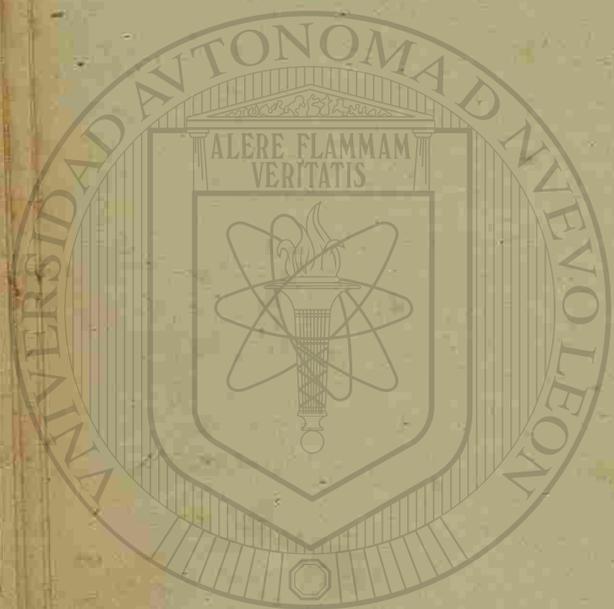
—Es muy bueno que el hombre á quien hemos de unir nuestra suerte, parezca hermoso á nuestros ojos; y sólo deseo, señora, que su alma corresponda á la belleza que os enamora y que, del mismo modo que mi Rodrigo, una á la física la moral.

—¡Sí, él será bueno sin duda! exclamó la infanta; ¿no decís que Dios pone sobre la frente de sus elegidos un sello incomparable? Pues en él lo hallareis; pero oigo en el pátio el paso de algunos caballos; quizá es él, que sale... irá á visitar la ciudad; venid, Jimena, venid, amigas mías.

La infanta corrió á la ventana y sus tres compañeras la imitaron.

Era, en efecto, D. Ramon el que salía, seguido de los deudos y compañeros que había llevado consigo; montaba un caballo blanco con hermosas gualdrapas, y llevaba trás él una nube de pages de su casa, y como decoro de su nobilísima estirpe.

—Es, á la verdad, un caballero muy gallardo, dijo Doña Jimena, y hareis, señora, los dos, la más apuesta pareja de estos reinos que gobierna vuestro padre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

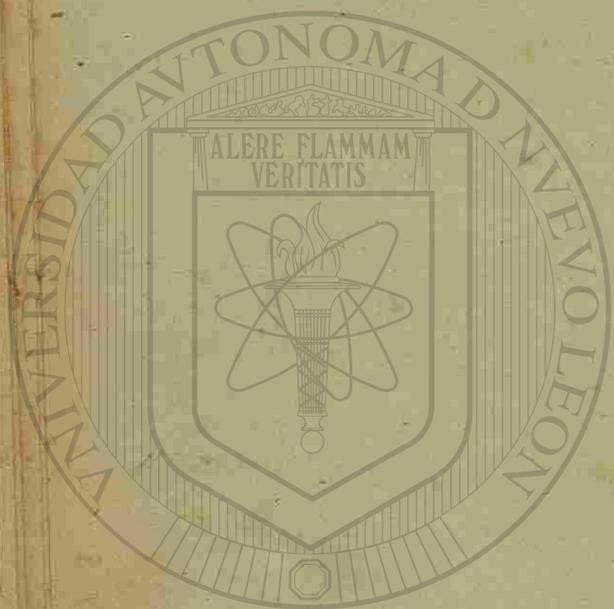
Poco tiempo despues casó Doña Urraca con Don Ramon, y ambos marcharon á su gobierno de Galicia con el título de Condes soberanos.

La infanta iba radiante de felicidad, pero no así su esposo, en cuyo aspecto apareció de repente la sombra de una negra melancolia.

Los nuevos esposos fueron por de pronto á habitar su palacio de Grajal de Campos, y Doña Urraca, ciega con su felicidad, pasó largo tiempo sin ver el abismo sobre el cual se dormia.

Sin embargo, advirtió al fin en su esposo cierta cosa extraordinaria: su sonrisa era violenta; su hablar desacorde; parecia siempre consumido de impaciencia y de fatiga, su sueño era intranquilo y muchas veces, al despertar su esposa, le halló levantado sentado cerca del lecho y con el semblante contraido por un amargo dolor.

—¿Qué es lo que os apena, señor mio? preguntaba doña Urraca á su esposo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Poco tiempo despues casó Doña Urraca con Don Ramon, y ambos marcharon á su gobierno de Galicia con el título de Condes soberanos.

La infanta iba radiante de felicidad, pero no así su esposo, en cuyo aspecto apareció de repente la sombra de una negra melancolia.

Los nuevos esposos fueron por de pronto á habitar su palacio de Grajal de Campos, y Doña Urraca, ciega con su felicidad, pasó largo tiempo sin ver el abismo sobre el cual se dormia.

Sin embargo, advirtió al fin en su esposo cierta cosa extraordinaria: su sonrisa era violenta; su hablar desacorde; parecia siempre consumido de impaciencia y de fatiga, su sueño era intranquilo y muchas veces, al despertar su esposa, le halló levantado sentado cerca del lecho y con el semblante contraido por un amargo dolor.

—¿Qué es lo que os apena, señor mio? preguntaba doña Urraca á su esposo.

—Nada, respondía éste ensayando una sonrisa.

—¡Sin embargo, vos sufrís!

—No, por cierto; se os figura así, pero os engañáis.

La infanta quedaba por entónces convencida; su corazón la avisaba de alguna desgracia; pero no podía adivinar de dónde venía.

Entre estas angustias dió á luz á su primer hijo el infante D. Alfonso, que despues reinó con el título de emperador.

Una noche en que creía al Conde en su misma estancia, le llamó y no recibió ninguna contestación.

Volvió á llamarle y notó el mismo silencio.

La infanta se incorporó en su lecho y miró en derredor suyo; estaba sola.

Sus criadas, despedidas por el Conde, se habian ido á recoger, y éste habia quedado al cuidado de su esposa.

La habitación estaba alumbrada, segun el uso de la época, con una pequeña lámpara de hierro, suspendida de la bóveda por medio de tres cadenas del mismo metal.

Doña Urraca se echó fuera del lecho creyendo que su esposo se habria dormido en algun apartado rincón de la estancia, acaso vencido por la fatiga; pero, por más que miraba á todas partes, no le pudo ver; no se hallaba allí.

Una terrible sospecha brotó en aquella alma jóven é inexperta; su marido la engañaba: aquella tris-

teza, aquella preocupacion profunda, no eran otra cosa que algún otro amor.

¿Pero dónde estaria?

No lo sabia, ni por entónces podia averiguarlo.

Lágrimas amargas y abrasadoras corrieron por las mejillas de Doña Urraca: era la primera pena profunda y sin consuelo, que se deslizaba en el corazón de la pobre niña.

Dejóse caer en un asiento y dió rienda suelta á su dolor, más agobiador cuanto ménos tenia á quien confiarlo.

Allí permaneció algunas horas, durante las cuales su agudo dolor tronchó todas las inocentes flores de su alma.

Ya cerca de la aurora, oyó algunos pasos cautelosos y volvió á tenderse en el lecho aparentando que dormía.

Entró el Conde.

Su aspecto era entónces alegre y satisfecho; habia vuelto á ser el que conoció Urraca, el día de su llegada á Leon.

Se acostó, y pronto el sueño cerró sus ojos y trajo ante ellos dulces y agradables visiones.

Un nombre se escapó de su boca envuelto en una sonrisa.

—¡Zoraida!

—¡Es una mora! gritó la infanta levantándose poseída de horror; es mayor el baldon de lo que yo

creía. ¡Oh! pero yo descubriré á esa mujer, y me vengaré de ella cruelmente!

La desgraciada jóven no pudo ya volver á conciliar el sueño, y pasó todo el tiempo de su soledad en formar proyectos de ódio y de venganza, contra la que le arrebatava el amor de su marido.

Cuando se levantó, tenia el semblante pálido y alterado, pero supo contestar con la sonrisa en los labios y la voz tranquila á las preguntas de su marido, para llevar á cabo el plan que meditaba.

Por la noche acechó el instante en que, creyéndola dormida, salia el Conde, se levantó, se vistió de prisa, y acompañada de un viejo escudero, que habia llevado consigo entre otros deudos de su padre, salió detrás de su marido.

Este salió al campo por una poterna, cuya llave tenia; el acompañante de la infanta se habia provisto de otra llave igual, y él, seguido de su señora, salió tambien á la campiña.

La luna brillaba clara y tranquila; los árboles se movian impulsados por el suave viento de la noche; entre un bosque de laureles se veía, como una paloma entre un nido de verdura, una casa blanca con celosías pintadas de encarnado.

Era uno de aquellos maravillosos palacios moros de aspecto modesto y casi pobre, pero que encerraban en su seno tesoros de riquezas en joyas, pinturas, tapices y cuanto bello puede discurrir el arte.

Aquel palacio ó casa, en el que jamás habia fijado Urraca su atencion, se hallaba muy cerca de su vivienda de Condes soberanos.

Al llegar á la puerta, D. Ramon no tuvo necesidad de llamar, porque le esperaban; la puerta se abrió y la claridad de la luna dibujó una forma blanca y esbelta como una aparicion fantástica y bella.

Aquella debia ser la mora; y así lo sintió Doña Urraca en su corazon, que latió apresuradamente.

La puerta quedó entornada; daba paso á un hermoso jardin, y los dos amantes, creyéndose sólo en medio de toda la naturaleza, no pensaron en cerrar para precaverse de una sorpresa.

Por la misma puerta entraron Doña Urraca y el viejo soldado que la acompañaba; y detrás del Conde y la mora se adelantaron por el jardin, que, á pesar de la luna, estaba sombrío á causa de la espesura de los árboles.

A un lado de aquel huerto, cargado de flores y de perfumes, se levantaba un pabellon pintado en su exterior de rojo y azul: dentro, y á través de sus entreabiertas persianas, se veía arder una lámpara de alabastro, que daba una luz semejante á la de la luna.

El Conde y su compañera desaparecieron dentro de aquella estancia, y sin duda pasaron á otra, porque bien pronto se perdió el rumor de sus pasos.

Entónces la infanta asomó su cabeza, llena de una ánsia mortal, para examinar aquella estancia.

Era preciosa y parecía habitada por la diosa del deleite y de la belleza; el mármol, el oro y el jaspe brillaban por todas partes; la seda descendía en largos pabellones delante de las paredes; en el centro, una cascada caía en una fuente de mármol, y se deshacía en menuda lluvia, regando una multitud de flores de los más ricos matices.

En derredor de la fuente, algunos pájaros cantores dormían en jaulas de marfil calado; algunos braseros de oro quemaban lentamente delicados perfumes; y una guzla de marfil se veía colocada sobre una pila de almohadones de brocado celeste, bordados de estrellas de plata.

—Quédate al lado de la puerta del jardín, Bermudo, dijo la Condesa al que la había acompañado; guárdala, y espérame, que salgo al instante.

—Cuidado, señora, dijo el viejo soldado; estos moros son malos y aborrecen á los cristianos.

—Ya lo sé; no te inquietes por mí, buen Bermudo, dijo Doña Urraca; no expondré mi vida, y además, aquí se halla mi esposo, que la defenderá si peligrá.

—¿Quién sabe, señora! estas moras dan bebedizos y hechizan á los caballeros, que, despues de tratarlas, ya nunca vuelven á ser lo que ántes eran.

La infanta se ahogaba; hizo una señal con la mano á su servidor para que se alejase, y quedó sola en el mágico y aromado gabinete.

—¡Oh, Dios mio! ¡Qué hermoso es esto, murmuró,

qué diferencia de esta cultura morisca á nuestra guerrera rusticidad! ¡Qué belleza en los menores detalles! ¡Qué riqueza en el conjunto! Y esa mujer... ¿si será hermosa? ménos que yo, sin duda, porque Dios, en su justicia, no puede haber dado todos los medios de ser dichosa á una infiel.

Calló la infanta abrumada con el peso de su pena é interrumpida por un leve ruido que oyó cerca de ella; era que una mano ligera había descornado un tapiz de seda que cubría una especie de ventana sostenida con delgadas columnas de mármol blanco, y que por su altura parecía más bien una puerta.

Doña Urraca miró aquella mano que había descornado la cortina, y apénas pudo reprimir una exclamacion de sorpresa.

Era la de una jóven de diez y ocho á veinte años, blanca como una azucena, y cuyo hermoso rostro estaba alumbrado por dos grandes y rasgados ojos negros y guarnecido por largas trenzas de cabellos del mismo color.

Aquella cabeza peregrina, estaba más hermosa adornada con un turbante de gasa blanca, prendido con una garzota de brillantes.

Su traje era espléndido, y se componía de seda, púrpura y blanca, oro y piedras preciosas; gruesas sargas de perlas, adornaban su seno; largos zarcillos de oro pendían de sus orejas y adornaban su cuello, y sus dedos estaban llenos de soberbias sortijas.

La jóven mora vió á Doña Urraca, y dejó escapar á su vez un agudo grito, que hizo acudir á Don Ramon.

Pero como si aquel grito hubiera tenido el poder de despertar á todos los habitantes de la casa, algunas luces, agitadas por una carrera presurosa, aparecieron en todos los ángulos del jardin, y varios esclavos se divisaron á lo léjos.

Antes que nadie, apareció un anciano moro, de larga barba blanca, que descansaba sobre su pecho, y vestido con suntuosidad.

Aquel anciano caminaba con precipitacion, y, desde muy léjos aún, gritó con angustia:

—¡Zoraida!

—¡Mi padre! exclamó la mora; ¡perdidos somos!

—¡Zoraida, hija mia! ¿Qué te sucede? prosiguió el anciano; ¿qué te pasa? ¿Acaso ha entrado en casa alguno de esos perros cristianos?

Al acabar de pronunciar estas palabras, el viejo llegó á la puerta del pabellon, y en su ánsia por penetrar en él, tropezó con la infanta, que retrocedió dos pasos.

—¡Ah! ¡Bien dije yo que seria un cristiano! exclamó el viejo al ver al Conde; y desenvainando un largo puñal que llevaba pendiente de la cintura y sujeto con un tahali bordado de oro, se arrojó hácia el Conde.

Mas en el instante de descargarlo, su brazo halló otro pecho.

El rayo no es tan rápido como Zoraida para caer entre el puñal y su amante, previendo el furor de su padre; clavóse el puñal en su blanco seno, y un raudal de sangre saltó hasta la frente del anciano, que aún empuñaba el arma homicida.

—¡Hija, hija mia! gritó el viejo soltando el hierro y precipitándose hácia el cadáver de su hija, que habia caído al suelo sin exhalar un suspiro; ¡hija mia, qué he hecho yo! ¡Oh, soy indigno de ver la luz del sol! ¡Yo te he muerto, y tu eras mi alegría y la vida de mis ojos! ¡Oh, desventurado de mí!

En tanto que el pobre padre exhalaba de esta suerte su dolor, la infanta, que temia la desesperacion de aquel infeliz anciano, tomó el brazo de su esposo, que permanecia inmóvil y anonadado, y le dijo:

—¡Venid! Salgamos de aquí!

Don Ramon se dejó llevar sin oponer ninguna resistencia, del mismo modo que si fuera sonámbulo ó loco.

Urraca le condujo hasta la puertecilla guardada por Bermudo, y salieron los tres sin que nadie les dirijiese la palabra, pues aquella catástrofe tenia consternados y absortos á todos los habitantes de la casa.

La infanta llevaba el espanto en el corazon; pero al mismo tiempo abrigaba la secreta y alegre esperanza de volver á los tiempos de paz y de felicidad

que se habían acabado para su union; ni una sola palabra de reproche dirigió al Conde, ni al llegar á su casa, ni despues: su corazon generoso le decia que ya el cielo se habia tomado el trabajo de castigar su infidelidad, y que era poco noble enconar tan sangrienta llaga, y sólo trató de hacerse amable á sus ojos, proponiéndole toda clase de distracciones, y probándole su cariño en cuantas ocasiones le era posible.

Pero D. Ramon habia ya dejado de ser el esposo enamorado y tierno; dominóle una tristeza amarga y casi feroz, y, aunque jamás nombraba á la desventurada Zoraida, se conocia bien que, indirectamente, acusaba de su muerte á la infanta por el cuidado con que huía su presencia, y por la manifiesta repugnancia con que recibía sus cariños y las pruebas de su solicitud.

Júzguese del dolor de aquel corazon de quince años: una sombría nube envolvió todas las alegrías de la infanta; sus ilusiones cayeron al suelo destrozadas, como las hojas que arranca la tormenta del árbol frondoso y verde; volvió los ojos en torno suyo, y se halló sola en la tierra, pues su padre habia vuelto á casarse, olvidando la memoria de su madre, y únicamente se ocupaba de su nueva esposa y de la guerra.

Además, ¿para qué habia de contristarle con la relacion de su desgracia? ¿Qué podian la autoridad y el afecto paterno, contra el mal que le affigia? ¿Cómo podia cambiar el corazon y los sentimientos

del Conde, y reanimar el amor que ella tenia derecho á esperar, si éste se habia extinguido como una luz que se apaga?

Tales fueron las reflexiones de aquella niña, cuyo claro entendimiento era muy superior á su edad.

La desgraciada encerró en su pecho todo su dolor, y esperó en la bondad del cielo.

Ocho dias pasó en la angustiosa expectativa del que, perdido todo el bien que poseia, expía con ansia el primer rayo de luz que le anuncia la vuelta de su dicha; empero aquel rayo no apareció jamás ya en el horizonte de su vida; el Conde siguió siendo sombrío, rudo y silencioso; jamás salia de sus labios una palabra dulce, ni asomaba á ellos la sonrisa; ni el nacimiento de una hija pudo separar de su alma la sombra de Zoraida, muerta, y muerta por salvarle la vida; la veía en sueños y la llamaba á voces tendiendo hácia ella los brazos y dándole los nombres más tiernos; luego se le figuraba verla caer exánime, y sollozaba dolorosamente acusando á su esposa por haber ido allí, y haberle arrancado aquel grito de sorpresa que atrajo á su padre para darle la muerte: entónces maldecia el dia en que se habia casado con la infanta y se maldecia á sí mismo, por no haber sabido despreciar todos los miramientos y haber huido con la mora.

Al despertar de estos terribles sueños que minaban su vida con los accesos de la fiebre, hallaba

siempre á la infanta al lado de su lecho; pero entónces se cubria el semblante con las manos, como si no hubiera podido soportar su vista, y caia en el silencio que le era habitual.

Ni la vista de sus hijos D. Alfonso y Doña Sancha, pudo disipar aquella terrible enfermedad de su alma y murió en el mismo Grajal de Campos, donde tan feliz había sido la infanta; bajó al sepulcro en el año 1107, quedando la infanta viuda á los veinte y seis años de edad, y madre de dos niños de seis y ocho.

Entónces, extinguida toda esperanza, herida á un tiempo por aquel terrible desengaño y por el golpe de la muerte de su marido, el alma de la infanta se llenó de una tristeza profunda; jamás la plácida alegría volvió á aposentarse en ella; acusaba de injusto á su destino que la había abrumado con la aversión de su culpable esposo, quien había muerto sin dirigirle una mirada dulce.

Su padre—que en aquellos ocho años se había vuelto á casar por tres veces más—la llamó á su lado apenas supo su viudez, y Doña Urraca partió para Leon; pero bien pronto, cansada por el ruido de la córte y asediada por las tristes memorias que se levantaban en su corazón, se volvió á su gobierno de Galicia, tan abatida y triste como cuando le había dejado.

V.

En los primeros dias de Julio de 1109, es decir, dos años despues de la viudez de Doña Urraca, heredó ésta como propietaria, los reinos de Leon y Castilla por la muerte de su padre Alfonso VI.

Este rey, cuyo más grande deseo había sido dejar su trono á un heredero, no lo pudo conseguir aunque había estado casado seis veces, y murió con la dolorosa certidumbre de que sus hermosos y florecientes reinos serian asolados por la guerra.

La infanta, llamada para asistir á la agonía de su padre, llegó presurosa: aún llevaba el luto de su viudez, que era blanco entónces; su belleza, á la sazón admirable, estaba revestida de un aire de melancolía y de abatimiento que la hacia muy interesante; llegó con su hijo y fué introducida en la cámara real con todas las demostraciones de adulator respeto, debidas á la soberana que había de ceñirse en breve la corona del rey que iba á morir.

La cámara de D. Alfonso era espaciosa; el lecho estaba adornado de trofeos militares, y en la cabecera

se veían las banderas ganadas á los moros, que parecían dar sombra á la severa figura del rey.

La cámara estaba llena de los Grandes señores leoneses, castellanos y gallegos; junto al lecho lloraba la reina Beatriz, última esposa del rey, y que era una buena y modesta joven.

La infanta entró llevando de la mano á su hijo; ambos se acercaron al lecho del rey, que les abrió sus brazos, mirando con afán y estrechando entre su pecho al infante D. Alfonso, única esperanza en lo futuro de la Monarquía.

—Hija mía, dijo el rey á Doña Urraca con voz que iba siendo débil y opaca; Dios me llama á sí y te dejo, ricos, pacíficos y florecientes los reinos que recibí de mi padre; como sucesor y heredero tuyo, nombro, como se verá en mi testamento, á tu hijo; así que llegue á la edad nubil, se le coronará rey de Galicia; para esto, te gobernarás por los consejos de mis Condes, cuyo parecer atenderás siempre, y sobre todo, el de tu ayo D. Pedro Ansures que llamarás á tu lado; Urraca, en el horizonte aparece un rayo desolador y terrible; éste es D. Alfonso, rey de Aragon y llamado el Batallador; no dudes que ahora, que te quedas sola, querrá apoderarse de los reinos que te lego y que no ha pretendido por miedo á mis armas; pero te dejo el apoyo de toda la nobleza del reino, que te defenderá, y á tu hijo también.

El rey se detuvo fatigado; por las mejillas de

Doña Urraca caían gruesas lágrimas, y no había uno sólo de los presentes que no estuviera hondamente conmovido, porque conocían que Dios iluminaba la razón del moribundo para hacerle ver las cosas y los sucesos venideros, con terrible claridad.

El infante D. Alfonso miraba á su abuelo consternado y trémulo; su madre enjugó el llanto, y respondió:

—Padre y señor, podreis tranquilizar vuestro espíritu, que yo haré todo aquello que vuestra grandeza y vuestro amor me ordenan; nada emprenderé por mi sola y sin consultar con los próceres del reino; yo sé quién son, señor; sé que nacidos en la humildad, casi todos nuestros Grandes, han sido educados á expensas de vuestra magnanimidad, enriquecidos con abundancia y ensalzados por vos; sé que después han peleado por vuestra causa y que todos os deben inolvidables mercedes.

—Todo eso es cierto, respondió D. Alfonso, y por lo mismo, sujeto á todos á tu obediencia y les encargo tu persona y reino para que te ayuden y amparen con toda fidelidad y diligencia; por tu parte, cumple tu palabra y mi consejo y jamás emprendas nada sin contar con su parecer.

Después de estas razones, reinó el silencio; retirados todos, el rey se preparó á morir con aquella piadosa fé, que toda su vida le habia distinguido; el obispo de Leon, que era tan gran guerrero como

buen sacerdote, (1) le administró los Santos Sacramentos y el monarca rindió su alma tranquila y cristianamente.

La reina viuda Doña Beatriz volvió á su país, quedándose la infanta pacífica poseedora de los estados de su padre.

El primer cuidado de los Grandes fué preparar su coronacion y jura con gran pompa, pues amaban sinceramente á Doña Urraca, cuyo noble y magnánimo carácter conocian desde niña; fundaban además muchas esperanzas en su hijo, el tierno príncipe Don Alfonso, que hechzaba por su hermosura y la extrema dulzura de su carácter.

El dia veintidos de julio, tuvo lugar la gran ceremonia de la coronacion de Doña Urraca, en la catedral de Leon.

A las once de la mañana salió la procesion de palacio en el órden siguiente:

Abrian la marcha gran número de peones.

Seguia el clero con hachas encendidas.

Despues iban apiñadas masas de pueblo, vestido de fiesta.

Detrás caminaban los obispos y algunos señores extranjeros que habian acudido para asistir á la ceremonia.

(1) En aquel tiempo los obispos se vestian la cota de malla e iban á los combates.

Por último, y cabalgando en una blanca yegua, iba la reina, vestida de rojo y oro y con la corona real sobre sus tocas de lino.

Al lado de la reina, iba á caballo en un brioso potro negro, y rodeado de pajes, el infante D. Alfonso; y al lado suyo, sentada sobre otra yegua blanca, como la de su madre, se veia á la tierna infanta Doña Sancha, que despues fué la gloriosa reina de Leon.

En rededor de la reina y de sus hijos, cabalgaban los próceres y Condes del reino, llevando al frente los estandartes ganados á los moros, y por último, cerraban la procesion muchisimos guerreros de la guardia de la reina.

La comitiva recorrió lentamente las calles invadidas por la muchedumbre; de los tres reinos habian acudido para conocer y saludar á la nueva soberana, y atronaba los aires este grito, repetido sin cesar:

¡Viva la reina Doña Urraca!

Llegaron, por fin, á la catedral magníficamente iluminada; empezó el Oficio Divino colocándose la reina bajo el sόlio que se le habia preparado al lado izquierdo del altar, y los infantes en otros asientos junto á él, y despues de la consagracion de la misa, Doña Urraca se arrodilló sobre un rico cojin de seda.

Dos próceres, cubiertos con sus mantos de larga cola, levantaron la corona real que ceñia su frente, y la sostuvieron en el aire; el obispo de Santiago, Don

Diego Gelmirez, ungió su frente con el óleo santo; los dos Condes colocaron de nuevo la corona sobre la cabeza de Doña Urraca, y el obispo de Leon, que con el de Valladolid ayudaba en los oficios al de Santiago, dijo con voz solemne:

—Levantaos, reina de Castilla y de Leon; ya estais consagrada y ungida, y vuestra persona es la imagen de Dios sobre la tierra.

Levantóse la reina, pero ni una chispa de alegría brilló en sus grandes ojos; su corazón habia quedado muerto con el desengaño de su primer amor y los sufrimientos de su matrimonio.

Como si sólo agradeciera al cielo la grandeza que le enviaba por su hijo, volvió hacia él una mirada de inefable ternura.

Dos Condes agitaron los estandartes del reino, y puesto cada uno al lado del altar mayor, delante del cual se hallaba en pié la reina, gritaron:

—¡Larga vida á Doña Urraca, reina de Castilla y de Leon!

—¡Larga vida á la reina!—repitió la muchedumbre que llenaba la catedral.

Concluyó el oficio divino y la procesion volvió á palacio.

La reina llevaba pintado en su rostro un dolor mortal; aquella pompa, aquella grandeza, habian abierto de nuevo todas las llagas de su corazón.

¡Cuán feliz hubiera sido si hubiera podido partir-

las con su esposo, con aquel esposo que la amó durante algun tiempo, sólo para hacerle más amargo despues su desvío!

¡Qué soía se veía en medio de su poder! ¡Qué triste en medio de aquella grandeza!

Al volver á palacio, firmó la confirmacion de los fueros de la córte y del territorio de Leon, y este documento fué firmado despues por varios obispos y por su tutor y primer consejero el Conde D. Pedro Ansurez, lo que desmiente la aseveracion de algunos historiadores, que aseguran que el primer acto de gobierno de Doña Urraca, fué desposeer de sus Estados al Conde y separarle de su lado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI.

Habían apénas pasado algunos meses desde la elevación al trono de Doña Urraca, cuando empezaron á correr sordos y alarmantes rumores: se decía que el rey de Aragon hacia grandes preparativos de guerra para ir á arrojar del trono á Doña Urraca y á apoderarse de sus Estados.

Ni la reina ni los grandes hicieron, por el pronto, gran caso de estas voces, suponiendo que eran vanas suposiciones de mal intencionados; pero de tal suerte se repitieron, que Doña Urraca creyó lo más prudente enviar una persona de su confianza, para averiguar la verdad.

Uno de los tres hermanos Ansúrez fué el designado, y marchó á Aragon con todo el sigilo posible, fiando la reina enteramente en su prudencia y fidelidad.

Su tardanza en volver fué muy corta; la reina, queriendo dar una prueba de su aprecio á los Grandes del reino, los convocó á consejo, y recibió delan-

te de ellos á su mensajero, que llegó lleno de sudor y de polvo.

—Señora, dijo, ántes de todo, he de rogar á vuestra grandeza que me perdone el estado en que me presento á sus augustos ojos; pero las nuevas que traigo son de tal importancia, que hubiera deseado tener alas para llegar más pronto aquí.

—Hablad, respondió Doña Urraca; cuando el interés de mis reinos pelagra, en nada reparo. ¿Lo creéis vos comprometido?

—Sí, señora.

—¿Son verdaderos los rumores que corren acerca del rey de Aragon?

—Desgraciadamente, no pueden serlo más. Don Alfonso el Batallador se prepara para venir sobre vuestros reinos.

—¿Cómo! ¿Osará...?

—Poco tardaremos en verlo talar y destrozarnos nuestras campiñas y nuestras ciudades, que anhela poseer, y que destruirá si no puede conseguirlo. Está armando un ejército formidable; me he informado bien; he recorrido todos los cuarteles de la ciudad, he oído, he expiado, y no me queda duda de lo que afirmo á mi reina y señora.

—Bien está, dijo Doña Urraca, cuyo espíritu poco varonil y acongojado ya con largas y silenciosas penas, se contristó profundamente al oír aquellas nuevas. Tomad asiento entre mi consejo, Ansurez, y vea-

mos lo que se decide para contener ese torrente asolador.

Un triste silencio siguió á las palabras de la reina, que hacia grandes esfuerzos para conservar la apariencia de la serenidad.

—¿Y qué, señores! exclamó Doña Urraca, ¿nada me aconsejais?

—Nada sabemos que aconsejaros, señora, dijo Ansurez; en todos vuestros reinos, no hay soldados bastantes para oponer dique á ese rey feroz.

—Es, añadió un obispo, el guerrero más hábil y valeroso que se ha conocido en nuestros tiempos.

—No es esto lo que le hace tan temible, observó otro. Más espantan su ambicion, su crueldad y su carácter verdaderamente agreste.

—¿Y es así, dijo dolorosamente la reina, como cumplís con el sagrado encargo de vuestro rey moribundo? ¿Es así como velais por mí, por los Estados que él dejó ricos, pacíficos y florecientes? ¡Y qué! ¿Porque me ve sobre el trono, débil mujer, y quiere usurpármelo, le dejareis, atemorizados con su fiereza y crueldad? ¿Dónde están los guerreros que Alfonso VI llevó á combatir contra los moros? ¿Dónde están los esforzados campeones que arrojaban sobre la arena las banderas morunas y las hacian servir de alfombra á sus caballos?

Doña Urraca se habia levantado, y hablaba llena de enojo; su rostro animado, sus ojos brillantes, le

prestaban la radiante belleza de otros días, que habían amortiguado en ella las penas de su corazón; los nobles, confusos, bajaron la cabeza, y por el pronto nadie respondió una palabra al vehemente razonamiento de la reina.

—Señora, dijo el anciano D. Pedro Ansurez; yo pudiera proponeros un medio, pero es sobradamente duro.

—Decid, respondió la reina; por duro que sea, fuerza será aceptarlo, pues no he de dejarme despojar de los Estados de mi padre.

—Pues bien, señora; D. Alfonso no ha tenido nunca esposa, y vos podríais serlo suya.

El horror se pintó en el rostro de Doña Urraca; desapareció el animado carmin de sus mejillas, y las cubrió una palidez mortal.

—¡Yo! exclamó, ¡yo casarme con esa fiera coronada! ¿Qué osáis proponerme, Ansurez?

—Ya lo he dicho, señora; es el único medio que, á mi parecer, existe para salvar el reino, y quizá vuestra vida y la de los infantes vuestros hijos.

—¡Y qué! Donde hay guerreros esforzados, ¿es preciso que se sacrifique una mujer, madre y reina? exclamó dolorosamente Doña Urraca: ¿no sentís subir á vuestras frentes el carmin de la vergüenza, próceres á quienes mi padre sacó de la nada, para subir tan alto y acercaros á su trono? ¿Es así como le defendéis? ¡Ah! ¡Si él hubiera sabido lo que valíais,

jamás os hubiera tendido su mano soberana! ¡Jamás hubiérais pasado los umbrales de su palacio!

—Señora, dijo uno de los jóvenes Condes, vuestras palabras encienden mi sangre, y quisiera reunir yo sólo el poder de mil peones, para defender los reinos que os legó Alfonso VI, nuestro rey y bienhechor; pero veo, y os lo juro por Cristo y por mi espada, que nos es imposible sostener la guerra con el rey de Aragón; nuestro ejército es nada comparado con el suyo, y vendrá sobre nosotros á sangre y fuego; haga la astucia lo que no puede hacer la fuerza; casáos con él, y yo, por mi parte, os aseguro que, á pesar de ser vuestro esposo, no os arrebatará la soberanía; es preciso darle este título que le contendrá en sus furioses, y le obligará á retirarse de nuestras tierras; pero vos quedareis siempre bajo nuestra custodia.

Una sonrisa amarga entreabrió los labios de la reina.

Durante algun tiempo su pecho se vió agitado por la violencia de su resentimiento, á la manera que las olas del mar, cuando las hincha el viento de la tempestad: el dolor, la cólera, la vergüenza hervían dentro de su corazón; pero al fin pudo hacerse dueña de su emoción y dijo lentamente:

—¿Conque no halláis otro medio para salvar el reino del poder del rey de Aragón, que el que yo le dé mi mano?

—Ningun otro, señora, respondieron algunas voces; si lo conociéramos, no hubiéramos osado proponerlos ese.

—Quiero, pues, dijo Doña Urraca, obedecer á mi padre siguiendo en todo vuestro parecer, y me casaré con D. Alfonso: ¿pero debo yo misma ofrecerle mi mano?

—No, señora, repuso D. Pedro Ansures; jamás consentiré yo, en que vuestra grandeza dé este paso: dejadme á mi el cuidado de este negocio.

Doña Urraca, sin decir una palabra, sin saludar al Consejo, bajó lentamente del estrado que ocupaba y se retiró con la cabeza inclinada y el paso lento de un condenado á muerte.

¡Pobre reina!

Su destino era sufrir siempre, y aquel reino ingrato, por el cual tan cruelmente se sacrificaba, sólo debía pagarle con calumnias durante su vida, y después de su muerte.

## VII.

Aquel mismo día partieron para Aragon los Condes D. Pedro y D. Fernando Ansures: llevaban el encargo de tratar el casamiento de la reina con el rey D. Alfonso.

No bien hubieron llegado, fueron recibidos por el monarca.

Llegaba entónces el *Batallador* á los cuarenta años, y ninguna princesa de su tiempo, ni áun una doncella de familia noble, habia tenido ánimo bastante para casarse con él: verdad es que él tampoco lo habia solicitado y que se hallaba muy bien en su rústica libertad, y ocupándose sólo en verter sangre, ya en la guerra, ya en su reino, en el que imponia los castigos más crueles por el más leve desmán.

Su estatura no era elevada, pero sí robusta y fornida: su cútis, moreno y curtido por la intemperie, á la que de continuo le sujetaba su vida nómada y feroz: tenia los ojos pequeños, verdosos y de mirada perversa, desapareciendo muchas veces bajo sus grandes, carnosas y pobladas cejas; sobre su frente

estrecha, caía su áspera cabellera roja; su nariz corta y ancha, su boca grande y la cerdosa barba que cubría casi por completo aquel rostro salvaje, le daban un aspecto temible y duro, sobre toda ponderación.

Recibió á los dos Condes sentado bajo un dosel y vestido de guerra; sobre la armadura llevaba un manto azul de lana recamado de una greca de seda, descolorida por el tiempo; llevaba en la cabeza la corona de agudos picos, con que se le vé en todos sus retratos, y en la mano el cetro de oro que apoyaba en la rodilla.

—¿Qué queréis? preguntó á los dos hermanos que se inclinaban profundamente delante de él.

—Señor, dijo D. Pedro, que era un anciano de cana cabellera; han llegado hasta nuestras tierras rumores de guerra y deseamos saber si realmente queréis llevar hasta allí, vuestras armas vencedoras.

—¡Brava pregunta, por vida mía! exclamó el feroz guerrero con una brutal sonrisa: ¿y es acaso vuestra reina la que os envía á que me la hagais?

—No, señor, respondió D. Fernando con entereza; somos nosotros los que venimos á saberla de vuestra real boca.

—No sería extraño que Doña Urraca, como mujer flaca y curiosa, lo quisiera saber: en tal caso—y lo mismo si lo venís á preguntar por vuestra propia cuenta—habeis de saber que pienso tardar muy poco en estar en vuestros reinos.

—¿Lo deseais, señor?

—¿Hago yo nada que no quiera hacer? ¿Dejo de hacer algo que desee?

—Hay otro medio, pues, por el cual podeis entrar en nuestros reinos, ahorrando sangre y horrores.

—Y ¿qué me importa á mí la sangre? ¿Pensais que los combates me arredran, cuando me llaman el *Batallador*?

—Bien sabemos que no: mas ¿para qué tomarse el trabajo de conquistar lo que se os ofrece?

—Y qué, traidores, exclamó D. Alfonso levantándose con ímpetu, ¿venís á ofrecerme la libre entrada en los reinos de Doña Urraca? ¿Así la servís?

—Señor, dijo D. Pedro Ansurez con serenidad; nosotros, léjos de venir á vender á nuestra reina, acudimos á vos para evitarle dolores é inquietudes: ¿para qué necesitais afligirla si podeis hacer vuestro todo lo que posee? Casaos con ella, y, siendo su esposo, sois el dueño legítimo de sus reinos.

—No habia pensado en tal cosa, dijo el *Batallador*; pero, ¿cómo he de ser el dueño de sus reinos, si ella tiene un hijo heredero de sus Estados?

—Ese hijo, segun la disposicion testamentaria de su abuelo, es sólo heredero de la Corona de Galicia.

—Está bien, repuso D. Alfonso que parecia reflexionar, proponedle á la reina que sea mi esposa, y si acepta, avisadme al instante; pero añadidle que si

rehusa, entraré muy pronto en sus reinos á sangre y fuego.

De esta suerte terminó la delicada mision de los hermanos Ansurez: el corazon de los nobles caballeros, iba prensado de horror, al pensar en las manos que tenian que poner el destino de la pobre reina; pero nada habia de más cierto que lo que le habian asegurado: imposible era contener de otro modo al rey de Aragon, cuyo carácter sanguinario y ferocidad eran conocidos, y universalmente temidos.

Hallaron á la reina en su castillo de Auñon: la desgraciada Doña Urraca habia hecho grandes esfuerzos para olvidar la posibilidad de aquel fatal casamiento; refugiada en la oracion, apenas salia de su oratorio, y el tiempo que no pasaba en él no se separaba de sus hijos, temiendo que se los fueran á arrebatár.

Cuando vió á los dos Condes, volvió á la evidencia de su desgracia; púsose en pié y los nobles la vieron temblar convulsivamente.

—¿Qué hay? preguntó con voz trémula.

—Don Alfonso pide vuestra mano, señora; contestó D. Pedro.

La reina tuvo que sentarse; luego hizo un heróico esfuerzo y dijo con voz alterada.

—¡Las bodas cuanto ántes!

—¿Y dónde se han de celebrar, señora? preguntó el Conde D. Fernando.

—Aquí, en este castillo,

—¿Aquí mismo?

—Sí.

—Pero ved que aquí no tendrán pompa alguna; el recinto es reducido....

—Aún es demasiado bueno para ser la tumba de mi reposo y de mis esperanzas.

—¡Oh, señora, exclamó D. Pedro Ansurez arrojándose á los piés de la reina, no puedo ver vuestra desesperacion sin que mi alma se quebrante de dolor! No os caseis. ¡Perezcan todos vuestros soldados en vuestra defensa y en la de vuestros Estados, que ese es su deber! ¡Sí, perezcamos todos, ántes que veros entregada así á la desesperacion!

—Levantaos, dijo Doña Urraca, levantaos, Conde y dejad que se cumplan mi destino y la voluntad de Dios: sea yo sola la desgraciada y no mis vasallos á los que mi piadoso padre me mandó considerar como á mis hijos; me casaré con D. Alfonso; ¿qué más da que sea con ese ó con otro? Si tengo que dejar las tocas de la viudez, tanto me importa; yo no he amado más que á un sólo hombre, ya lo sabeis; éste era mi primer esposo.

—¡Tal vez, señora, volveréis á amar!

—Tal vez no.

—Pero, ¿y si sucediese? ¿Qué hareis unida á ese hombre feroz y cruel?

—Resignarme por el bien de mi reino.

—¡Pero eso es horrible! No, nosotros no podemos

consentirlo, exclamó con calor D. Fernando: señora, os hemos conocido niña; os hemos mecido en nuestros brazos y sentimos que el corazón se nos hace pedazos al pensar en que, por vuestros vasallos vais á ser desgraciada para siempre.

—¿Hay algun otro medio que no sea ese enlace para evitar la guerra?

Los dos hermanos inclinaron la frente y respondieron:

—No, señora.

—Entonces, venga el rey de Aragon; pronta estoy á ser su esposa.

De esta suerte la magnánima y desgraciada reina de Leon y Castilla echó para siempre á su cuello la pesada cadena que tanto debia hacerla sufrir; los dos nobles se retiraron y ella se preparó para el cruel sacrificio de su dicha y de su reposo.

Poco tardó en llegar el rey de Aragon; presentóse como conquistador seguido de gran número de guerreros, y con aquel alarde de fuerza militar que toda su vida le rodeó, y de que hacia tanta gala.

Doña Urraca le recibió rodeada de sus hijos y de su corte, en el salon de honor del castillo y vestida de blanco; su actitud era severa é imponente; el Batallador la saludó con torpeza y altanería, y le dijo con rudeza:

—¿Cuándo habeis dispuesto, señora, que se verifique la ceremonia de nuestro casamiento?

—Ahora mismo, respondió Doña Urraca; aquí está el obispo de Santiago para bendecirle.

—Pues vamos.

La reina se apoyó en el hombro de su hijo el infante D. Alfonso, entónces de edad de diez años; asió con la otra mano la de su hija la infanta Doña Sancha, que sólo contaba ocho, y se dirigió á la puerta del salon.

Trás ella marchaban los Condes gallegos, leoneses y castellanos, los obispos y prohombres, y toda la nobleza de los tres reinos.

Este séquito separaba al rey de Aragon de la reina de Leon y de Castilla.

El Batallador iba detrás de los nobles, y despues seguia toda su corte compuesta en su mayor parte de feroces guerreros.

En este orden pasaron á la capilla; á la puerta se detuvo la reina, tomó las manos de los pequeños infantes, y les dijo con voz alterada:

—Hijos míos, me caso con el rey de Aragon, no porque le ame, sino para cumplir la voluntad de vuestro abuelo, que me ordenó me aconsejase en todo de nuestros Condes.

—¿Y ellos, madre mia, te han mandado que te cases con el rey de Aragon? pregunto D. Alfonso fijando en el Batallador una mirada dura y recelosa.

—Sí, respondió la reina; así lo han querido.

—¿Por qué razon?

—Porque D. Alfonso amenazaba con la guerra y el exterminio.

—Si yo contara más años, no sería esta razón bastante para temerle, dijo el infante; en fin, paciencia, madre, que yo creceré.

La reina, cuya prudencia fué notoria en aquella ocasión, volvió á apoyarse en su hijo y entró en la capilla.

Delante del altar mayor había almohadones de brocado para ambos esposos; se arrodillaron éstos y el obispo de Santiago los unió para siempre.

—¿Cómo no han pensado que se hallan en el tercer grado de consanguinidad? dijo uno de los nobles á sus compañeros.

—No lo sé, respondió uno de los interrogados; pero me alegro; así hay un motivo para que el Papa anule este enlace, si le va mal en él á Doña Urraca, como es de presumir.

La reina apenas pudo contener el exceso de su aflicción durante la ceremonia; los sollozos levantaban su pecho y subían alguna vez hasta sus labios; al terminarse, volvió á salir de la capilla al lado de sus hijos, y sin mirar siquiera á su esposo.

Doña Urraca entró con los infantes en su habitación, y allí los abrazó entre sollozos.

Los pobres niños, aterrorizados, lloraban también, sobre todo Doña Sancha, que era muy tímida y adoraba á su madre.

En cuanto á D. Alfonso, no cesaba de repetir:

—Yo creceré, madre, yo creceré.

La puerta, al abrirse con estrépito, les hizo guardar silencio.

Uno de los partidarios del Rey de Aragon entró, seguido de algunos soldados, y dijo al niño D. Alfonso:

—De orden del rey, señor, hacedme la merced de seguirme.

—¿A dónde? preguntó D. Alfonso con altanería.

—¿A dónde llevais á mi hijo? repitió la reina.

—A las habitaciones que el rey, mi señor, le ha designado.

—Decid á vuestro amo, dijo Doña Urraca, que aquí mando yo, y que el infante, mi hijo, no dejará sus habitaciones situadas al lado de las mías.

El caballero no respondió una palabra y se retiró.

Poco despues los ayos de los príncipes llegaron para conducir á cada uno á su respectiva habitación, y Doña Urraca quedó sola y entregada á sus dolorosas reflexiones.

Sólo el pensar en aquel esposo, duro, feroz y que tanto tenía de terrible, la helaba de pavor; júzguese cuál sería el que experimentó al ver alzarse un tapiz de lana, que cubría una puertecilla secreta, y aparecer en ella el agreste rostro del rey de Aragon.

Este tendió en derredor suyo una mirada semejante á la de la fiera cuando entra en el redil, y busca

al pastor; al ver sola á la reina, avanzó como el lobo avanza al ver, léjos de las miserables ovejas, á los descuidados mastines.

—¿Qué es lo que buscáis aquí, señor? preguntó Doña Urraca, levantándose sorprendida y amedrentada.

—Os busco á vos, respondió D. Alfonso; ya lo podéis suponer: sois mi esposa y vengo á veros como á propiedad mia.

—¡No paseis de ahí, dijo la reina; no deis un paso más; sabed, que si os pertenezco por una cruel necesidad, mi corazón me aleja de vos; yo no os amo, no os puedo amar; ningún derecho, pues, os concedo sobre mí, porque jamás cederé al de la fuerza!

—¡Pobre mujer! exclamó el Batallador; ¿qué es lo que pensáis? ¿Qué suponeis para mí? ¿Creeis que me he casado con vos, para ser el juguete de vuestro genio melancólico y fantástico? No me alucinareis con lágrimas: sé que he entrado en la cueva de la loba, y que ésta y sus lobeznos me morderán la mano si me descuido; pero no me descuidaré.

—¿Qué quereis decir?

—Que procuraré librarme de vos; pero que vos ni vuestros lobeznos no os librareis de mí. ¡Y qué! ¿pensáis que me he casado sólo para hacer vuestra voluntad y para sufrir las excentricidades de vuestro humor? No; aquí soy el amo y pronto os lo haré entender así.

—¿De qué modo?

—Obrando como quien soy.

—Obrad según os plazca, D. Alfonso; no sé si los leoneses y castellanos se dejarán gobernar por vos; en cuanto á mí, sabed que quiero vivir lejos de vos, sola con mis hijos, á los que defenderé de vuestros furros, á costa de mi vida.

—Lo creo así, dijo el rey con una risa espantosa; mas por lo pronto ved dónde teneis al infante, vuestro hijo.

—En su cuarto, dijo la reina que, sin embargo, se puso pálida al aseverarlo.

—Id á verlo.

Doña Urraca se precipitó desolada en la habitación de su hijo; un instante después, la puerta entreabierta dejó escapar un agudo grito; y á este grito se siguió la aparición de Doña Urraca que, pálida y desmelenada, volvió al aposento donde el rey de Aragón, tendido sobre un escaño, se sonreía de una manera cruel.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo? exclamó la reina, precipitándose hácia D. Alfonso.

—Está encerrado en sitio seguro, respondió el Batallador; preveía que me habíais de negar mis derechos de esposo, y que vuestras bodas eran sólo un ardid que vos y los vuestros intentábais, nada más que movidos por el miedo á mis armas victoriosas en todas partes; pero yo os haré ver que nadie se ríe impunemente de mí; pensadlo bien toda esta noche:

ó sois para mí lo que tengo derecho á esperar, esto es, mi esposa, ó vuestro hijo permanecerá prisionero.

—Ya está tomada mi resolución, exclamó la reina. No quiero que mi hijo esté privado ni un sólo instante de la libertad por mi causa; que se complete mi desgracia. Soy vuestra esposa y nada puede sustraerme al horror de mi destino; que vea yo á mi hijo libre, y os conduciré yo misma á la cámara nupcial.

El rey tocó un silbato que llevaba pendiente de la cintura, y uno de sus capitanes apareció al momento.

—Abrid el calabozo del infante, dijo.

—¡Cómo! ¡Mi hijo está en un calabozo! exclamó dolorosamente Doña Urraca.

—Si, en uno de los peores y de los que se hallan en los subterráneos del castillo; y en él hubiera muerto á no ser vos razonable. Idos, prosiguió dirigiéndose al que había recibido la orden anterior.

Este desapareció al instante.

—Vos, señora, cumplidme vuestra palabra, dijo Alfonso dirigiéndose á Doña Urraca.

—Jamás, repuso la reina; jamás os la cumpliré hasta que yo misma ponga á mi hijo en seguridad.

El rey volvió á tocar el silbato y el mismo servidor volvió á aparecer.

—La reina, dijo, quiere ir por sí misma á abrir la prisión del infante; acompañadla.

Doña Urraca y el capitán salieron; atravesaron sombrías bóvedas y se hallaron en una más som-

bría y húmeda que las demás donde estaban los calabozos del castillo; asilos indispensables en aquella época, en que sólo se dominaba por el terror.

Nadie puede describir el de Doña Urraca al escuchar los sollozos que salían del más hediondo y horrible; conoció la voz de su hijo, encerrado vivo en aquel sepulcro, y su corazón estuvo á punto de destrozarse de dolor.

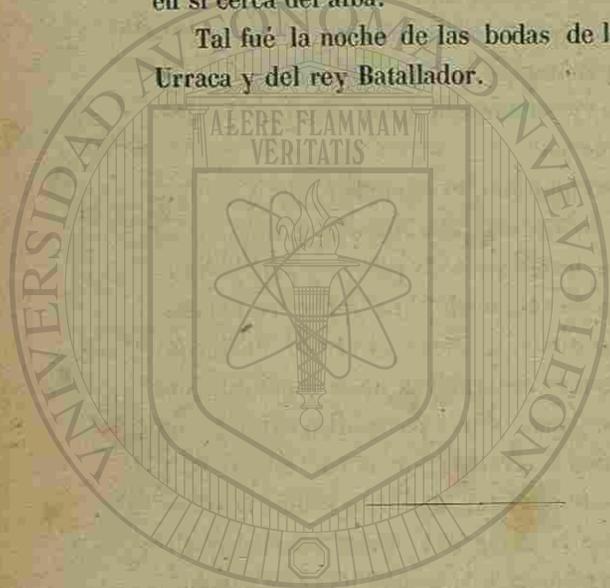
—¡Oh, pobre hijo mio, exclamó la reina; y yo que me uní á ese monstruo para librarle y librar á tu hermana de los desmanes de la guerra y para conservar los Estados de tu abuelo! ¡Yo, que cifro toda mi ambición en tu dicha, te veo aquí preso, ultrajado, tratado como el más miserable de los criminales! ¡Juro á los cielos que jamás el usurpador dispondrá de un puñado de tierra de los reinos que han de ser tuyos, y que ántes la tea funeral de la discordia arderá en ellos!

En tanto que la exasperada reina hacia este juramento tan terrible para la tranquilidad de sus pueblos, el régio niño salió de la prisión, se arrojó al cuello de su madre, y prorrumpió en nuevas lágrimas de alegría.

Empero bien pronto Doña Urraca sintió que se alojaba el lazo formado por los tiernos abrazos de su hijo; tantas emociones le habían debilitado; al terror de su súbita prisión y de su horrible calabozo, había sucedido con demasiada rapidez la alegría de su libertad, y perdió por completo el sentido.

Doña Urraca, ayudada del caballero aragonés, trasportó al infante á su cámara, y allí le prodigó toda clase de cuidados, logrando que al fin volviese en sí cerca del alba.

Tal fué la noche de las bodas de la reina Doña Urraca y del rey Batallador.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VIII.

La reina, para evitar escándalos, y sobre todo el riguroso trato que amenazaba á sus tiernos hijos, hubo de sujetarse á la vida conyugal con su segundo esposo, si bien la aversion que éste le inspiraba crecía cada día.

Imposible era hallar en la humana naturaleza un hombre que más se asemejase á una bestia feroz que el rey de Aragon; terco, vengativo, duro, nada ni nadie podía doblegar su voluntad.

Los primeros actos de su gobierno fueron quitar la vida á algunos obispos que se habían permitido culpar su matrimonio con Doña Urraca, por hallarse ambos dentro del tercer grado de consanguinidad.

Despojó despues del mando de las principales ciudades y castillos á los parciales de la reina, dándolo á los suyos, que empezaron á vejar al pueblo de la manera más cruel.

La reina vió esta conducta sin sorpresa, pero con profundo dolor; todo lo esperaba de su marido; y, sin embargo, era muy grande el amor que tenía á sus

pueblos, y cuando sólo por ellos se habia sacrificado, no podia ver sin honda pena sus desgracias.

—Observo, le dijo un dia, que no obráis segun tenia el derecho de esperar de vos, y os conjuro á que modereis vuestros actos injustos, pues de lo contrario, tendré que tomar alguna determinacion para aliviar á los míos.

—¿Qué podeis hacer? respondió burlonamente Don Alfonso; sois mi mujer, y todos vuestros Estados me pertenecen; ¿por qué creéis, si no, que me he casado con vos? Sólo porque así conseguia ser señor de Castilla y Leon, más fácilmente que por medio de la conquista.

—Fuerza es, pues, respondió la reina con altivez, que os desengañe; jamás sereis señor de lo que yo poseo, así como yo no me he cuidado nunca, ni me cuidaré en lo sucesivo de lo que vos poseéis; yo tengo mis parciales, vos los vuestros; si me casé con vos, fué creyendo conteneros en vuestros furores, no para haceros señor de vidas y haciendas de los míos.

—Yo os haré ver ahora mismo que soy el dueño de todo, empezando por vos, repuso el feroz monarca; y al mismo tiempo descargó una tremenda bofetada sobre el rostro de Doña Urraca, haciéndola, con la violencia del golpe, retroceder algunos pasos.

La desgraciada reina, aturdida, llena de espanto, fué á caer cerca de la pared, y sin poder llegar á un

asiento, dió consigo en el suelo. Don Alfonso, no conociendo ya dique en su furor, fué hácia ella y la hirió dos veces con su ancho y rudo pié. (1)

Luego salió de la estancia y se fué á caza, con la misma serenidad que si nada hubiera pasado.

La reina tardó algunos instantes en volver en sí del espanto y dolor que le habia causado tamaño ultraje; pero así que lo hubo conseguido, hizo llamar á los hermanos Ansures y se encerró con ellos en su cámara.

Los Condes quedaron admirados del aspecto de Doña Urraca; jamás la habian conocido con otro tan terrible; sus mejillas brotaban fuego, lo mismo que sus ojos; todo el orgullo de su sangre real se hallaba sublevado en ella, y la indignacion parecia ahogarla.

—¡Mirad! les dijo señalando su herida mejilla, aquí teneis la huella de un traidor que ha osado poner su mano en la faz de vuestra reina; ¿qué juzgais que merece su infame atrevimiento?

—¡La muerte! respondieron los Ansures.

—¿Sabeis quién es el miserable?

—No; pero sea quien sea, la merece.

—Es mi esposo.

—La merece igualmente, y morirá, dijo Pedro Ansures.

(1) Histórico.

—No, respondió la reina; no quiero mancharme ni mancharos con un cobarde asesinato; pero si es necesario poner coto á sus furioses; por orden mia, y sin consultar á nadie, preparadlo todo para coronar á mi hijo, dentro de breves dias, rey de Galicia; tal es lo dispuesto en el testamento de mi padre, y tal es tambien mi voluntad; otro rey armará un ejército para contener las demasias de D. Alfonso, y le arrojará de nuestros reinos, si no modera su conducta.

## IX.

La decision de la reina se oponia á las miras ambiciosas de su esposo y exasperó su furor.

Una mañana, al levantarse aquella, oyó ruido de armas; se asomó á una ventana, y su corazon se llenó de angustia al ver á su esposo, de cuyo trato habia resuelto separarse.

Doña Urraca, consternada, se dejó caer en un asiento.

—¡Y qué! pensaba: ¿no podré yo verme libre de este enemigo implacable de mi tranquilidad? ¿No basta con que tácitamente le haya abandonado el gobierno de Leon?

El estrépito de la puerta, que se abria con violencia, suspendió el curso de sus reflexiones, y la reina vió delante al Batallador.

—¿Qué me quereis? le preguntó Doña Urraca con altivez; sabed que huyo de vos, que os aborrezco, y que mi hijo va á ser soberano para levantar tropas

que á él y á mí nos liberten de vuestra insoportable tiranía.

—Soy vuestro dueño todavía, dijo el rey, y supuesto que parece que lo habeis olvidado, os lo voy á probar de nuevo.

Diciendo y haciendo, el cruel monarca asió á la reina por un brazo, la sacó de la estancia, la llevó, á pesar de su resistencia, á lo largo de la galería, y la encerró en otra estancia pequeña y oscura.

—Quedad dos de guardia, dijo volviéndose á sus parciales, testigos mudos de aquella violencia; y al primero que se acerque aquí, como no sea para traer á la prisionera el preciso alimento, dadle muerte sin misericordia.

Dos de aquellos formidables guerreros se colocaron á entrambos lados de la puerta.

El rey se alejó con paso lento, é inmediatamente hizo asegurar en sus propias habitaciones al infante, volviendo su pensamiento enteramente al modo con que podría darle muerte.

Empero, en derredor del trono se formaba sordamente la tempestad; al día siguiente de la prision de la reina y de su hijo, D. Pedro Ansurez partía para la córte del Papa.

Iba á solicitar del Pontífice Pascual II la separacion de la reina y de su esposo.

Antes de marchar, encomendó la posible vigilancia acerca de la suerte de los desgraciados monar-

cas al Conde D. Gomez Salvadores, uno de los jóvenes más nobles, honrados y leales que servian á Doña Urraca.

—Teneis pocos años, le dijo D. Pedro, y en la situacion en que os dejo conviene más el arrojo pronto é irreflexivo, que la calma de mi edad: si veis que peligran Doña Urraca ó su hijo, arrojaos á combatir en la ciudad, dentro del mismo palacio, si es preciso; en el caso á que hemos llegado somos tratados como enemigos y como tales debemos ya combatir; yo tardaré y ¡ójala pudiera ser de otra manera! Pero he de andar mucho y mi mision es árdua: no descuideis á esos desgraciados, D. Gomez: ved que os dejo á tres de quienes cuidar; porque cuando su rabia no halle otra presa más cara, se cebará en Doña Sancha y le quitará la vida para obligar á su madre á que sucumba á sus exigencias.

—Id tranquilo, D. Pedro, dijo el Conde; yo velaré, como es mi deber, por la reina y por sus hijos.

Despues de esta conversacion, partió el anciano Conde, y la reina, que nada sabia, continuó en su ansia y perplegidad.

Era estío, y los grandes calores de la estacion, reunidos á la angustia de su estado, alteraron profundamente su salud.

Una noche que se hallaba al lado de la ventana de su aposento, triste y abatida, sintió caer una cosa en su falda.

Sorprendida, buscó el objeto y vió que era un pergamino escrito, que le habian echado por medio de una ballesta.

Acercóse á la pequeña lámpara de hierro que daba luz al aposento y pudo leer estas palabras:

«Valor, señora: el Conde Ansurez ha ido á echarse á los piés de Pascual II para solicitar vuestra separación de D. Alfonso; ya tardará poco en volver, pues hace días que partió.

»Yo velo por el infante, quien, segun dicen, aunque privado de la libertad, está cuidado y asistido; Doña Sancha disfruta igualmente de buena salud.

»Sé que no podeis responderme porque no teneis medios de escribir; pero yo puedo consolaros y no dejaré de escribiros siempre que halle ocasion.

»Os arrojaré mis escritos, como os he arrojado éste, por medio de un venablo desde el torreón arruinado que dá frente á vuestra ventana, y en el cual podeis ver quien soy, mañana al salir el sol.

»Quemad al instante este pergamino á la luz de vuestra lámpara.»

Doña Urraca respiró.

Ya sabia algo de sus hijos y de su suerte; sabia que aquellos vivian, sabia que se trabajaba por su libertad.

¿Quién era aquel amigo misterioso, aquel leal servidor que se interesaba por su desgracia?

No lo sabia porque el escrito no estaba firmado.

No podia adivinarlo, porque aquella prueba de cariño y de fidelidad podia llegar de varios de sus súbditos.

Esperó ansiosa á que el sol derramara sus rayos de oro para asomarse á su ventana, y verle en las derruidas almenas del torreón.

Ni un sólo instante cerró sus ojos, y apenas la blanca aurora apareció en el horizonte, dejó su tosco sitial gótico para correr á la ventana.

Dos de estas presentaba el torreón ya sin maderas, y en las que brotaba la yerba, como las verdes cabelleras de las ondinas en las fantásticas cabezas de sus poseedoras; las dos estaban negras y como arruinadas, y el sol no llegaba aún á darles una apariencia de vida.

Por fin, el astro espléndido apareció en el cielo, y sacudió sobre el mundo su cabellera de fuego; al primer rayo que iluminó las sombrías ventanas, vió la reina, como una radiosa imagen engastada en un viejo y oscuro cuadro, un busto lleno de belleza, radiante de altivez y de noble majestad.

Todos los temores que agitaban el pecho de Doña Urraca desaparecieron: á la vista del jóven D. Gomez, al que conocia, se persuadió de que la proteccion ofrecida, de que el viaje del Conde Ansurez para

solicitar su divorcio, eran una verdad, y de que podía entregarse á las dulzuras de la esperanza.

Saludó con su velo blanco á D. Gomez, y éste le enseñó un venablo, al que sujetó un objeto muy pequeño.

La reina comprendió que era otro pergamino, y se apartó para dejarle llegar hasta ella.

En efecto, cayó á sus piés, al cabo de pocos minutos: separóse de la ventana para leerle, y D. Gomez se separó tambien desapareciendo á su vista.

El pergamino decía así:

«Señora: el tirano atenta contra la vida de vuestro hijo; por dos veces ha intentado hacerlo envenenar; pero la persona encargada de consumar el crimen, no ha podido resolverse á llevarlo á cabo y ha huido, despues de prevenirnos.

»Nosotros velamos por el futuro rey de Galicia; »teneis muchos parciales, adictos y fieles, que se »preparan á combatir, porque es evidente que ese »fiero esposo, á quien por vuestro mal os habeis »unido, no os dejará libre sino á la fuerza y por la »violencia; pero no temais: vuestra causa es santa y »la han abrazado como suya todos los buenos y fieles »caballeros de vuestros reinos y del de vuestro »hijo, vuestro heredero y nuestra esperanza.»

Un vivo reconocimiento penetró en el corazón de

la reina hácia aquel hombre generoso que así se interesaba por su tranquilidad; su corazón, frío y silencioso despues de tanto tiempo, palpitó de entusiasmo y de gratitud, y le pareció que volvía á la vida, bajo el influjo de aquella generosa lealtad.

Pero al mismo tiempo su ódio hácia D. Alfonso de Aragon se aumentó de un modo indescribible: no era aquella débil mujer, más bien tierna que enérgica, capaz de desear la muerte ni aún de aquel que era su mayor enemigo y el eterno tormento de su vida, al propio tiempo que el verdugo de su hijo; pero pedía al cielo fervorosamente que desatase los lazos de tan odiosa union.

Aquella noche vió en sueños la varonil y hermosa cabeza del Conde D. Gomez Salvadores.

Así que el sol alumbró de nuevo su prision, corrió á la ventana y vió convertido su sueño en realidad.

Allí estaba el Conde Salvadores, que la saludó respetuosamente.

Durante algunos dias se vieron de esta suerte la reina y el Conde, y en el corazón de Doña Urraca brotó un sentimiento dulce y extraño, que ella no habia experimentado desde la muerte de su esposo, aquel D. Ramon que era el padre de sus hijos y á quien tanto habia amado.

Desde que aquel esposo le fué infiel, el único amor que la habia halagado, la única afeccion grave

y protectora con que habia podido contar, habia sido la de D. Gomez.

En cuanto á él, ya hacia largo tiempo que amaba á la reina; su belleza, su desgracia, le habian interesado profundamente; aquella mujer, que se habia sacrificado por el bien de sus reinos, que tanto respetaba la voluntad de su padre muerto, era á sus ojos un prodigio de virtud.

X.

El papa Pascual II, que estaba irritado del matrimonio del rey de Aragon con la reina Doña Urraca, pues, realmente eran parientes dentro del tercer grado de consanguinidad, oyó atento las quejas del Conde de Ansurez, y luego respondió con acento severo:

—Lo que Doña Urraca padece es el justo castigo de su culpa, y lo que debia esperar, uniéndose con su próximo pariente.

—Ved, señor, repuso D. Pedro, que esto lo hizo, no por su gusto, sino obligada por nosotros y para librar á sus reinos de los furores del rey de Aragon, que, por otra parte, tampoco se han podido evitar.

—Esa consideracion es la que atenúa su culpa, dijo el Pontífice. Marchad, hijo mio, y decidle que por medio del abad del monasterio de Clusa, haré entender á D. Alfonso que su matrimonio es nulo, y que se ha de separar al instante de Doña Urraca.

El Conde Ansurez, á pesar de su edad, corrió á llevar la deseada nueva, que bien pronto cundió por

y protectora con que habia podido contar, habia sido la de D. Gomez.

En cuanto á él, ya hacia largo tiempo que amaba á la reina; su belleza, su desgracia, le habian interesado profundamente; aquella mujer, que se habia sacrificado por el bien de sus reinos, que tanto respetaba la voluntad de su padre muerto, era á sus ojos un prodigio de virtud.

X.

El papa Pascual II, que estaba irritado del matrimonio del rey de Aragon con la reina Doña Urraca, pues, realmente eran parientes dentro del tercer grado de consanguinidad, oyó atento las quejas del Conde de Ansurez, y luego respondió con acento severo:

—Lo que Doña Urraca padece es el justo castigo de su culpa, y lo que debia esperar, uniéndose con su próximo pariente.

—Ved, señor, repuso D. Pedro, que esto lo hizo, no por su gusto, sino obligada por nosotros y para librar á sus reinos de los furores del rey de Aragon, que, por otra parte, tampoco se han podido evitar.

—Esa consideracion es la que atenúa su culpa, dijo el Pontífice. Marchad, hijo mio, y decidle que por medio del abad del monasterio de Clusa, haré entender á D. Alfonso que su matrimonio es nulo, y que se ha de separar al instante de Doña Urraca.

El Conde Ansurez, á pesar de su edad, corrió á llevar la deseada nueva, que bien pronto cundió por

toda la ciudad, llegando á la reina por medio de un pergamino del Conde Salvadores.

Doña Urraca respiró al fin con libertad, y los gallegos, alentados con la decision del Papa, resolvieron apoderarse de Alfonso VII, que iba á ser su rey, al mismo tiempo que los castellanos y leoneses se convinieron en arrojar de su reino á D. Alfonso de Aragon.

De esta suerte, y á pesar del fatal matrimonio de la reina, la guerra civil se encendió como si hubiera permanecido en su tranquila viudez.

Dos dias despues que el Conde Ansures, llegó el abad de Clusa y pidió ver al rey, que, ajeno á lo que se trataba, le recibió rodeado de la corte.

Allí fulminó el severo monge la sentencia de divorcio á la faz de todos, y el rostro del Batallador expresó, al oirla, todo el furor de que es capaz el corazón de un mortal.

—Buen hombre, dijo mofándose; dí á tu amo que jamás dejaré á mi mujer, y los Estados que me trajo en dote, para obedecer á su mandato.

—¡Nunca! repitieron á una voz los partidarios del rey.

En aquel instante se oyó un terrible rumor de armas y voces.

Los gallegos habian allanado el palacio y pedian á Alfonso VII.

—Y nosotros, exclamaron á su vez los caballeros

castellanos y leoneses, presentes á la recepcion del abad y que el rey creia adictos suyos, nosotros pedimos tambien á Doña Urraca, nuestra legítima soberana.

Dicho esto, fueron á salir del salon; pero todos los parciales del rey se opusieron á su paso trabándose una lucha sangrienta en la que tambien tomaba parte el mismo rey.

La batalla se empeñó furiosa, encarnizada, dentro del mismo palacio; mientras que los parciales de la reina y del infante D. Alfonso se batian con los partidarios del rey de Aragon, corrieron algunos, al frente de los cuales iba D. Gomez Salvadores, á abrir las prisiones de la reina y de su hijo.

Por aquella vez, el Batallador fué arrojado con los suyos, no sólo del palacio, sino de la ciudad, quedando la reina al lado de su hijo y libre por todas las leyes divinas y humanas de su funesto enlace.

Despues de abrazar á sus hijos, su primera mirada fué para D. Gomez; halláronse sus ojos y el semblante de entrambos sufrió una rápida y extraordinaria mutacion.

El de la reina se puso encendido.

El del Conde pálido.

Nada se hablaron.

Nada necesitaban tampoco decirse.

En el rubor de la reina estaba la confesion de su amor.

En la palidez del Conde la protesta de su pasión.

.....

.....

Desde aquel día, la guerra agitó su antorcha funeral sobre los reinos de Doña Urraca y de su hijo.

Retirado el rey de Aragon á una de las villas más cercanas, dió á conocer que su intencion era la de apoderarse á viva fuerza de los Estados de su esposa, y que ninguna piedad ni misericordia debian esperar de él, los que siguiesen la causa de Doña Urraca y de su hijo.

La posteridad, y tambien los historiadores, han culpado despues á Doña Urraca por haberse separado de su marido, empeñando así la guerra civil; pero, ¿era siquiera imaginable que aquella princesa desventurada hubiera podido permitir que asesinasen á su hijo, y que hubiera soportado por más tiempo su vida de humillaciones y de ultrajes?

Seguramente no habrá ninguna mujer digna, y que sea madre, que conteste afirmativamente á esta pregunta.

La guerra no era igual por ambas partes; el rey de Aragon ganaba terreno, pues ya se ha dicho ántes que los principales gobiernos de villas y ciudades de importancia los habia dado á servidores suyos y las puertas se le abrian, despojando á la reina de lo mejor que habia heredado de su padre.

No obstante, los fieles castellanos y leoneses se

enfurecian con esta alevosa usurpacion y oponian una tenaz resistencia cuando ya el vencedor, por la traicion de los gobernadores, se hallaba dentro de las plazas y con todas las ventajas de su parte; de esto nacia tan terrible efusion de sangre, que las poblaciones se diezmaban y las tropas del Batallador lo llevaban todo á sangre y fuego.

Doña Urraca, por el contrario, mandaba que se opusieran los medios posibles de defensa, pero que se evitara la efusion de sangre, y que cada uno se contentase con defender su vida y hacienda.

El rey de Aragon peleaba en tierra extraña, y hallaba un bárbaro placer en talar los campos, incendiar los castillos, saquear las ciudades, y apoderarse hasta de los vasos sagrados, que servian para el culto divino.

Doña Urraca y los suyos no podian tomar ninguna represalia de estas violencias, y entretanto, aprovechándose los califas de Damasco y de Córdoba de las discordias intestinas, adelantaban en sus conquistas y se metian tierra adentro de España.

Entonces fué cuando la calumnia se cebó en la reputacion de la desgraciada reina.

Sus enemigos empezaron á propalar rumores injuriosos á su honra, y la llamaban meretriz pública y engañadora; achacáronla que mantenía trato ilícito con el arzobispo de Toledo D. Bernardo, varon ilustre y respetable, y al que ella consultaba en su an-

gustiosa situación y dispensaba su confianza; al mismo tiempo, se daban por ciertos sus amores con el Conde D. Gomez, á quien los parciales del rey de Aragón tenían gran interés en desacreditar, porque era el más hábil caudillo del ejército de Doña Urraca.

Y sin embargo, aquellos amores jamás pasaron los límites del decoro, y si la reina concedió al Conde su intimidad, fué con todo el recato posible.

En cuanto á los rumores que corrían acerca del arzobispo de Toledo, nada podía haber más absurdo; pero estos son los amargos frutos de la guerra; todos los vicios levantan la cabeza, y no es el último la desvergonzada y ruin calumnia.

Las derrotas del ejército de la reina eran tan terribles y tan repetidas, que el valor de las tropas empezó á desmayar, acabando de desalentarlas la muerte de D. Gomez Salvadores, que tuvo lugar al frente de ellas en la desgraciada batalla que se dió el 26 de Octubre de 1114 en las inmediaciones de Sepúlveda y lugar llamado Camp de Espina.

Por entónces propusieron algunos señores á Doña Urraca que se llevase á efecto la coronacion de su hijo el infante D. Alfonso y que despues saliese éste al frente de las huestes para animarlas con su presencia, á lo que la reina accedió, si bien con el corazón prensado de angustiosos temores.

Pocos dias despues, y en los primeros del año 1112, la catedral de Santiago presentaba un aspecto

deslumbrador; las luces y las flores la adornaban por todas partes; anchas colgaduras de seda, con los colores de Galicia, vestían las paredes; resonaban en el templo los cánticos sagrados; el incienso subía en largas espirales, y el sol quebraba los rayos que traspasaban las ojivas ventanas, en las armaduras de los guerreros que en numerosas filas se extendían á los costados del altar mayor.

Un sonido de trompetas y atabales, que se oyó en la parte exterior, hizo salir á los nobles y á los obispos á la puerta del templo para recibir á D. Alfonso, que llegaba para ser coronado.

La comitiva guarbaba la misma forma que cuando la coronacion y consagracion de la reina Doña Urraca; el infante montaba un caballo blanco; á su lado caminaba su madre.

Apeáronse á las puertas, y seguidos de todos los nobles, madre é hijo se adelantaron hácia el altar mayor, donde el infante fué coronado y consagrado rey de Galicia por el obispo D. Diego Gelmirez.

Los nobles no se habian engañado en sus esperanzas: animados los señores gallegos con la presencia del jóven monarca, levantaron algunas tropas y marcharon con él á la defensa del territorio leonés, con extraordinario ardimiento.

Por su parte, el rey de Aragón dirigió todos sus esfuerzos á apoderarse de Alfonso VII, vivo ó muerto; al efecto, juntó muchas tropas navarras, aragone-

sas y castellanas de facción, y salió al encuentro de las enemigas en Viadangos, en donde se presentó de una y otra parte la batalla, primera á que asistió el rey de Galicia.

Vestia éste una armadura de acero cuajada de escamas de oro, sobre una clámide de fina lana, blanca como la nieve; á su lado, y armado de guerra, iba el obispo de Santiago D. Diego Gelmirez, á cuya custodia habia la reina encargado muy particularmente su hijo.

La lucha se trabó horrible, declarándose á favor de las armas del rey de Aragon.

—¡Huid, señor! ¡Venid con nosotros! dijeron al hijo de doña Urraca algunos caballeros parciales suyos, deseando librarle de una muerte cierta.

—¡Cobardes! gritó Alfonso VII levantándose sobre los estribos é irguiendo su pequeña estatura: ¡huid vosotros, que no sois reyes, si quereis manchar vuestro nombre de leales! ¡Yo moriré aquí!

Y con arrojo heroico, se lanzó contra un grupo de enemigos, que le encerraron en un círculo de lanzas.

—¡El rey está perdido! dijo con angustia uno de sus capitanes.

Otro se volvió para socorrerle, pero ya vió al rey entre los brazos del obispo de Santiago, que le sacaba con ímpetu de la silla.

—Un rey no se pertenece, señor, le dijo, y debe

vivir para sus pueblos; no es ahora valor el morir, sino vivir para pelear.

Esto diciendo, le colocó delante de su caballo, y salió á galope del campo enemigo, que obtuvo una completa victoria.

El valeroso prelado siguió huyendo, llevando como prisionero al rey, que lloraba de cólera, y no dejó de correr hasta llegar con él al castillo de Orsillon, donde se hallaba la reina con su hija.

Pocos dias despues, Doña Urraca, cuyo tesoro se hallaba tan exhausto como el erario, se dirigió á Santiago para consultar los medios de reparar tantos daños y contrariedades; pidió socorros al clero, que se apresuró á facilitárselos muy cuantiosos en dinero y alhajas, con lo que pudo pagar á sus tropas y recobrar algunos pueblos y castillos, en los que aún dominaban partidarios del rey de Aragon; pero todos aquellos nobles caballeros, conociendo la justicia de la causa de la reina y compadecidos de sus desgracias, se pasaron á su lado, dejando el del Batallador.

Doña Urraca los reunió á todos, y les habló así: —«Condes, prohombres y ricos hombres de mis reinos; creo que debo hacer el último esfuerzo para salvar á mis Estados y á mis vasallos de la tiranía del usurpador; errante de villa en villa y de castillo en castillo con mis hijos, mi vida no tiene objeto alguno; es triste, solitaria, y está llena de inquietudes; voy, pues, á ponerme yo misma al frente de mi ejér-

cito con mi hijo; participaremos de sus peligros y fatigas; le animaré con mi voz y con mi presencia; curaré á los heridos, consolaré á los moribundos y oraré por todos; esto es lo que pienso hacer; no sé pelear, pero sabré acompañaros y rogar por vosotros, lo que será más digno que estarme entregada al blando sosiego de mi palacio.

Una aclamación universal acogió las nobles y generosas palabras de la reina Doña Urraca.

—¡Sí! dijeron algunos; organizaremos un nuevo ejército, y al ver al frente á sus reyes, se redoblará su valor; vos podreis apreciarlo, señora; ahora seremos invencibles, y el rey de Aragon tendrá que ceder y retirarse de vuestros Estados.

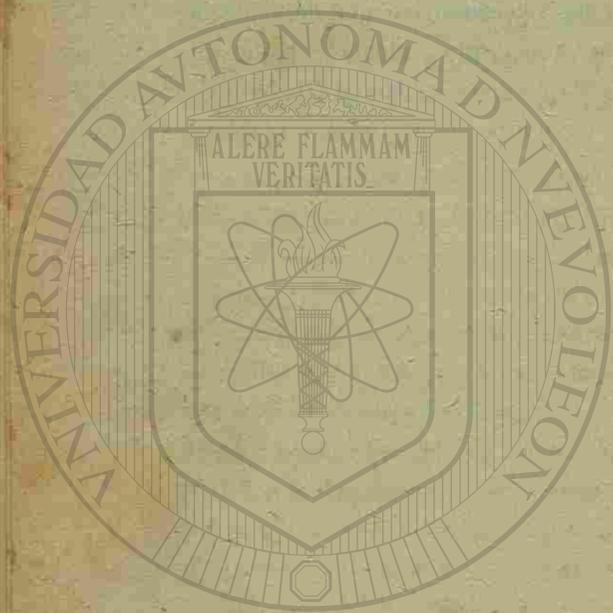
—Id, pues, repuso Doña Urraca; preparadlo todo para la marcha; cuanto más pronto salgamos, tanto mejor: partiremos hacia Leon y en Astorga hallaremos á ese feroz enemigo de nuestro sosiego.

Retiráronse los nobles y Doña Urraca quedó sola con los Condes Ansurez.

—¿Qué vais á hacer, señora? exclamó uno de ellos. ¿Ignorais á qué riesgo vais á esponeros? ¿Sabeis que comprometéis vuestra existencia y la de vuestro hijo? Además, ¿á quién va á quedar encargada la infanta Doña Sancha?

—A vos, contestó la reina dirigiéndose á D. Pedro Ansurez, que era quien le habia hecho las anteriores observaciones; vuestra avanzada edad os tiene ya

separado de los combates; en cuanto á mi vida, cumple á mi deber sacrificarla por el bien de mis pueblos, y lo haré: prefiero participar de las penalidades de mi ejército, á consumirme aquí de angustia y de impaciencia: ¿quién sabe, además, lo que mi presencia puede influir en mis soldados? ¡Dichosa yo si los conduzo á la victoria, y me deben mis reinos su tranquilidad!



XI.

La reina pidió auxilio además á D. Enrique, Conde de Portugal, y no tardó en partir al frente de un nuevo y grueso ejército que se organizó; cabalgaba sobre un magnífico caballo árabe, sin más defensa que sus ropas de seda, su corona real y su blanco velo.

A su derecha se veía á su hijo D. Alfonso VII, armado de punta en blanco, y los dos iban rodeados de lo más florido de la nobleza castellana, leonesa y gallega.

Caminaban hácia Leon, corte un tiempo de Alfonso VI y ciudad muy querida de Doña Urraca por cuanto en ella habia amado por la primera vez, y allí se habia casado con el padre de sus hijos.

Esta ciudad se hallaba ya en poder de los aragoneses, que habian adelantado hasta Astorga.

La reina no se permitía, ni permitía tampoco á su hijo, más reposo que el escaso que tenían los soldados; no se quejaba ni del frío, ni del sol, ni de la lluvia, que más de una vez caló sus delgadas vestiduras; alegre y animosa, ya alentaba á los soldados con dulces palabras, con promesas de recompensas, ya les daba algún dinero, bebidas y frutas, de las que, detrás de ella, caminaban cargadas algunas acémilas para su regalo, y porque así lo había mandado, á fin de poder reanimar á los más débiles ó cansados.

Era un tierno espectáculo al ver á aquella mujer, joven y hermosa, caminando entre rudos y ennegrecidos soldados, á los que llamaba sus hijos y daba de beber por su propia mano, ó alargaba una de aquellas ricas confituras, cuyo secreto habían traído consigo los árabes en su irrupción en España.

Con esta conducta no hay que decir que el ardimiento de los soldados aumentaría mucho, y que el más cobarde se creía capaz de emprender la conquista del mundo.

Después de algunos días de penosa marcha, llegó el ejército real á la ciudad de Astorga, sitiada á la sazón por el aragonés que, falto de toda clase de recursos, empezó á desmayar.

El ejército de Doña Urraca se reforzó de un modo considerable con varios cuerpos de castellanos, asturianos y leoneses; los nobles y ricos señores se apre-

suraban á armar á sus vasallos, y marchaban á reunirse con la reina y su hijo.

Amaneció, por fin, el día en que el Batallador debía dejar de llevar con justicia este sobrenombre; presentóse la batalla, que fué reñida hasta la ferocidad; la reina, metiendo su caballo en lo más récio de la pelea, y exponiendo su vida como si nada valiese, animaba á sus soldados y llevaba á su hijo á su lado para alentar su valor; su voz delgada y melodiosa, se oía por todas partes consolando, animando, prometiendo, é implorando al Dios de los ejércitos en favor del suyo; habíanse desprendido sus cabellos, y sus largas trenzas negras flotaban por su espalda revueltas con su blanco velo; tal apareció Minerva á los troyanos, para reanimar el valor del ejército vencido.

—No temas por tus desgraciados hijos, decía al que, herido mortalmente, caía á sus piés; yo seré su madre.

—Dios te dará la palma de una eterna gloria, decía al que agonizaba, y yo por mi mano plantaré un laurel sobre tu sepulcro; toma mi cruz de oro, y bé-sala pensando en nuestro Redentor.

Habia mandado Doña Urraca que un erecido número de soldados, elegidos entre los más viejos, más débiles y ménos á propósito para el combate, quedase cerca del campo de batalla para retirar prontamente á los heridos, á fin de que no cayesen en las

cruelles manos del enemigo; allí se dirigian de continuo los pasos de la reina y de su hijo, para avisar dónde habia mayor número de mutilados; dos obispos con sus diáconos se hallaban tambien entre aquel cuerpo de socorro, y prestaban á los soldados los auxilios de la ciencia y de la religion.

Declaróse, al fin, la victoria por las armas de Doña Urraca; por la primera vez el ejército aragonés fué destrozado, y tan completamente, que el rey usurpador se vió obligado á huir á favor de las sombras de la noche, y á refugiarse en Carrion.

Los aragoneses que no habian sido muertos ó heridos, le abandonaron, dispersándose llenos de un pánico terror.

Otros muchos quedaron prisioneros del ejército real.

Dos días despues llegaron emisarios á Astorga para anunciar á la reina que la ciudad de Leon, con su alcázar, se le rendia y estaba pronta á prestarle el juramento de su lealtad y su obediencia.

Doña Urraca envió á tomar el pleito homenaje á los leoneses, y siguió con su valiente ejército hasta Carrion, donde tuvo sitiado á su esposo por algun tiempo.

Una mañana apareció sobre las torres de Carrion una bandera blanca, señal segura de que pedia paz y capitulacion el sitiado monarca, y en seguida salieron cuatro de los pocos guerreros adictos, que habian

quedado al lado suyo, llevando asimismo al frente una bandera blanca.

Fueron recibidos en el campo de la reina como tales parlamentarios, y oida su peticion, que se reducía á demandar, de parte de D. Alfonso, una capitulacion honrosa.

Proponia que los lugares, castillos y villas se distribuyesen por partes iguales entre ambos consortes, con la condicion de que en el caso de injuriarse el uno al otro, todos se pondrian de parte del injuriado.

—Señores, dijo la reina á los emisarios, os podeis retirar mientras someto al Consejo de mis nobles, la peticion de vuestro rey.

Luego que los embajadores hubieron salido, la reina convocó en su cámara á los jefes de su ejército y les habló de la peticion del enemigo, diciendo que á su parecer se sujetaría.

—Señora, dijo uno de ellos; vuestra grandeza ha alcanzado ya una gloria imperecedera en el sólo hecho de haber traído al rey de Aragon hasta pedirnos la paz; y así creo que no hay ninguna mengua, ni para el reino ni para vos, en acceder á lo que pide.

—Además, dijo otro, todos, y vos misma, señora, estamos fatigados de tan larga guerra, de tan continuados sinsabores; cada uno tiene abandonadas su familia y sus haciendas; cada uno suspira por el so-

siego y la paz; creo que todos mirarán como una dicha un avenimiento decoroso.

—¿Qué decís vosotros, señores? preguntó Doña Urraca volviéndose hácia aquella parte de la asamblea que habia permanecido silenciosa.

—Decimos lo mismo que nuestros nobles compañeros, respondió una voz; la reina debe, á nuestro parecer, avenirse á esta composicion, puesto que le conserva su libertad y la mantiene apartada de su esposo.

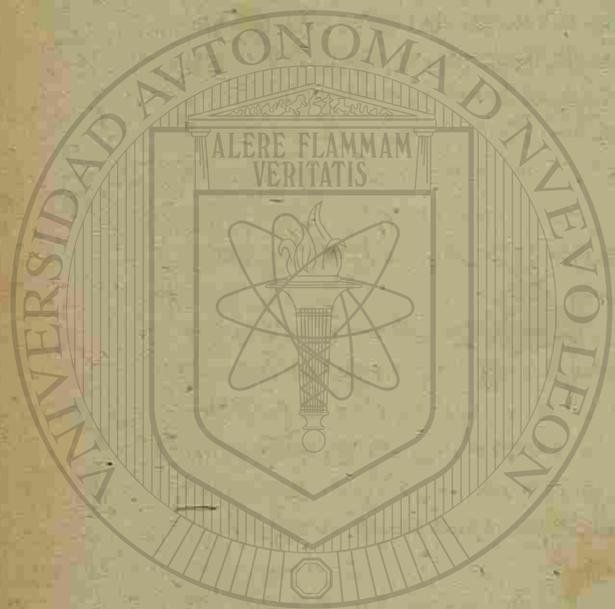
—Nosotros la redactaremos, añadió otro, y dejaremos pocos vuelos al príncipe aragonés.

—Hágase en todo vuestro parecer como me encargó mi augusto padre, dijo la reina; redactad el pacto y enviadlo á D. Alfonso lo ántes posible, para que cada uno pueda volver á la tranquilidad de sus hogares.

En efecto; al dia siguiente fueron remitidas á Don Alfonso las bases de la transaccion, la que fué redactada con demasiadas consideraciones hácia aquel monarca turbulento y sanguinario; las ciudades y plazas fuertes se dividieron en partes iguales, tocando tantas de primer orden á Doña Urraca, como á su marido.

Sin embargo, el rico y florido territorio de Galicia y de Astúrias, era de la corona del niño Alfonso VII, y quedó por lo mismo sujeto á la dependencia de su madre la reina Doña Urraca.

Esto excitó la colérica envidia del ambicioso rey de Aragon, que todo lo queria para sí, y no podia sufrir en calma la prosperidad de su esposa y de los hijos de ésta, más ricos que él por derechos irrecusables.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII.

Alfonso el Batallador se hallaba en Búrgos, y Doña Urraca creyó que debía dirigirse á esta ciudad á fin de contener los desmanes de su marido que se entretenia bárbaramente en talar los campos y destruir los pueblos.

Al ver esta indigna conducta y de qué modo faltaba al pacto que él mismo habia propuesto á su esposa, todos los nobles se pasaron al bando de la reina, abandonando la mala y desleal causa de su esposo, y todos, según lo convenido, se dedicaron á favorecer al injuriado, que era la reina.

Esta mujer desgraciada conservó en medio de tantas calamidades un valor que bastaria por sí sólo á darle eterna celebridad, si no hubieran contribuido á encumbrarla su piedad, su generosidad y las aflicciones y reveses que toda su vida la rodearon.

Doña Urraca reunió sus huestes y se dispuso á partir de nuevo. Su hijo no quiso seguirla; aquel niño, amaestrado por cortesanos venales y pérfidos, se habia como emancipado de su madre y se habia forma-

do su corte en Santiago; de aquella corte era el alma el obispo Gelmirez quien, un tanto ambicioso, se acogió á la bandera del joven rey de Galicia, por ser la que ofrecía más ventajas para el porvenir.

Hallábase Doña Urraca la víspera de salir con el ejército en sus habitaciones del palacio de León triste y abatida.

Reclinada en el alto respaldo de su sitial, se veía á su hija Doña Sancha; era la infanta una niña de alta estatura para sus pocos años y que prometía una belleza á un tiempo suave y expresiva; sus ojos oscuros estaban llenos de ternura; criada casi siempre en la soledad, pues habia perdido á su padre muy temprano y su madre se hallaba siempre agobiada con los trabajos de la guerra, habia impresa en las facciones de Doña Sancha una gran melancolía.

Sus cabellos castaños eran abundantes y hermosísimos; su tez ostentaba la nítida blancura de la leche; en sus mejillas, á pesar de su tristeza, brillaban las rosas de la infancia, con esa gracia que sólo sabe imprimir la mano soberana de Dios.

Vestia muy sencillamente una túnica de lana, color de cielo, sujeta á su delicado talle con una banda blanca.

—Madre, dijo despues de un rato de silencio, ¿os vais mañana?

—Si, hija mia, respondió Doña Urraca, sin poder reprimir una lágrima que asomaba á sus ojos.

—Y yo, ¿dónde me quedaré? preguntó de nuevo la infanta.

—Aquí.

—¡Aquí! ¿Sola?

—Sola, hija mia; hoy á nadie puedo confiarle; tu madre no tiene amigos, porque no merecen este nombre sus parciales.

—¿Qué habeis hecho, pues, á todos, madre mia, que nadie os ama? preguntó cándidamente Doña Sancha.

—Sólo les he hecho bien, respondió tristemente la reina; si los obispos me han favorecido con algunas alhajas de sus iglesias, por cada cruz de oro que me han dado, les he cedido una villa; he perdonado á todos, no he vengado mis agravios, ni mi conciencia me remuerde de falta alguna; sin embargo, Dios quiere que padezca: ¡hágase la voluntad de Dios!

—Pero, madre mia, ¿no dicen que Dios es siempre justo y bueno?

—Y lo es: dudarle es una impía ingratitud; quizá Dios me prueba porque me ama; quizá su misericordia me guarda, trás las penas de esta vida, otra vida mejor y más dichosa; tú quedarás aquí, hija mia. El anciano caballero D. Pedro Ansurez quedará á tu lado y te cuidará; eres aún muy niña para venir conmigo; de lo contrario, te llevaria.

—¿Á la guerra? ¡Dios me libre, exclamó Doña Sancha, que era tímida en extremo: nunca, nunca iré yo á la guerra, madre mia! rezaré por los que pe-

lean; pero jamás tendré el valor que hay en vos para presenciar los combates.

Al día siguiente partió Doña Urraca al frente de su ejército, y no bien supo su marcha su hijo el joven rey de Galicia, envió en busca de su hermana emisarios seguros.

Don Pedro Ansurez se resistió lo que pudo; pero al ver la decisión de la infanta que, aburrída y amedrentada con la soledad, deseaba reunirse á su hermano, la acompañó él mismo.

Alfonso VII no volvió ya á separarse de su hermana.

Le concedió el título de Reina y la sentó á su lado en el trono.

Aquel trono y aquel título no los perdió la infanta ni aun cuando su hermano tomó esposa, y los conservó hasta la hora de su muerte.

En cambio la desgraciada reina de Leon y Castilla se vió separada de sus dos hijos y quedó absolutamente sola sobre la tierra.

¡Pobre soberana!

¡Todos los amores se le huían como sombras, así que acercaba á ellos su mano!

El vacío y la soledad la circuían por todas partes y helaban su corazón, tan tierno y tan generoso.

Para colmo de desgracias, al verla de nuevo al frente de su ejército, la calumnia volvió á aguzar con mayor fuerza su aguijón.

Sucesivamente se le atribuyeron por amantes todos los señores de alguna valía que mandaban sus tropas.

Bastaban sus enemigos para desacreditarla y la noticia de sus soñados desórdenes ha llegado hasta nosotros entre las páginas de la historia.

Sorda ya á todas las imposturas, indiferente á todas las calumnias, adelantó hasta Búrgos, de cuyo castillo, ciudad y territorio arrojó á su marido, quedando dueña absoluta de él, y entrando en Búrgos con todos los honores del triunfo y rodeada de su corte.

Don Alfonso se halló reducido á la última extremidad; sin tropas, sin dinero, no sabía qué partido tomar, y fué tal su apuro por el pronto, que envió á la reina embajadores solicitando unirse á ella de nuevo y con las protestas del más completo arrepentimiento.

La reina se negó decididamente á volver á la vida conyugal con D. Alfonso, á pesar de estar compuesta la embajada de personas respetables y de la nobleza más encumbrada del reino de Aragon.

Desde aquel día quedó irrevocablemente decidida la separación de ambos esposos, según lo dispuesto por el soberano pontífice, y D. Alfonso debió perder para siempre la esperanza de volver á reunirse con su infeliz esposa.

Sujeto el territorio de Búrgos á su devoción, marchó la reina á Compostela, cuya ciudad le dijeron que estaba en grande alarma.

Por desgracia, se habían suscitado algunas discordias entre Doña Urraca, su hijo D. Alfonso y D. Diego Gelmirez, y aunque estas discordias se arreglaron, como no podían ménos de arreglarse, tratándose de personas entre quienes mediaban tantos intereses recíprocos, los descontentos vieron fallidos con semejante unión, sus esperanzas de continuo desorden, y se entregaban ya á los más punibles excesos que reclamaban un severo y pronto escarmiento.

Era cerca de la noche de un nublado y triste día de invierno, cuando llegó Doña Urraca al frente de las puertas de la ciudad, que se le abrieron, pero sólo para ver el espectáculo más triste.

Discurrían por las calles numerosos y compactos grupos de amotinados con ese sordo y tenebroso murmullo que en todas épocas ha precedido á las sediciones.

De repente los gritos de *¡abajo Doña Urraca!* se dejaron oír por todas partes; la reina que, á pesar del valor de que había dado pruebas, sintió desmayar su fortaleza, puso al galope su caballo y se refugió en la iglesia del Santo apóstol Santiago, patron de la ciudad.

Dejó á la puerta al inocente bruto, que fué víctima del furor del pópulo, y, aterrorizada, se dejó caer de rodillas ante el altar mayor.

— ¡Qué es lo que yo he hecho, Dios mío! exclamó; ¿Qué he hecho para que todos los míos se levanten contra mí? Privada de mis hijos, viuda de todo amor,

¿debo dejar también el trono de mi padre? Decídmelo, Señor, y hágase vuestra santa voluntad!

De repente sintió un terrible extrépito y las palabras se helaron en sus labios; la puerta se abrió y vió entrar á un hombre anciano, al que empujaban bárbaramente algunas gentes del pueblo.

— ¡No queremos reyes, ni privados! vociferaron; no creemos en vuestras aparentes discordias; la reina nos cansa ya, y vos os lleváis todo el dinero del reino, le esquilmais, le teneis pobre! ¡Id adentro y preparaos á morir con ella!

Volvióse Doña Urraca y vió al obispo de Santiago D. Diego Gelmirez.

La puerta de la iglesia se cerró, y la reina y el prelado quedaron solos.

Sin embargo, D. Diego no se atrevía ni aún á mirar á la reina, y permanecía arrinconado en un extremo.

A poco el resplandor de un incendio vino á iluminarlos; los sediciosos habían prendido fuego al templo.

— ¡Cielos! exclamó la reina: ¡Somos perdidos! ¡Oh, mi hijo! ¡Dónde estará que no viene á socorrer á su madre!

El silencio siguió á estas palabras; las llamas crecían cada instante más y ya lamían una parte de las paredes del templo.

— Don Diego, olvidemos por completo todas nues-

tras diferencias y recibid mi confesion, dijo la reina; los dos vamos á morir; no me mireis ya sino como á vuestra penitente.

En efecto, Doña Urraca se arrodilló á los piés de D. Diego é hizo humildemente su confesion.

—¡Favor á la reina! gritó el obispo no pudiendo contener el exceso de su terror, al ver á Doña Urraca próxima á perecer.

—¡Callad! replicó ésta; jamás debe una reina pedir favor al pueblo que la desconoce.

Y pálida, con el cabello destrenzado, se recostó contra un banco de piedra y se preparó á morir, rezando con todo fervor y devocion.

Entretanto el obispo corrió á la puerta y repitió golpeándola:

—¡Favor á la reina! ¡Salvad á la hija de Alfonso VI!

Las puertas se abrieron y D. Diego tomó á Doña Urraca de un brazo y la obligó á salir en su compañía.

Pero, ya en la calle, se dividieron los pareceres.

Querian unos que se la dejase salir de allí en libertad.

Otros pretendian guardarla en rehenes, para precaver por este medio los castigos que se pudieran imponer á la ciudad rebelde y sediciosa.

En este debate, alguno se atrevió á poner su mano sacrilega sobre la persona de Doña Urraca, la que, poseida de dolor é indignacion, cayó al suelo presa de un desmayo mortal.

Algunos historiadores dicen que el desenfreno del populacho, llegó hasta inferir á la reina los últimos ultrajes; otros más cáutos dicen sólo, que le *perdieron el respeto*.

El abad de San Martin pudo llegar hasta la reina á la que envolvió en una capa y condujo hasta la iglesia de Nuestra Señora, donde halló asilo.

La actitud del abad y la del obispo Gelmirez, quienes, depreciando los ahullidos de las turbas, defendian á la reina, hicieron volver un tanto en sí á los amotinados.

Algunos de ellos siguieron á Doña Urraca hasta Nuestra Señora, y allí, arrodillados á la puerta del átrio, imploraron su perdon y la gracia de la ofendida soberana.

La reina no respondió.

No veia, no oia; tal era el estupor que de ella se habia apoderado.

El obispo de Santiago y el abad de San Martin le hicieron entender á duras penas que los culpables se arrepentian y le pedian clemencia.

—Sí, respondió sordamente, si; seré clemente con tal de que ahora me libren del tormento de su presencia. Si no quieren verme morir, que se vayan todos.

Las turbas se retiraron en silencio.

La reina salió de la ciudad aquel mismo dia; ya habia vuelto á la evidencia de su desgracia, y sólo respiraba venganza y exterminio.

Lo primero que hizo fué ponerse de acuerdo con su hijo, que era quien debia salir por su honra, tan vilmente mancillada.

Aquel niño, extraviado por malos consejos é ignorante hasta entónces de lo que habia pasado á su madre, sintió, al saberlo, que la cólera ardia en su alma, y dió orden de que se armasen todos sus vasallos para el asedio de Compostela.

Igualmente acudió el obispo D. Diego Gelmirez con sus tropas, y por último, las de la reina, que segun la feliz expresion del maestro Florez, *bramaba como leon herido*.

Doña Urraca podia perdonar ménos aquella funesta sedicion á los suyos, que todas las calumnias, los atropellos y vejaciones de que habia sido víctima, á sus enemigos y á los parciales de su esposo; y la ingratitud de los vasallos de su hijo, á los que, en tanto que habia sido gobernadora de Galicia, sólo habia hecho mucho bien, le traspasó el corazon.

Devorábala una tristeza profunda; perdió el sueño y el apetito, y de súbito pareció envolverla con su manto de hielo, una vejez prematura.

Sus cabellos, poco ántes tan negros y hermosos, empezaron á sembrarse de canas; su talle se encorvó y se apagó el brillo de sus ojos.

Los tres cuerpos de ejército, el de la reina, el del rey y el del obispo, se reunieron ante la ciudad rebelde, formando uno sólo.

Aquel horrible ultraje inferido á Doña Urraca, habia acabado de allanar todas las diferencias habidas entre los tres, y todos caminaban de comun acuerdo á la venganza, ó mejor dicho, al castigo de los culpables.

Cada uno de los poderosos vasallos de la madre y del hijo, aplicó sus tropas para el decretado exterminio de la ciudad, y ésta fué atacada á un tiempo por todos lados.

Doña Urraca, sus hijos, el obispo Gelmirez y otros prelados ancianos que por su edad no servian para el castigo, se hallaban en una gran tienda que se habia levantado al frente de la ciudad, de la que, segun habia dicho la reina, queria ver caer hasta los cimientos.

De repente, y arrimadas ya las escalas al muro, se abrieron las puertas de la ciudad; el fuego era terrible y parte de los sitiadores se hallaban ya dentro.

Una procesion de hombres y mujeres vestidos de negro, con la frente llena de ceniza, los piés descalzos y una soga al cuello, salió de ella y se dirigió lentamente á la tienda ocupada por la reina.

Eran los canónigos y los pocos habitantes que no habian tomado parte en la conspiracion.

Los soldados que daban la guardia á la familia real, entraron el aviso de que algunos habitantes de la ciudad deseaban verla.

—Decidles, respondió airada Doña Urraca, que

ya no verán jamás la faz de la persona á quien tanto han ofendido, como mujer y como reina: ¡perezca la ciudad maldita sin misericordia!

—Señora, dijo uno de los prelados que había salido y volvía despues de ver á los que imploraban el perdón de Doña Urraca, son los canónigos y algunos nobles de la ciudad, que ninguna parte han tomado en el motin; ninguno de los culpables se atreveria á ponerse delante de vos; y áun éstos piden ver á Don Diego Gelmírez y al rey y no se atreven á llegar á vuestra presencia.

—Mi hijo y D. Diego, repuso la reina, harán aquello que les plazca mejor; en cuanto á mí, no quiero ver á ninguno que haya respirado en ese suelo abandonado de la piedad divina, y á quien la mía abandona tambien.

El rey, deseando no contrariar á su madre, miró perplejo al obispo.

Vasallos suyos eran aquellos desdichados, y no podia resolverse á dejarlos morir, sin escuchar sus súplicas.

—Señor, la elemencia es el más grande atributo de los reyes, dijo D. Diego adivinando su pensamiento.

—Id, hijo mio, añadió la reina; yo sola soy la ofendida; oidlos, pero sabed que no los perdono; podeis decirlo así.

El rey salió, en efecto, y todos los canónigos se

arrojaron á sus piés demandando el perdon de la reina.

—Señor, decian al rey, interceded con vuestra augusta madre; que nos imponga á todos, así inocentes como culpables, las penas más duras, pero que no se niegue á vernos; que piense en las mujeres, en los niños, en los ancianos; ellos no son reos de delito alguno; ellos la aman, la respetan y la bendecirán toda su vida.

Estos clamores traspasaron las cortinas de seda de la tienda y llegaron hasta Doña Urraca, que, atraida poco á poco por aquellas dolientes voces, se adelantó hasta la puerta seguida de su hija.

Los compostelanos, al ver á Doña Sancha, se dirigieron á ella y se arrodillaron á sus piés, no atreviéndose á hacerlo á los de la reina.

—¡Señora, exclamaron los canónigos, vos, que sois un ángel en la inocencia y en el rostro, compadeceos de nosotros! Interceded con vuestra augusta y ofendida madre; no pedimos el perdon de los culpables, sino la compasion para los inocentes. Que se diezme la ciudad, y de esta suerte se vengará la majestad real, hollada por ellos; pero al ménos, no quedará destruida como Sodoma.

—Madre, ¿oyes? preguntó tímidamente Doña Sancha, volviendo á la reina sus bellos ojos llenos de lágrimas.

La reina, que contemplaba enternecida aquellas

cabezas blancas, humilladas hasta la tierra, respondió con voz profundamente alterada por la emoción:

—¡No permita Dios que yo dé jamás á mis hijos el triste ejemplo de la dureza y de la crueldad! Retiráos, añadió dirigiéndose entre airada y enternecida, á los habitantes de la ciudad; una madre jamás desoye á los que buscan como intercesores á sus hijos.

Los canónigos y nobles se levantaron sin poder dar crédito á tan heroica generosidad.

Aquella mujer, ultrajada tan villanamente y poco antes tan airada, cedía á las primeras súplicas.

La misma reina acabó de convencerles de que no soñaban; se volvió á uno de los nobles que la rodeaban, y le dijo:

—Id y dad orden de que suspendan las hostilidades contra la ciudad.

Entonces un inmenso clamoreo de bendiciones y de lágrimas se oyó en torno de la magnánima soberana; los enviados de la ciudad besaban el extremo de sus vestidos, la bendecían y pedían al cielo por su dicha y prosperidad.

Al oír la palabra *dicha*, una triste sonrisa plegó los labios de la generosa reina.

¡La dicha!

Era ave de paso, que sólo había tocado á su cabeza con el extremo de sus alas, pero que jamás se había posado á su lado, y bajo su techo.

—Retiráos, dijo á los que habían ido á suplicarle; mañana se os hará saber lo que decido respecto á los rebeldes.

Retiráronse, en efecto, pero llevando la certeza del perdón.

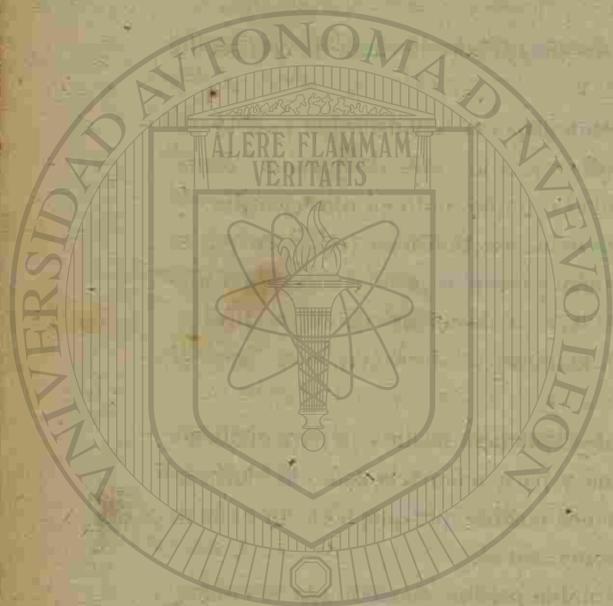
Al día siguiente, apenas amaneció, el pueblo entero corrió á postrarse á los pies de la reina, confesando su iniquidad é implorando su misericordia.

Doña Urraca mandó á D. Diego Gelmirez que se informase de quiénes eran los promovedores del motín, que los diezmasen, y desterrase de ellos sólo cien, evitando absolutamente el derramar una gota de sangre.

Este rasgo de clemencia basta sólo para enaltecer á esta gran reina y para aclamarla como la gloria de su sexo, pues no es posible que quepa en un alma de mujer mayor generosidad.

A pesar del noble perdón concedido á la ciudad, la reina no pudo resolverse á pisar sus calles; no obstante, las súplicas de sus habitantes, y aun de las de su hijo, no pudo vencerse á tanto, y así lo dijo con la noble sinceridad que la caracterizaba.

—Es imposible, exclamó; si entrase en Compostela, mi indignación renacería; que no se pueden olvidar fácilmente las sacrílegas ofensas con que han ultrajado á la Majestad Divina y á la temporal: ya los he perdonado; no me exijais otra cosa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XIII.

Ni áun despues de su magnánimo perdon se vió libre la hija de Alfonso VI de la calumnia que amargó y emponzoñó toda su vida.

Tacháronla de dura, vengativa y tenaz en sus resentimientos, y los que debían besar la tierra, donde estampaba sus huellas, fueron sus más encarnizados enemigos.

Se recordaron, con el más infame desacato, sus disensiones con el obispo, y se le acusó de inconstante, poco veraz y nada firme en sus promesas.

Otra de las acusaciones con que se infamó la memoria de Doña Urraca, dice un erudito historiador, fué atribuirle que se había apoderado, contra toda justicia, de los tesoros de la iglesia; pero el padre Risco la ha justificado tan completamente, que, si la

misma reina viviese, no podría apetecer más cumplida vindicacion. Ciertamente, las gravísimas necesidades del Estado, la escasez de dinero que experimentaba mientras D. Alfonso ocupaba las ciudades, villas y fortalezas de Leon y de una parte de Castilla, talando al mismo tiempo sus campos, y el empeño de defender su reino del usurpador, la obligaron alguna vez á recibir alhajas y caudales de varias iglesias con beneplácito de los cabildos; pero por una multitud de escrituras, que originales se hallan en los archivos, se testifica evidentemente que Doña Urraca se apresuraba á recompensar, con dobladas mercedes, los tesoros eclesiásticos de que echaba mano. En 1116, y sirva de ejemplo entre los muchos que pudieran citarse, donó la villa de San Martín á la iglesia de Leon, y decia en la escritura:

«Yo la reina Doña Urraca, concedo esta heredad, que doy á esta iglesia, por una cruz de oro que recibí del tesoro de la V. María.»

¿Podrian ó no compararse con la posesion de una villa, algunos cálices y cruces de oro? Pues con la misma presteza y liberalidad, recompensó la reina los demás servicios que, en sus necesidades indudables, le prestaron los cabildos de otras iglesias.

A pesar de las continuas turbulencias de su azaroso reinado, aquella reina desgraciada se esforzó incesantemente por asegurar la tranquilidad de sus ingratos pueblos, y por reprimir los muchos vicios,

las malas costumbres y los abusos que la guerra habia introducido en ellos.

Hizo celebrar concilios de prelados en diferentes ocasiones, y con su acuerdo adoptó las medidas necesarias para amenguar y suavizar el rigor de los males que afligian á sus Estados.

Ya hácia los últimos años de su existencia, y completamente declarada la nulidad de su matrimonio con el rey de Aragon, Doña Urraca buscó algun consuelo y amparo en el matrimonio, y sin consultar con nadie, y haciendo uso de su soberana voluntad, acaso por la primera vez de su vida, se casó con el nobilísimo Conde castellano D. Pedro Fernandez de Lara.

No precedieron relaciones á este enlace; la reina llamó al Conde, que era ya de edad avanzada, y le dijo que necesitaba un amigo verdadero y fiel, y que nadie podia serlo mejor que su esposo; que le habia elegido á él para serlo, y que viera si se consideraba dichoso con aquella union.

El Conde accedió contento y agradecido, y la union se verificó sin pompa ni ostentacion alguna.

Desde entónces gozó Doña Urraca de alguna tranquilidad, y muchas veces decia á su marido:

—A vos debo los dias más tranquilos y más dichosos de mi vida.

—Y yo os debo, respondia siempre D. Pedro Fernandez de Lara, una honra que no sé cómo agrade-

cer, pues me habeis elevado hasta vos, que es todo lo que mi ambicion podia soñar.

En el espacio de tres años tuvo Doña Urraca dos hijos; el primogénito fué el famoso Conde Fernan Perez y luego siguió una niña que llevó el nombre de Elvira.

Aquellos dos inocentes infantes volvieron á dar armas á la calumnia.

Se propalaron voces que aseguraban ser ilegítimos, y que no existia casamiento entre sus padres; todos estos injuriosos rumores tenian su origen en el resentimiento del rey de Aragon.

Pero esta calumnia está tan desvanecida como las demás, con los muchos documentos públicos en que el rey y emperador D. Alfonso VII, reconoce á los infantes D. Fernan Perez y Doña Elvira como hermanos suyos, é hijos de Doña Urraca y del Conde.

Algunos historiadores respetables prueban de un modo evidente el tercer casamiento de la reina, pero creen tambien que éste no se publicó hasta despues de su muerte.

El ya citado padre Risco combate victoriosamente esta opinion apoyándose en dos escrituras que insertó en los tomos 35 y 36 de su *España Sagrada*.

La vida entera de Doña Urraca está rodeada de oscuridad; todas las historias difieren en las épocas de sus casamientos, de sus conquistas y de su muerte; aquella existencia, siempre combatida, perseguida,

atormentada, calumniada y llena de desgracias, no ha sido ni será nunca completamente alumbrada por la luz de la verdad.

Doña Urraca murió en tierra de Campos en Marzo de 1126, á la edad de cuarenta y seis años; pero la calumnia, como un negro reptil, se enroscó sobre su tumba, y ni áun en ella ledejó paz ni reposo.

Asegurábase que habia fallecido de parto en el castillo de Saldaña, con mengua y afrenta de sus reinos, y esto mismo consignan algunas historias.

Otros decian que habia fallecido en la ciudad de Leon, reventando en el mismo umbral del templo de San Isidro, por haber tomado los tesoros de aquella iglesia.

Garivay es el que apoÿa esta opinion, diciendo que ha hallado escrito que la reina reventó por medio, teniendo un pié dentro y otro fuera de la iglesia, cuyos tesoros se habia apropiado.

Pero esta fábula tiene tanto de ridícula como de inverosímil; las riquezas de que se la considera usurpadora, habian sido donadas á aquella iglesia por su abuelo D. Fernando y su padre D. Alfonso, y ella no podia tener el sacrilego atrevimiento de tomarlas, habiendo dado pruebas de ser tan generosa como excelente cristiana, de lo cual responden las donaciones de que están llenos los archivos del reino de Leon.

Lo que nos cuenta la historia compostelana, es,

en mi concepto, lo que más crédito merece; en ella se dice que habiendo enviado el arzobispo de Santiago sus legados á la reina, que se hallaba en uno de sus castillos en tierra de Campos, la hallaron postrada ya en el lecho con una enfermedad mortal y sin ninguna esperanza de vida.

Díjoles la misma soberana que ya habia hecho su testamento, disponiendo de todo lo que le pertenecía, y que, al hacer su última disposicion, se habia acordado del pacto que tenia hecho con el referido arzobispo, acerca del castillo de Cira.

En el mismo año en que murió la reina, hizo su hijo D. Alfonso una donacion al monasterio de Silos, del lugar de Sinnovas, con el fin de que esta ofrenda sirviese de sufragio por el alma de su madre.

Doña Urraca, á pesar de las disensiones que tuvo con su hijo el rey de Galicia, se vió siempre respetada y honrada, así de éste, como de su hija Doña Sancha, y de los dos últimos hijos que tuvo de su tercer matrimonio, con el Conde D. Pedro Fernandez de Lara.

Esto prueba que su vida fué irrepreensible, pues en aquellos tiempos en que la educacion no modificaba los ímpetus del carácter, cada vicio resaltaba en toda su desnudez, y eran necesarias muchas virtudes para tener la fama limpia é inmaculada.

La venganza se cebó en la reputacion de Doña Urraca y llamó en su auxilio á la calumnia; pero su alma se conservó pura en medio de tantos azares y

de la época desastrosa en que le tocó vivir y reinar.

El rey de Galicia heredó los Estados de su madre y volvió á hacerse cargo de su bella hermana la infanta Doña Sancha, que á su gran hermosura reunia la prudencia más consumada y todas las virtudes que hacen amable á la mujer.

Doña Sancha no se quiso casar y, como algunos siglos despues, la princesa Isabel de Francia, permaneció al lado de su hermano al que guió siempre con sus prudentes consejos.

Ya se ha dicho más arriba que aquel soberano, reconocido y jurado emperador, le concedió el título de *Reina*, título que no perdió ni aun despues de casado el rey, y que conservó hasta su muerte.

La princesa guardó eternamente un tiernísimo recuerdo de su madre y se hizo notable por su extraordinaria piedad; fué peregrinando á Roma y á Jerusalem; regresó á Castilla viniendo por Francia, y en aquel reino visitó al célebre San Bernardo, á quien pidió algunos monjes para fundar un monasterio.

Concedidos por el santo, fundó el de la *Santa Espina*, junto á Rioseco; también fundó en el Vierzo el de San Miguel de las Dueñas, en 1152, y otros varios conventos é iglesias: esta es la misma princesa á quien el emperador, su hermano, confió la educacion de su hija bastarda Doña Urraca, nombre que

le puso en memoria de su madre, cuyo recuerdo veneraba despues de su muerte, más de lo que la habia venerado en vida.

Doña Sancha tuvo en su compañía á su sobrina hasta el instante mismo en que se casó con el rey de Navarra; ella fué la madrina de las bodas y dispuso las fiestas con que se celebraron, con la mayor pompa y magnificencia.

Estableció en la iglesia de San Isidro el real de Leon, á los canónigos seglares de San Agustin, que se hallaban en Carvajal, y fué sepultada en aquella iglesia al lado del cuerpo de su madre.

Difícil por demás nos ha sido seguir la historia de Doña Urraca como reina propietaria de Castilla y Leon, acerca de la cual existen tantas y tan encontradas opiniones: su cuerpo fué enterrado en San Isidro de Leon, y en su sepulcro se ve un epitafio latino muy extraño, al decir de los eruditos, y que el maestro Florez tradujo así:

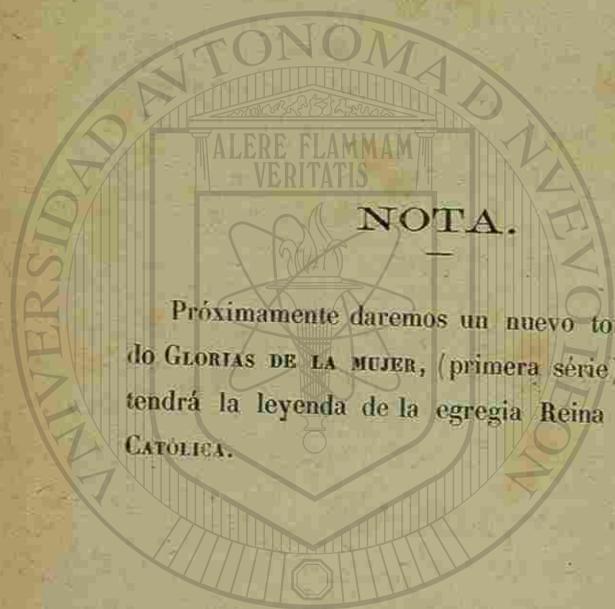
LA REINA URRACA, MADRE  
DE ALFONSO EMPERADOR,  
HIJA DE ALFONSO EL BUENO,  
YACE EN ESTE SEPULCRO LABOREADO.  
A ONCE VECES CIENTO,  
SEIS VECES DIEZ Y CUATRO  
AÑADE: ESTA ES LA ERA  
EN QUE MURIÓ POR MARZO. (1)

(1) Era de 1164, año de Cristo de 1126.

Nada más se puede decir de esta mujer grande y desgraciada; vivió siempre ultrajada, desconocida y supeditada por sus vasallos y sus hijos, y ni áun la posteridad ha respetado su memoria.

Su valor, su generosidad, su paciencia, su piedad, su propension á perdonar y su constante abnegacion, la hacian digna de una suerte más dichosa.

FIN DE DOÑA URRACA.



Próximamente daremos un nuevo tomo, titulado GLORIAS DE LA MUJER, (primera serie) que contendrá la leyenda de la egregia Reina ISABEL LA CATÓLICA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

